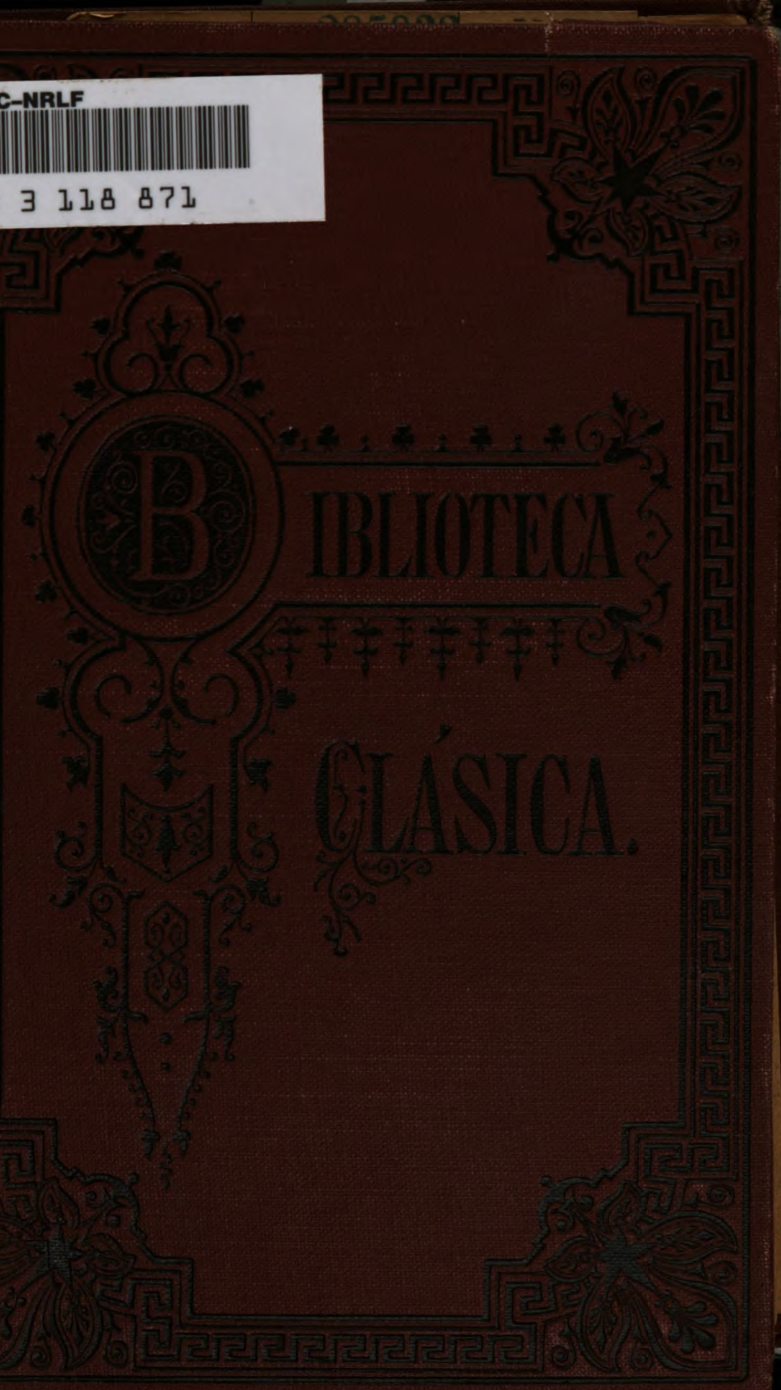
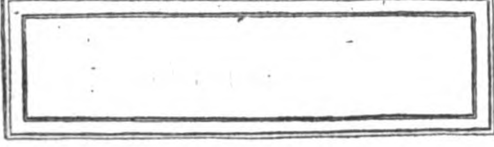
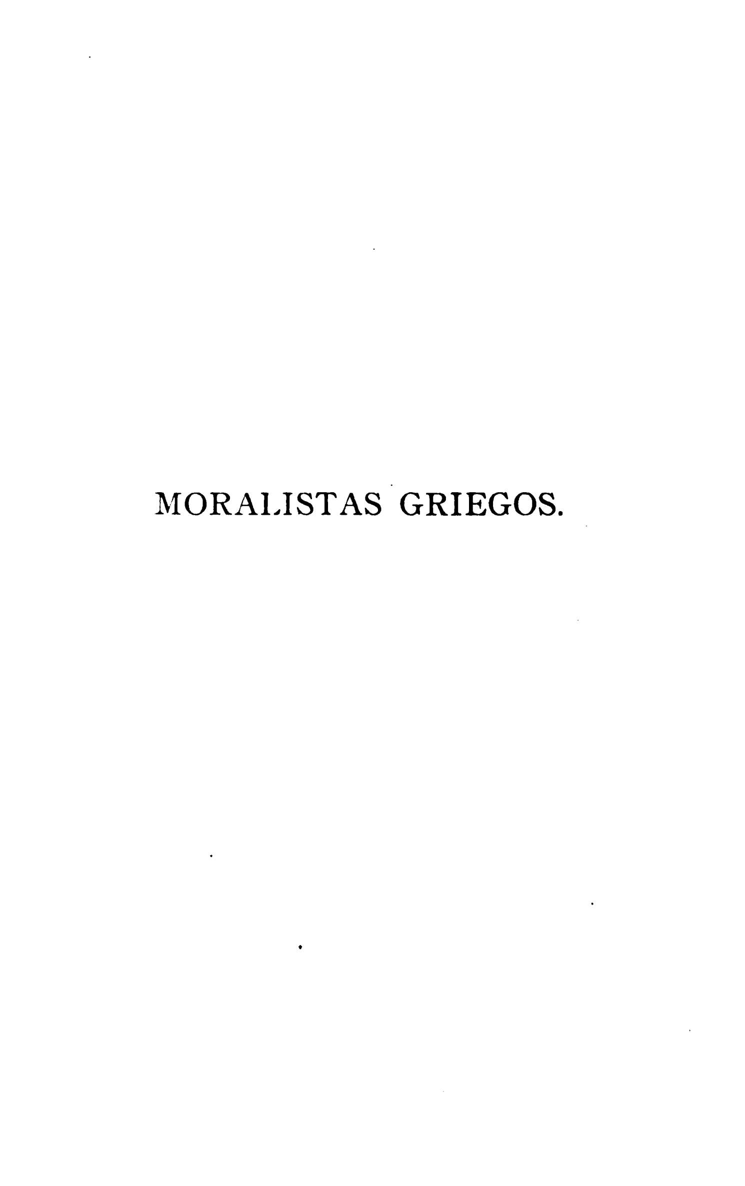

BIBLIOTECA
CLÁSICA.





MORALISTAS GRIEGOS.

BIBLIOTECA CLÁSICA.
TOMO CXVII

OBRAS

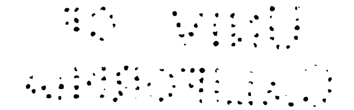
DE LOS

MORALISTAS GRIEGOS

MARCO AURELIO—TEOFRASTO
EPICTETO—CEBES

MADRID
LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11
1888

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.



SOLILOQUIOS

ó

REFLEXIONES MORALES

DEL EMPERADOR

MARCO AURELIO

TRADUCIDAS DEL GRIEGO

POR

Don Jacinto Díaz de Miranda.

RAZÓN DE LA OBRA, MOTIVO DE LA VERSIÓN

Y

NOTICIA DE LAS PRINCIPALES EDICIONES.

Si discurrió bien Platón profiriendo aquella sabia sentencia: *que la República entonces florecería, cuando reinasen los filósofos, ó los reyes filosofasen;* mejor obró M. Aurelio ejercitando constantemente una máxima que, si en la invención es alta y sublime, no es menos áspera y repugnante, menos molesta y difícil en la ejecución.

El carácter de la verdad es por sí mismo tan superior, que en todas las naciones fué siempre respetado, y no pudieron jamás abolirlo las diferentes costumbres, de cuyo poderoso dominio no se eximen las leyes humanas. Conociendo esto el hombre, propenso naturalmente á la novedad, intentó á cada paso honrar con aquel bello título las opiniones que le sugería la fantasía, confundiéndolas por este me-

dio con los dictámenes de la recta razón, única regla para discernir lo verdadero de lo falso, como dimanada de la verdad eterna, que decide lo justo é injusto.

Consiguiente á este principio, sólo deben llamarse con propiedad filósofos los que más se acercaren á explicar é ilustrar las verdades que la luz natural inspiró á los hombres, graduándose la perfección de las máximas morales por la mayor ó menor conformidad con la religión verdadera, fuera de la cual no se halla moral que merezca el nombre de perfecta, ni filosofía á quien pueda aplicarse aquella definición que Aristóteles hace de ella llamándola *arte de artes y ciencia de ciencias.*

Por más que se ignore cuál fuese la filosofía de los antiguos en los tiempos primitivos, no obstante, puede asegurarse con algún fundamento que la contemplación de la Naturaleza y de cuanto encierra en sí ó produce de más admirable, ocupaba la atención de los primeros filósofos, y era su objeto principal, hasta que Sócrates, sin separarse de este camino, descubrió otro más recóndito é intrincado, pero no por eso menos seguro é interesante al hombre; como que se dirige á ponerle en estado de discernir el vicio de la virtud y conocer la diferencia entre las cosas buenas y malas en línea moral.

Sócrates, según la opinión más fundada, no dejó escrito alguno en el cual subsistan aquellas máximas que había juzgado conducentes á la corrección de las costumbres del género humano; y con todo, la posteridad no consintió que tan acendrada doctrina fuese sepultada en el olvido, habiendo quedado por fieles depositarios una multitud de

discípulos que la difundieron é hicieron muy recomendable en los siglos subsiguientes; bien que discrepando algunos de ellos entre sí, más en las palabras que en las sentencias, é interpretándolas á su modo, dieron después motivo á que se suscitasen varias sectas filosóficas, tomando cada cual el nombre del autor ó de su patria.

Los discípulos que principalmente sostuvieron la escuela socrática, bien imitando la vida del maestro, ó bien declarando por escritos el sistema que habían aprendido, fueron Xenofonte, Esquines, Cebes, Simón, Glauco y Simmias, todos conocidos por la denominación de socráticos; á diferencia de Aristipo Cirenese, Euclides Megarense, Fedón Eleo y su sucesor Menedemo, natural de Eretria, que fueron respectivamente autores de la filosofía Cirenaica, Megárica, Eliaca ó Eretriaca.

Reducíase la filosofía Cirenaica á persuadir que el sumo bien sólo consistía en el deleite, y las demás á enseñar sofismas y altercaciones importunas; de modo que nada se concluía de sus disputas *erísticas*, ó sean contenciosas, á imitación de lo que se experimenta hoy día entre muchos escolásticos propensos á seguir aquel sistema, por más que se declame en contrario.

El más sobresaliente entre los discípulos de Sócrates fué Platón, fundador de la Academia antigua, habiéndose propuesto dar una idea de la prudencia civil y de la política más sana que debe caracterizar al sujeto á cuyo cargo esté el buen régimen y felicidad de la República, asentando por basa fundamental de uno y otro la equidad y orden entre los ciudadanos que la compongan.

Muerto Platón, subsistió la Academia antigua, presidiendo en ella Espeusipo, y siguiendo sus dogmas Xenócrates, Polemón, Crates y Crantor, hasta que Arcesilas y Carneades, formando cada uno su estilo diferente, erigieron después la Academia media y nueva.

Xenócrates y Polemón, filósofos de mucha fama en la Academia antigua, tuvieron por discípulo á Zenón Cítico, autor en lo sucesivo de la filosofía estoica, habiendo conseguido atraer á sí una infinidad de discípulos que en sus principios se llamaron zenonios y con el tiempo se denominaron estoicos, por razón de la Estoa, ó sea Pórtico, donde concurrían á oir las lecciones del maestro que había emprendido reformar la filosofía cínica, introducida anteriormente por Antístenes y propagada por Diógenes y Mónimo, filósofos cínicos.

A Zenón Cítico sucedió Cleantes, recomendable por su virtud; Crísipo, de ingenio muy superior é infatigable en sostener el Pórtico; Zenón Tarsense, Diógenes Babilonio, Antipáter Tarsense y Panecio, á quien se debe la introducción de la doctrina estoica en la capital de Roma, habiéndosele asociado por discípulos Q. Tuberón, Q. Mucio Escévola y Q. Lucilio Balbo, acérrimos defensores de las máximas estoicas.

A imitación de éstos, adoptaron después otros la misma filosofía, extendiéndola sucesivamente en el imperio, por ejemplo: Catón el joven, Thraseas Peto, Helvidio Prisco, Junio Rústico, Musonio Rufo, Dión, Séneca, Epicteto, Flavio Arriano y otros muchos, entre quienes sobresalió M. Aurelio, así por su alto carácter y vastas luces, como por la belleza y

excelencia de sus escritos, reuniendo en ellos todos los preceptos de la filosofía estoica, corrigiéndolos y dándolos un nuevo vigor con la sólida explicación é ingenioso modo de producirlos; de tal suerte, que los hace no menos apreciables que útiles, por contenerse en ellos las obligaciones anejas al hombre considerado en sí mismo, respecto del prójimo, y con relación á Dios.

A consecuencia, pues, de esto, establece Marco Aurelio la necesidad de amar y reverenciar al Numen Supremo, suponiéndola igual en las criaturas racionales de someterse voluntariamente á las disposiciones de la Providencia, y persuadirse que cuanto ordenare será justo y conducente á la felicidad del hombre.

Reconoce invariables principios de honestidad, fundados en el orden y perfección de Dios, deseando copiar de su gobierno las reglas de que usa la Providencia en el mundo : concede al hombre sobre los brutos la superioridad que le es debida por su origen y prerrogativas, exhortándole al cultivo de su mente y al cumplimiento de los oficios correspondientes á su estado, aunque para ello se exponga al peligro de perder la vida.

Persuade con razones convincentes la preferencia del bien público á todo interés particular, y encarece con especialidad la beneficencia para con los prójimos, sin exigir otra recompensa que la satisfacción de haber sido útiles á la sociedad.

Declama por fin contra el deleite y las pasiones que ofuscan la razón y turban el goce de la virtud, único bien proporcionado á la dignidad del hombre; para lo cual se vale de ejemplos y comparaciones

muy adaptadas á manifestar la insuficiencia humana sin el auxilio de otra fuerza superior; la vileza de las cosas terrenas y su breve duración; la vanidad de los aplausos mundanos y su pronto olvido.

En estas máximas se compendian las más principales de la filosofía estoica, que procuramos acrisolar ilustrándolas de la autoridad sagrada, apoyo de Santos Padres, energía de muchas razones teológicas, y eficacia de argumentos filosóficos dictados por la luz natural y aplicados con oportunidad en el discurso de la obra para contener la pluma de M. Aurelio, que deslizó en algunos puntos, por haber seguido ciegamente las huellas de los fundadores de la Estoa, en admitir el politeísmo, en tener al alma racional por una partícula de la Divinidad, en ignorar el pecado original y sus funestas consecuencias, y en defender como lícito el suicidio.

Con esta precaución se puede esperar de la benignidad del público que la obra no será mal recibida, aunque algunos la hayan criticado por la falta de orden y continuadas repeticiones con que M. Aurelio declara sus pensamientos, no habiendo formado el juicio correspondiente á los libros que sirven de modelo y norma para mejorar las costumbres ó corregir los vicios del hombre.

Al logro de este fin, en que se interesa la religión y el Estado, era indispensable que M. Aurelio se valiese del medio más eficaz, como es el de inculcar una y muchas veces sobre la importancia de las máximas conducentes al triunfo de las pasiones que reinan en el corazón humano; por conocer la dificultad de vencerlas y sujetarlas á la razón al primer encuentro.

En las enfermedades del ánimo sucede proporcionalmente lo que se experimenta en las del cuerpo así en unas como en otras se juzgaría muy mal, y con mucha razón, del que rehusase aplicar aquellos remedios que sin reiterarlos no suelen producir de una vez el efecto deseado.

Sobre todo, la prueba más evidente é incontrastable del mérito de los Soliloquios de M. Aurelio, es el consentimiento general de las naciones cultas en apreciarlos, recomendarlos, y publicarlos (1) en sus

(1) El primero que los dió á luz en Zurich, año 1558, en 8.°, por Andrés Gesnero, sacándolos de un Códice palatino, fué Guillermo Xilandro de Ausburgo; y á persuasión de Conrado Gesnero los tradujo en latín, cuya traducción, con yerros y todo, copió en León de Francia Juan Tournes el año siguiente, en 12.°

Xilandro corrigió la suya, y la reimprimió en Basilea, año 1568, en 8.°, repetida en Estrasbugo 1590. La greco-latina Lugdunense de 1626, en 12.°, traslada y aumenta los errores de la de Zurich. Viendo esto Merico Casaubon, y dueño de un Códice apostillado de mano de su padre Isaac, se aplicó á trabajar una nueva edición greco-latina, publicada en Londres, año 1643, en 8.°, y dedicada á Juan Shelden.

Antes que Merico, emprendió la suya el doctísimo Tomás Gatakero, y limada por espacio de cuarenta años, la publicó en Cambridge, año 1652, en 4.°, enriquecida de variantes, testimonios en alabanza del autor y observacienes selectas, con un copioso comentario. Esta edición magistral se repitió en Londres, años 1699 y 1707, en 4.° De la última hemos usado nosotros, y cuidó de ella Jorge Estanhope, alumno del colegio de la Reina, en Cambridge.

También la reprodujo en Mastric, 1697, en fol., Hermanno Witsio, poniendo el comentario al pie de las páginas y añadiendo varios opúsculos de Gatakero.

Del teatro Sheldoniano, en Oxford, salió en 1680 en 12.° una elegante y correcta edición greco-latina; y en el mismo teatro, á instancia de Juan Hudson, publicó otra semejante en 1704, en 8.°, un literato bajo las iniciales R. I.,

idiomas respectivos, atendiendo, sin duda, al candor con que están escritos, á las razones con que persuaden, y á las nuevas luces con que brillan.

España es la única que ha escaseado á este Emperador un obsequio tan corto y trivial (1), sin em-

---

con breves selectas notas, y la particularidad de que descarta, como fabricadas por Dión y Herodiano, las dos alocuciones de M. Aurelio: á los soldados, cuando fué la conspiración de Casio; y á su hijo Cómodo, poco antes de morir.

No sabemos si la edición de Glascua ha copiado alguna de éstas, como lo hizo con la última Christiano Wolfio, en la que procuró en Lipsia, 1729-30, en 8.°, añadiendo la introducción de Juan Francisco Buddeo á la filosofía estoica, *ex mente, sententiaque M. Aur. Antonini Philosophi.*

De las traducciones en idiomas vulgares nos parece ser la primera la inglesa de Merico Casaubón, anterior á la greco-latina, y publicada en Londres, 1634, en 4.°, versión que de allí á pocos meses repitió enmendada, y de la cual, en 1694, se hizo la sexta impresión. Collierio dió á luz en 1701, otra nueva y más elegante versión en la misma lengua.

La traducción alemana es de Juan Adolfo Hoffmano, según Brukero, que no da noticia del tiempo y lugar de la impresión.

La italiana se debe á la respetable mano del cardenal Francisco Barberini, que se publicó en Roma en 1675, en 12.°, con este título: *Dodici libri... di se stesso, ed a se stesso*, etc.

Los franceses tuvieron esta obra en su idioma desde el año 1651, que se publicó en Paris, en 12.°, una traducción, cuyo autor se oculta con las iniciales B. I. K. Obscurecióse ésta con la que el año 1691 publicaron en la misma ciudad los dos ilustres consortes Andrés d'Acier y su mujer Ana, hija de Tanaquillo Fabro; y se ha repetido muchas veces. El anónimo francés, que nosotros citamos é impugnamos en las notas, tiene por título: *Réflexions morales de l'Empereur Marc Antonin avec des remarques. Nouvelle édition à Bovillon aux dépens de la Société Tipographique, an.* 1772.

(1) Antes, para colmo de desatención, el Obispo de Mondoñedo, Guevara, le prohijó atrevidamente su *Relox de Príncipes* desconcertado, contribuyendo la celebridad de

bargo de que á ninguna otra nación pertenece él por tantos títulos como á la nuestra.

Su bisabuelo paterno, Annio Vero, era natural del municipio Sucubo, de que hace mención Plinio, entre los pueblos marítimos de la Bastetania, hoy parte de Andalucía; y su autoridad pesó tanto en el juicio de D. Nicolás Antonio, que por ella sola puso á Marco Aurelio en el número de nuestros escritores.

Título más inmediato, más estrecho y plausible encuentro yo en la persona del emperador Adriano, sin controversia español de origen, y verosímilmente de nacimiento. Adriano es quien tiene derecho á la irreprensible vida, á los hechos gloriosos y á los útiles escritos de M. Aurelio. Adriano, con su perspicacia, descubrió los quilates de aquella alma sublime. Adriano le mudó el nombre de Annio Vero, en Verísimo, por la vehemencia con que desde sus primeros años le arrastraba la fuerza de la verdad. Adriano le llevó por la mano en la escala de los honores. Adriano le destinaba por sucesor en el Imperio, y reparando juiciosamente en la falta de edad y de experiencia, le hizo adoptar por Antonino Pío, y le obligó, violentando su modestia, á vivir en palacio entre sus más íntimos privados. En

---

M. Aurelio á que corriese con el aplauso que por sí no merecía, y se imprimiese en los más de los países, traduciéndole en latín, francés, italiano y alemán, después que se publicó en Valladolid, año 1529; en Sevilla, 1532.

El juicio correspondiente á esta obra lo declara en pocas palabras el anónimo francés: (*Préf.*) *Rien n'est ni plus mal imaginé, ni plus puérile; Antonin y est entiérement défiguré.* Así lo observará quien gustare hacer el cotejo con la vida de M. Aurelio, puesta al principio de esta versión.

suma, Adriano crió á M. Aurelio en su seno, que así se explica Capitolino en la vida de este Emperador.

Véase ahora y reflexiónese de paso sobre las grandes ventajas de la buena educación; pues con dificultad se encontrará príncipe alguno, de cuantos vistieron la púrpura romana, que exceda á M. Aurelio en las artes de la paz y de la guerra; en la destreza y valor militar; en la prudencia y sabiduría de legislador; en la rectitud y benignidad de juez; en el cuidado y protección de los vasallos; en la vigilancia, por último, y conservación de la autoridad suprema, que parece haber solamente aceptado para emplearla toda en beneficio y lustre del Imperio.

Por las razones expuestas, y el deseo de excitar en la juventud la afición al estudio é inteligencia de la lengua griega, como tan necesaria al conocimiento y progresos de otras ciencias; me resolví á publicar esta traducción con su original y notas que ilustran las máximas, ó refutan los errores de la filosofía estoica, según lo exige la materia.

RESUMEN DE LA VIDA
DEL EMPERADOR MARCO AURELIO.

Respiró el Imperio de la opresión y tiranía de Domiciano con una continuada serie de príncipes que, ó de nacimiento ó de inmediato origen, no eran italianos. Nerva, oriundo de Creta, adoptó á Trajano, nacido en Itálica (1); á éste sucedió Adriano, casado con la sobrina heredera de su antecesor, é hijo de un primo hermano del mismo; siguióse Antonino Pío, de familia que pasó á Roma de Nimes en la Galia, y á éste nuestro Marco Aurelio, que nació en Roma á 26 de Abril del año 872 de su fundación, de Cristo 121, siendo cónsul por la segunda vez su abuelo paterno, Marco Annio Vero. El padre de este último fué el primero que se

(1) Itálica, colonia romana, fundada por Escipión, que dejó en ella á los soldados de su ejército imposibilitados de continuar el servicio. Uno de éstos, ascendiente de Trajano, era de la familia Ulpia.

estableció en Roma, transfiriéndose á ella de Succubo (1), lugar de la Bastetania, hacia el mar, y no muy distante de Itálica, patria de Adriano; lo que facilita el parentesco de Marco Aurelio con éste, aunque no se sepa el grado, como se sabe que era sobrino de Annia Galeria Faustina, mujer de Antonino Pío. La madre de Marco Aurelio fué Domicia Calvilla Lucilla, hija de Calvisio Tullo, dos veces cónsul, y nieta de Catilio Severo, que adoptó al biznieto y le dió su nombre, hasta que adoptado también por el abuelo paterno, reasumió el de Annio Vero, que Adriano convirtió en Verísimo. Y esto baste acerca de la genealogía de Marco Aurelio, sin emboscarnos en la obscuridad de hacerle descendiente por parte de padre de Numa Pompilio, y por la de madre de un rey de los Salentinos.

Su educación corrió por cuenta del abuelo paterno, muerto el padre de poca edad en el ejercicio de la Pretura. Tuvo en las ciencias, artes y ejercicios corporales (entre los cuales Capitolino comprende el juego de pelota, y Dión la caza de bravísimos jabalíes) los más excelentes maestros de aquella edad, sobresaliendo entre ellos Herodes Attico, griego; Cornelio Frontón, latino, y Junio Rústico, de una familia tan ilustre como apasionada de la filosofía estoica, amigo después y confidente del Príncipe su discípulo, que tomaba sus consejos en los negocios públicos y particulares; le saludaba primero que á los jefes de Palacio; le nombró dos veces cónsul, y después de su muerte negoció con el Senado que se le erigiesen estatuas.

(1) Véase á Plinio en su *Historia Natural*, lib. III, cap. I.

En general sería dificultoso de resolver el problema: quién se esmeró más, si los maestros de M. Aurelio en cultivarle, ó éste en mostrárseles agradecido en sus escritos, en distinguirlos y premiarlos, sin que ellos tuviesen que pedirlo ni esperarlo, dando á la Providencia gracias de haberle puesto en estado de corresponderles; ni se contentaba con honrarlos en vida, que muertos conservaba sus estatuas entre los Penates domésticos, y coronaba de víctimas y flores sus sepulcros.

El mayor crédito que del gobierno y costumbres de Marco Aurelio resultó á sus maestros, fué fruto del tesón y empeño con que desde sus tiernos años se dedicó al estudio de la filosofía estoica, fijándose no tanto en la especulativa y estéril como en la práctica, extirpadora de todos los vicios y resabios indecorosos á la nobleza del hombre. Su natural parecía una materia dispuesta á recibir toda la impresión y realce de la severidad estoica; de modo que á los doce años se distinguía ya por las propiedades de aquella secta filosófica, privándose aun de las comodidades más inocentes de la vida; en lo que se hubiera excedido, á no habérselo estorbado la vigilancia de su madre y el estrago que semejante rigor empezaba á ocasionar en su salud. Tal fué el tono constante é inalterable de su vida, y el mismo le granjeó el sobrenombre de Filósofo (1), que le dis-

(1) «In omni vita philosophanti viro, et qui sanctitate vitæ omnibus Principibus antecessit. Frugi sine contumacia, verecundus sine ignavia, sine tristitia gravis.» Eusebio (*Hist. Eccles.*, lib. IV, cap. XII) nos asegura que Justino ya le llamó filósofo; pero es observación de Fabricio (*Biblioth. Graec.*, lib. IV, part. alt., cap. XXIII), repetida

tingue de los demás emperadores, según es la expresión de Capitolino.

A esta conducta, más que al parentesco, debió M. Aurelio el declarado favor de Adriano, que en la edad de seis años lo promovió á la dignidad de caballero, en la de ocho á sacerdote de Marte (1) entre los Saliares, y á los quince, apenas vestida la toga viril, lo trató de casar con la hija de Vero César; tratado que no tuvo efecto, como adelante veremos. Poco después le nombró prefecto de Roma en tiempo de las Ferias Latinas; prefectura de ceremonia, pero en que el joven príncipe supo mostrar todo el decoro y dignidad. Por el mismo tiempo hizo con su hermana única, por nombre Annia Cornificia, una acción de sumo desinterés. Estaba ella en vísperas de casarse, y su hermano no solamente la cedió toda la legítima paterna, sino que reprendiéndole por ello su madre, replicó á ésta *que mejor sería que ella también cediese lo suyo á la novia, para que no fuese desigual al marido en riqueza.*

---

por Bruckero (*Hist. crit. Philos.*, per. II, part. 1.ª, lib. I, cap. II, sect. 7), que la historia antigua, las inscripciones y medallas no hacen mención de semejante dictado; y es verosímil la conjetura de Bruckero, que entonces se reputaba indecente á la majestad, y por eso más propio de la mordacidad que no de la historia. Vulcacio refiere (*in Cas.*, cap. I) que Casio llamaba por desprecio á nuestro M. Aurelio *Philosopham aniculam*, y Capitolino *fuisse Populi sermonem*, *cum sustulisset ad bellum gladiatores; quod Pópulum*, *sublatis voluptatibus*, *vellet cogere ad Philosophiam.* Adriano fué igualmente satirizado con el nombre de escolástico.

(1) Fué mirado como presagio del Imperio lo que acaeció en una de las funciones de aquel culto: tiraba cada Sacerdote su corona de flores sobre la estatua de Marte; la de Marco Aurelio fué puntualmente á dar sobre la cabeza, y en ella se fijó.

La intención de Adriano habría sido dejar por sucesor á M. Aurelio; pero su poca edad le precisó á tomar el rodeo de adoptar á Tito Antonino, con la carga de que éste hiciese otro tanto con M. Aurelio y con el hijo de Cejonio (1), prefiriendo al primero, no obstante que el segundo era su nieto adoptivo.

Verificóse esta adopción á 27 de Abril del año 138 de Cristo, y antes de cumplir los diez y siete años fué declarado pretor con dispensa del Senado, que Adriano consiguió. Con este motivo tuvo que mudarse á las casas que el mismo Adriano había habitado antes de ser emperador; y las ocupó con tal encogimiento y tristeza, que asombrándose de ello los criados, tuvo que desengañarlos con un razonamiento en que les manifestó los embarazos, cargas y desvelos de la soberanía. A esta disposición de ánimo correspondió en todo su porte, así con Adriano, que falleció á 10 de Julio del 138, como con el sucesor Antonino Pío, de la familia Aurelia, cuyo nombre pasó con la adopción á nuestro Marco. Antonino; desde el año siguiente á su exaltación mudó la disposición de Adriano en punto de casamientos, y desposó á su hija Faustina con M. Aurelio, pretextando la niñez de Lucio Vero, á quien Adriano la destinaba, y á Marco una hermana de Vero; trueque en que Marco tuvo tanto que agrade-

(1) Lucio Cejonio Cómodo fué el primero á quien adoptó Adriano, y por eso se llamó después Elio César, y más comúnmente Vero, aunque el origen de este último apellido se ignora. Éste murió tres años después de adoptado, la noche precedente al 1.° de Enero del año 889 de Roma, 138 de Cristo, y dejó un hijo, Lucio Vero, que presto veremos reinar con M. Aurelio.

cer al suegro, como que padecer y ejercitar su filosofía con la esposa.

El nuevo enlace hizo que Antonino acumulase las honras sobre el yerno: declaróle césar, tomóle por colega en el consulado para el año siguiente 140, dióle el mando de una centuria de caballeros romanos, dispúsole casa, destinándole para su habitación el palacio de Tiberio, y pasados cuatro años tuvieron juntos el segundo consulado de M. Aurelio. Lo que más lisonjearía el gusto de Marco sería sin duda la atención de hacerle venir de Calcis, en Siria, á un célebre estoico, por nombre Apollonio, muy alabado del discípulo, pero bien merecidamente ridiculizado por Antonino en el famoso dicho, *que Apollonio no había puesto dificultad en hacer el viaje de Siria á Roma, y la tenía en ir á Palacio á dar lección, pretendiendo que Marco fuese á tomarla á la posada del maestro.* Benéfico Antonino, pero prudente, no confirió al yerno la potestad tribunicia y autoridad proconsular, que según los romanos constituían la soberanía, hasta después de haberle experimentado por espacio de nueve años; cuando Marco había sido dos veces cónsul, estaba en los veintiséis de su edad y era ya padre de una princesa (1). M. Aurelio era bien acreedor á esta distinción: amoldábase en todo á la voluntad de su padre, y en casi veintitrés años que vivieron juntos, solas dos noches durmió fuera de Palacio. Con esto se cerró la puerta á las envidias

(1) Lucilla, que casó en primeras nupcias con Lucio Vero, y en segundas con Claudio Pompeyano, desigual en edad y nacimiento, pero de extraordinario valor y probidad.

de los cortesanos, y se renovó el ejemplo y armonía de los emperadores Vespasiano y Tito.

A 7 de Marzo del año 912 de Roma, de Cristo 161, murió Antonino en Lori, casa de campo á que tenía particular cariño por haberse criado en ella. Antes de morir, en presencia de los principales jefes de Palacio y amigos, confirmó la elección de M. Aurelio por sucesor suyo, encomendándole á la República y á Faustina, su hija única; y en cierto modo traspasó en él toda la autoridad suprema, mandando que llevasen al cuarto de su hijo la estatua de la Fortuna, perpetua compañera de los emperadores. Apenas empuñó el cetro M. Aurelio, cedió la mitad de él al hijo de Cejonio, y como si le adoptara, le comunicó su nombre, de que usaremos en lo sucesivo, prometiéndole solemnemente en matrimonio á su hija Lucilla. La única cosa que se reservó fué la dignidad de pontífice máximo; y en lo demás los dos Augustos no dividieron entre sí las provincias del Imperio, como Octaviano y Antonio; antes bien las gobernaban de mancomún, al modo que dos hermanos de condición privada *pro indiviso* administran su patrimonio; sin embargo de que M. Aurelio tenía sobre Lucio Vero la prerrogativa de la edad, y mucho más la del mérito. Los principios del reinado se emplearon en las honras de Antonino, en distribuciones de dinero (1) á la tropa, y de congiarios ó comestibles al pueblo, aprovechándose Marco de la paz en que estaba el Imperio para continuar sus estudios, sin desdeñarse de asistir con la púr-

(1) Según consta de Suetonio, lib. I, cap. XXXVIII.

pura á las lecciones del estoico Sexto (1), sobrino de Plutarco, y de Hermógenes, insigne retórico. Creció el público alborozo con haberle nacido á Marco á 31 de Agosto de este primer año dos gemelos, Cómodo, que fué después la ruina del Imperio, y Antonino, malogrado en su niñez, de solos cuatro años

Parece que el nacimiento de Cómodo atrajo desde luego como en presagio las calamidades futuras del Imperio. Sale de madre el Tíber, inunda los campos y mieses, corrompe los víveres, y por consiguiente causa carestía y hambre. Al mismo tiempo sobrevienen terremotos, incendios, infección del aire y movimientos de guerra por parte de los Bretones, Partos y Alemanes. Dióse el mando en Bretaña á Calpurnio Agrícola; en Alemania á Aufidio Victorino, y la expedición de Oriente se reservó á Lucio Vero. Parte éste, y apenas pierde de vista á Marco, se entrega á los placeres, de modo que cae enfermo en Cannosa. Convalecido, se pone otra vez en viaje, más en aire de paseo y recreación, que de ir á reprimir el ímpetu del vencedor Vologeses. Llegado á Antioquía, allí se encenagó en el infame arrabal de Daphne, sin haber visto la guerra en cuatro años que duró.

---

(1) En comprobación de esto puede servir de testimonio el pasaje acaecido con un filósofo llamado Lucio, el cual, viendo á nuestro Emperador á las puertas de Sexto, y sabiendo el fin con que había venido, exclamó, levantando las manos al cielo: ὦ Ζεῦ, ὁ Ῥωμαίων βασιλεὺς γηράσκων ἤδη δέλτον ἐξαψάμενος εἰς διδάσκαλον φοιτᾷ, ὥσπερ οἱ παῖδες. Philost. *in vita Herod. Proh Jupiter, Romanorum Imperator ium ætate grandior, tabellis lacerto suspensis, ad ludimagistrum, puerorum ad instar, appellere non erubescit.* Como vierte Mr. D'Acier.

Dirigióla desde Roma Marco, y la concluyeron felízmente los tres esforzados generales Estacio Prisco, Avidio Casio y Marcio Vero. Durante esta guerra tuvo efecto el matrimonio de Lucilla, á quien no quiso el padre que las ciudades por donde pasaba hiciesen recibimiento. Vuelve Lucio Vero con su mujer á Roma; y el Senado concede á los dos Emperadores el título de Padres de la Patria (antes, y repetidas veces ofrecido á Marco en ausencia del colega), el nombre de Césares á los hijos (1) de M. Aurelio y el triunfo para todos; pues todos con admirable unión triunfaron en un mismo carro. Aguóse presto esta alegría, desolada Italia, las Galias y frontera del Rhin con una cruel peste que el ejército trajo consigo de Oriente. En ella mostró Marco sus buenas entrañas, dando orden para que fuesen asistidos los enfermos, enterrados los muertos y socorridos los sanos. Otro cuidado suyo fué dar al compañero ejemplos de virtud, que sin embargo no bastaron á corregir su abandono, agravado y hecho incurable con las delicias y corrupción del Asia.

Marco Aurelio, igual en todas fortunas y sucesos,

(1) Muerto Antonino Gemino, le quedaban entonces dos varones, Cómodo y Vero César; á éste le perdió de siete años, estando de partida para la guerra de los Marcomanos; matóle una apostema en el oído mal curada, y el padre lo llevó con tanta resignación, que él mismo consolaba á los médicos, y los premió, como si hubieran acertado. Las hijas fueron muchas, pero Lucilla es la única bien conocida en la historia, contentándose con decirnos acerca de las otras, que su padre en la elección de maridos para ellas más atendía al mérito personal y virtud que no á los abolorios y riquezas. Otros dos niños parece que le murieron antes de reinar; pero vivieron tan poco, que apenas ha quedado memoria de ellos, y es cuanto sabemos en orden á la posteridad de M. Aurelio.

olvidado de sí mismo, parece que sólo pensaba en la quietud y prosperidad de sus vasallos. Al Senado defería más que ninguno de sus antecesores: exactísimo en asistir á las sesiones aunque para ello tuviese que volver del campo, se mantenía en ellas hasta que el Cónsul las levantaba. Lejos de tener celos de la autoridad del Senado, él mismo la ensalzaba y se sometía á ella. Saliendo á una expedición, le pidió licencia para tomar del público tesoro las sumas necesarias; *porque todo*, decía, *es propio del Senado y del pueblo, hasta el palacio en que habitamos.* Inhibíase del conocimiento de muchos negocios que le tocaban, y los remitía al Senado, dando parte en el gobierno, no solamente á los magistrados actuales, sino también á los que lo habían sido, y consultando con los principales senadores los negocios más graves de la paz y de la guerra. Por eso decía: «Más justo es que yo me gobierne por el dictamen de tantos y tan hábiles consejeros, que no el que ellos sigan mi voluntad.» A los ciudadanos más ilustres les permitía igualarse en el tren de casa y familia con el Emperador. No admitía en el Senado más que á sujetos muy beneméritos y experimentados, y si algún senador se hallaba implicado en causa criminal, la examinaba él antes que se ventilase en juicio, y en éste no dejaba entrar á caballero romano ú otro que no fuese igual al reo.

Socorría generosamente á los que sin culpa carecían de lo necesario para sostenerse con esplendor. No fué menos religioso en guardar los fueros al pueblo. Nunca le cortó la libertad, sino para impedirle de obrar mal; y en esto usaba de la mayor moderación, sirviéndose más bien de alicientes que no de

amenazas, de premios que no de castigos, y haciéndose cargo «que no pudiendo hacer á los hombres, como se quisiera que fuesen, más vale sufrirlos cuales son y sacar de ellos el mejor partido que quepa». Prohibió que en los baños entrasen promiscuamente ambos sexos, y reprimió otros varios desórdenes, principalmente la relajación de la juventud y de las mujeres. Por estos medios consiguió que en su tiempo la virtud fuese no menos respetada que apetecida. Atentísimo á no empobrecer los pueblos, usó en la administración de su hacienda de una bien entendida economía, tanto que después de una victoria negó á los soldados la gratificación acostumbrada, dándoles por disculpa «que sobre su sueldo nada se les podría regalar que no saliese de la sangre de sus padres y parientes». En otra ocasión, falto de fondos para la guerra, por no imponer nuevos tributos, puso en venta los muebles y alhajas más preciosas de Palacio, sin exceptuar la recámara de su mujer con sus telas de seda y oro: dos meses duró la venta, y concluída la guerra felizmente, pudo rescatar sus alhajas, pero sin obligar á nadie á retrovenderlas. Celaba que de las contribuciones del pueblo nada se quedase en mano de los recaudadores; castigaba severísimamente las extorsiones, y con los cohechados era inexorable. Perdonó crecidas sumas devengadas por el Fisco y Tesoro, y Dión cita una de éstas, que no se extendía menos que á cuarenta y seis años, con la precaución de hacer quemar los documentos justificativos de la deuda. No hubo calamidad pública que no encontrase en él pronto remedio; en una carestia abasteció á toda Italia de grano forastero, acopiado á su costa y almacenado

en Roma. «En nuestra provincia de España (1), que como á más fructífera que á otra la esquilmaban demasiado sus predecesores, hizo acortar mucho los tributos y descargar de pechos y servicios.» Reedificó á Esmirna, Epheso, Nicomedia, destruídas con temblores y á Cartago incendiada. Hasta los espectáculos tan geniales al pueblo merecieron su atención; conocía cuán frívolos eran, y concurriendo á ellos, en vez de deleitarse con su vista, se ocupaba en leer, apuntar ó dar audiencia; pero no por eso dejaba de darlos con magnificencia, y hubo fiesta en que hizo salir del anfiteatro hasta cien leones, que todos fueron muertos á saetazos. Ausente de Roma, con todo, disponía que no le faltasen al pueblo estas diversiones, y no influía poco en esto el desmedido celo de su reputación, sabiendo que la muchedumle tachaba de quererla reducir por fuerza á la estrechez y severidad de la vida filosófica. Este respeto le arrancó la tolerancia de la escena pantomímica (2),

---

(1) Así consta de la *Historia Imperial y Cesárea* escrita por el magnífico caballero Pedro Mejía, é impresa en Sevilla á 30 de Junio de 1545, en donde pueden verse los autores que hasta entonces habían escrito de M. Aurelio.

(2) Representaciones burlescas, ó por mejor decir, bufonerías, tan contrarias por su asunto y gesticulaciones al buen gusto y reglas del drama, como á la decencia y buenas costumbres. Contra semejantes representaciones se dirigen principalmente los dichos y censura de los Santos Padres en materia de teatro, y á las mismas alude Ammiano Marcelino, refiriendo, lib. XXVII, que amenazada Roma de carestía, fueron expelidos de ella los forasteros, y entre ellos los pocos profesores que había de buenas artes; pero quedaron dentro tres mil bailarines con sus coros y otros tantos maestros. paso sobre el cual dejamos á la discreción del lector que haga sus reflexiones.

prohibida por algunos de sus antecesores menos virtuosos que él; bien que puso coto en los gastos, mandando que ningún comediante pudiese pedir de salario más que cinco monedas (1) de oro, y que en ningún caso se les aumentase pasado de diez.

La misma delicadeza le hizo mudar la resolución tomada de conducir personalmente á Lucilla su hija, volviéndose desde Brindisi, por haber entendido que algunos atribuían su viaje á envidia de la gloria que Vero había adquirido en su expedición contra los Partos. En general, su carácter distintivo era la bondad, que divinizó consagrándola un templo en el Capitolio. Esta le hizo moderar en los castigos la pena, no echando jamás á los delincuentes todo el rigor de la ley. Merecía un pretor ser depuesto; Marco se contentó con privarle del ejercicio conservándole el título. Si este hecho es disculpable; si lo es la mansedumbre con que oyó á un gladiador á quien dificultaba la pretura reconvenirle descaradamente con haberla otorgado á muchos de sus compañeros en la esgrima; si es loable la humanidad con que trató á los príncipes extranjeros, particularmente á Tiridates, que había sublevado la Armenia, y al Rey de los Cuados Ariogeses; si lo es igualmente la providencia de que los gladiadores usasen de floretes en vez de espadas blancas, y que á los bailarines de cuerda se les pusiese debajo mullido, no es tan fácil disculpar su demasiada indulgencia con el colega, con la consorte, con su hijo, con los cómplices de Casio y aun con las personas más viles. Un saltimbanco, subiéndose á un árbol en el campo

(1) Las cinco equivalen á 250 reales según Crevier.

Marcio, anunció desde allí al pueblo que lloverían rayos y abrasarían al mundo cuando él se trasformase en cigüeña. El día señalado se dejó resbalar mañosamente por el árbol, y soltó una cigüeña que llevaba escondida, y era la señal concertada con una compañía de ladrones para incendiar y saquear á Roma. Preso el impostor, convencido y confeso, Marco no tuvo valor para castigarle.

Príncipe que en la clemencia pecaba por demasía, no era de temer que faltase á la justicia. Administrábala, cuando era necesario, por sí mismo, y hacía que sus delegados la ejerciesen escrupulosamente. Ofendíale la precipitación en los juicios, y á un pretor que incurrió en ella, le obligó á formar de nuevo el proceso. En negocios de importancia gastaba los once y doce días en examinarlos por sí propio. Acrecentó el número de jueces; disminuyó las vacaciones de los tribunales, de modo que quedaron en el año doscientos treinta días útiles para juzgar los pleitos y controversias judiciales; también minoró considerablemente los litigios, despreciando las delaciones, aunque fuesen á favor del Fisco, y castigando rigurosamente á los calumniadores que no probaban la denuncia. Como su reinado era el de la filosofía, un enjambre de zánganos comía á expensas del público, sin tener de filósofos mas que el manto y la barba: despojólos Marco del salario y privilegios concedidos á la profesión.

El Derecho romano antiguo no permitía que las madres heredasen á sus hijos, ni al revés: Antonino desagravió á las primeras, y Marco á los segundos. Para la tutela de los menores dió á un pretor comisión privativa, desmembrándola de los cónsules

demasiadamente distraídos en otros más graves negocios. Mandó que en los archivos del templo de Saturno se conservasen empadronadas las fes de haber nacido libres; las cuales, en término de treinta días del nacimiento, se debían presentar en el depósito; y extendió igual orden á las provincias. Prohibió hacer pesquisas de oficio, relativas al estado y condición de los que hubiesen fallecido cinco años antes. Anuló el matrimonio entre parientes muy cercanos. Trajano había ordenado que los senadores candidatos de los empleos arraigasen en Italia hasta la concurrencia de la tercera parte de su patrimonio. Marco impuso á todos ellos la misma obligación, pero obligando solamente á la cuarta parte de su hacienda. Mucha sabiduría y cordura se nota en estos reglamentos, evitando el prurito de innovar, tan peligroso en todos estados, y edificando con solidez sobre los fundamentos zanjados por otra mano. Para ellos se valía M. Aurelio del consejo de los más acreditados jurisconsultos, entre otros de Cerbidio Escévola, famoso por su doctrina, y mucho más por haber sido maestro de Papiniano.

Dada esta ligera y sumaria noticia de la vida pública de M. Aurelio, en la privada sería ocioso inculcar sobre la templanza y sobriedad, sobre la modestia, decoro, seriedad é incansable aplicación. A ésta, en las pocas horas que podía hurtar al gobierno, debemos los doce libros de *Reflexiones morales*, ó *Soliloquios*, que son un extracto y quinta esencia de la menos imperfecta filosofía. Comía regularmente solo, por no molestar á sus amigos obligándoles á que le hiciesen compañia, por ahorro

de tiempo y por la suma frugalidad de su mesa. Esta, la igualdad de ánimo y el uso diario de la triaca le alargaron la vida, en medio de ser tan laboriosa y combatida de sinsabores domésticos y públicas calamidades, hasta los sesenta años, poco más ó menos, según consta de los historiadores.

Ya es tiempo de sacarle del ocio de la paz á la agitación de los viajes y al tumulto de la guerra. La de los Marcomanos (á que sirvió de preludio la de los Catos, domados últimamente por Didio Juliano, que después fué emperador) ocupó á M. Aurelio casi todo el tiempo de su reinado. Habitaban la que hoy llamamos Bohemia, y eran los principales sí, pero no los únicos pueblos alborotados, nombrando la historia, entre otros, á los Jacyges, Cuados y Victovalos. Estas inquietudes empezaron desde que las fuerzas del Imperio estaban ocupadas en hacer frente á los Partos. M. Aurelio contemporizó por entonces, hasta desembarazarse de la expedición de Oriente. El tiempo que él se tomó no le desperdiciaron los enemigos, engrosando su partido con nuevas alianzas, de suerte que, cuando llegó el caso de hacer la paz con los Partos, ya la guerra de Alemania se había embravecido con tal furor, que hubo quien la comparase con la de Aníbal; y las disposiciones que se tomaron para ella no desdicen de aquel paralelo. Para reclutar el ejército se echó mano de esclavos que voluntariamente sentasen plaza, de gladiadores, y aun de foragidos y salteadores de la Dalmacia y la Dardania. La venta de los muebles de Palacio suministró los fondos. A estas medidas de prudencia juntó M. Aurelio las que su religión le dictaba, para hacerse propicios á los dio-

ses. Convocó de todas partes sacerdotes y sacrificadores; inmoló un prodigioso número de víctimas, y expió á Roma con todo género de purificaciones y lavatorios; y la libró de ritos y cultos extranjeros, abominados de la política romana, como era el de la diosa Isis, condenado en tiempo de Augusto, cuyo templo fué demolido en el de Tiberio, arrojada al Tíber la estatua y los sacerdotes degollados. Parecióle que aun así no se darían los dioses por satisfechos, á no ser que les sacrificase otras víctimas de mayor precio, esto es, los cristianos, enemigos del politeísmo; y abrió la mano á la cuarta persecución (1) de la Iglesia.

(1) En ella nos dice Eusebio en el proemio al libro v de su *Historia Eclesiástica: Innumerabiles propè martires per universum orbem enituisse.* El mayor número padeció en las Galias; y entre los más ilustres de otros países se deben contar San Policarpo y San Justino. Sin duda que el buen Emperador se vió agobiado de quejas de los magistrados, que atribuían todos los trabajos y calamidades á venganza de los dioses, por estar sus templos desiertos y el culto abandonado con la propagación del cristianismo; y amenazaban sediciones y tumultos de los pueblos, con apoyo de la religión dominante. Ammiano Marcelino (lib. xxv, cap. iv) le califica de supersticioso á nuestro M. Aurelio, contra lo que él mismo nos dice (lib. i, pár. 6) haber aprendido de Diogneto; esto es, á no atribuir á causas sobrenaturales los efectos de la naturaleza. Semejantes efectos la secta estoica no los atribuye sino al fatalismo inevitable; al cual enseñaba que el hombre se debía someter sin queja ni murmuración: la misma secta corregía pero no condenaba la superstición popular, autorizando el culto de la divinidad, dirigido filosóficamente al alma universal difundida en todo el universo; de donde resultaba ser tantos los dioses cuantos son los elementos y partes constitutivas del mundo. La superstición creería M. Aurelio estaba de parte de los cristianos, cuya constancia en la fe la tiene *por mera obstinación* (lib. xi, pár. 3), imitando á Plinio, que aunque fué

Hechos todos estos preparativos, parten de Roma entrambos Emperadores el mismo año que triunfaron de los Partos, 166 de Cristo, de Roma 917, y se encaminan á Aquileya con el fin de anticipar la campaña del año siguiente. La primera época de esta guerra corre desde su principio hasta la muerte de Vero; la segunda tiene por término la rebelión de Casio, y la tercera fenece con la vida de M. Aurelio. La escasez de las memorias, su confusión y la falta

---

testigo y defensor de la inocencia de los mismos, no por eso dejó de ponerles la tacha de obstinados: *Non dubitandum qualecumque esset, quod dicerent, pervicaciam certè, et obstinationem inflexibilem debere puniri* (lib. x, ep. 97). Así lo juzgó M. Aurelio, violentando su genio bondadoso y compasivo, por el citado error común á todo paganismo; y mucho más por los clamores de magistrados crueles, de sacerdotes interesados y de un pueblo iluso y enfurecido, al cual en aquellas circunstancias era preciso contentar. Por esto nos inclinamos al parecer de Brukero (tom. II, pág. 592, edit. Lips., an. 1766), que le absuelve de la nota de supersticioso y sanguinario.

Resplandece la bella alma y el juicio de M. Aurelio, cuando con sinceridad informó al Senado que la milagrosa lluvia que salvó al ejército romano en una jornada contra los Cuados era efecto de las oraciones de la legión Melitana, toda compuesta de cristianos. Tertuliano cita esta carta en su *Apolog.*, cap. IX, y fuera locura el fingirla, empeorando con semejante ficción su propia causa. Garantes del prodigio son San Apolinar de Hierápolis, contemporáneo; Dión, que la refiere muy á la larga; Claudiano, que la describe (*de* VI *Cons. Honor.*, v. 340); y sobre todos, la columna Antonina subsistente en Roma (*Nard. Rom.*, vet. VI, 9), que en bajo relieve le representa, con las demás hazañas de Marco contra los Germanos. Ni esto, ni el ver que ningún cristiano siguió la facción de Casio, como observa Tertuliano, bastó para que la persecución cesase: ¡tan difícil es que los hombres, por virtuosos que sean, muden una de aquellas resoluciones en que creen interesarse la Religión y el Estado.

de datas, solamente nos permiten asegurar que desde el año 166 hasta el 169 se dió un gran número de batallas, las más con ventaja de los Romanos, pero en una fué vencido y muerto el prefecto del Pretorio, Furio Victorino. No fueron menores en número los tratados de paz que se entablaron, siendo propio de aquellos bárbaros pedirla en viéndose arrollados, como romperla después que el enemigo se retiraba. Vero la promovía eficazmente, pareciéndole admisibles todas las condiciones que le facilitasen el regreso á las delicias de Roma. Con que M. Aurelio hubo de contentarse con fortificar las fronteras de la Italia y de la Illiria y ponerlas á cubierto de las incursiones del enemigo.

Volvían juntos á Roma y en un mismo carruaje los dos hermanos, cuando Vero fué asaltado de un insulto de apoplejía; sangráronle y le transportaron á Altino, ciudad poco distante; allí murió á los tres días, sin haber recobrado el uso de la lengua, en la fresca edad de treinta y nueve años, el de Cristo 169. Capitolino, con razón, trata de sacrílegas las sospechas esparcidas contra Marco con la ocasión de esta muerte: más cuajaron las que hubo contra Lucilla, rabiosamente indignada contra el marido por su incestuoso comercio con la propia hermana Fabia, que, engreída con él, maltrataba á la cuñada Lucilla. A Marco Aurelio le sobraban motivos para no sentir la muerte del hermano, que sólo causaba embarazos y mortificación; y cuando dió gracias al Senado de los honores divinos que á petición suya le había concedido, no tuvo reparo en decir que desde aquel día fijaba en cierto modo la data de su imperio, desprendido de un colega cuya negligencia era de

estorbo al gobierno; dando á entender que á su vigilancia y consejos, no al trabajo de su hermano, debía la República el buen éxito de la guerra de los Partos; lenguaje bien diferente del que usa en sus reflexiones. Por esto y otros discursos, quisiera M. D'Acier enervar la narración de Capitolino, sin hacerse cargo que, desautorizado el historiador en el poco mal que cuenta de este Príncipe, lo quedara igualmente en el casi continuo elogio con que habla de sus acciones. Aquí mismo pondera inmediatamente su atención en consolar á las tías y hermanas de Vero, conservándolas en la misma clase en que estaban, y sañalándoles liberalmente pensiones que sufragasen á mantenerse con decoro. A los libertinos (1) del mismo Príncipe, que tanto habían abusado de su facilidad, se contentó con echarlos de Palacio, reteniendo únicamente á Eclecto (2), permitiéndolo así la Providencia, para librar al mundo del monstruo de Cómodo, hijo y sucesor de M. Aurelio.

Ocupado en Roma con estas disposiciones y con el matrimonio de la viuda Lucilla y Pompeyano, llégale al Emperador la fatal nueva de una victoria completa conseguida por los Marcomanos sobre el prefecto del Pretorio Vindice; en ella, si hemos de

---

(1) Nuestra lengua los llama *horros*, palabra que no sé si disonará á los oídos críticos de este siglo.

(2) El citado Pedro Mejía llama *Alecto* al que emponzoñó el vino para matar á Cómodo, y añade la particularidad de que, estando vomitándolo, fué necesario entrase otro, nombrado Narciso, para que le diese de puñaladas, *y así fué muerto en gracia y contento de todo el pueblo de Roma y aun de todo el mundo.* Gatakero y el anónimo francés sólo nombran á *Eclecto* por autor de este atentado.

creer á Luciano (1), murieron veinte mil Romanos, y el vencedor siguió el alcance de modo que puso en consternación á toda la Italia, avanzándose hasta Aquileya, que por poco no tomó.

Acaso las prevenciones extraordinarias de que hablamos arriba se han de referir á este apuro: que á todo da lugar la obscuridad y falta de orden en la historia. Lo cierto es que M. Aurelio, dueño ya de su persona y movimientos, partió con diligencia para la Pannonia el año de Cristo 170, donde se mantuvo cinco años consecutivos, tolerando extraordinarias fatigas con un ánimo muy superior á su intercadente salud, y obligando á los otros con su ejemplo á un tal rigor de vida, que muchas veces levantaban el grito contra la austeridad y máximas de la Filosofía.

Daba también ejemplos de valor militar: separaba un río á los enemigos del ejército romano; Marco, con poca escolta, se avanza á reconocer el paraje donde sus soldados pudiesen vadearle, y fué tal la lluvia de piedras que descargaron sobre él las

---

(1) *In Pseudomante*, donde con su acostumbrada sal refiere los embustes del famoso impostor Alejandro. Este prometió la victoria, con tal que fuesen echados al Danubio dos leones vivos con muchos aromas, y algunas ceremonias. Reconvenido después del mal suceso, se zafó diciendo que él no había especificado si la victoria sería en favor de los Romanos ó de sus enemigos. La narración de Luciano indica que Alejandro propuso su receta en presencia del Emperador, ó en campaña (lo que se combina mal con la historia) ó en Roma, de donde se enviase orden al ejército de practicarla, y en ambos casos, es preciso decir que los Estoicos creían que los oráculos pueden descubrir, ya que no mudar, la serie de los hados.

hondas del enemigo, que bajo de ellas hubiera quedado enterrado si los pocos que le acompañaban no le hubieran cubierto con sus broqueles. Espárcese el peligro en que estuvo el Emperador por el ejército, enfurécense los soldados, atraviesan el río y derrotan completamente á los bárbaros. Marco, antes de pasar adelante, reconoce por sí mismo el campo de batalla, no para hacer jactancia de la victoria y sí para compadecer á los muertos, curar á los heridos y ofrecer sacrificios. Este y otros sucesos favorables, contrapesados con pérdidas muy inferiores, empeñaron á M. Aurelio en la continuación de la guerra, que pensaba terminar con la entera sumisión de los Germanos. Mientras él se afanaba de este modo, en Roma celebraban sus vasallos los Docennales, esto es, el año décimo de su coronación, que concurrió con el de Cristo 171. Entre los hechos de armas más famosos de esta época, fué un sangriento combate sobre el Danubio helado; en él, la destreza y disciplina romana triunfó del valor y fuerza de los Jacyges. Otro fué aún más reñido con los Cuados. Estos, vencidos de los Romanos, dejaron en su retaguardia algunas compañías de tropa ligera, que, en aire de disputar todavía la victoria, empeñasen á los vencedores en unas gargantas y angosturas muy escabrosas y absolutamente faltas de agua. Los Romanos cayeron en el lazo y penetraron ciegamente hasta donde el enemigo los esperaba, y los rodeó por todas partes. Creían los Romanos que se trataba de un segundo combate, y para él se prepararon, haciendo con los escudos la que llaman tortuga.

El enemigo, dueño de las alturas y los pasos, y seguro de la presa, se estaba muy tranquilo en sus

puestos; entonces el Emperador y su ejército, advertido el yerro y la situación, se desalentaban con el cansancio, las heridas de muchos, el calor del sol que caía sobre ellos á plomo, la sed intolerable, y sobre todo la imposibilidad de salir del desfiladero aunque vendiesen caras las vidas. En este conflicto, cada uno acudió al dios que veneraba; y la legión Melitena (1), formada de cristianos de Capadocia, consiguió del verdadero una repentina lluvia que templó el ambiente, y que los soldados empezaron á recibir ansiosamente, primero en los broqueles, después en los morriones. Parecióles á los Cuados que ésta era la suya, y envisten con ímpetu á los Romanos; pero aquí se dobló el prodigio, convirtiéndose para los Cuados en tormenta con piedra y rayos, lo que para sus enemigos era una lluvia fresca y deliciosa: á vista de esto, los Cuados arrojan las armas y se entregan á discreción del Emperador, que les concedió las vidas, fué aclamado general por la séptima vez, y dió cuenta al Senado de lo acaecido. Es verosímil que en esta ocasión cayese en

(1) Véase la *Historia Eclesiástica* de Eusebio, lib. v, capítulo v, y á Orosio, lib. VIII, cap. xv. A lo que dijimos en la nota de la pág. xxxv, se puede añadir que la variedad de los gentiles en atribuirlo unos, como Dión, á magia del gitano Arnuphis, y otros, como Capitolino, á la oración de M. Aurelio, prueba en favor del milagro; y sentado éste, ¿á quién se le ha de dar por autor sino al Dios de los cristianos? Ni contra la sustancia del hecho hace el haberse perdido la verdadera carta del Emperador al Senado, siendo supuesta la que hoy tenemos al fin de la Apología de San Justino, ni tampoco el incidente de que á la legión intercesora no se diese título de Fulmínea ó Fulminante, como escribió San Apolinar; habiendo ya desde el tiempo de Augusto una Legión Fulminatriz, por tener en el escudo un rayo por divisa.

mano de los Romanos Ariogeses, rey de los Cuados, á quien Marco no impuso más pena que el destierro. Este prodigio le fija Sebastián Tillemont al año de Cristo 174.

Muchos pueblos de la Germania siguieron el ejemplo de los Cuados, pidiendo la paz á Marco Aurelio; concediósela, y el primer fruto que de ella sacó, fué el rescate de más de cien mil Romanos que estaban prisioneros. Condescendió también en que algunas colonias de los vencidos se estableciesen en tierras del Imperio, como en la Dacia, Pannonia, las dos Germanias, las riberas del Rhin y aun en Italia y Rávena. Presto conoció el inconveniente de semejantes gracias, pues los de Rávena conspiraron para apoderarse de la ciudad; echólos de Italia, y jamás volvió á admitir en ella semejantes huéspedes. Entre los oficiales que en esta guerra se distinguieron, uno fué Rufo Baseo, que de los ínfimos grados de la milicia subió á prefecto del Pretorio; otro Pompeyano, yerno del Emperador. Éste mostró un género de fortaleza más rara y estimable que la militar. Declaróse en favor de Pertinaz, que después sucedió á Cómodo, no obstante que estaba en desgracia de su suegro por una de aquellas tramas tan usadas en las cortes. Pertinaz era hijo de un liberto de Lolliano Avito, varón consular, por cuya protección consiguió una compañía, dejando la escuela de gramática que regentaba, y que á su ambición venía muy estrecha. Sirvió en Siria con distinción, y ahora en Germania lo empleó Pompeyano en el destacamento que él mandaba.

Hizo prodigios de valor, que referidos por Pompeyano al suegro y apoyados por la recomendación

del uno, justicia y generosidad del otro, volvieron á Pertinaz la gracia; de modo que el Emperador, confesado su yerro (lo que es tan raro en los hombres, como general y casi necesario el cometerlos por siniestros informes), lo desagravió, admitiéndole en el Senado, confiándole una legión, promoviéndole al consulado, y lo que más es, alabándole, no sólo en presencia de los soldados y senadores, sino en un discurso hecho de intento, para vindicarle de la envidia exasperada de su elevación; discurso que leyó y cita Capitolino, y en que el Emperador hacía relación de las hazañas y servicios de este general.

Marco Aurelio dedicó estatuas en la plaza de Trajano á todas las personas ilustres que perdieron la vida en esta guerra. Y cuando él pensaba internarse en el país de los Sármatas y sojuzgarlos, le atajó los pasos la rebelión de Oriente. Avidio Casio, siro de nación, era uno de aquellos hombres en quienes todo es grande, vicios y vírtudes, y predomina uno ú otro según las circunstancias. Usurpó el nombre del matador de César, afectando igual entusiasmo por el gobierno republicano, igual ojeriza con el monárquico, siendo así que lo que á él le dolía era que otro fuera el monarca: en lo que imitaba de veras al antiguo Casio, era en la fiereza, osadía y humor atrabiliario; tan diestro en el arte militar como esforzado é inexorable en la exacta disciplina. Por eso fueron puestas á su cargo las legiones de Siria, relajadas en Antioquía, á cuya moda vivían más que á la romana. Redújolas á su método, que no toleraba en campaña más mochila que lardo, bizcocho, y vinagre, que mezclado con agua servía de bebida. Publicó un bando con pena

de degradación á cualquiera oficial ó soldado que fuese cogido en el arrabal de Daphne; amenazólos con que tendrían que acampar si no mudaban de vida; obligábalos á hacer el ejercicio una vez á la semana, y les visitaba él mismo personalmente las armas y uniformes. Este fué el ejército que venció á los Partos é hizo proezas en Armenia y Arabia. El rigor de Casio degeneraba en crueldad; ponía en un palo á los merodistas, no le detenía el número, arrojando á veces al agua hasta diez soldados aherrojados con una misma cadena. Peor era otra invención suya: plantábase un palo elevado, y á lo largo de él eran atados en fila los condenados á muerte. Hacíase al pie una hoguera, y á los que el fuego no consumía, los ahogaba el humo. A los desertores los desjarretaba ó les cortaba las manos, creyendo que de este modo era más durable el escarmiento. Unos centuriones suyos que mandaban un cuerpo de auxiliares, atacaron y deshicieron tres mil enemigos, pero sin orden de sus jefes: el premio fué condenarlos á muerte de cruz; alborotóse al oirlo el ejército, cunde la sedición, y Casio la apacigua presentándose casi desnudo y gritando: *Heridme si os atrevéis, y añadid nuevo desorden á la disciplina relajada.* Con esto, aquietándose todo, logró ser respetado, porque no temió, como dice Vulcacio Galicano. A proporción de lo violento era su carácter inconstante, ya impío, ya religioso; parco y sobrio unas veces, otras glotón y bebedor; hoy casto, otro día lascivo; llamábanle y él se preciaba de ser otro Catilina, protestando que para serlo de veras pensaba matar al autor de *Diálogos filosóficos*, comparando en esto á Marco con Cicerón, padre no menos de la

filosofía que de la elocuencia romana. Sus malos designios los conjeturó Lucio Vero y los comunicó á su hermano, diciéndole, entre otras cosas, que á él mismo le llamaba *luxuriosum morionem*, y á Marco *Philosopham aniculam*. La respuesta de éste respira un heroísmo tan notable, que se hace sospechosa; cita en ella el dicho de su abuelo Adriano (1).

Continuó, pues, empleándole como si no tuviera de él recelo alguno, y últimamente le cometió la guerra contra los Bucolos ó pastores sublevados en Egipto. El año 175 de Cristo se quitó Avidio la máscara, pues con la ocasión de una enfermedad del Emperador, esparció la voz de haber fallecido en ella, pareciéndole que, sin eso, ni los soldados ni los pueblos nunca se apartarían de la fidelidad debida á tan buen Príncipe. Confirmó este falso rumor con otro consiguiente, de haberle aclamado á él por sucesor de Marco el ejército de Pannonia. Reconócenle las legiones de Siria, engañadas, y uno de los primeros oficiales le viste con las insignias imperiales, recompensado con la Prefectura del Pretorio. Continuando la farsa, cuenta entre los dioses á M. Aurelio. Dale la obediencia todo el Oriente; con eso resucita Marco, y Casio se declara contra él abiertamente, bien que conservando algún respeto á su persona: *Marco realmente es bueno, pero con el*

(1) *Successoren suum nullus occidit;* y otro igualmente verdadero y sin aire de acertijo: *Misera conditio imperatum, quibus de affectata tirannide nisi occisis non potest credi;* y concluía: *Nam quod dicis, liberis meis cavendum esse morte illius, planè liberi mei pereant, si magis amari merebitur Abidius, quàm illi; et si Reipublicæ expediet Cassium vivere, quàmliberos Marci.*

pretexto de conservar la fama de clemente, tolera aquellos cuya vida no es de su aprobación; no dejando por eso de zaherirle: *Marco Antonino filosofa y disputa de los elementos, del alma, de lo honesto y justo, sin cuidar de la República,* que así se explica en una carta á su yerno, gobernador de Alejandría.

El valeroso y fiel Marcio Vero, gobernador de Capadocia, dió parte al Emperador de la rebelión de Casio, cuya fama puso en consternación al ejército y mucho más á Roma. Aquietáronse los soldados con una alocución de Marco, verdaderamente de oro, y que bastaría sola para calificar á su autor, no solamente de filósofo sano, sino también de uno de los mejores soberanos que nos ofrece la Historia.

No llegó el caso de emplear la buena voluntad de los soldados, excitada con este discurso: al cabo de tres meses y seis días, mataron á Casio, en una marcha, el centurión Antonio y un decurión: igual suerte tuvieron el hijo Meciano y el Prefecto del Pretorio; y su partido se vió enteramente abandonado, volviendo en sí los pueblos y las legiones de Siria, que celebraron unánimemente la muerte del tirano Casio. No lo hizo así Marco Aurelio, con ser el principal ofendido, pues habiéndole presentado la cabeza de Casio, no mostró más afecto que de compasión, y mandó luego darla honrora sepultura. El Senado había declarado traidor á Casio y confiscádole los bienes: M. Aurelio concedió la mitad á los hijos, y el producto de la otra mitad no quiso que entrase en el Fisco imperial, sino en el Tesoro público; exceptuando de la confiscación las joyas, de que hizo donativo á las hijas. Alejandra, una de ellas, con su marido Drunciano, quedó en plena

libertad; y lo mismo sucedió á los varones, á excepción de Heliodoro, que como más delincuente fué confinado en una isla.

Por colmo de su clemencia, añadió Marco Aurelio la prohibición que se insultase á la familia de Casio por lo sucedido, y hubo condenados en juicio por haber contravenido á este decreto. Fué tan indulgente con los sublevados como lo había sido respecto á la familia de Casio, encargando al Senado no los tratase según sus delitos; y no bastando su primera carta (1), repitió la segunda, mucho más obligante, con la amenaza de que le costaría la vida, por estas palabras: *Si id á vobis non impetrabo*, *ad mortem ipse ibo celeritèr*. La única pena que sufrieron los culpados fué la del destierro (que presto se alzó á los más de ellos), comprendido Flavio Calvisio, que había sublevado á Egipto, de que era prefecto.

Marco Aurelio tuvo que vencer no poca contradicción en el ejercicio de su clemencia. Afeábasela uno con la pregunta: *¿Y si Casio hubiera vencido?* Responde: *No hemos servido tan mal á los dioses*, *ni vivido de modo que él nos había de vencer;* principio muy falso para quien sabe que Dios tiene una eternidad en que trocar las suertes de este mundo, pero adoptado de M. Aurelio tan firmemente, que lo quiso persuadir con ejemplos, citando por una parte á Calígula, Nerón, Otón, Vitelio, Domiciano y Galba, cargándoles por delito imperdonable la ava-

(1) Ó sea, oración mandada leer en el Senado, como se hizo con las más expresivas aclamaciones, entre otras prendas, á la filosofía de Marco; título que sin embargo no prevaleció, como en otra parte notamos.

ricia; y, por el contrario, apoyando la clemencia y desinterés de Augusto, Nerva, Trajano, Adriano y Antonino.

Quien más hacía fuego contra los rebeldes era la emperatriz Faustina. Su marido responde: *Que la clemencia es el mayor timbre de un emperador romano, y que por su voto, aun á Casio le hubiera salvado la vida.* El alzamiento de este gobernador de Siria ocasionó una ley, para que á nadie se diese el gobierno de su patria. Parecióle al Emperador que su presencia era necesaria para acabar de sosegar el Oriente conmovido. Parte, pues, á la vuelta de aquel país al fin del año 175, después de haber dado á su hijo Cómodo (1), por representación del Senado, la potestad tribunicia; y le condujo consigo, como también al resto de la familia. Apenas llegado allá, le presentan todos los papeles de Casio, con las pruebas de la conjuración y lista de los cómplices: sin leerlos los mandó quemar, por no ponerse en la necesidad de aborrecer (2) á algunos. Perdonó á las ciudades que habían seguido las partes del rebelde; con la sola Antioquía estuvo al principio más severo; cuando entró en Siria no la quiso ver, y por un decreto la privó de teatros y diversiones públicas, de poder juntarse á deliberar, con lo demás que es

(1) Divulgada la rebelión, le hizo ir al ejército, para asegurarse más de los soldados; y allí, á 7 de Julio de este año 175, le vistió la toga viril.

(2) Algunos atribuyen este hecho á Marcio Vero, que por salvar á otros se expuso á desgraciarse con el Emperador; á cuya gloria es indiferente que él lo ejecutase, ó ejecutado por otro, lo tuviese á bien. Ammiano Marcelino, lib. XXI, es el que dice: *Ne insidiatoribus cognitis, invitus quosdam habere posset offensos.*

propio de la jurisdicción municipal. Poco duró el enfado: no le sufrió el corazón ver la grande aflicción de aquella ciudad, y contentándose con las señales que dió de arrepentimiento y sumisión, la restituyó sus privilegios, la visitó y consoló como á las otras. En todas se dejaba ver en los templos, escuelas, casas de Ayuntamiento y otros parajes públicos, prestándose afablemente para que todos le pudiesen ver y hablar, granjeándose con tan repetidas demostraciones de magnificencia y piedad el afecto y estimación general del pueblo. Por estos caminos reinaba M. Aurelio en los corazones de sus vasallos; y era tan respetado en las más remotas provincias del Imperio como en la misma capital de Roma. ¡Tal es la fuerza de la justicia y equidad de los reinantes! Estando en Siria le cortejaron algunos reyes de Oriente; y el de los Partos le envió una embajada. Marco los recibió muy cortésmente; renovó con todos los tratados antiguos, y se hizo amar de sus vecinos y aliados, como de sus propios vasallos, dejando en todas partes vestigios de una filosofía fecunda, no en discursos alambicados, sino en obras realmente convenientes á la humana sociedad.

Por este tiempo perdió á su esposa Faustina, de mal improviso y repentino, que la sobrevino en una aldea de Capadocia, á las faldas del Tauro, por nombre Halala. Sus costumbres no fueron tan aplaudidas ni correspondientes á la austeridad con que M. Aurelio se conducía en sus acciones privadas y públicas. En el Capitolio (1) se conserva todavía un

(1) Memorias de Trevoux, Junio de 1751, art. 74.

fragmento de arco triunfal de M. Aurelio, en que se representa la apoteosis de Faustina.

Marco Aurelio pidió esta distinción de Faustina al Senado, el cual añadió á la apoteosis estatua de oro en el sitio principal del teatro que ella ocupaba viva, debiendo concurrir allí en su memoria las matronas romanas; y además acordó que se la erigiesen estatuas de plata en el templo de Venus, y una ara, en que sacrificasen los que se desposaban. En el pueblo de su muerte fundó el Emperador una colonia, llamada Faustinópolis, con templo, que después fué dedicado á Heliogábalo. En el primer libro de sus reflexiones alaba M. Aurelio las prendas de Faustina, su esposa, dando un ejemplo de la atención que los hombres deben al decoro del matrimonio, por más que algunos disgustos domésticos pudiesen alterar otro ánimo menos filosófico. Fabia, hermana de Lucio Vero, ansió ciegamente suceder á Faustina. Marco no quiso dar madrastra á sus hijos, permitiéndose otros ensanches no reprobados en el paganismo. De Siria pasó Marco á Egipto (1), y en Alejandría se familiarizó con aquellos ciudadanos, viviendo como uno de ellos, y como filósofo más que como emperador.

En Pelusio suprimió las licenciosas fiestas de Se-

(1) Mr. D'Acier le lleva primero á Egipto y después á Siria; á nosotros nos pareció más arreglado el orden que seguimos. Más disonante nos parece el empeño del mismo escritor en impugnar lo que dice Capitolino (cap. XXIX) de la concubina de Marco Aurelio. Esto de tomar los autores á medias, dándoles fe en lo que nos acomoda y negándosela en lo que se impone á nuestras ideas, no nos parece conforme á las leyes de la historia y de la sana crítica.

rapis, permitiendo solamente á los sacerdotes hacer sus funciones sin algazara ni romería. En el poco tiempo que se detuvo en Esmirna, distinguió singularmente al orador Arístides, y le oyó la elegante oración en alabanza de la misma ciudad, que todavía se conserva, y para la cual juiciosamente pidió tiempo el orador, desaprobando á los que faltan al respeto al auditorio hablando de repente y sin prepararse. De allí vino á Atenas, donde fué iniciado en los misterios de Ceres Eleusina. Concedió á la ciudad muchos privilegios útiles y honoríficos, dotando cátedras para las ciencias. En la vuelta á Italia padeció una borrasca, pero á pesar de ella entró felizmente en el puerto de Brindis, donde él y su corte soltaron la armadura y se vistieron de paz. Llegado á Roma con la gloria de vencedor de Germania y pacificador del Oriente, triunfó con su hijo Cómodo el 23 de Diciembre del año de Cristo 176, 927 de Roma. Al triunfo se siguieron juegos y espectáculos suntuosos; ocho monedas de oro repartidas á cada ciudadano. Casi dos años parece que se detuvo en Roma, reformando abusos, mejorando el gobierno y filosofando en el retiro de Lavinio. En 177 asoció en el imperio á Cómodo, apellidándolo augusto y padre de la patria, desposándole el año siguiente con Crispina, hija de Bruttio Presente, varón consular.

Creía el buen padre que esta elevación alejaría á Cómodo de las bajezas de sus costumbres sórdidas, habiendo mostrado desde su tierna edad inclinaciones impropias de su alta cuna y de la dignidad imperial á que estaba destinado: justador, bailarín, cantor, gladiador y comediante, jamás se aprovechó

de las lecciones de los excelentes maestros que su padre le había señalado. La crueldad empezó en él desde la edad de doce años: no encontrando el baño caliente, mandó arrojar en un horno encendido al que tenía ese cuidado. Juliano fué de opinión que en tales circunstancias M. Aurelio debió desheredar al hijo y nombrar por sucesor al yerno, por ser providencia más conveniente á la seguridad propia. Muy lejos estaba M. Aurelio de semejante rigor; antes con su blandura y disimulo dió lugar á que acabase Cómodo de pervertirse. Ensoberbecido con los nuevos honores, apartó de sí á los virtuosos fieles consejeros, puestos por su padre, y buscó gentes sin decoro que fomentasen sus vicios. Echólas de palacio Marco, pero fueron tales el sentimiento del hijo y la flaqueza del padre, que se las restituyó, y con eso acabó de soltar la rienda á las pasiones, especialmente á las del vino, juego y lascivia, escandalizando á Roma y profanando el Palacio, dentro del cual hizo alguna vez de gladiador y cochero. No fué ésta la única adversidad que trabajó los últimos años de Marco Aurelio.

En el de Cristo 178 retoñó la guerra de Alemania, que no había sido terminada radicalmente. A detener el ímpetu de los bárbaros se adelantan Pertinaz y los dos Quintilios, tan célebres por su valor y pericia militar como por su fraternal unión. Síguelos el Emperador con su hijo Cómodo á 5 de Agosto del mismo año. Dió el mando del ejército á Paterno, que derrotó completamente al enemigo en una función que duró todo el día; y de resulta de ella los soldados aclamaron general á Marco Aurelio por la décima y última vez. Otros generales consiguieron también

grandes ventajas, á saber: Pertinaz en la Mesia y en la Dacia, y otros en varias provincias.

Con sucesos tan favorables, el Emperador consintió en poner fin á la guerra, domando de una vez aquellas belicosas naciones. Estorbóselo la muerte, que le asaltó en Viena de Austria antes de cumplir los dos años de campaña. Quién la atribuye á traición de los médicos, ganados por Cómodo (1), impaciente de reinar; quién á resolución de Marco, por la vergüenza y dolor que le causaba el desarreglado porte de su hijo, y quién más sencilla y verosímilmente á efecto de la peste que había contagiado al ejército.

A los seis días de enfermedad procuró con una paternal amonestación abrir los ojos á su hijo, y ponerle en el verdadero camino de una vida racional y un gobierno justo. Hízole llamar á su cama en compañía de los mejores amigos y consejeros más fieles, y apoyándose sobre el codo les dijo en sus-

(1) Mr. D'Acier, *pro suo etiam in malos æquiori ingenio*, como nota Estanhope, defiende á Cómodo; y para eso recurre á Herodiano, según el cual Cómodo no se dejó dominar de los vicios hasta después de la muerte de su padre, y se desentiende de lo que expresamente dice Capitolino, que Marco al morir aplicó á su hijo la sentencia de Filipo de Macedonia acerca de Alejandro en sentido bien diferente, esto es, que todo el Imperio no bastaría para saciar los vicios y liviandades de Cómodo. El mismo historiador dice (cap. XXVII) que á Marco Aurelio no le pesaba de morir y perder de vista al hijo: *Nam jam Commodus turpem se, et cruentum ostentabat.* Y poco después: *Fertur, illum mori voluisse, cum filium talem videret futurum, qualis extitit post ejus mortem; ne, ut ipse dicebat, similis Neroni, Caligulæ, et Domitiano esset.* Y Dión refiere su respuesta al tribuno que le pedía la palabra: *Abi ad orientem: ego enim jam ad occasum commeo.*

tancia, según lo refiere en su historia Herodiano: «Amigos míos, no es maravilla que os enternezca mi estado, porque es natural al hombre compadecer á su semejante, y más si le ve por sus ojos padecer. Más me prometo yo de vuestro afecto; y el que os profeso me es fiador de vuestra recíproca amistad. Ha llegado el tiempo, para mí, de coger el fruto de los beneficios de que en tantos años os he colmado, para vosotros, de mostrar hasta dónde se extiende vuestro agradecimiento. Mi hijo os necesita: vosotros me le habéis criado hasta ahora, y no podéis dejar de conocer á cuántos peligros queda expuesta su mocedad, que con razón se puede comparar á la agitación de las olas embravecidas; y así, necesita en ella de pilotos diestros que le gobiernen con prudencia y no permitan que su inexperiencia le precipite en los escollos que le rodean, y le arrastren hasta sumergirle las corrientes halagüeñas de los vicios. Moderadle, dirigidle con vuestros consejos; portaos de manera que en vosotros encuentre otros tantos padres por uno que la muerte le arrebata. Porque has de saber, hijo mío, que no hay riquezas que puedan henchir el abismo insondable de la tiranía; no hay guardia tan numerosa que asegure la vida de un príncipe descuidado en granjearse el amor de sus vasallos. Los acreedores á gozar larga y felizmente de la soberanía son los que se esmeran, no en espantar con la crueldad, y sí en apoderarse de las voluntades por medio de la afición que la bondad del que manda inspira á los que obedecen. En quien te has de fiar no es en esclavos sujetos por necesidad, y sí en ciudadanos bien inclinados, que la benevolencia cautiva, que obran por afecto y no

por adulación; cuya lealtad es tan inalterable como los principios en que se funda. Ánimos así dispuestos jamás intentan sacudir el yugo, á no ser que el príncipe con su arrogancia y dureza excite en ellos tan mal pensamiento. Pára mientes, hijo mío, y reflexiona que es sumamente arduo poner coto á las pasiones, cuando no le tiene el poder de satisfacerlas. Tales son, amigos míos, las lecciones que á mi hijo convienen: repetídselas con frecuencia; que así tendréis en él un manantial de felicidad privada vuestra, y pública de todo el Imperio, y á mí me corresponderéis con usuras, obligando mi memoria y haciéndola inmortal.» ¡Avisos tan cuerdos como inútiles! á los cuales no sobrevivió M. Aurelio más que un día y una noche, espirando á 17 de Marzo del año de Cristo 180, de Roma 931, en los cincuenta y ocho (1), diez meses y veintidós días de su edad. El sentimiento causado por su muerte fué tan sincero como universal.

---

(1) Capitolino, citado por Gatakero, le da sesenta y uno, de cuyo dictamen es Eusebio, alegado por Pedro Mexía, que fija la muerte de Marco á los 182 del Señor; pero nosotros seguimos á Dión, con quien se conforma Sexto Aurelio. Por lo demás, Capitolino es á quien principalmente ha de acudir el que quiera más noticias de M. Aurelio. Los otros autores antiguos que se pueden consultar son Xiphilino (tomándolo de Dión), Herodiano traducido por Angelo Policiano, Vulcacio Galicano, Esparciano, Paulo Orosio, Eutropio, Jornandes ó Jordano, San Isidro, y entre los modernos Tillemont en sus Memorias para la *Historia de los Emperadores,* Guillermo Wotton en la *Historia romana* desde la muerte de Antonino hasta la de Alejandro Severo, D'Acier, Gatakero, Crevier (á quien nosotros seguimos casi en todo) en el tomo VIII de su *Historia de los Emperadores*, Mr. de Servies en su *Historia de las Emperatrices*, y el Abad de Condillac en el lib. XIV, caps. IV y V de la *Historia antigua.*

El Senado y el pueblo por aclamación y sin deliberar le publicaron por dios y le reverenciaron como á tal; lo que después se confirmó por un decreto que comprendía todos los honores humanos y divinos: arco triunfal, estatua de oro en el Senado, templo, altar, sacerdotes; no por costumbre, como sucedía con sus antecesores, sino por una persuasión tan íntima de su inocencia y santidad de vida, que pasaría por impío, según afirma Capitolino, el que entre sus dioses caseros no tuviese alguna imagen de M. Aurelio; y Diocleciano, más de un siglo después, se preciaba de contarle entre sus principales divinidades. Prueba de esta persuasión es lo acaecido en Roma el día de sus honras, que se celebraron con demostraciones del mayor júbilo, juzgando todos que no se debía llorar á quien suponían colocado entre los dioses. Del mismo autor es la reflexión de haber sido tal la virtud de M. Aurelio, que no bastaron á empañarla las costumbres de Cómodo ni las de Faustina; consistiendo la gloria de nuestro Emperador en que, reinando él, no se echase de menos á su padre Antonino Pío.

Marco Aurelio usó de la razón de tal modo, que siendo austero en sus costumbres personales, siguió la filosofía para templar sus pasiones y hacer felices á los pueblos que la Providencia había puesto bajo su mando, ó por mejor decir, había encomendado á su patrocinio. ¡Qué senda tan propia para asegurarse Cómodo en el Imperio, si con él hubiera heredado é imitado las virtudes de Marco su padre y antecesor! Habría sido completa la sabiduría de M. Aurelio si á ella hubiese unido el conocimiento de los dogmas de la religión cristiana.

SOLILOQUIOS (1)

DEL EMPERADOR

MARCO AURELIO.

LIBRO PRIMERO.

Aprendí de mi abuelo Vero (2) el ser de honestas costumbres y no enojarme con facilidad.

De la buena fama y loable memoria de mi padre (3), el portarme con modestia y varonilmente.

---

(1) Soliloquios son, en realidad, estos libros, de cuya inscripción vea el lector en la nota de Gatakero cuánto se ha disputado: nosotros seguimos la autoridad de Leibnitz, que así los llama en su *Theodicea.*

(2) Annio Vero, abuelo de nuestro Emperador, fué Cónsul y Prefecto de Roma.

(3) El padre natural de nuestro Emperador se llamaba Annio Vero, que murió, siendo Pretor, en la menor edad de Marco Aurelio. De la madre, cuyo nombre es Domicia Calvilla, hija de Calvisio Tullo, dos veces Cónsul, hace un elogio Mr. D'Acier, alabando su esmero en la educación de los hijos, y en no haber imitado la conducta de aquellas que ponen todo su cuidado en criarlos con extraordinaria delicadeza y mucho lujo.

De mi madre, la religión para con Dios; la liberalidad para con todos; el abstenerme, no sólo de ejecutar acción mala, sino también de cebarme en el pensamiento de ella, y, además, el ser frugal en la comida y estar lejos de hacer una vida opulenta.

De mi bisabuelo (1), el no desdeñarme de frecuentar las escuelas públicas, y en casa echar mano de los mejores maestros, bien persuadido que en este particular no se debe perdonar gasto alguno.

Del ayo (2) *aprendí* el no tomar partido en los juegos (3) públicos, no siendo del bando de los prasinos ni venecianos, ni inclinándome á los parmularios ó scutarios. Enseñóme también la tolerancia en

---

(1) El bisabuelo paterno se llamaba Annio Vero, que fué Pretor, y á quien Capitolino atribuye esta enseñanza de Marco Aurelio. El traductor francés de la edición de Bovillon, año 1772, piensa de otra manera, aplicando eso mismo á Catilio Severo, bisabuelo materno, que fué dos veces Cónsul, y Pretor de Roma, de quien escribe: «Catilus-Severus, qui étoit un homme fort sage, et d'une grande austérité de mœurs, ne voulut pas que son petit fils allâit aux écoles publiques, parce qu'il étoit persuadé qu'elles corrompoient plus le coeur, qu'elles ne formoient l'esprit; et contre la coutume de ce temps, il voulut, qu'il fût élevé chez lui, et qu'on n'épargnâit rien pour avoir les plus habiles maîtres.»

(2) Ni Capitolino, ni otro alguno de los antiguos, nos dice quién fuese el ayo de Antonino. El traductor francés, á tientas, va á dar con él: *Si je ne me trompe, il s'appellait Charilaüs.*

(3) En los juegos circenses había cuatro facciones, que se diferenciaban por el color de los vestidos que traían los aurigas ó cocheros, así como se notaban otras cuatro especies de gladiadores, por la diversa forma de espada que usaban. Entre los primeros cuenta ahora nuestro Emperador á los prasinos y venecianos, y entre los segundos á los parmularios y scutarios.

el trabajo, el contentarme con poco, el servirme á mí mismo, el no implicarme en los negocios ajenos, y no ser fácil en dar oídos á los chismosos.

Habiendo aprendido de Diogneto (1) el desprecio de ciertas artes inútiles y vanas, *me mantuve* en no dar crédito á nada de cuanto dicen los encantadores y magos cerca de sus hechizos y arte de espantar los demonios y otras supercherías de esta clase. *Jamás me entretuve* en la que llaman pelea de (2) codornices, ni me dejé embaucar de semejantes vagatelas. *El mismo me habituó* á saber llevar la zumba en las conversaciones, el familiarizarme con la filosofía, dándome por maestros, primero á Bacchio, después á Tandasis y á Marciano, que, de niño, me ejercitase en componer diálogos morales; que, en vez de asiento blando, usase de unas duras tablas cubiertas con una piel; que, en fin, pusiese por obra cuanto lleva consigo la profesión de filósofo griego.

Consejo fué de Rhustico que yo me pusiese á pensar, que tenía necesidad de corregir y componer mis costumbres, y que corría por mi cuenta el cuidar de ellas, evitando todo género de hinchazón sofística, sin publicar nuevas instrucciones y métodos de vivir, sin recitar exhortacioncillas á la virtud, no queriendo sorprender al público con una profesión ostentosa de hombre bien ocupado en la meditación y ejercicio de la filosofía, no procurando pasar plaza

(1) Claudio Salmasio, sobre Capitolino, trata de la facultad que enseñaba Diogneto, del cual se duda si fuese pintor, al mismo tiempo que filósofo.

(2) Es controvertida la lección griega **ὀρτυγοτροφεῖν**, *criar codornices*. Suidas lleva **ὀρτυγοκοπεῖν**, *hacer pelear las codornices*.

ni de orador, ni de poeta, ni de astrólogo; no usando en casa vestido grave y de ceremonia, ni dando otras iguales pruebas de aparente severidad. *El mismo Rhustico me persuadió* que aun en las cartas siguiese un estilo natural y sencillo, semejante al que se deja ver en aquélla que él mismo, desde Sinuesa, escribió á mi madre; que de tal manera dispusiese mi ánimo para con aquéllos que, faltando á su deber, me diesen algo que sentir, que al punto que quisiesen volver á mi amistad, yo, con toda facilidad y buena gracia, me reconciliase con ellos. *Del mismo aprendí* á leer con mucha reflexión, no contentándome con una noticia superficial y pasajera de los escritos, á no dar fácil asenso á aquéllos que, sobre todo, hablan de ligero; *débole también el favor* de haber leído los escritos de Epicteto, habiéndome enviado el ejemplar que en su casa tenía.

Debo á Apollonio (1) el saber obrar con libertad de espíritu, *desembarazado de vanos respetos*, el fijarme en mis resoluciones sin perplejidad, el no gobernarme por otros principios que por los de una buena razón, aun en las cosas mínimas; el ser siempre el mismo en los dolores agudos, en la pérdida de los hijos, en las largas enfermedades; *y en el mismo*, como en vivo ejemplar, ví claramente que cabe muy bien el que uno propio, según la cosa lo llevare, sea, ya muy eficaz, ya remiso; ví que no debe un maestro, en sus lecciones, mostrarse desabrido é im-

(1) Apollonio el de Chalcide, filósofo estoico, al cual Damonacte el Cínico, viendo que partía con su comitiva, llemado del emperador Antonino Pío, notó de avaro con decir: *Vé aquí Apollonio con sus argonautas;* como que el vellocino de oro le tiraba á Palacio.

paciente; vi un hombre que no hacía alarde de su destreza en saber proponer y acomodar las instrucciones á la capacidad de los oyentes; un hombre, por fin, que sabía cómo se deben recibir, de parte de los amigos, los que se llaman beneficios, sin que por ellos quede uno hecho como esclavo del otro, y sin que, por no contar con los favores recibidos, se muestre desconocido.

Enseñóme Sexto (1) un afecto cordial para con todos: *me dió* en su familia el modelo de una casa, gobernada antes con amor de padre que con severidad de amo; *me dió* la idea de una vida, conforme (2) á la razón natural, y de una gravedad sin afectación; *me avisó* del cuidado que se debe tener de acertar con el gusto de los amigos, y de sobrellevar las groserías de los ignorantes y atolondrados; en suma, el arte de acomodarse uno á todos, de modo que en su trato familiar se note más atractivo que suele experimentarse en toda adulación, y al propio tiempo se adquiera entre aquéllos mismos la mayor veneración y respeto debido; *otra instrucción suya fué* el método claro y camino seguro de inventar y ordenar las máximas necesarias para una vida ajustada, y que no se trasluzca señal de ira ú otra pasión; antes bien, por el contrario, libre de estos afectos, al mismo tiempo sea muy entrañable é in-

(1) Sexto Cheronense, el sobrino de Plutarco, y no Sexto Empírico el Pirrónico. *Gatak.*

(2) La fórmula estoica *vivir conforme á la naturaleza,* dejónosla bien declarada Cicerón, *Offic.*, lib. III, *quod á stoicis dicitur convenienter naturæ vivere, id habet hanc, ut opinor, sententiam, cum virtute congruere semper.*

clinado á honrar, sin darlo á entender, así como muy instruído, sin ostentar la erudición.

Alejandro (1) el gramático *hizo con su ejemplo* que yo no fuese amigo de reprender ni de zaherir á aquellos que se les fuese ó un barbarismo ó un solecismo ó una viciosa pronunciación de una sílaba; antes bien procurase con maña sustituir aquello sólo que se debía haber proferido, ó bien como quien pregunta, ó bien como quien confirma, ó como quien examina, no la palabra misma, sino la cosa dicha, ó por fin, como quien amonesta con disimulo de alguna otra semejante manera cortés y agradable.

Frontón (2) *me hizo* comprender perfectamente cuál suele ser la envidia, la astucia y la hipocresía propia de un tirano, y *al mismo tiempo observar* que en general estos que entre nosotros llevan el nombre de patricios son en cierto modo insensibles á aquel amor que la naturaleza inspira para con las personas allegadas.

Debo á Alejandro (3) el platónico el consejo, no sólo de no decir frecuentemente á nadie, ni de escribir, sin que sea absolutamente necesario, que estoy muy ocupado, pero aun de no rehusar jamás, con el pretexto de los negocios presentes, el cumplimiento de ninguna de aquellas obligaciones que los varios respetos de la sociedad piden de justicia.

---

(1) Arístides hace la oración fúnebre de este insigne y doctísimo gramático.

(2) Frontón el orador, no Frontino el retórico.

(3) Gatakero no acaba de resolver si éste fué Alejandro de Sicilia, sofista, secretario de M. Antonino para las cartas griegas, ó el Alejandro Damasceno, de quien hace mención Galeno.

De Catulo (1) *entendí* no deberse despreciar las quejas de los amigos, aun cuando aconteciere que se quejen sin razón; sino que, al contrario, es bien satisfacerles y procurar reducirles á la buena armonía acostumbrada: ser cosa muy loable el que los discípulos con gusto y buena voluntad alaben á sus maestros, como es fama que lo hacían Domicio y Athenodoto; por fin, que la naturaleza exige de los padres un afecto verdadero para con los hijos.

En mi hermano Severo (2) *tuve ejemplo* de ser amante de la familia, de la verdad y de la justicia; *debíle el favor* de haber conocido por su medio á Thraseas (3), Helbidio, Catón, Dión y Bruto; *me dió* igualmente una idea cabal de un gobierno republicano, en que rija un derecho igual y común libertad en dar su voto (4), como de un reino que se proponga por objeto principal el conservar la liber-

---

(1) Entre los estoicos, de quienes tomó lecciones nuestro Emperador, Capitolino hace mención de Cinna Catulo. De Domicio y Athenodoto sólo sabemos los nombres.

(2) Algunos críticos corrigieron 'Ουήρω, en vez de Σεωήρω, pero el Gatakero convence que Vero, el hermano adoptivo de M. A., ni pudo dar tan buen ejemplo, ni hacer semejantes oficios á nuestro filósofo, siendo aquél una sentina de todos los vicios; y así concluye que este *Severo* quizá era *Claudio Severo*, *Peripatético* insigne, de quien habla Capitolino; ó si no, que sería algún pariente que llevaría el nombre del bisabuelo materno *Catilio Severo.*

(3) Son éstos los varones ilustres de la Filosofía, de los cuales escribe Tácito, *An.*, lib. XVI, é *Hist.*, lib. IV, Arriano, lib. I y lib. III, Plutarco, Suetonio y otros.

(4) Esto es lo que significa la voz griega ἰσηγορία. Xenofonte hace al príncipe Ciro que con gracia note el desorden de un convite en el cual Astiages con sus vasallos, después de haber bebido, hablaban cuanto se les venía á la boca.

tad (1) de sus vasallos; *ni menos obligado me reconozco al mismo* por haber aprendido de su *trato* el saber vivir sin zozobra, con aprecio y aplicación constante á la Filosofía; el ser amigo de favorecer á otros, ejercitando con empeño la beneficencia; el esperar siempre bien y vivir persuadido de la buena fe y correspondencia de los amigos; el no disimular por esto la poca satisfacción que de alguno de ellos tal cual vez se tuviese; el no esperar que los amigos, conjeturando, le adivinen á uno con su gusto ó inclinación, sino procediendo francamente con ellos.

En Máximo (2) *advertí* que debe uno ser dueño de sí mismo, sin dejarse jamás arrastrar de las ocasiones; que así en otras cualesquiera circunstancias, como en las mismas enfermedades, ha de estar uno de buen ánimo; que debe generalmente tener bien templadas y moderadas las costumbres, parte suaves y apacibles, parte graves y majestuosas; que sin quejas ni murmuraciones debe uno cumplir con las obligaciones que le están á cargo; *observé* que todos creían de él, que así sentía como decía, y que cuanto obraba, todo lo hacía de buena fe y sin fin torcido.

Noté en el mismo un no admirarse (3) jamás, no pas-

---

(1) No piensa en decir M. A. que en su imperio monárquico se quisiese restituir la democracia; lo que dice es lo que de él escribió Capitolino: *Cum populo non aliter egit, quam est actum sub civitate libera*, y lo que Tácito, en la vida de Agrícola, escribe de Nerva: *Res olim disociabiles miscuerit principatum, et libertatem.*

(2) Era éste Claudio Máximo, filósofo estoico, de quien habla Capitolino, y no el célebre Platónico Máximo Tyrio.

(3) Esta es una libertad filosófica de espíritu, ó antes bien,

marse de nada, no andar jamás apresurado, jamás perezoso, jamás perplejo, jamás en lo interior acongojado ni en lo exterior fingidamente risueño, jamás de nuevo enojado, jamás, finalmente, poseído de sospecha. *A más de esto, vi en él* una gran inclinación á hacer bien, á perdonar fácilmente, á decir siempre la verdad, dando antes pruebas de no poder ser jamás pervertido que de necesitar alguna vez ser corregido; *y lo que me pareció cosa bien rara*, que nadie tuvo jamás motivo para pensar que Máximo le despreciaba, ni que Máximo se tenía por mejor que él; por fin, que no quería ser reputado por un hombre sobradamente urbano y discreto, ni que se pagaba de cortesías.

Mi padre (1) *me dió un ejemplar de todas las virtudes;* de clemencia y mansedumbre; de constancia inalterable en las resoluciones tomadas con madurez; de indiferencia respecto á la gloria popular, mostrando hacer poco caso de las que se tienen por honras; de aplicación á los negocios con gusto y sin cesar, prestándose á oir á los que quisiesen proponerle algún proyecto de pública utilidad.

Este mismo me presentó á la vista el modelo de un príncipe tan amante de la justicia que era inaccesible á toda sugestión que le estorbase el dar á cada cual

---

aquella insensibilidad estoica que Horacio, lib. I, ep. 6, recomienda como una cabal bienaventuranza:

Nil admirari prope res est una, Numici,
Solaque, quæ possit facere, et servare beatum.

(1) Llama su padre, no á Annio Vero, que lo era natural y se murió siendo niño M. Aurelio, sino á Antonino Pío, por quien fué adoptado.

su merecido; hábil en sostener sus resoluciones y en desistir de ellas cuando convenía; ajeno de familiaridad con los mancebos; con todos jovial y humano; dejando en plena libertad á sus amigos para que no asistiesen á sus convites, ni obligándoles á que le acompañasen en sus largos viajes; sin que por esto, los que por alguna precisión se hubiesen quedado, dejasen de hallarle siempre el mismo.

Me acuerdo de su aplicación exacta y constante en sus consejos y deliberaciones, no alzando mano de ellas sin una cabal averiguación, ni dándose por satisfecho con una información pronta y superficial; de su cuidado en conservar la correspondencia con sus amigos, no fastidiándose de unos ni apasionándose de otros con exceso; de su fácil resignación en todo acontecimiento, y estar siempre risueño; de lo próvido que solía ser, previniendo sin ruido ni alboroto, y muy de antemano, aun las cosas de menor consideración; de cuán amigo era de reprimir el aplauso y todo género de lisonja hacia su persona; cómo con suma atención miraba por las necesidades del imperio, dispensando con cuenta y razón los tesoros públicos del erario, y despreciando las murmuraciones de cuantos en este particular le tachasen de poco espléndido y liberal; cómo también procuraba no ser supersticioso en el culto de los dioses, ni menos intentaba granjearse el aplauso popular por medio de agasajos ó lisonjas; antes bien, era en todo muy moderado y constante, sin que jamás faltase á su decoro ni fuese amigo de novedades.

Por lo que mira á los bienes que sirven de regalo á la vida, de los cuales la fortuna es la que da la abundancia, *me gobierno por el régimen que tenía mi*

padre, aprovechándose de ellos, aunque sin fausto, con plena libertad; de suerte que cuando los tenía, sin rebozo los gozaba, y cuando carecía de ellos, ni aun daba señales de echarlos menos: *en cuanto á su manera de discurrir*, jamás ninguno dijo que fuese sofista (1), ni un bufón criado en palacio, ni un bachiller ó escolástico sombrío; antes bien, era de todos tenido por un hombre maduro, de un saber consumado, enemigo de ser lisonjeado, capaz de gobernar no sólo sus propios negocios, sino también los ajenos. Siendo inclinado á honrar á aquellos que de veras se daban á la virtud y ejercicio de la Filosofía, no por eso solía dar en cara á aquellos otros que se vendían por filósofos sin serlo; en la conversación y trato familiar era afable y de un chiste moderadamente gracioso y sin fastidio ni ofensa de nadie; *yo le veía* diligente en el cuidado y compostura de su propio cuerpo, pero con tal moderación, que no pareciese un hombre demasiado amante de la vida, ni dado á un adorno afectado, ni, por el contrario, enemigo de todo aseo, sino de modo que procuraba con diligencia mantenerse en un estado en que no necesitase de remedios interiores ni exteriores de la medicina. Y lo que más es, *yo le veía*

(1) M. A. apunta algunas especies de hombres reprensibles, entre los cuales pone á los sofistas. También nota á los vernáculos, ó decidores de chistes importunos. Véase á Marcial, lib. I, ep. 42, y lib. X, ep. 3, *ibi:*

Vernaculorum dicta, sordidum dentem,
Et fœda linguæ probra circulatricis.

De los escolásticos, Tácito, *An. Fab. de causs. corrupt. eloquent.*, dijo bastante en estas dos palabras, tomadas de Cicerón, llamando la facultad escolástica *ludum impudentiæ*.

ceder, sin dar señal de envidia, á los hombres excelentes en alguna facultad, por ejemplo, en la Oratoria, en la Jurisprudencia, en la Ética ó cualquiera otra semejante, dándoles la mano para que cada uno en su profesión consiguiese una suma aceptación y aplauso. Siendo en realidad observante de la disciplina antigua y de las leyes de su patria, no por esto afectaba ser tenido por tal. Tampoco gustaba de andar á menudo mudando de lugares y ocupaciones; antes bien tenía mucho gusto en morar en unos mismos sitios y ocuparse en los mismos ejercicios; *tanto que* así que le cesaban los agudos dolores de cabeza, *de que solía verse molestado*, al punto con nuevo empeño y vigor volvía á sus acostumbradas fatigas.

Era un príncipe que rarísima vez y en poquísimas cosas hacía misterios, y nunca sobre otros negocios que en los que eran propios del Estado. Como no se gobernaba sino por las reglas sólidas de su deber, sin dejarse llevar del aura popular, guardaba una prudente moderación en lo que mira á dar espectáculos y regocijos públicos, á levantar fábricas y monumentos magníficos, á regalar al pueblo con donativos y distribuciones, y en otras cosas de esta naturaleza (1). No usaba á deshora del baño; no tenía pasión por edificar; no se cuidaba de manjares delicados en la comida, de nuevas modas y exquisitos colores en el vestido; no solicitaba tener entre sus pajes la flor de la más bella juventud (2).

---

(1) El sentido es bien claro, pero el texto confuso, por estar muy viciado.

(2) La voz σωμάτων debe entenderse de la familia, en la

La toga que en el lugar de Lorio (1) llevaba había sido trabajada en una aldea vecina, algo más abajo: comunmente en Lanubio (2) iba con sola la túnica, y en el Tusculano usaba la *Penula*, si bien solía disculparse de la libertad que en esto se tomaba.

Y ésta era habitualmente su manera de vivir; *de suerte que no se conocía en su conducta rastro alguno* ni de aspereza, ni de altanería, ni de exceso tan vehemente y precipitado, que tuviese en ello lugar lo que vulgarmente se dice: *No* (3) *más*, *basta ya*, *que apunta el sudor;* antes bien se veían todas sus cosas meditadas con madurez, despacio y sin turbación, con orden, vigor y perfecta correspondencia entre sí mismas, y así, se le podía aplicar con razón lo que de Sócrates (4) suele decirse: que sabía y podía igualmente abstenerse y gozar de aquellos bienes, de los cuales generalmente ni pueden los hombres privarse por su delicadeza, ni disfrutarlos moderadamente por su destemplanza. *Y*, *en realidad de verdad*, *es prueba de un* hombre perfectamente sabio y superior á las pasiones el saber, en lo uno, ser sufrido, y en lo otro templado. *Por fin*, *en mi*

---

cual era el gusto de los Romanos excesivamente delicado. Véase á Séneca, ep. 95.

(1) Lorio. *Locus iste in hoc scripto corruptissimus*, dice Salmasio, á quien seguimos en la traducción.

(2) Véase á Gatakero, que necesita de todo lo difuso de sus notas para enmendar este pasaje. Nosotros damos en la versión la suma que de ellas resulta.

(3) Alude á un dicho de los médicos, como ya recibido por proverbio.

(4) Véase á Xenofonte, *Memor.*, lib. I.

padre (1) *admiré mucho* el modo con que se portó en la enfermedad de Máximo.

Debo á los dioses así el haber tenido buenos abuelos, buenos padres, una buena hermana, buenos maestros, buena familia, parientes, amigos, y, por decirlo en breve, todo género de bienes; como el no haber faltado en nada á mi deber con ninguno de ellos, tanto más, teniendo yo en mí mismo tal disposición, que, en fuerza de ella, si me hubiese ofrecido la ocasión, habría sin duda cometido alguna falta en este particular; pero, gracias á los dioses (2), que con su favor nunca hubo tal concurrencia de cosas que en ella se descubriese mi ruín disposición.

Á los mismos agradezco, ya el no haber sido por largo tiempo educado en casa de la dama de mi abuelo, ya también el no haber marchitado con ninguna infamia la flor de mi juventud, y el que no hubiese consentido en contraer matrimonio (3) antes de sazón, sino haber dejado que pasase primero algún tiempo. *Los mismos dispusieron* que yo

---

(1) Se duda, con razón, que las últimas palabras de este párrafo no estén viciadas: por eso las separamos en la versión.

(2) La profesión que hago de teólogo me obliga á no pasar en silencio cuán conforme va esta doctrina con la que después escribió S. August. Hom., 13, tratando el mismo punto:

Hoc tibi dicit Deus tuus.

Agnosce ergo gratiam ejus, cui debes, et quod non admisisti. Mihi debet iste, quod factum est, et dimissum vidisti: mihi debes et tu, quod non admisisti.

(3) El traductor francés pasa de largo, dejando sin versión este lugar.

viviese bajo la dirección de un Príncipe, y juntamente padre, de quien no ignoraban que me había de quitar todo género de orgullo, haciéndome entrar en la idea que se puede componer fácilmente el que uno viva en palacio, sin que necesite de guardias ni use vestidos suntuosos (1), ni que le precedan en el público lámparas, *ó sean hachas* encendidas, no teniendo en los salones aquella larga serie de estatuas, ni gastando semejante pompa y aparato; antes, por el contrario, cabe muy bien que uno en palacio se reduzca á imitar muy de cerca la vida privada de un ciudadano particular, sin que por esto pierda un punto de su (2) grandeza y fuerza, para ejercer con toda la autoridad de superior las funciones públicas del Imperio.

Beneficio fué de los dioses el haberme cabido en suerte un hermano (3) tal, que, por una parte, me obligase con sus costumbres á cuidar mucho de mi

(1) Alude al aparato majestuoso de los Emperadores, ya en el vestido *togæ palmatæ, pictæ, clavatæ*, ya en la ceremonia, tomada de los persas, de preceder el fuego sacro á las personas imperiales, cuando salían de formalidad. *Lips. ad Tac. An.*, lib. I, ó si no á la antigua costumbre de que Homero habló, *Odisea*, núm. 5, 100, de tener en las salas unas estatuas que sostuviesen las hachas ó faroles.

(2) La sentencia se ve confirmada por Plinio, que pudo decir con toda verdad: *Cui nihil ad augendum fastigium superest, hoc uno modo crescere potest, si ipse demittat, securus magnitudinis suæ. Paneg. ad Traian.*

(3) El Gatakero, dice: *Fratrem hund adhuc quærimus, nec reperire hactenus potuimus.* Pero Mr. D'Acier le halló en Lucio Vero, hermano adoptivo y compañero de Marco Aurelio en el Imperio; y Capitolino nos asegura que á los principios supo Lucio Vero ganarse á nuestro Emperador, fingiéndose modesto, sumiso y también filósofo.

misma conducta, y por otra, con el respeto y amor que me tenía, me sirviese de grande consuelo; *beneficio*, el haberme dado unos hijos (1) no faltos de talento y no contrahechos; *beneficio*, el que yo no hiciese grandes progresos (2) en la retórica, ni en la poesía, ni en otros estudios, porque tal vez en éstos me hubiera estancado, sin pasar á otra cosa, si en ellos me hubiera visto muy adelantado. *Me reconozco obligado á los mismos* por haber yo promovido á los que corrieron con mi educación, concediéndoles los honores que á mi parecer deseaban, y no dilatando sus esperanzas con las buenas razones de que todavía eran jóvenes y que con el tiempo les premiaría. *Tengo por singular favor de la Providencia divina* el haber yo conocido á Apollonio, Rhustico y Máximo, como también el que, muy á menudo y con mucha claridad, se me representase el sistema de una vida conforme á la naturaleza.

De modo, que por lo que mira á los dioses, á los toques y movimientos (3) interiores, á los auxilios é inspiraciones que de parte de ellos recibí, me hallo en estado de vivir acorde con la naturaleza, si yo,

---

(1) Un padre, por más filósofo que sea, nunca deja de ser un juez apasionado, cuando se habla de sus hijos. *Hor. Serm.*, lib. I, sat. 3. *Strabonem appellat pœtum pater.* Casio, Capitolino y Lampridio, no hallan mucho por qué dar gracias á los dioses en los hijos de nuestro Marco Aurelio.

(2) Alude al dogma estoico en esta parte, que da por indiferentes todas las artes, á no ser la virtud, la cual sólo hace al hombre feliz, como también al decoro político de un Príncipe, que debe mirar estas facultades como inferiores al solio. *¿An non te tui pudet*, decía Filipo al grande Alejandro, *qui novis tam belle canere?*

(3) No puedo menos de decir que sólo este pasaje de

por mi culpa, ó por no querer seguir y observar los avisos, y no sé si diga las lecciones que ellos mismos me dan, no me quedare atrás. ¡*Qué diré* de que mi cuerpo haya podido por tanto tiempo resistir al trabajo en este género de vida! ¡De que yo no llegase á tener un trato poco decente, ni con *Benedicta* ni con *Teodoto*, sino que, con el tiempo, me viese libre de aquellos afectos poco castos á que antes había dado lugar! ¡De que, enojado muchas veces contra Rhustico, no por eso jamás me propasé á alguna resolución, de que después tuviese que arrepentirme!

No vivo menos reconocido á la misma Providencia, habiéndole debido el que mi madre, aunque hubiese de morir joven, con todo, tuviese el consuelo de pasar en mi compañía los últimos años de su vida; el que yo, cuantas veces quise socorrer á algún pobre, ó bien á otro cualquiera que tuviese necesidad de mí para distinto fin, jamás me oyese decir que no tenía por entonces dinero con que poder hacerlo, y que ni tampoco me viese yo en igual necesidad de socorro ajeno.

El que yo, *por mi buena suerte*, tuviese una consorte (1) de unas prendas tan bellas, tan inclinada

---

Marco Aurelio, sin contar otros mil de toda la antigüedad griega, como son los hemistiquios de Homero,

Θεὸς ἔμβαλε θυμῷ
τόδ ἐνὶ Φρεσὶν ἔμβαλε δαίμων,

tan frecuentes en su *Odisea* è *Iliada*, convencen con evidencia que es falsa la opinión de los que pretenden que, sin gracia ni socorro alguno de Dios, pecasen los gentiles, dejando de hacer lo que sin ella no podían ejecutar.

(1) Sobre la famosa Faustina, hija del emperador Antonino Pío y consorte de Marco Aurelio, ¿quién se debe enga-

á complacerme, tan apasionada por mí, de una condición tan llana y sencilla; el poder echar mano de tantos y tan hábiles maestros para mis hijos; el proponerme, entre sueños, aquellos remedios, de que yo necesitaba, y, entre otros, los que me habían de servir contra el esputo de sangre y los vahidos de cabeza, lo que me aconteció en Gaeta (1). El que, habiendo yo concebido mucha pasión por la filosofía, ni tuviese la desgracia de dar con algún sofista, ni de perder malamente el tiempo en revolver escritores, ó en resolver silogismos, ó en discurrir de meteoros, porque, sin duda, es así: que cuanto acabo de referir, no me pudo acontecer, sin el socorro de los dioses y favor de la fortuna.

Esto se escribió entre los Quados (2), cerca de Granea.

ñar, nuestro buen filósofo, que tanto la elogia, ó los historiadores Casio y Capitolino, que tanto la vituperan?

(1) Marco Aurelio, como buen estoico, aprueba la adivinación por sueños. Véase á Cicerón, *De Divinat*, lib. I. No se puede negar, ni que alguna vez Dios, entre sueños, revelase algunos secretos, como se ve en varios lugares de la Sagrada Escritura, ni que los paganos, abusando del dicho de Homero,

Καὶ γάρ τ' ὄναρ ἐκ Διός ἐστι,

fuesen por extremo supersticiosos en este particular.

(2) *Los Quados*, pueblos de la Germanía, contra quienes Marco Aurelio hizo una expedición, de que salió felizmente, habiendo mediado las oraciones de los soldados cristianos, sobre cuyo extraordinario acontecimiento dejamos dicho en la vida de Marco Aurelio cuanto conduce á poner en claro la verdad del suceso.

LIBRO SEGUNDO.

Por la mañana *no dejes* de hacerte esta cuenta *diciendo:* tropezaré hoy con algún curioso, con algún ingrato, con algún provocativo, con otro doloso, con otro envidioso, con otro intratable; todos estos vicios les vienen á ellos de la ignorancia (1) del bien y del mal. Pero yo, que por una parte tengo bien visto y meditado, que la naturaleza del bien (2) totalmente consiste en lo *honesto;* la del mal en lo *torpe*, y que por otra conozco á fondo ser tal la condición del que peca, que no deja de ser mi pariente, no por un

(1) También es constante entre los teólogos cristianos, que la ignorancia es el origen, ó la ocasión de todo vicio moral: y el que deba ser voluntaria la ignorancia, para ser principio, y seminario del vicio, es igualmente recibido aún de los filósofos morales. *Aristot. Ethic.*, lib. III, cap. I. Véase á Santo Tomás, lib. II., *M. SS. D.* 22, g. II art. III.

(2) Esta es como una llave maestra de toda la filosofía estoica, ὅτι μόνον ἀγαθὸν τὸ καλὸν, *que sólo lo honesto es bien, y aún sumo bien: sólo lo torpe es mal, y aún mal sumo.*

vínculo *común* (1) *de una misma* sangre ó prosapia, sino porque participamos de una misma mente y partícula, ó porción divina; *bien sé* que ninguno de estos puede perjudicarme (puesto que ningún otro, no queriendo yo, puede complicarme en su infamia) (2); ni debo enojarme contra quien es mi pariente, ni concebir odio contra su persona. Porque los hombres hemos nacido para ayudarnos (3) mútuamente como *lo hacen* los pies, las manos, los párpados, los dos órdenes de dientes, el superior é inferior; por tanto, es cosa contra la naturaleza, que unos á otros nos ofendamos, como sin duda lo hace el que se estomaga con otros y les es contrario.

---

(1) No sólo los estoicos, pero también la mayor parte de los filósofos, ya griegos, ya orientales, cayeron en un error tan craso, como es el hacer divisible la naturaleza de Dios; y el dar á los hombres por alma una partícula de la divinidad: lo que evidenciaron los Santos Padres ser contra la idea, que todos tienen de Dios, cual se debe tener.

(2) Sentencia muy celebrada entre los filósofos, después que Sócrates (*Apolog. Platón.*) dijo: ἐμὲ δ' Ἄνυτος, καὶ Μελιτος ἀποκτεῖνα μὲν δύναντα, βλάψα δὲ οὐ· ni menos lo es entre los cristianos, después que el Crisóstomo escribió la homilia toda de oro; ὅτι τὸν ἑαυτὸν μὴ ἀδικοῦντα παραβλαψα ὠδεὶς δύνατα. Es evidente, que si en la culpa está todo el mal, sólo uno mismo, que puede ser el único autor personal de su culpa, se puede hacer mal á sí propio.

(3) Ningún derecho más asentado entre los filósofos, que el de la mutua sociedad apoyada en un socorro recíproco: la naturaleza, que hizo decir al Cómico:

Homo sum: humani à me nihil alienum puto,

por sí misma dictaba á los filósofos esta ley, sin la cual, no digo ser feliz, pero ni menos puede subsistir la naturaleza sociable. Y luego nos vendrán los epicureos con atrevimiento, é insolencia á decir, que por ley nutural el pescado mayor se come el menor. Véase á Finetti, lib. v, cap. I.

Todo mi ser consiste en *una porción* de carne, espíritu y mente que es la parte principal. Déjate ya, pues, de libros; no te distraigas *por más tiempo*. ¿No tienes en tu mano (1) hacer *cuanto te digo*? Tú, como quien en breve ha de morir, desprecia tu cuerpezuelo, que no es otro que una crasa sangre, unos huesecillos y un tejidillo de nervios, de pequeñas venas y de arterias. Mira qué cosa viene á ser tu espíritu; viento es, ni siempre un mismo viento, antes bien de un instante á otro renovado; entrando y saliendo. Quédate, pues, en tercer lugar la *mente*, parte principal. Hazte así la cuenta, viejo eres, no permitas más que el *alma de suyo señora* se esclavice, ni que sea agitada á manera de títere (2) con el ím-

---

(1) Nos parece que M. Aurelio tácitamente ocurre á la objeción cuotidiana contra la meteorología ó grandiosas brabatas, y magníficas promesas de los estoicos: á la cual alude también Séneca (Ep. 104.) *Aiunt nos loqui maiora, quam quæ natura humana sustineat;* y responde: *non quia difficilia sunt, non audemus; sed quia non audemus, difficilia sunt.*

(2) La metáfora νευροσπαστηθῆνα, que Horacio (*Sermón*, lib. II, sat. 7) explicó:

Duceris ut nervis alienis mobile lignum ;

suministrada á los filósofos por Platón (lib. I., *Leg.*), vivamente pinta los movimientos involuntarios del apetito desordenado por la concupiscencia : y podría hacer ver muy á las claras lo mecánico y forzado del sistema de los dos amores alternativamente superiores. Malebranche se aprovechó de la *marionete* ó títere, para hacerlo un juego de arlequines; si bien antes lo había hecho ya A. Gelio contra los defensores de la fuerza dominante del hado: lib XIV, cap. I, *ut plane homines, non quod dicitur* λογικὰ ζῶα· *sed ludiera, et ridenda quædam* νευρόσπαστα *esse videantur, si nihil sua sponte, nihil arbitratu suo faciunt.*

petu de las pasiones contrarias á la sociedad; no te desazonen las presentes disposiciones del hado, ni las futuras te asusten.

Las obras de los dioses *se dejan ver* llenas (1) de providencia; las de la fortuna, ó tienen su origen en la misma naturaleza ó no suceden sin concierto y conexión con aquellos efectos, á los cuales rige y preside la providencia, de la cual todo dimana. Demás de que así la necesidad, como la utilidad del universo del cual tú eres una parte, pide de suyo *que las cosas* (2) *tengan este curso que vemos.* Y podemos decir que es bien de cada una de las partes de la naturaleza aquello mismo, que la condición del

---

(1) Nada hay más semejante al dogma cristiano, que el lenguaje estoico en algunas de sus fórmulas: *todo está lleno de providencia, todo nos viene de lo alto.* Con todo, la sentencia cubierta con tanto oropel no llega á los quilates de la verdad. El sistema estoico hace á Dios alma del mundo: lo hace también principio activo por necesidad de su mismo ser, no autor libre de su fábrica; de aquí el hado, al cual el mismo Júpiter obedece; de aquí aquella *anus stoica Pronea*, que nada tiene de providencia libre; de aquí aquel, *la necesidad absoluta*, tanto en el artífice, cuanto en la fábrica; de aquí aquel, *lo conducente por necesidad á todo el universo;* de aquí aquel, *lo conservativo de toda la naturaleza;* de aquí aquella θεοδικαία, que Leibnitz nos fundó en el *optimismo* necesario. La providencia cristiana pone un autor libre en dar el ser á la naturaleza; lleva consigo un provisor libre en dirigirla por los medios que sean de su agrado; nada halla en los efectos que, ó Dios no intente de positivo, ó que, previsto, no permita, si bien nada permite de mal, que no dirija ya permitido á algún bien. Véase á *S. Tom.*, art. 1 et 4, *super* lib. I, *Mag. SS. D.* 46.

(2) Añadimos al texto una explicación que enseñan los estoicos palabra por palabra. Véase el § 9 del libro IV. Otra va al fin del párrafo que demuestra la conexión con la sentencia.

universo lleva consigo; y aquello también, que de suyo se ordena á la conservación del mismo.

Ahora, pues, ¿quién no ve que igualmente la mutación de los elementos (1) y de los mixtos conservan en su ser al mundo? Esto te baste; éstos sean para tí tus dogmas perpetuos; echa, pues, de tí esa sed *insaciable* de leer para que no mueras con repugnancia, antes bien con resignación verdadera y agradecido de corazón á los diosos, *por más que no hayas podido leer tanto libro como deseabas.*

Acuérdate cuánto tiempo hace ya que dilatas la ejecución *de estas máximas* y cuántas veces habiéndote los dioses concedido aquel plazo que te habías prefijado, con todo no te has aprovechado de él. Es menester, pues, que ahora por fin conozcas de cuál mundo eres una parte y de cuál gobernador del mundo has salido como un destello (2); *que medites*, que tienes predefinido el término de tu vida en un tiempo acotado, del cual si no te aprovechares, serenando tus apetitos y pasiones, él se te pasará y tú pasarás con él y otra vez no volverá.

Cuida á todas horas de obrar valerosamente, como corresponde á un Romano, y á un hombre *de gran vigor ejecutando* aquello que tuvieres entre manos, con una gravedad perfecta y natural, con mucha huma-

---

(1) Los discípulos de Platón, que después se conocieron con los nombres de académicos y pirapatéticos, también aprobaban la conversión sustancial de unos elementos en otros.

(2) La voz **ἀπόῤῥοια** propiamente *chorro*, no significa por metáfora un efecto ó criatura hecha de la nada, sino que es aquella partícula de la divinidad dividida, **Θεῖα ἀπόμοιρα**. Ciertamente, un estoico juraría que *è nihilo nihilum.*

nidad, con franqueza, con entereza y justicia; poniendo en calma tu corazón, desembarazado de cualquiera otro cuidado y pensamiento. *Y podrás ciertamente ponerlo en calma*, si hicieres cada acción en particular, como si ella fuere la última (1) de tu vida, libre de toda temeridad, libre de todo afecto contrario á los dictámenes de la razón, libre de ficción de amor propio y de displicencia en las disposiciones del hado. ¿No ves, cuán pocas *máximas* son aquellas, que bien practicadas bastan para *norte de una* (2) *feliz* navegación en el mundo y entable de una vida casi divina? porque los dioses se darán por satisfechos y bien servidos de aquel que estas cosas observare.

Tú, oh alma mía, te deshonras (3) á tí misma; te lo *vuelvo á decir*, te deshonras á tí misma; *ni te haces cuenta*, que no tendrás más tiempo de adquirirte aquel honor que á tí misma te debes, porque nin-

---

(1) Consejo familiar á los estoicos. Séneca, *Ep.* 114. *Quidquid facies, respice ad mortem.* No hay duda, que un tácito presentimiento del juicio divino en la hora de la muerte haría por entonces cautos y recelosos aun á los que que quizá no lo esperaban.

(2) Son muy familiares á los estoicos estas voces **εὔρους βίος· εὔροια τοῦ βίου· ὑρεῖν·** cuando intentan significar *una vida feliz* en que todo sucede prósperamente tomando la metáfora de un buen viaje ó de una feliz navegación. Tienen muchísima razón, en que pocas máximas y aun menos letras son necesarias para vivir arregladamente: *Paucis est ad mentem bonam litteri* (*Senec.*, ep. 106), pero no se fundan bien en dar tanta fuerza á la razón, que pueda sin el socorro del cielo **εὔρ, καὶ θεοδῆ βιῶσα βίον.**

(3) El texto se corrige por una especie de reprensión y no de exhortación irónica, que no son del gusto severo de nuestro filósofo las ironías.

guno tiene más que una vida, y ésta se te pasó casi toda, sin contar con el respeto debido *á tu misma* (1) *dignidad*, antes poniendo toda tu felicidad en hacerte honor para con los otros.

Mira (2), no te distraigan los negocios exteriores que te sobrevinieren; antes bien, procura desocuparte para aprender algo más de bueno, y déjate de andar girando *de acá para allá* como una devanadera (3). Porque ve aquí otro engaño y error de que conviene guardarte, *y es, que* muchos en una vida muy ocupada y laboriosa emplean su trabajo en cosas frívolas, sin proponerse (4) blanco alguno, al cual absolutamente dirijan todas sus miradas y afectos.

No es fácil que le vaya mal á alguno por no en-

---

(1) En Platón (lib. v de *Leg.*) leemos esta especie de queja ó lamentación estoica: *Ninguno de nosotros, para decirlo en una palabra, honra debidamente á su misma alma, aunque parece que sí.*

(2) Esta sentencia trillada en la filosofía viene á ser lo que Cicerón decía (*Ad Attic.*, lib. XIII, ep. 20): *In omni vita sua quemque à recta conscientia transversum ungüem non oportet discedere.* La intrínseca obligación que todos experimentan en sí mismos, de contar con los dictámenes de su propia razón, es una demostración experimental de que hay un Numen superior á la misma mente de cada uno, á quien intima sus órdenes por medio de la conciencia.

(3) Metáfora tomada del instrumento *rhombus, devanadera*, y muy usada para declarar una vida vagabunda. Séneca *de tranquil., circumcursatio, inconsultus, vanusque cursus, qualis formicis per arbusta repentibus.*

(4) A. Gelio, lib. XIV, cap, 10 no puede hablar mejor de esta clase de gentes, cuando dice:

Otio, qui nesti uti, plus habet negotii,
Otii minus, quam cum est negotium in negotio.
Imus huc, hinc illuc: cum illuc ventum est, ire illinc lubet.
Incerte errat animus; præter propter vita vivitur.

trometerse en lo que ocurre en el ánimo de otro; pero es imposible, el que deje de ir mal á quien no escudriña lo que pasa en el suyo.

Es menester tener siempre presentes *estas pocas ideas: primera*, cuál es la naturaleza del (1) universo; *segunda*, cuál es mi misma naturaleza; *tercera*, cuál es el orden y respecto que ésta tiene para con aquélla; *cuarta*, cuál parte viene ésta á ser, y de qué todo viene á ser la tal parte; *quinta*, que ninguno puede impedir (2) que tú hagas siempre y digas aquello que sea conforme con aquella naturaleza, de quien eres una parte.

Verdaderamente habló como filósofo Theofrasto cuando en aquella comparación *que hacía* de los pecados entre sí (según que uno, vulgarmente (3) hablando, puede comparar cosas entre sí iguales), dijo: que los pecados cometidos por deleite son más graves que los que por ira se suelen cometer; porque se ve que un hombre enojado se aparta de la razón con

---

(1) Los estoicos no consentían entre sí, sobre cuál de las dos naturalezas, si la común ó la particular, debía ser la norma de las acciones humanas. M. Aurelio, establecida la dependencia y armonía de la particular con la universal, quiere que se ajuste uno con ambas á dos. No sé cómo, haciendo á nuestra mente una parte de la divinidad, que para los estoicios era la naturaleza común, podían éstos dudar de la buena correspondencia entre las dos.

(2) La libertad estoica pasaba tan allá de los límites de la razón, que llegaba á la blasfemia de decir: *Ni Júpiter mismo puede impedir mi libre determinación;* por otra parte los Estoicos daban tanta fuerza y eficacia al hado, que en virtud de éste quería que Júpiter fuese autor del bien y del mal de cada uno en particular.

(3) *Vulgarmente hablando.* De estas palabras se colige que M. Aurelio asentía á la célebre paradoja, *que son iguales los pecados, é iguales los actos de virtud.* Cicer., *Parad.*, 3.

cierta pena interior y angustia de corazón; pero el que por satisfacer su gusto peca, vencido del deleite, muestras da de ser un hombre más destemplado y en cierto modo mole y afeminado en sus pasiones. Dijo, pues, bien y conforme á *las máximas* de la Filosofía (1), que un desorden cometido por gusto era mayor delito que otro hecho con dolor. *Lo que no se puede dudar* es que el uno se parece más á un hombre que provocado con la injuria recibida se ve forzado (2) á irritarse por la pena *que en sí siente;* pero que el otro de suyo embiste, *siendo el primero* en hacer una sinrazón, movido á obrar por capricho y antojo.

Es necesario que en todas tus acciones y pensamientos te portes como quien puede en el mismo punto salir de esta vida (3), si bien esto de salir de entre los hombres, si hay dioses, nada quiere decir, puesto que ellos ningún mal (4) podrán hacerte; pero si no los hay, ó si por más que los haya no cuidan ellos de las cosas humanas, ¿para qué quiero yo vivir en un mundo falto de dioses y sin providen-

---

(1) *De la Filosofía*, que de Aristóteles había aprendido, cuya es esta doctrina, lib. VIII, cap. VI. *Ethic. Nicom. Rhetor.*, lib. II, cap. II.

(2) De aquí tuvo el origen aquella fórmula, ó sea disculpa tan usada, en los que provocados hacen su defensa: ὠχ ὡς ὑπάρχων, ἀλλὰ τιμωρούμενος.

(3) El estilo de hablar filosóficamente debe mirarse como un argumento con que la razón confirma tácitamente el que nuestra alma es inmortal, y que en la muerte, que es *non finis, sed transitus*, no parece sino que *migrat potius quam emoritur: abit, non obit.* Gatak.

(4) Es peligrosa la equivocación en las palabras Κακῷ γάρ σε ωκ ἂν περιβάλοιεν; porque si el *mal* se toma por la *culpa*

cia? Pero *la verdad es* (1) que los hay, y que miran por las cosas humanas, dejando en nuestra mano el que no vengamos á incurrir en los que son verdaderamente males. *Y la verdad es, por último*, que si alguna (2) de las otras cosas que se reputan por males fuese un verdadero mal, también habrían los dioses tomado sus medidas, á fin de que fuese libre á cada uno no caer en él.

Pues en este sistema de cosas ¿cómo podrá lo que no hace peor al hombre en sí mismo empeorar la vida del hombre? *Ello es cierto* que la naturaleza del universo, ni por ignorancia habría dejado de proveer de remedio para este mal, ni de propósito lo habría despreciado (como sin arbitrio para precaverlo ó

ó por lo *formal del pecado*, como parece que lo entiende M. Aurelio, la sentencia es teológica y aun canónica; mas si se toma el *mal* por la *pena* ó por una *aflicción* del alma ó de los sentidos, el error es tan palpable, que hasta aquel que había escrito (Sénec., ep. 95): *Errat, si quis putat illos* (Deos) *nocere velle: non posunt*, advirtió bien claro, *cæterùm castigant, et cœrcent, et pœnas irrogant.*

(1) Brisonio pretende que la fórmula trillada, *Est cœleste Numen*, ó estotra: *Es magne Júpiter!* sea un argumento inspirado á la razón para que no dude de la existencia de un Dios.

(2) La libertad estoica era insolentísima en sus expresiones, tan llenas de soberbia, que se jactaban de no tener necesidad del socorro divino para alcanzar la virtud y felicidad; pero no era menor la contradicción que en este sistema reinaba: querían componer su libertad con el hado; su suficiencia de fuerzas para la sabiduría ó perfección de la vida con el agradecimiento debido á los dioses, autores de la virtud. La teología católica no conoce libertad para lo bueno sin algún socorro divino, ni reconoce tal favor del cielo que quite la libertad. *Voluntas*, dice San Agustín y los Santos Padres, *præparatur à Domino; consentire autem, vel dissentire, nostræ voluntatis est.*

corregirlo, *según algunos falsamente* (1) *opinan*), ni, en suma, habría cometido un descuido tan grande, ó por falta de poder, ó por falta de saber, como sería el que con suma confusión (2) los bienes y los males *verdaderos* fuesen igualmente comunes á buenos y malos. *Nosotros ahora sin duda vemos* que la muerte y la vida, el honor y la infamia, la molestia y el deleite, la riqueza y la pobreza, no siendo cosas de suyo honestas ni torpes, sin diferencia acontecen á buenos y malos; luego ellas en rigor ni son bienes ni son males.

Es asunto digno de toda la atención de nuestra facultad intelecttiva reflexionar con cuánta velocidad se pasa todo; *cuán presto* en el mundo desaparecen los cuerpos; *cuán en breve*, hasta la memoria de ellos, se borra en la posteridad; *entender* que ésta es

---

(1) Según Merico Casaubono ha observado sobre el presente lugar, no aprueba M. Aurelio el dogma impío de los estoicos, de no poder Dios impedir que el bien y el mal físico no fuese común á buenos y malos. *Quidquid nobis negatum est, dari non potuit..... magna accepimus, maiora non cepimus.* Sénec., *De Benef.*, lib. II, cap. XXIX.

(2) La voz de la naturaleza es la misma que hizo cantar al poeta, *Odis.*, ζ. v. 188.

Ζεὺς δ' αὐτὸς νέμοι ὄλβον ὀλύμπιος ἀνθρώποισιν.
Ἐσθλοῖς, ἠδὲ κακοῖσιν, ὅπως ἐθέλησιν ἑκάστῳ.

Y la misma experiencia convenció darse esta economía en los sucesos humanos; de donde era bien fácil concluir que tanto los bienes de naturaleza como los de fortuna eran de suyo indiferentes para hacer moralmente bueno ó malo á quien los poseyese. Ni por esto debía sospecharse que faltase á Dios saber, poder ó querer para hacer feliz al hombre; antes bien, se debía inferir que Dios había querido *præparare in posterum bona iustis, quibus non fruentur iniusti; et mala impiis, quibus non excruciabuntur boni,* como dice San Agustín, *De Civ. Dei*, lib. I, cap. VIII.

la condición de todos los objetos sensibles, y, con particularidad, de aquéllos que blandamente nos halagan, ó con molestia nos apartan de sí, ó con su vanísimo aparato nos encantan; *sacar por consecuencia* cuán viles son estas cosas, cuán dignas de desprecio, cuán sórdidas, cuán caducas y perecederas. *Ni conviene meditar menos* quiénes son aquéllos de cuyo modo de pensar y hablar *depende* la gloria y la fama. *Pero, sobre todo, es necesario tener bien entendido* qué cosa sea morir; porque, si uno lo considera, como ello es en sí, procurando con una precisión (1) exacta en sus ideas separar de la muerte los horrores y espantos que abulta la imaginación, verá claramente que el morir no viene á ser otra cosa que un efecto propio de la naturaleza (2), *y claro está* que es cosa pueril, si alguno teme los efectos de la naturaleza. *Lo más es* que, no sólo el morir es efecto de la naturaleza, pero aun conveniencia de la misma. *Por fin, debe un sabio meditar* de qué manera se une un hombre con Dios y por medio de cuál parte, y cómo se hallará esta misma partecita cuando hubiere llegado á esta unión (3).

No puede darse cosa más infeliz que un hombre

---

(1) **τὰ ἐμφαντάζομενα** equivale á una cierta ostentación pomposa, pero vana, de los horrores y espantos que la imaginación abulta, y es lo que traducimos para expresar su significado.

(2) La filosofía estoica no llegó á saber que la muerte se nos había entrado en casa *per peccatum, et per unum hominem.* La luz de la razón descubría solamente que de su cosecha es mortal la naturaleza humana, y que con la muerte volvía á renacer. *Mortibus vivimus*, dijo Séneca, *Præf. cont.*, lib. v.

(3) Quiere Marco Aurelio que un sabio esté bien ejerci-

que, girando de acá para allá, y corriéndolo todo; averiguando hasta lo que está bajo tierra, como dijo el otro (1), é indagando por conjeturas los pensamientos y secretos de su prójimo, no acaba de entender que le basta el saber conversar con sola *aquella mente* (2) que dentro de sí tiene, haciendo con ella los oficios que la son debidos. Y los oficios (3) *que se deben hacer con ésta* consisten en conservarla libre de pasiones, de temeridad, de disgusto y *repugnancia* en aquellas cosas que, de parte de los dioses y de los hombres, acontecieron. Porque las cosas de los dioses son dignas de toda veneración, por ser obras virtuosas, y las de los hombres, siendo éstos nuestros prójimos, deben sernos gratas y bien aceptadas, si bien alguna vez las mismas, en cierto modo (4), nos deben ser objeto de compasión, atendida la ignorancia del bien y del mal, de la cual proceden, siendo así que no es menor defecto este

---

tado en el conocimiento de su alma, sobre la cual eran infinitas las cuestiones que tenían los filósofos, y puede verse en Séneca, epíst. 88. No consta si Marco Aurelio habla de la unión que el *alma unida* puede tener con Dios por la contemplación filosófica, ó de la unión que el *alma separada* tendrá con la naturaleza común, volviendo á unirse con ella, como parte, con su todo, según es su sistema.

(1) Alude á Píndaro, cuyas palabras trae Platón *in Theæt.*

(2) En frase filosófica, ὁ ἔνδον δαίμων significa la *mente ó alma humana*, á la que llama también Θεός.

(3) De la obligación y respeto que cada cual debe tener para con su alma, escribe Séneca en la epíst. 41: *Sacer intra nos spiritus sedet, malorum, bonorúmque nostrorum observator, et custos: hic prout à nobis tractatus est, ita ipse nos tractat.*

(4) La expresión τρόπον τινα ἐλεεινὰ declara bastante que Marco Aurelio no se apartaba de la paradoja ó del error

género de ceguedad en el ánimo que aquélla que nos priva de poder discernir lo blanco de lo negro.

Por más que tú hubieses de vivir tres mil años, y, si quieres, aun treinta mil, con todo, haz por acordarte que ninguno pierde otra vida, al morir, que ésta con que vive, ni vive con otra que con ésta que pierde; así que, lo más largo y lo más breve de la vida, viene, al cabo, á reducirse á lo mismo; porque, para todos es igual aquel momento presente en que se vive: será, pues, igual á todos lo que se pierde de vida, y de este modo, lo que se pierde, viene á ser un indivisible. *Y la razón de todo es* porque ninguno puede perder, ni aquel tiempo, que ya se le pasó, ni tampoco el que aún está por venir; porque, ¿cómo se puede quitar á uno lo que uno no tiene? Conviene, pues, tener siempre en la mente estas dos máximas: la una es que, puesto que todas las cosas, desde una eternidad (1), se presentaron

---

manifiesto de los estoicos, en lo que mira á la compasión que tenian por vicio indigno de un sabio. En toda la antigüedad erudita no se hallará opinión más impugnada que ésta, y por lo mismo Gatakero cita los teólogos que la rebaten como un manifiesto error contra la religión. Con todo, peligra que no sea ésta una pura *logomachia* ó cuestión sobre las dos voces, *sabio* y *compasivo;* porque, si un estoico sabio es un *beato* ó *feliz*, cual no lo hubo, ni jamás habrá en esta vida, como indica Cicerón, *Acad.*, *etc.*, lib. IV, y si su *compasión* es una perturbación molesta y llena de dolor, es más que evidente que no cabe en el tal *sabio* un afecto que le compunja y angustie el corazón. Pero si el sabio es cual lo lleva la condición humana, los mismos estoicos, que le niegan la compasión, no dejan de darle una, como compasión, en el efecto de la misericordia, socorriendo al necesitado. Véase á Séneca, *De Clem.*, lib. II, caps. V y VII.

(1) *Desde una eternidad.* En *Lips.*, lib. II, podrá verse la doctrina estoica cerca del origen del mundo, y su fin en la

con el mismo semblante, y siguieron el mismo *curso* y giro, el contemplarlas ciento, doscientos años, ó un tiempo ilimitado, en realidad, no se diferencia en nada. La otra es que, el que hubiere de vivir una vida muy larga, y el que hubiere de morir muy pronto, igual momento de vida pierden; porque, únicamente podían ser privados del tiempo presente que sólo gozaban, visto que nadie pierde lo que no posee.

Que todo sea una (1) vanidad, fundada en sola opinión, lo declara Monimo el Cínico en sus escritos (2), cuya utilidad claramente verá aquel que supiese valerse del chiste que en ellos reina, sin pasar más allá de lo que permite la verdad.

El alma del hombre se infama á sí misma, con particularidad cuando viene á hacerse, por lo que á sí toca, como un divieso (3) ó como un tumor ex-

---

célebre *Ecpyrosis*, ó *Conflagración estoica*. Lo que parece que Marco Aurelio quiere decir, quizá no es que los individuos persistan en el mismo aspecto, sino las especies y géneros de las cosas.

(1) La fórmula es familiar á nuestro filósofo, es lo mismo que dice Séneca: *Omnia ex opinione suspensa sunt.*, epíst. 78. Pero no por eso nuestro Emperador, dejados sus reales, se pasa á los escépticos, enemigos declarados del *criterio* de la verdad, tan sostenido de los estoicos. Monimo tenía más de pirrónico que de cínico. Marco Aurelio desea que de los escritos de Monimo se tome lo dulce mezclado con lo útil, guardándose de lo nocivo.

(2) El Gatakero pretende que Marco Aurelio hable de aquellos escritos de los cuales fuese autor Monimo.

(3) La metáfora vivísimamente pone á la vista el desorden y perversidad de aquel que, pecando, deja su puesto, pero podrá parecer que favorece un poco al Panteísmo, con tal que de todo lo existente pretenda hacer un grande cuerpo en quien se vean estos tumores.

traordinario *en el cuerpo político* del mundo, porque el no conformarse con alguno de los acontècimientos que ocurren, viene á ser cierto abceso de la naturaleza universal en que todas las demás cosas, cada una por su parte, ocupan su lugar respectivo. ¡Y acaso *no la sucede esto mismo* siempre que se muestra adversa ó hace oposición á alguno de los otros hombres con el fin de hacerle mal, como suelen practicarlo las almas que se hallan poseídas de ira! Lo tercero, á sí misma se deshonra el alma racional cuando cede y se da por vencida del deleite ó de la pena: lo cuarto, cuando á manera de hipócrita hace ó dice algo fingida y falsamente: lo quinto, cuando no proponiendose blanco alguno en sus acciones ni en sus apetitos, obra temerariamente y sin saber lo que se pretende, siendo así que aun las más mínimas acciones (1) deben hacerse con el debido orden y respeto á su fin, el cual fin en las racionales no es otro que el obedecer á la razón, y sujetarse al derecho de la naturaleza, que es, *por decirlo así*, la más noble y más antigua (2) ciudad y gobierno.

---

(1) Lo importante del asunto hizo diligentísimos á los estoicos, en inculcar el aviso, de referirlo todo á su fin. El punto es digno de toda atención. Quien no se contentase para que una acción deje de ser mala, con que se refiera directamente al fin inmediato de alguna virtud, y virtualmente al fin último del hombre, sino que pretendiese que expresamente se dirija á Dios que la ordena, poco ha meditado sobre las decisiones de la Iglesia cerca de las virtudes morales de los filósofos y de los actos de temor y esperanza.

(2) La metáfora de una policía, ó estado era familiar á los filósofos, para significar la sociedad que entre sí tienen las naturalezas racionales á quienes dirige y obliga, no sólo la ley natural, sino también la disposición voluntaria de su autor que á todas ellas preside. *Lips. Phisiol.* lib. 2. *Dis.* 7.

El tiempo de la vida humana no es más que un punto (1); la materia *de que se compone* (2) *el hombre*, padece sin cesar una continua disipación, sus sentidos torpes y obscurecidos, toda la constitución del cuerpo se inclina fácilmente á la corrupción; el alma inconstante y en continua agitación, la fortuna incierta y difícil de atinar, la fama muy dudosa é indefinible; para decirlo en breve, todas las cosas propias del cuerpo son á manera de un río, *que siempre corre*; las del alma vienen (3) á ser un sueño y un poco de humo; la vida, una guerra perpetua y la corta detención de un peregrino; la fama de la posteridad, un olvido. ¿Qué cosa, pues, hay que nos pueda llevar á salvamento? (4). Una sola y ésta es la filosofía; *digo*, aquella filosofía que se empeña en conservar sin ignominia ni lesión *el espíritu* ó mente interior, en mantenerlo superior al deleite y al do-

(1) Séneca confirma esto mismo en la *Ep.* 49., *punctum est, quod vivimus, et adbuc puncto minus:* y el Chrys. *in Ep. ad Philip. Orat* 2.

(2) Alude á la opinión platónica, generalmente recibida de los filósofos, que todo cuerpo fluye, y se muda á manera de un Euripo, πᾶν σῶμα ῥεῖ, καὶ φέρεται ὀξέως, Εὐρίπου δίκην, ἄνω, καὶ κάτω. *Maximo Tyrio*, *Dis.* 28. Por lo cual Platón no quería contar las cosas sensibles entre los entes propiamente tales, sino solamente las cosas inteligibles, que eran aquellas sus ideas, *Cicer.* lib. I. *Acad. etc.*, cap. 8.

(3) Era frase bien común que los conocimientos del alma unida á la materia eran como unos sueños que se desvanecían á manera de humo. Creo que, sin soñar, todos decimos hoy día lo mismo, que nuestras ideas ó especies no son por la mayor parte propias sino adaptables y facticias.

(4) Algunos pretenden que la traslación sea tomada de la pompa solemne con que en las exequias se llevaban los antiguos al sepulcro. La sentencia se reduce á que sola la fisolofía puede ser la nave que nos libre de naufragar en una vida tan llena de escollos.

lor, lejos de obrar sin reflexión, lejos de toda falsedad y ficción, contento consigo mismo y sin necesitar de que otro haga ó no haga la tal ó tal cosa, *conforme con todo lo que viniere*, y satisfecho además de esto con la parte que le tocare en los varios sucesos, ya que todos vienen de la misma mano de donde él salió, y sobre todo capaz de ver venir la muerte con un ánimo plácido y sosegado, persuadiéndose que ella no es otra cosa que la separación de aquellas partes de que todo viviente animado se compone. Y en efecto, si á los mismos elementos no les viene mal alguno de que los unos de continuo se muden y conviertan en otros, ¿por qué temerá uno y *mirará con horror* la mutación y resolución de todas las otras cosas? ¿no es ella conforme á la naturaleza? ¿puede acaso una cosa, conforme (1) á la naturaleza, ser mala?

Esto se escribió en Carnuto (2).

---

(1) Una acción, conforme con la naturaleza racional, no puede ser moralmente mala, pero sí puede ser inútil á la salud espiritual si se hizo sin el socorro de la divina gracia.

(2) *Carnuto*, pueblo de la antigua Pannonia ó Peönia, de cuya ribera dista cien mil pasos. Véase Plinio, lib. último. Orosio *Hist.* lib. VII, c. XV, le llama Carnunto: *Cum apud Carnuntum* (M. Aurelius) *jugi triennio perseverasset, bellum Marcomannicum confecit.*

LIBRO TERCERO.

No se debe contentar (1) uno con hacerse sólo la cuenta que, acortándosele de día en día el tiempo de la vida, la parte que le queda, por instantes se le va haciendo menor, sino que mucho más debe reflexionar, que si más tiempo viviere, estará siempre incierto si una igual disposición de mente en que se halla le acompañará en adelante pronta para la inteligencia de las cosas ocurrentes y para aquella meditación que de suyo conduce al verdadero conocimiento de las cosas divinas y humanas. Porque si una vez la razón empezare á flaquear, por más que no le falte á uno, ni la transpiración, ni la nutrición, ni la fuerza de imaginar y de apetecer, ni de otras facultades semejantes, con todo, se le apagará el vigor para poder usar de sí mismo, para cumplir á la

(1) Este es un lugar en que la materia es tan copiosa, que excede todo el arte de recopilar en que tanto se ejercitaba antes la filología.

perfección (1) con su deber, para ordenar y arreglar bien sus pensamientos y para resolver con madurez *si ya es tiempo de darse* (2) *la muerte;* finalmente, para ejecutar todas aquellas cosas que piden una razón ejercitada y *vigorosa.* Conviene, pues, darse prisa, no sólo porque por momentos se va uno acercando más á la muerte, sino porque de antemano le va desamparando también el conocimiento y reflexión en los negocios ocurrentes.

Ni deja de ser cosa digna de consideración que todo aquello que es como sobrepuesto á alguna obra *principal* de las que hace la naturaleza, lleva un no sé qué de gracia (3) y atractivo particular. Lo mismo vemos que sucede al pan que en el horno se abre, y

(1) La frase griega que los latinos exprimen con *omnes numeros exequi, obire, habere,* corresponde al español: *hacer á la perfeccion, con todo el primor del arte ó con todos los perfiles.* Aquí significa una acción honesta, que en la materia, en el fin y en las circunstancias sea del todo cabal y perfecta.

(2) Esta es aquella εὔλογος ἐξαγωγή de los estoicos, insania la más irracional; que un sabio, cuando lo pide la Filosofía, debe ser un homicida de sí mismo. Toda la luz de la razón, toda la autoridad de los otros filósofos, no bastaba para humanizar la barbarie de un estoico, el cual, á manera de un Brachman de la secta más hórrida y agreste de los Gimnosofistas, se enfurecía contra su vida; injurioso á Dios, autor y dueño de ella; injurioso al cuerpo de la sociedad separándose de ella; injurioso á la misma Filosofía, cuyos decretos de fortaleza y paciencia en las adversidades violaba; injurioso al honor de su misma secta, á la cual convencía de mole y afeminada, escogiendo la muerte, mal en su opinión menor que aquel que, muriendo, pretendía evitar.

(3) M. Aurelio toca de paso y disuelve ligeramente el argumento de los epicúreos, que negaban ser la naturaleza obra de un Dios próvido, porque se veían ciertos efectos, ó inútiles en un todo, ó perniciosos al hombre.

no obstante eso, aunque aquellas hendiduras son de algún modo fuera de la intención del panadero, con todo, le dan hermosura y excitan muy particularmente la gana de comerle. Asimismo los higos, cuando están muy sazonados, suelen abrirse, y en las aceitunas rebentadas de maduras, el mismo distar poco de la corrupción, añade al fruto una estima y aprecio singular. Y si uno se pusiese á considerar *despacio*, y en particular la naturaleza, hallaría, que el inclinarse hacia abajo las espigas; que la melena del león; que la espuma en la boca del jabalí; y, por abreviar, otras mil cosas más, aunque *por sí mismas* ninguna hermosura ofrezcan á la vista, no obstante, por ser añadiduras que de suyo van con las demás obras de la naturaleza, á un mismo tiempo las hermosean y causan admiración: de modo que si uno tuviese un ánimo atento y fijase altamente la consideración en las cosas que se hacen en el mundo, *estoy por decir*, que aun en estas como consecuencias y adiciones naturales, nada se le presentaría que no le pareciese en cierta manera más agradable, y así también aquella abertura de boca, vista en las fieras, á quienes es natural, no le deleitaría menos de lo que suele deleitar, cuando los pintores y estatuarios la remedan é *imitan al vivo*, y esto mismo podría, con ojos castos (1) mirar igualmente la amable belleza de los niños que aquella madurez y gracia ya pasada que muestran en su

(1) Aquí no puede menos de notarse que M. Aurelio alude al dicho de Pericles, tan celebrado entre los antiguos, con el cual reprendió á Sofocles, su compañero, que alababa mucho la belleza de un joven que acababa de ver.

semblante las personas de mucha edad. Y, por último, otras muchas cosas de este jaez se le pondrían delante, las cuales no pueden ser del gusto de todos, sino sólo de aquel que se ha hecho familiar la naturaleza y tiene ejercitada la mente en la verdadera contemplación de sus obras.

Hipócrates, habiendo curado á muchos de grandes males, enfermando él mismo, al cabo murió. A muchos predijeron la muerte los Chaldeos, y no por eso dejó de llegarles su día y destino fatal. Alejandro, Pompeyo y Cayo Cesar, habiendo tantas veces destruído desde los cimientos muchas ciudades, y habiendo degollado en campo de batalla muchísimas millaradas de infantes y caballos, al fin también fallecieron ellos mismos. Murió Heráclito de enfermedad de hidropesía y cubierto de estiércol vacuno, sin que le preservase una prolija disertación sobre el último incendio del universo. Demócrito (1) murió comido de piojos; y piojos, bien que de otra casta, quitaron la vida á Sócrates (2). ¿Pero á qué viene todo esto? á qué ha de venir: te embarcaste (3), hiciste tu viaje, llegaste al puerto: desembárcate, que si es para *vivir* (4) otra vida; ni aun allá

---

(1) Sólo M. A. da esta muerte pedicular á Demócrito, todos los otros le hacen morir de puro viejo. *Laërt.* lib. IX.

(2) Es gracioso el chiste con que M. A. llamó á Anito y Melito, piojos, que acabaron con Sócrates, aludiendo á la calumnia que le levantaron, ni es cosa desusada el dar á los hombres viles el nombre de estos insectos sucios y molestos.

(3) El símil era muy del gusto de los filósofos, que comparaban la vida con la navegación y la muerte con el arribar al puerto.

(4) Aun dado caso que los estoicos estuviesen persuadi-

echarás de menos á los dioses, pero si es para quedarte *del todo* sin sentido, acabarás ya de verte agobiado de penas y privado de gustos, no sirviendo ya á ese vaso *inmundo* de tu cuerpo, que es de condición tan inferior, y que de suyo debiera servir como esclavo, puesto que en el hombre la una parte consiste en la mente y espíritu, la otra no es más que tierra y podre.

No malogres el tiempo de vida que te queda en averiguar vidas ajenas, á no ser que lo hagas con la mira de servir al público; quiero decir, que no revuelvas en tu imaginación qué hace fulano y por qué lo hace; qué dice, qué piensa, qué maquina y otras cosas á este modo, *porque la curiosidad de los hechos ajenos* distrae á uno del cultivo y cuidado de su mismo espíritu. Es menester, pues, guardarse mucho que en la serie y discurso de tus pensamientos nada se entrometa de temerario y superfluo, y con más especialidad, nada de curioso y maligno, y también acostumbrarse á meditar solamente en aquello sobre lo cual de repente reconvenido, ¿en qué piensas ahora? pudieses al punto con toda franqueza responder: yo, ahora, en esto ó en aquello pensaba; de suerte que por la tal respuesta al momento se dejase ver un ánimo en todo sincero y bondadoso, propio de quien ama la sociedad, de quien desprecia los placeres y de una vez echa de sí las ideas de una vida mole y afeminada, de quien ni tiene tema, ni envidia, ni sospecha contra nadie,

---

dos de la inmortalidad del alma, con todo usaban muy á menudo del dilema, muy común á todo filósofo, que aquí forma M. A. para apartar el horror natural que todos tienen á la muerte.

ni otro afecto alguno desordenado, por el cual te sea preciso avergonzarte al decir claramente que aquello era lo que en la mente tenías. Porque un hombre de esta clase, debiendo sin más pruebas ser reputado por un varón perfecto, viene á ser como un sacerdote y ministro de los dioses que se sirve, como es razón, de *aquel numen* que tiene en su pecho consagrado. Esto mismo hace en un hombre tal, que no se contamine con los deleites; que sea invencible en todo trabajo, exento de toda especie de injuria, ni le haga impresión alguna la maldad ajena; que sea un atleta glorioso en el más bello certamen (1), nunca vencido ni arrastrado de pasión alguna, empapado en la justicia y virtud, abrazando con toda el alma cuanto acontece y dispensan los hados, entretenido rara vez, y nunca sin grande necesidad y utilidad pública, en pensar lo que otros dicen, hacen ó maquinan; únicamente para sus mientes en perfeccionar sus acciones y está atento continuamente á la parte que le cabe en el repartimiento de los hados consiguientes en el universo, y así en lo uno cumple con su deber y en lo otro se persuade que las disposiciones son santas, puesto que la suerte que á cada uno en particular se le ha destinado, sobre cuadrarle (2) muy bien, al mismo tiempo se ve serle muy útil. El mismo tiene bien presente, que

(1) El aprecio que la antigüedad hacía de los atletas, dió motivo á esta metáfora tan frecuente para significar al que con mucho ahinco se ejercitaba en alguna difícil empresa, que por lo mismo se llamó *certamen* ó *contienda.*

(2) Atendiendo á la doctrina estoica, no puede dudarse que la presente es la flor de toda ella, por lo que mira al hado ordenador, promotor y ejecutor de los movimientos del ánimo.

logrando todo lo que participa de razón, un común parentesco también es conforme á la naturaleza humana el cuidar é interesarse en las cosas pertenecientes á su prójimo, pero no de modo que busque el aplauso y aprobación (1) de todos, sino solamente de aquellos (2) que sin disputa alguna viven conforme á las leyes de la naturaleza, porque respecto de los que no viven en esta forma, no se olvida jamás de como estos tales se portan en casa y fuera de ella, de día y de noche, y como gustan de revolcarse en un mismo lodo con otros sus iguales; por consiguiente tampoco cuenta con las alabanzas de aquellos que de sí mismos no están satisfechos.

No hagas cosa alguna de mala gana ni hagas tus cosas sin respeto al bien común; nada harás sin examinarlo de antemano, ni lo harás arrastrado de *alguna pasión*. No busques un adorno afectado de palabras (3) para explicar tus pensamientos; no seas amigo de hablar demasiado ni hombre de muchos negocios. Antes bien, procura que ese tu dios, ó *tu*

---

(1) Acabaríase la clase de gente ambiciosa del aura popular, si sólo quisiese ser aplaudida á lo estoico: *Paucis se malle, et sapientibus esse probatum*, como decía *Lucil. sat. ap. Non.* 14, ó si por lo menos siguiese el gusto de la antigua cómica ó romana cantatriz:

> —*satis est equitem mihi plaudere; ut audax,*
> *Contemptis aliis, explosa Arbuscula dixit.*

Hor. ser. l. I. sat.

(2) A este propósito viene bien aquello de Cicerón, lib. II, *de Finib. Nihil es turpius, quam sapientis vitam ab insipientium sermone pendere.*

(3) El consejo es de Platón, y es indubitable que es indicio de un ánimo poco sabio y nada varonil. *Non est ornamentum virile concinnitas*, que dijo Séneca, epíst. 115.

espíritu, sea el conductor y *como el ángel custodio* de un varón grave, de un anciano, de un ciudadano amante del público, de un romano, de un príncipe; á partirse de esta vida sobre la marcha, al mismo punto que oyere la señal de la retirada (1). Nunca necesites de juramento ni de testigo alguno *para ser creído*. A más de esto, mantén un semblante placentero, *indicio de un ánimo*, que no necesita de ministerio exterior, ni de que otros le procuren su tranquilidad interior; es necesario, pues, que te mantengas sobre tí, no necesitando de otro apoyo.

Si en el discurso de la vida hallares algo más recomendable que la justicia, la verdad, la moderación, la fortaleza, y, para decirlo de una vez, de mayor aprecio que aquella disposición de ánimo, *en fuerza de la cual* uno se conforma gustoso con la recta razón en la práctica de sus acciones, y se contenta con las disposiciones del hado, que no dependen de su elección; si algo, digo, hubieres visto de mejor condición, abrazándolo con toda tu alma, goza enhorabuena de ese mayor bien. Pero, si nada se te presentare más excelente que ese tu *espíritu* ó *numen* en tu pecho consagrado, que es el que tiene á raya sus propios apetitos; que examina los pensamientos que se ofrecen á la fantasía; que se desprende de los halagos de los sentidos, como Sócrates solía decir; que se sujeta asimismo á los dioses, y que tiene cuenta con el bien del prójimo; si hallares, pues, que toda otra cosa es mucho menor y de menos

---

(1) Marco Aurelio no se olvida que es Emperador cuando nos habla con voces militares: *Esperar que toquen la retirada; expedito para obedecer:* la metáfora es muy recibida entre los antiguos.

valor que ese tu espíritu, no quieras dar cabida á otro bien alguno, al cual, si una vez te rindieres, ya no podrás después, sin mucha repugnancia y contradicción, dar el primer lugar á aquel otro, que es propiamente tu bien. Y, en realidad de verdad, no es conforme á justicia y razón que ningún otro género de bien, como es el aplauso popular, el mando, la riqueza, el deleite, se atreva á disputar cara á cara el primer lugar contra el bien honesto, propio de la razón y sociedad; bien entendido, que si uno juzgare deber condescender en algo, por poco (1) que sea, con cualquiera de estos bienes, ellos, de repente, enseñoreados de su corazón, lo arrastrarán tras sí. Digo, pues, que, escogiendo tú, de buena fe y generosamente, lo mejor, te afirmes en ello. Y, sin duda, lo mejor (2) es lo más útil, y en que deberás mantenerte, si te conduce como á racional, y huir, si como á dominado del apetito; y, sobre todo, procura conservar un juicio recto y libre de preocupaciones, para que, con toda seguridad, puedas hacer un examen verdadero.

Jamás califiques de útil para tí mismo lo que, tal vez, puede empeñarte en faltar á tu palabra; en

---

(1) El aviso en boca de un estoico suele proceder de la arrogante presunción que la *apatía* está del todo en nuestra mano, pudiendo hacer que las pasiones no salgan de sus límites, á lo que aludía Séneca, epíst. 85: *¿Cujus dementiæ est credere, quarum rerum extra nostrum arbitrium posita principia sunt, earum nostri arbitrii esse terminos?* Y *Sapient.*, cap. XIX, se nos da un aviso muy semejante al que apunta Marco Aurelio.

(2) Esto es aquel consejo de Pitágoras: **Ελοῦ βίον ἄριστον. ἡδὺν δ' ἀυτὸν ἡ συνήθπα ποιήσπ·** *Escoge el mejor género de vida, y el usô te lo hará gustoso. Plut. de Sanit.*

desestimar la modestia; en aborrecer á otro; en tenerle por sospechoso; en abominar de él; en mostrarte doble; finalmente, en apasionarte por alguna cosa de las que no pueden hacerse sino á puertas cerradas y tiradas las cortinas. Pues quien á todo lo demás antepusiere su mente y alma, no habiendo para él cosa más sagrada *que el culto*, *y*, *por decirlo así*, que las religiosas ceremonias (1) de la virtud, este tal no dará escena (2), no se entregará al llanto, no temerá la soledad (3) ni el concurso, y lo que es más, no vivirá buscando la *muerte* ni huyendo de ella, *persuadido* que nada le va (4) en que, por más ó menos tiempo, viva unida su alma con su cuerpo. Porque, si al mismo punto le fuese necesario partirse del mundo, tan expedito y desembarazado se marcharía, como si hubiese de ir á practicar con decoro y buen modo cualquiera otra función de la

(1) Haciendo del alma una divinidad, lleva adelante la metáfora de los misterios celebrados ó ceremonias usadas en las fiestas de los gentiles, para significar el ejercicio de la virtud.

(2) *No dará escena:* dos sentidos puede tener esta expresión: el uno, *no se entregará al exceso de las pasiones*, *que excita la tragedia;* el otro, *no dará argumento á la acción primaria de una tragedia;* esto es, no cometerá *facinus majoris abollæ*, ni se dejará vencer de afecto alguno que le obligue al llanto y desesperación.

(3) Gatakero pretende leer, no *temerá*, sino *necesitará*. La sentencia viene á parar en lo mismo, y es que un sabio saca de su filosofía, como decía Antisthenes, *el poder conversar consigo mismo*. *Laert.*, lib. VI.

(4) Esta es una de las muchas sofisterías de los estoicos. *Cic.*, lib. II *de Fin. Is stoicus potest dicere*, *perfeci beatam vitam perfectione virtutis: negat enim summo bono adferre incrementum diem.* De aquí nacía aquella blasfemia: *Sapiens cum diis ex pari vivit.*

vida, siempre acostumbrado á precaverse tan sólo de que su mente, alguna vez, rehuse los oficios propios de hombre racional y sociable.

En el espíritu de un hombre muy moderado y cándido nada hallarás corrompido, contaminado ni ocultamente lisiado. Ni menos podrá la parca arrebatarle la vida en tal estado que no haya llegado ya al término de su perfección (1), al modo que podría alguno decir de una persona de teatro, que se salía de él antes de dar fin á la acción trágica que representaba. A más de esto; en el mismo jamás verás cosa alguna servil, ni afectada, ni postiza, ni sectaria ó sediciosa, ni que se resista al examen, ni que pretenda quedar oculta.

Ten gran cuenta con la facultad opinativa, porque todo depende de ahí, para que jamás se introduzca en tu espíritu alguna opinión repugnante á la naturaleza y condición de un viviente que participa de razón. Y lo que la tal condición requiere es reserva en el juzgar (2), familiaridad para con los hombres y obediencia á los dioses.

Echando, pues, de tí todo otro cuidado, pon sólo la atención en estas consideraciones, y al mismo tiempo acuérdate que cada uno no vive más de lo que es el tiempo presente en que vive, que es un punto indivisible, y que todo el resto de su vida, ó

(1) Sobre este punto nos dice Séneca que *longa est vita, si plena est*, epíst. 93, y en la 32: *Considera quam pulcra res sit consummare vitam ante mortem.* — *Vita non fit beatior, si longior.* Mejor se explicó Varron, cuando escribió: *Non eos optime vixisse, qui diutissime, sed qui modestissime; non enim vivere bonum est, sed bene vivere in Mod.*

(2) La precaución y miramiento en el dar ó no dar ascenso á las ocurrencias de la fantasía, era lo que los estoicos lla-

ya lo acabó de vivir, ó es incierto *si lo vivirá*. Es, pues, un nada lo que uno vive, un nada el rincón de la tierra en donde pasa su vida, un nada la más extendida fama de la posteridad, fama propagada por la sucesión (1) de unos hombrecillos que muy en breve se morirán, y que no conociéndose bien á sí mismos, están muy lejos de poder juzgar de los que tanto antes murieron.

A los avisos que llevo dichos debe añadirse uno más, y es, que siempre se haga la definición (2) ó la descripción de aquello que nos presentare la imaginación, de modo que distintamente contemple uno cuál es su naturaleza, tomada de por sí precisamente, y mirada según todas sus partes; y que tam-

---

maban ἀπροπτωσία, y también ἀπρόπτωτον. Zenón definió esta aproptosía (*Laërt.*, lib. VII) *Arte de saber dar ó retener el asenso.* El vicio contrario era la temeridad en asentir. Eran muy exactos en este punto: primero rechazaban la *incomprensibilidad* de los objetos, ni podían sufrir la *retención* perpetua, declarándose á favor del criterio de la verdad, que ponían en el carácter, nota, insignia ó distintivo que en las ideas ó especies muchas veces en sí descubriesen. Después asentaban aquella su paradoja: *sapientem non opinari;* la razón era, el que reputaban por una grande falta el asentir cuando la idea no llevase la nota de la verdad.

(1) Cicerón, *in Somn. Scip.*, comprueba esta máxima.

(2) M. Aurelio nos da los elementos de una crítica moral muy interesante cuando nos aconseja hacer la precisión y examen del nombre, de la sustancia, de las partes, de la relación, del fruto y del fin de cada cosa que se nos presenta. Antes había Cicerón mostrado las fuentes de donde nace la perversidad y corrupción de nuestros juicios prácticos, asegurando ser la mala educación, peor disciplina doméstica y ninguna buena enseñanza de los maestros, etc. *Tusc. QQ.*, lib. II, cap. IX, y se verán también en Persio, sat. 3, desde el verso:

Discite vos miseri, et causas cognoscite rerum.

bién diga para consigo mismo: «Tal es el nombre propio y peculiar de la tal cosa, tales los nombres de las partes de que se compuso y en las que se resolverá.» Porque verdaderamente nada contribuye tanto á la grandeza de ánimo como el saber examinar con método y exactitud cada una de las cosas que suelen acontecernos, y poder escudriñar siempre las mismas en tal conformidad que venga en conocimiento de cuál uso sirve la tal cosa, y para cuál mundo tiene su uso, qué estimación se merece comparada con el universo, y qué aprecio comparada con el hombre, siendo éste, como es, un ciudadano de aquella suprema ciudad, de la cual estas ciudades de acá vienen á ser otras tantas casas y familias; de qué condición es, de qué principios se compuso, por cuánto tiempo deberá naturalmente durar este objeto que ahora me configura la imaginación; de qué virtud convendrá echarse mano para podérmelas haber con él; por ejemplo, si de mansedumbre, de fortaleza, de verdad, de confianza, de candor, de frugalidad ó de otras semejantes.

Conviene por lo mismo decir en cada acontecimiento particular: «Esto en verdad me viene de la mano (1) de Dios; esotro sucede en fuerza de la coligación de las cosas y del hilo fatal de las parcas, por esta complicación de sucesos y por el acaso de la fortuna; aquello nace de parte del *tal*, *que es* hombre de mi misma patria, de mi mismo linaje y mi amigo, pero que al mismo tiempo ignora lo que

---

(1) En este particular deben oirse con mucho recelo los filósofos. *Todo viene de la mano de Dios:* es una verdad de Fe, si se entiende como ésta nos lo enseña, es decir, que

le corresponde según los derechos de la naturaleza, los cuales sé yo muy bien; por esto me portaré con él con benevolencia y con justicia, conforme lo pide y exige la ley natural de la sociedad, si bien en estas cosas comunes de la vida no perderé de vista que debo tratarle correspondientemente á su mérito.»

Si tú, siguiendo la recta razón, hicieses lo que tienes entre manos con estudio, con empeño y buena voluntad, sin poner la mira en ninguna otra conveniencia ni diversión, antes bien, conservases tu espíritu por entonces tan puro como si ya lo hubieses de restituir *á quien te lo ha dado;* si, *vuelvo á decir*, llevares adelante tu obra no buscando otro bien ni huyendo de otro mal, sino dándote por satisfecho con hacer el presente trabajo conforme á la naturaleza, y con hablar con suma entereza lo que hubieres de decir, vivirás feliz y dichoso; además de que no hay persona alguna que pueda impedírtelo.

Al modo que los cirujanos tienen siempre á la mano los instrumentos y hierros de su profesión para las curas repentinas, así deberás tú tener prontos tus dogmas, ya para entender las cosas divinas y humanas, ya para hacerlo todo, aun lo mínimo,

---

todo lo que tiene *ser positivo* tiene por causa eficiente á Dios. Dogma definido por los Santos Padres contra los Maniqueos, como convencen los teólogos con *S. Thom.*, *Q.* 79, *a.* 2, todo bien viene de Dios, y todo mal, ahora sea físico, ahora mal de pena, viene del mismo. Si bien hablando con rigor, el mal, por lo que mira á lo que formalmente hace que sea mal, que es la negación de conveniencia, no tiene causa eficiente, sino sólo deficiente, como dicen los teólogos. Pero es un error, como consta del *Conc. Trid.*, ses. 6, cap. VI, el decir que Dios es autor del mal de culpa, como que lo intente ó nos impela á ella.

en tal conformidad como quien tiene presente la mutua relación que unas y otras cosas tienen entre sí; por lo que ningún oficio podrás hacer debidamente para con los hombres sin el tal respeto á las cosas divinas, ni tampoco al contrario.

No te extravíes más, supuesto que no has de tener tiempo para acabar de leer tus comentarios, ni las proezas de los antiguos romanos y griegos, ni los apuntamientos *que entresacas* de los libros y reservas para el tiempo de tu vejez (1). Date, pues, prisa en llegar al fin, y dejadas las vanas esperanzas, si tienes cuenta contigo mismo, procura mirar por tu bien.

Porque esto aun pueden hacerlo los que no saben cuántos significados tienen los verbos de robar, de sembrar, de comprar, de descansar, de ver lo que se debe hacer; lo cual no se ve con los ojos corporales, sino con otra cierta vista interior.

Tenemos cuerpo, alma y espíritu: del cuerpo son los sentidos, del alma los apetitos, del espíritu los dogmas. Ello es así, que el formar la fantasía las ideas de los objetos, es cosa común á los brutos; el ser impetuosamente agitado, como lo es un títere, conviene también á las fieras, á los hombres afeminados, á un Falaris y un Nerón, á aquellos que no creen en los dioses, á los enemigos y traidores á su patria, á aquellos, finalmente, que de nada tienen empacho después que cerraron la puerta. Ahora, pues, si todas las otras cosas son comunes á estos de

(1) Es un trastorno aprender uno toda la vida lo que nunca ó sólo sirve á la vejez. Catón dijo bien de los discípulos de Isócrates, que empleaban todo el tiempo en estudiar su *Retórica.*

quienes acabamos de hablar, resta que sea propio del hombre virtuoso tener á su espíritu por guía en aquellas cosas que le parecieren ser de su obligación, y abrazar con amor las disposiciones que los hados le hubieren decretado y urdido; el no manchar su espíritu, que á manera de un numen divino lo tiene consagrado en su pecho, ni perturbarlo con un tropel de imaginaciones, antes bien, conservarlo plácido y propicio, obedeciéndole con el mayor respeto y siguiéndole como á un Dios; por fin, el que no diga cosa que sea contra la verdad, ni haga acción alguna contraria á los derechos de la justicia. Y si uno no fuere del agrado y satisfacción de los hombres, porque siga este género de vida sencilla, modesta y plácida, no por eso deberá enojarse contra nadie, ni desviarse de aquel camino que conduce y lleva al término de la vida, al cual es necesario que uno llegue puro y tranquilo, desembarazado y sin la menor repugnancia con la propia suerte que le cupiere.

LIBRO CUARTO.

El espíritu que en el hombre domina (1), cuando va bien concertado con la naturaleza, se halla en tal estado respecto á los acontecimientos, que siempre puede aplicarse con facilidad á lo que en el lance se le permite y propone como practicable; porque no se ata ni prefiere á materia alguna en particular, sino que de suyo se propone lo mejor, aunque siempre con la debida excepción, *si se pudiere;* y así cualquier (2) estorbo que le sobreviniere hace de él y lo mira como materia y ejercicio de virtud. No de otra manera que cuando un vehemente fuego se apodera de la materia que encuentra ó le arrojan, capaz de apagar otra pequeña luz, al instante se la convierte en sí mismo, y resuelve, y con esto mismo se propaga y crece.

---

(1) Los estoicos usan de mil nombres para significar la mente humana: Cicerón la llama *Principatum;* Séneca *Principale;* Varrón con el nombre común *Animum: Mentem.*

(2) Aristóteles es de este mismo dictamen.

Ninguna obra se ha de ejecutar en vano, ni de otro modo que con una exacta atención y conformidad con las reglas del arte (1).

Muchos para su retiro buscan las casas de campo las orillas del mar, los montes; cosas que tú mismo solías desear con anhelo; pero todo esto es una vulgaridad, teniendo uno en su mano el recogerse en su interior y retirarse dentro de sí en la hora que le diere la gana; porque en ninguna parte tiene el hombre un retiro más quieto ni más desocupado que dentro de su mismo espíritu, especialmente aquel que dentro de sí tiene tal provisión de documentos que al punto, dándoles una ojeada, se halla en suma tranquilidad. La que yo ahora llamo tranquilidad no es otra cosa que un ánimo bien dispuesto y ordenado. Date, pues, de continuo á este retiro, y rehazte de nuevo *en él.* Tendrás para esto ciertos recuerdos breves, *como primeros principios* ó elementos, los cuales, prontamente reducidos á la memoria, serán eficaces para borrar y quitarte toda pesadumbre, y para restituirte libre de enfado á aquellas funciones á las cuales hubieres de volver. Porque ¿qué cosa es la que no puedes sufrir con paciencia? ¿es la ruindad de los hombres? Sin embargo, haciendo tú sobre estas máximas la reflexión que los hombres nacieron para ayudarse unos á otros, y que de justicia deben (2) sufrirse mutuamente, y que pecan forzados (3) *y contra su intento*, haciendo

---

(1) Este consejo es de Cicerón, *Off.*, lib. I, cap. X: *Omnis autem actio vacare debet temeritate, et negligentia.*

(2) Estos primeros elementos de la moral, tan inculcados por Platón (ep. 9, *ad Archyt.*)

(3) Esta es otra paradoja llena de confusión: *todos pecan*

también memoria de cuántos son los que hasta aquí dados á la enemistad, al odio, á las sospechas, á las pendencias y contiendas, al cabo murieron (1) y fueron reducidos á cenizas; *créeme*, podrás ya con estas reflexiones dejar de enojarte contra nadie. ¿Pero quizá llevas pesadamente las disposiciones y sucesos del universo? *mira*, *dejarás de disgustarte* renovando en tu memoria aquel dilema (2): *una de dos*, ó la providencia ó los átomos *lo llevan así*, ó *teniendo presentes aquellas razones* con las cuales se

---

sin querer, *ó contra su intento.* Si se examina lo que los antiguos pretendían decir en aquella sentencia, se verá que no es otra cosa que la que en las escuelas se oye cada día: *Nemo amat malum*, *qua malum*, *neque odit bonum*, *qua bonum.* De este principio evidente dedujeron una consecuencia obscura: *todos pecan sin querer.* El misterio ó enigma puede descifrarse del modo siguiente: hay en el pecado *su bien físico*, *útil ó deleitable;* hay también *su mal moral*, *torpe y contrario á la ley.* El que peca se deja llevar de la idea del *bien físico*, á éste ama sólo; no atiende como pudiera y debiera á la idea del *mal moral;* antes desvía de ésta los ojos del alma; y así se verifica que, considerando el pecado como *bien*, lo ama por razón del *bien físico;* y no queriendo considerarlo como á *mal*, deja de aborrecerlo por razón del *mal moral.* Peca, pues, no porque ame el *mal moral*, en cuanto es su mal; supuesto que mal, en cuanto mal, ni se ama, ni se puede amar; sino que por amar el *bien físico* deja de aborrecer el *mal moral*, del cual aparta la vista.

(1) La metáfora con que explica las riñas, bregas, contiendas y pendencias es tomada de las escaramuzas de la tropa ligera.

(2) El dilema, más filosófico que racional, tiene esta fuerza: los eventos, ó son dirigidos por una sabia providencia, ó son producidos por una temeraria fortuna, cual es el concurso ciego de los átomos. Si lo primero, es propio de la Religión el conformarse con ellos, pues son ordenados por Dios; si lo segundo, es oficio de la prudencia el resistirles, oponiendo contra su temeridad nuestro consejo, y haciendo de la necesidad un libre ejercicio de paciencia.

demuestre que el mundo es como una ciudad ó estado, *cuyo bien público debes anteponer al tuyo propio.* ¿Pero acaso te dan pena estas cosas corpóreas y sensibles de acá? *sin embargo*, *dejarás de afligirte* reflexionando que la mente, si una vez se recogiere (1) dentro de sí y conociere su propia virtud, no se mezcla ni toma partido en las conmociones lenes ni ásperas que en el cuerpo siente, y recapacitando también todo cuanto hayas oído y aprobado cerca de la molestia y del placer. ¿Pero por ventura te arrastra la ambicioncilla *y deseo de aplauso? no obstante*, *dejarás de andar solícito en este punto* echando los ojos hacia la prontitud con que viene el olvido de todas las cosas; hacia aquel caos de la eternidad, por una y otra parte interminable; hacia la vanidad del aplauso ruidoso; hacia la inconstancia y falta de juicio (2) en aquellos que al parecer nos favorecen con su aplauso, y finalmente, hacia la estrechez del lugar en que la fama se encierra. Porque además de que toda la tierra es un punto, *dime*, ¿cuán reducido es aquel rinconcito que en ella se habita? y en ésta, ¿cuántos son y cuáles al cabo los que te han de alabar? Réstate, pues, el que te acuerdes de retirarte dentro de aquella partecita *en donde mora tu mismo espí-*

(1) Lo que M. Aurelio quiere persuadirnos, ó es una paradoja ó un insigne error de física; *y es que el alma recogida dentro de sí no tiene parte en las mociones suaves ó ásperas del apetito.*

(2) Cuando de veras se desea la justicia, se busca un juez que sepa y quiera hacerla; pero cuando se pretende la gloria, se toma por árbitro de ésta al vulgo, que no sepa juzgar del mérito ni lo desee para sí: *Non est consilium in vulgo, non ratio, non discrimen, non diligentia,* que dijo Cicerón *pro Plauco.*

ritu (1), y sobre todo, que no te distraigas ni tomes sobrado empeño por cosa alguna; antes bien, muéstrate superior á todas ellas, y míralas como varón *fuerte*, como hombre *grave*, como *buen* ciudadano, como quien vive para morir. Pero con especialidad, entre las otras máximas de que muy á menudo sueles echar mano, debes tener á punto estas dos: la una, que las mismas cosas no llegando al alma, sino quedándose inmobles á la parte de afuera, todas tus inquietudes provienen sólo del modo que interiormente tienes de opinar (2); la otra, que todas estas cosas que ves, no bien habrás vuelto los ojos cuando se habrán ya mudado para no permanecer más. Y tú mismo puedes frecuentemente reflexionar cuántas mutaciones has alcanzado ya en ellas: el mundo es una continua mutación y una imaginación la vida.

Si es verdad que todos los hombres tenemos un mismo principio (3) de entender, también lo es que

---

(1) Los estoicos parece que encerraban su ἡγεμονικὸν no en toda la cabeza. ni en la glándula pineal, sino en todo el corazón. *Laërt.*, lib. VII.

(2) Nada más verdadero que todo penda del modo de pensar; por tanto, los místicos y ascéticos inculcan en que la virtud debe fundarse, como en su principio, en la corrección de las ideas y opiniones.

(3) Nadie se imagine que en este lugar se deje ver algún rastro de panteísmo, como si un mismo ἡγεμονικὸν estuviese en todos los hombres, con sola la diferencia de la modificación. M. Aurelio dice que la mente de cada uno proviene de una misma fuente: *uno ex fonte omnium nostrum defluunt animæ*, según se explica Arnob., lib. II Ni pretende que todos en una *idea, razón, especie inteligible*, la misma en número, veamos las cosas ἐν τῷ λόγῳ· lo que se ha imaginado Malebranche. El error de M. Aurelio está en desmenu-

todos tenemos una misma razón, con la que somos racionales; y si esto es así, igualmente estamos dotados de una razón práctica de lo que se debe hacer ó no; si esto es cierto, á todos nos comprende una misma ley; y si nos comprende, todos somos conciudadanos; y si lo somos, todos participamos de alguna parte de la policía común; y si todo es verdad, viene á ser el mundo un estado universal. Pues si no, que diga alguno, ¿de qué otro estado común podrá participar todo el linaje humano? Sin duda que de aquí, de esta común ciudad *del universo* nos viene á nosotros la facultad de entender y de usar de razón, como también de poder obrar según ley; y si no, ¿de dónde nos proviene? Porque así como la parte térrea que tengo en mí la tengo tomada del elemento de la tierra, la húmeda tomada de algún otro elemento, la aérea tomada de cierto origen, y la cálida é ignea tomada de su origen particular (supuesto que nada viene de la nada, al modo que nada va á parar á la nada), así (1) también de alguna parte nos viene el principio de entender.

La muerte y la generación, cosas entre sí muy

---

zar la divinidad en tantas partículas principales, y en no hacer al alma una criatura hecha de la nada.

(1) De un error quiere M. Aurelio colegir una verdad, no mirando posible la creación; punto en que casi toda la Filosofía pagana deslizó. Buscaba el origen ó fuente de la naturaleza racional ó alma humana, y no hallándolo en los cuerpos, lo derivaba de Dios, el cual se partiese en tantas porciones de razón cuantas fuesen las naturalezas racionales; y así puede aplicarse á esta Filosofía de nuestro Emperador lo que dice Virgilio de la Sibila de Cumas, lib. IV.

Horrendas canit ambages, antróque remugit,
Osccuris vera involvens.

parecidas, son un misterio de la (1) Naturaleza: *ésta* es una condensación de aquellos mismos elementos de que *aquélla* es una disolución: en suma, nada hay en aquéllas de que deba uno avergonzarse (2), no hallándose en ellas cosa que no sea conforme á un viviente animado é intelectivo, ni que repugne á su estado y condición.

Siendo tales (3) los hombres, tales deben ser natural y necesariamente (4) sus acciones: y quien no

---

(1) M. Aurelio llama misterio á lo que reputó (lib. II, párr. 12) φύσεως ἔργον no en el sentido de aquellos que no se hartan de llamar al hombre *enigma*, *misterio*, *prodigio*, *caos* y otras cosas, para probar que el pecado original es una sustancia ó cualidad real y positiva que hace al hombre un animal monstruoso y una prodigiosa quimera.

(2) Nada *positivo* hay en la naturaleza del hombre de que éste deba correrse, si no quiere infamar á su autor ó darla un autor maniqueo. El pecado original no es un *ente positivo*, sino un *hábito privativo*, como lo llaman los teólogos, del que, como de un vergonzoso manantial, debe uno correrse, pero no hacer por él una penitencia de por vida. Porque según los Sumos Pontífices, que condenaron la doctrina de Bayo, pu .o Dios criar al hombre en el estado de pura naturaleza.

(3) Parece que el Emperador, acabada de recibir alguna injuria, antes que vengarse con la espada quiso consolarse con la pluma, echando la culpa á la condición humana.

(4) *Necesariamente* Habla en sentido popular de una necesidad moral de pecar, que este presente sistema de la naturaleza corrompida lleva consigo, y no de una absoluta necesidad, que en vez de culpable haría la naturaleza impecable. No obstante, si alguno quisiere, atribuyendo al hado la necesidad, excusar su culpa, podrá oir á Zenón, autor y padre del hado, el cual castigando á un esclavo por ladrón, y éste, echando la culpa al hado decía, *llevaba mi hado que yo robase*, respondió: *y también el que seas ahora desollado.* Discúrrase y dogmatícese como se quiera, sobre el hado, sobre la necesidad, fuerza, delectación, ignorancia, coacción; con

quisiere esto, querrá que no tenga leche la higuera. Absolutamente será bueno que te acuerdes que dentro de brevísimo tiempo, tanto tú como esotro *enemigo* (1) moriréis, y que poco después ni aun de vuestro nombre quedará memoria.

Echa de tí esa mal entendida opinión (2), y con eso no se incurre en la queja importuna *de decir*, he sido infamado, precávete de esto también y así se evita todo daño.

Todo aquello que no hace que un hombre sea en sí peor *de lo que antes era;* esto no empeora su vida ni le acarrea mengua alguna ni exterior, ni interiormente.

Por su propio interés y provecho se vió obligada la naturaleza á producir esto *que vemos.*

Advierte bien, que todo cuanto sucede hay razón para que acontezca; porque si tú lo pensares atentamente hallarás, no digo solo, que todo viene en fuerza del orden (3) *y enlace de los hados;* pero aun

---

todo, la luz natural sacará de la boca de todos un testimonio expreso á favor de la libertad.

(1) Contra el odio implacable sirve de gran remedio el acordarse que uno es mortal.

(2) Esto es sin duda, porque un sabio en este Pórtico se halla á cubierto de toda injuria.

(3) Si se para uno solamente en la superficie tendrá por sanísimo todo este párrafo, que de palabra nos pinta *razón* en el hado, *orden* en los efectos, *justicia* en los sucesos. He aquí los caracteres de la Providencia cristiana, la cual todo lo ve, dispensa y distribuye con justicia. Pero si se pasa más adelante y se mira al meollo de la doctrina que se trasluce con no sé que horror y obscuridad, por entre aquellas voces, *en fuerza del orden y enlace de los hados*, hallará, que con razón se dijo: *nimium ne crede colori.* Porque este enlace no viene á ser otra cosa, que una conexión de todas las naturalezas, causas y partes del universo, en la cual consiste la

también, que todo se hace con justicia y razón y como dispensado por una mano que reparte á cada cual según su merecido. Lleva, pues, adelante esta observación como has empezado, y todo cuanto hicieres, hazlo como corresponde; que lo haga uno que sea hombre (1) de bien tomando con toda propiedad la palabra *de hombre bueno*, y esto obsérvalo bien en todas tus acciones.

No mires las injurias por el lado que las ve quien te injuria, ó por el lado que éste pretende (2) que las veas, sino míralas como son realmente en sí mismas.

Conviene siempre tener muy prontas estas dos *reflexiones*: la una para hacer sólo aquello que en pro del público te dictare la razón cuyo es mandar y dar la ley; la otra, para mudar de resolución, siempre que se presentare quien te corrija y apee

---

unión de todos los miembros de aquel mundo estoico; mundo, que para ellos era un gran viviente, un gran animal, lleno de razón, un Dios estoico. Y así aquella conexión y unión era tan necesaria á las partes de aquel mundo, como lo era á este mismo, el ser aquél animal, aquél viviente, aquél Dios. De aquí se colige, por qué la fatal cadena del hado con su primer eslabón ataba al mismo Júpiter; á quien necesariamente ponía en la precisión de que obrase como obraba, sopena de no ser más Júpiter; de que pensase, decretase y ejecutase sus funciones por la necesidad de su mismo ser.

(1) Leemos con Catakero σὺν τῷ ἀγαθὸς εἶναι. Séneca (*Ep.* 3.) nos describe y pone en claro las propiedades de un tal hombre, cuando dice: *Virum bonum, perfectum, absolutum; quem malum facere nulla vis, nulla necesitas possit*: hombre en suma de la república de Platón y no de la prosapia de Adán.

(2) Este género de venganza, al paso que es muy sensible, es el más loable: *Genus ultionis est eripere ei, qui fecit contumeliæ voluptatem*: *fructus contumeliæ in sensu et indignatione patientis est.*, *Senec. de Sap. Const.*, cap. XVII.

de alguna opinión; pero bien entendido, que esta mutación de sentencia sólo deba estribar siempre en alguna razón probable (1), de que sea justo ó que se haga por la utilidad pública ó por ctro bien semejante, y nunca por tu capricho ó vana ambición.

Díme, ¿te hallas dotado de razón? me hallo, *responderás sin duda;* ¿luego por qué no usas de ella? pues haciendo ella su deber, ¿qué otra cosa pretendes y quieres?

Subsistes ahora como parte *del unirerso*, *vendrá tiempo en que* desaparecerás resuelto en el principio que te engendró, ó para decirlo con más propiedad, por medio de una mutación serás reasumido en aquella mente, que es el principio (2) y la *fuente* de donde saliste.

---

(1) Ahora sí que M. Aurelio es de veras filósofo, cuando la razón le obliga á no ser estoico. La razón dicta á todos, lo que Séneca (*De Benef.*, lib. v, cap. XXI.) escribió: *Non moneri* (*hoc est, monitu non indigere*) *prima virtus est velle, ac posse* (*moneri*) *secunda.* Sentencia, que primero la dijo Hesiodo y que después se ha hecho muy célebre entre los antiguos. Yo sólo citaré á favor de la penitencia, virtud que la razón mostró á la naturaleza por antídoto de la culpa, aquello del Trágico; *Senec. Agam. Ac.* 2, *scen.* 2.

Nam sera mumquam est ad bonos mores via,
Quem pœnitet peccase, pœnnæ est innocens.

Mas los estoicos no querían que la penitencia tuviese lugar en aquel su sabio, que ni opinaba, ni erraba, ni pecada; ni de otro, ni aun de sí mismo se compadecía. No faltó quien se lo echase en cara á Catón: *Sapiens nihil opinatur. Errasti aliqua in re. Male dici putat=mutare sententiam turpe est. Cicer. Pro L. Mur.*, cap. XXX. M. Aurelio mira por una máxima importantísima el mudar de resolución y mudarla por *motivo de alguna probabilidad* ó causa laudable, como hemos traducido.

(2) En frase estoica, *seminalis ratio mundi*, quiere decir aquel dios estoico, aquella alma del mundo, cuyas partícu-

Vemos sobre un mismo altar *que arden* muchos grumos de incienso, de los cuales los unos caen antes y los otros después, *pero cayendo todos al cabo*, nada importa el orden (1) con que caen.

No bien habrán pasado diez días, cuando ya te reputarán por un dios aquellos mismos que ahora te tienen por una bestia (2) y por una mona, si *de veras* te dieres á seguir y tener por sacrosantas las leyes de la razón.

Tú no cuentes como quien ha de vivir millares de años; tienes ya la muerte encima de tí; mientras tienes vida, mientras te lo permite la ocasión, procura hacerte bueno.

¡Cuánto tiempo libre y desocupado logra el que no se cuida de lo que dijo, hizo ó pensó su vecino, sino que sólo tiene cuenta con lo que él mismo hace, para que todo esto sea una cosa justa y santa! ó como dice Agathón, para que no seas de negras costumbres: conviene, pues, que lleves adelante tu camino, sin mirar acá ni allá, y sin desviarte á parte alguna.

El que anda alucinado con la pasión de dejar

---

las esparcidas en los cuerpos, eran la semilla, que daba vida y razón á todos los hombres.

(1) Este arder y caer sucesivamente los granos del incienso, es decirnos con algún disfraz que todos hemos de morir. *Horat. Car.*, lib. II Od. 3.

Omnes eodem cogimur: omnium
Versatur urna serius ocyus
Sors exitura.

(2) No consta si M. Aurelio habla de aquella metamorfosis que Plutarco tan justamente reprende por una jactancia irrisible. O si más bien habla de la inconstancia del vulgo.

grande nombre y memoria de sí, no se imagina que cada uno de los que se acordaren de él en breve morirá y él también, y después por su orden cualquiera que les sucediere hasta que se borre toda su memoria continuada por la sucesión de los que le hubieren admirado y después también hubieren fenecido. Pero demos, que los que de tí se acordaren hayan de ser inmortales, y que lo haya de ser también tu memoria, *dime:* ¿qué parte, pues, tendrás tú en ella? no digo después que hubieres muerto; pero aun ahora viviendo, ¿de qué te sirven las alabanzas si en éstas no tienes la mira á algún otro (1) bien y provecho? lo que sucede es que deja uno intempestivamente de cumplir con lo que le encargó la naturaleza, entre tanto que está colgado de lo que otros dirán de él.

Todo lo honesto, de cualquiera modo que sea, es por sí mismo honesto y en sí encierra *su bondad*, sin

---

(1) Los estoicos, que en los demás bienes reconocen una materia legítima de honestidad, contaban entre las cosas indiferentes la fama y reputación: haciendo primero la división de las cosas indiferentes en las que merecían alguna estima, *præposita,* y en las que sólo merecían el desprecio, *reiecta*, y añadiendo después la subdivisión de las cosas dignas de estima, en las que fuesen (*præponenda per se*) *de suyo aventajadas*, y las que lo fuesen *por razón de alguna utilidad* (*propter usum*); y las que por uno y otro respecto mereciesen la atención. En esto había también dos sentencias: Crisipo quería que la fama sólo por respecto á algún provecho debía procurarse, de modo que *utilitate detracta ne digitum quidem eius causa porrigendum esse* (*Cicer. de Fin.*, lib. III, cap. LVII), y ésta era la opinión de M. Aurelio el cual, según dice Capitolino, *erat suæ famæ curiosissimus*. Los otros estoicos, obligados por Carneades, enseñaban *famam propter se præpositam et sumendam esse.*

que en ello tenga parte la alabanza: y así, el que sea alabado, no lo hace mejor ni peor. Esto mismo digo de lo que vulgarmente se llaman bienes: por ejemplo, de los efectos por naturaleza materiales y de las obras del arte. Lo que fuere, pues, realmente bueno, de nada más tendrá necesidad como no la tiene la ley, la verdad, la benevolencia y la modestia. *Pregunto:* ¿cuál de estas últimas cosas es buena por ser alabada ó por ser vituperada se vicia? ¿es de peor condición la esmeralda porque no la alaben? ¿se hace por eso menos apreciable el oro, el marfil, la púrpura, el puñal, la florecilla, el arbolito?

A esta pregunta, si las almas duran por tanto tiempo, ¿cómo desde una eternidad caben ellas en el aire? *puede satisfacerse con otra:* ¿cómo después de una eternidad los cuerpos sepultados en la tierra pueden caber en ella? *La razón de uno y otro es*, porque como aquí la breve duración y disolución de los cuerpos, que después de alguna mutación sucede, hace lugar á otros, del mismo modo allí las almas traspasadas á la región del aire, después que por algún tiempo hubieren permanecido, se mudan, se disipan, se vuelven á inflamar, recibidas otra vez dentro de aquella mente, *principio y fuente* originaria del universo; y de esa manera las primeras hacen lugar á las que van viniendo después.

Esto, *digo*, podrá uno responder en la hipótesis de que las almas por largo tiempo permanezcan fuera del cuerpo. Pues por lo que toca á los cuerpos, se debe considerar, no sólo la muchedumbre de aquellos que son en esta forma sepultados, sino también la de aquellos animales que son diariamente comidos, tanto por nosotros como por otros vivientes. Y

á la verdad, ¡cuán grande es el número que de ellos se consume, y que en cierto modo se sepulta en las entrañas de los que con éstos se alimentan y viven! y sin embargo, *vemos* que hay lugar para todos ellos; parte, porque se convierten en sangre; parte, porque se mudan, adquiriendo la forma de aire ó de fuego. Más esta doctrina, ¿qué fundamento tiene de verdad? *estriba en aquella común* división *que de todo se hace* en causa (1) material y eficiente.

Mira, no te arrastren tras sí las pasiones; sin embargo, de cualquiera ímpetu que sintieres, da á cada cosa lo que de justicia la toca, y no obstante la viveza y aprensión de la fantasia, conserva un juicio recto.

Dígote con toda verdad, ¡oh naturaleza del mundo! (2), que todo lo que á tí te acomoda, me avengo yo bien con ello; nada es para mí temprano, nada tardío, si á tí te parece sazonado, es para mí una fruta regalada todo aquello que tus estaciones llevan, ¡oh naturaleza! de tí *viene* todo; en tí *subsiste* todo; en tí *va á resolverse* todo. Si el otro dijo, *hablando con Atenas:* ¡Oh querida ciudad de Cecrope!

(1) M. Aurelio da por fundamento de toda la doctrina que nos acaba de explicar, la división primaria que los estoicos admitían en la naturaleza. Séneca, *Ep.* 64. *Stoici nostri dicunt duo esse in rerum natura, ex quibus omnia fiant, causant, et materiam — Nempe universa ex materia, et ex Deo constant: Deus ista temperat, quæ circunfusa rectorem sequuntur, et ducem.*

(2) Para los estoicos eran voces sinónimas: **Κόσμος, Φύσις, Θεός**: si éstos no eran panteístas al modo que Espinosa retocó este sistema impío, no queriendo en el mundo más que una substancia simple en sí misma y sólo varía en sus modificaciones, por lo menos dieron el modelo á los nuevos Panteístas.

no dirás tú, *hablando con el mundo:* ¡Oh querida ciudad de Jove!

No te cargues con muchos negocios, dice *el otro* (1), si quieres vivir quieto; *pero mira*, si fuera mejor el haberlo dicho así: carga con los negocios necesarios y con cuantas ocupaciones la razón dicta á un viviente por su naturaleza político y sociable, *y procura cumplir con ellas* como la misma razón lo sugiere, porque el hacerlo así, no sólo acarrea aquella quietud que nace del obrar rectamente, sino también aquel sosiego que lleva consigo el no tener mucho que hacer. Porque si uno supiese cercenar las más de aquellas cosas que los hombres decimos y hacemos no siendo necesarias, se hallaría más desocupado y con menor perturbación; de aquí se colige que es muy del caso reflexionar en cada una de las cosas, si alguna de ellas será ó no una de las necesarias. Además de que no sólo conviene cercenar las acciones no necesarias, pero aun los pensamientos ociosos, porque de esa suerte no serán supérfluas las acciones que sobrevinieren.

Examina *contigo mismo* cómo te va en la profesión que haces de hombre sabio y virtuoso; de hombre, *digo*, que se propone el conformarse con las disposiciones de la providencia, y el contentarse con un modo de obrar justo y con una disposición de ánimo lleno de bondad.

¿Has entendido esto? atiende, pues, á esto otro: no te perturbes; dilata *tu corazón: ¿ves* que peca alguno? sobre su cuenta peca ó *para sí hace*; ¿te ha sucedido algo bueno? desde el principio los hados

---

(1) *El otro* que lo dijo fué Demócrito.

te tenían dispuesto y ordenado todo lo que te acontece. En suma, siendo la vida breve, conviene aprovechar el tiempo presente empleándolo con discreción y justicia, y reduciéndote á ser moderado en las recreaciones.

Es preciso que el mundo, ó sea un sistema bien ordenado ó un montón de cosas mezcladas, las cuales, por más perturbadas y revueltas que estén, con todo, no perjudican á la formación del mundo. ¿Será posible que en tí subsista un buen orden y que en este todo del universo reine el desorden? Especialmente hallándose en él las cosas así repartidas en sus respectivos lugares y esparcidas de tal modo *que se dan la mano* y conspiran á la simpatía (1) *y formación de un todo.*

Las negras y *depravadas* costumbres, consisten en ser el hombre afeminado, testarudo, fiero y bestial; pueril, estólido, fingido, truán, pérfido y tirano.

Si es peregrino en el mundo quien ignora lo que hay en él, no menos será peregrino quien no sabe lo que en él pasa; será fugitivo el que huye de seguir y acomodarse á la razón política; *pasará* por ciego el

---

(1) M. Aurelio usa de esta voz en sentido propio, puesto que pretende, como buen estoico, que todo el mundo sea un viviente con sentido y con razón. Más claro lo ha dicho Manilio. *Astron*, lib. II.

Totumque alterno consensu vivere mundum.

Los otros filósofos, que no pueden llevar con paciencia el que se admita un animal en el mundo de tanta magnitud que desde la tierra llegue hasta el cielo, usan por metáfora de la *simpatía*, supuesto el orden que guardan entre sí todas las partes del universo, ora sea esto en fuerza del eter ó en virtud de la atracción, ora sea por las leyes del movimiento ú otra causa ó inclinación.

que tiene cerrados los ojos de la razón; por mendigo el que necesita de otro y que en sí mismo no tiene todo cuanto es útil para la vida; *reputarase como* un apóstata y corrupción del mundo el que se separa y retira de lo que prescribe la razón de esta naturaleza común, disgustándose con los sucesos acaecidos, siendo así que los produce aquella misma causa que te produjo á tí. *Por fin, es* como miembro cortado *de este cuerpo* y ciudad *común* el que, *por decirlo así*, arranca (1) y separa su alma de la de los otros racionales, siendo una misma en todos ellos.

Hace éste profesión de filósofo (2) sin llevar túnica (3), aquél sin tener libros y el otro igualmente, estando medio desnudo: no tengo, dice uno, pan que comer, y sin embargo, insisto en la Filosofía; yo, dice otro, no tengo el salario correspondiente al ejercicio de mi enseñanza, y con todo, me doy constantemente á la Filosofía.

Estima y vive satisfecho con el arte que aprendiste, y lo que te restare de vida, pásalo de manera que, con toda tu alma, poniendo todas tus cosas en las manos de los dioses, á ninguno de los hombres tiranices y á tí nadie te esclavice.

Ponte á pensar en los tiempos pasados, por ejemplo, en los de Vespasiano, verás que sucedía lo pro-

---

(1) La metáfora se toma de un ramo desgajado con violencia de su árbol, y así quiere M. Aurelio decir, un revoltoso, sedicioso, excomulgado en frase eclesiástica.

(2) Parece que M. Aurelio quiere rebatir todas las excusas que se solían pretextar de pobreza en el vestido, falta de libros y escasez de alimentos para no darse á la Flosofía.

(3) Estos eran los cínicos, que sólo llevaban encima de la *interula* su palio ó capa.

pio *que hoy día:* se casaban los hombres, educaban la prole, enfermaban y morían; guerreaban, hacían sus fiestas, ejercían la mercancía y labraban; adulaban, estaban llenos de presunción y arrogancia; vivían con sospechas y armándose asechanzas; había quien deseaba á otros la muerte; quien murmuraba del estado de las cosas presentes; quien andaba enamorado; quien atesoraba; quien deseaba el consulado y el imperio. Acabóseles, pues, así la vida, sin que ahora quede rastro alguno de ella. Pasa en segundo lugar á los tiempos de Trajano, hallarás de nuevo que todo era lo mismo: murieron también los que entonces vivían. De la misma suerte reflexiona sobre las otras épocas de los tiempos y determinadas edades de todas las naciones, y repara bien cuántos después de haberse afanado, muy en breve murieron y se resolvieron en sus elementos.

Pero muy especialmente convendrá que hagas memoria de aquellos á los que tú mismo conociste ocupados y distraídos en estas cosas vanas, omitiendo el hacer lo correspondiente á su propio estado y el entregarse con constancia al cumplimiento de su obligación, con sólo lo cual debían contentarse. Es necesario, del mismo modo, que te acuerdes que la aplicación y esmero en cada acción en particular debe corresponder al mérito y proporción de la misma, porque así no llegarás á fastidiarte sino te has entretenido en cosas de poca consideración más de lo que convenía.

Las voces antiguamente trilladas son ahora tan obscuras, que necesitan de glosa y explicación; asimismo, pues, los nombres de los héroes, en otro tiempo muy celebrados, en cierto modo al presente

ya no se entienden sin interpretación: *tales son por ejemplo* Camillo (1), Cesón, Voleso, Leonnato: *tales serán* dentro de poco tiempo Scipión y Catón: *tal será* después Augusto, y en lo sucesivo Adriano y Antonino. Porque todas las cosas son caducas y presto vienen á hacerse fabulosas (2), y es que un pronto y total olvido las cubre y sepulta. Y esto digo aun de aquellos que en cierto modo resplandecieron con admiración *de los hombres*, porque los otros, al punto que espiraron, quedaron desconocidos y no se volvió á hablar más de ellos. ¿Pero qué viene á ser en substancia una fama inmortal? absolutamente una pura vanidad. ¿Qué cosa, pues, es aquello á que conviene dedicarse con empeño y conato? una sola cosa, *y es*, que el pensar sea justo, las acciones llenas de bondad respecto al bien público, las palabras incapaces de engañar á nadie, la disposición de ánimo conforme y resignada, abrazando todo lo que acaeciere como que es necesario, como que es cosa sabida, como que proviene de aquella fuente y principio universal.

Entrégate de todo tu corazón al hado (3), estando pronto á que te destine á los fines que quisiere.

---

(1) De Camillo habla Livio, lib. V y VI, y en el lib. II y III hace mención de los Cesones, que fueron muchos los de este nombre. De Voleso Messala trata Tácito lib. III y Séneca, lib. II *de Ira*, cap. V. Arriano, lib. VI *de gest. Alex*, escribe de Leonnato, pariente de Alejandro y su compañero en la guerra.

(2) Parece que Marco Aurelio alude á la división que hizo Varrón de las edades en *obscura*, *fabulosa*, *histórica*.

(3) A la *Parca Cloto*. Con nombre fabuloso nos quiere significar á Dios, al que muy á menudo llamaban también *hado*. *Senec. Quaest. Nat.* lib. II, cap. XLV. *Vis illum* (Deum) *fatum vocare? non errabis; hic est, ex quo suspensa sunt omnia, causa causarum.*

Todo se reduce á la breve duración de un día, el que alaba y el que es alabado.

Considera de continuo que todas las cosas se hacen por mutación, y acostúmbrate á pensar que la naturaleza del universo nada apetece tanto como el mudar las cosas existentes y hacer otras nuevas semejantes *á las primeras*, porque todo esto es en cierto modo la semilla de otro que de él ha de renacer. Pero tú te imaginas que solas las semillas son las que se echan en la tierra ó en la matriz; imaginación demasiadamente vulgar.

Ya dentro de poco habrás de morir; ¡y que aun no acabes de ser sincero é imperturbable, libre del error y sospecha de que lo que está fuera de tí pueda dañarte, benévolo para con todos y persuadido que no hay otro saber que el bien obrar!

Mira con atención el corazón humano, sus cuidados y aficiones; dè qué cosas huyen *los hombres* y cuáles desean alcanzar.

Tu mal no proviene de otro espíritu que esté fuera de tí, ni consiste en alguna mutación y alteración de ese tu cuerpo que te rodea. ¿De dónde pende, pues? De aquella fuerza (1) aprensiva de los males que en tí mismo tienes; haz, pues, que ella no se imagine *ni tenga por mal lo que no es*, y todas las cosas te irán bien; y así, por más que éste tu cuerpezuelo, *el vecino* más allegado á tu alma, sea sajado, quemado, corrompido, podrido, con todo,

(1) Marco Aurelio no pretende hacer de un sabio un insensato que no sienta lo que en su cuerpo padece; lo que intenta es que los dolores del cuerpo no obliguen al sabio á opinar en el interior, ni á consentir que las penas y tormentos son un verdadero mal.

aquella tu parte, cuyo es el juzgar sobre estas cosas, persevere tranquila, esto es, persuádase que aquello de suyo no es bueno ni malo que, sin diferencia, puede sobrevenir á hombres buenos y malos; pues lo que igualmente acontece al que vive conforme, y al que vive contra la naturaleza, esto, sin duda, no la es á ella conforme ni contrario.

Conviene tener siempre en la mente que el mundo es como un viviente (1) animado, que tiene una materia y una alma, y pensar cómo á su noticia, que en él es un sentido, llega todo, y como con un ímpetu ó acción común, haga todas las cosas y concurra con las demás causas particulares (2) á todos los efectos que se producen, y, por último, considerar cuál es la dependencia y enlace de todas las cosas entre sí.

Tú, alma mía, según decía Epicteto, no haces más que llevar sobre tí un muerto.

---

(1) El hacer de todo el mundo un *viviente animado*, como lo hacían los filósofos orientales, los pitagóricos, los platónicos, los estoicos, y casi todas las otras sectas, es un error que confirma la verdad de tres observaciones hechas por los filósofos píos y eruditos: *primera*, que la razón humana, siendo una participación de la verdad increada, tiene, en su misma luz, un tino natural, y no sé qué imán, que la convierte de continuo hacia el norte de la verdad en las cosas divinas; *segunda*, que la filosofía antigua, no pocas veces, queriendo dirigir por reglas sistemáticas las luces de la razón natural, las desvió y apartó del blanco de la verdad; *tercera*, que la divina revelación siempre fijó con acierto y constancia los principios y direcciones naturales de la razón.

(2) El concurso de Dios á cada acción y efecto particular es una verdad averiguada entre los teólogos cristianos, pero no en el sentido estoico, que da por razón del dicho concurso la unión de todas las causas particulares con la naturaleza divina, como miembros con su cuerpo.

Ningún mal viene á las cosas por que se hallen en actual mutación, como tampoco las viene algún bien, porque después de mudadas subsistan en su nuevo estado.

El tiempo es como un río (1), y aun como un rápido torrente, que arrastra cuanto hay en el mundo; porque lo mismo es dejarse ver cada una de las cosas, que desaparecer precipitadamente, y sucederla otra, y también ser arrebatada con igual prontitud.

Todo lo que en el mundo (2) sucede es una cosa tan usada y trivial como las rosas en la primavera y las frutas en el verano; tal es la enfermedad, la muerte, la calumnia, las traiciones, y cuantas cosas alegran ó entristecen á los fatuos é ignorantes.

En la naturaleza los sucesos posteriores siempre van consiguientes á los anteriores, con correspondencia y buen orden, no porque su curso venga á ser como una enumeración de cosas sueltas y desordenadas, las cuales sola la fuerza haga que por necesidad concurran; antes bien, es una serie (3)

---

(1) Lo mismo dijo Heráclito: «El símil es muy vivo para pintarnos la inconstancia de las cosas criadas; pero no por eso se debe dar en el extremo de decir que la acción conservativa de cada cosa se muda por instantes, ni en el otro de imaginar que ninguna substancia corpórea se mantiene, por algún tiempo, en una misma situación y estado.»

(2) Séneca merece ser citado por lo bien que habló, epístola 108: *Nihil horum insolitum, nihil inexpectatum est. Offendi rebus istis tam ridiculum est, quam quæri, quod spargaris in publico, aut inquineris in luto.*

(3) Marco Aurelio emplea todos los colores de la Estoa para pintarnos y descubrirnos el hado. Si pretende decirnos que todo efecto tiene su causa, y toda causa su razón suficiente, como dicen los wolfianos, ó su determinación, como

encadenada por justo motivo y razón fundada. De suerte que, como los entes están en el mundo ordenados con la debida proporción y armonía, del mismo modo los efectos no demuestran una mera sucesión *de los unos á los otros*, sino una admirable conveniencia entre sí mismos.

Acuérdate de tener siempre presente esta sentencia de Heráclito (1): que la muerte de la tierra es convertirse en agua, la del agua es trasmutarse en aire, la del aire hacerse fuego, y al contrario. Es necesario también acordarte de aquél que se olvidó del camino (2) por dónde debía ir, y cómo los más en nada siguen aquella razón, con quien especialmente conversan con más frecuencia, y con la que la naturaleza todo lo rige y gobierna, á los cuales les parecen extrañas y peregrinas aquellas mismas cosas que cada día ocurren. También conviene conservar en la memoria que no es conducente el decir ni hacer nuestras cosas como quien sueña; porque, á la verdad, entonces, *cuando soñamos*, nos parece que *mucho* decimos y hacemos; tampoco te olvides

---

hablan los escolásticos, no rehusamos entrar en la serie, ó sea cadena estoica, puesto que la razón clama *nihil fieri sine justa causa;* pero si quiere que las causas libres pendan de una previa coligación que las sea inevitable, y lleven de antemano una fuerza impresa que las fije y una con el tal efecto, en particular, ahí sí que rompemos la cadena fatal, y elegimos antes ser católicos libres que filósofos de tal clase.

(1) Esta es la común opinión de los antiguos, que, no sólo los cuerpos mixtos, pero aun los mismos elementos se convertían los unos en los otros.

(2) Parece que alude á algún dicho proverbial, no diferente de aquel de Séneca, epíst. 71: *Ignoranti quem portum petat, nullus suus ventus est.*

cuán acertado será no imitar la conducta de aquellos que, como muchachos, siguen á ciegas las pisadas de sus padres y mayores, gobernados por una mera tradición.

Así como tú, si alguno (1) de los dioses te hubiese dicho que mañana, ó, á lo más, después de mañana, habías de morir, tendrías en nada el morir después de mañana, antes que mañana mismo, sino es que fueses en extremo vil y cobarde; porque, ¿qué viene á ser *el espacio de un día* que había de mediar? Del mismo modo piensa que no debe reputarse por cosa grande el que mueras al cabo de muchísimos años ó mañana mismo.

Es muy del caso pensar continuamente cuántos médicos murieron después de haber encogido muchas veces las cejas sobre los enfermos, *en señal de que los desahuciaban*; cuántos matemáticos, después que predijeron la muerte á otros, pareciéndoles hacer en ello una cosa grande, *murieron también;* cuántos filósofos, habiendo dicho mil divinidades acerca de la muerte é inmortalidad, *no obstante perecieron;* cuántos bravos y excelentes soldados, habiendo dado la muerte á otros muchos, *también tuvieron el mismo fin;* cuántos tiranos, abusando de su poder sobre las vidas ajenas con gran fiereza y crueldad, como si ellos fuesen inmortales, *del mismo modo fallecieron.* Y cuántas ciudades, por decirlo así, murieron: Helice, Pompeya, Herculano y otras innumerables. Sigue también considerando sucesi-

---

(1) Nieremberg, en su *Temporal y Eterno*, lib. I, cap. II, se aprovechó de este pasaje de Marco Aurelio.

vamente á cuántos tú mismo has visto, y observa que uno de ellos, después de haber sepultado á otro, se murió, y fué sepultado por un tercero, y éste por otro, acaeciendo todo en breve tiempo. Por tanto, es conducente que siempre tengas á la vista cómo todas las cosas humanas vienen á ser cosa de un día, y no más; cosas absolutamente viles; siendo así que los que ayer eran un poco de humor asqueroso, mañana serán un cadáver embalsamado ó reducido á cenizas. *Procura*, pues, pasar este punto indivisible de tiempo conformándote con la naturaleza y muriendo consolado, al modo que cuando la aceituna, estando ya madura, de suyo suele caerse, como que bendice á la Naturaleza que la crió, y que da las gracias al árbol que la produjo.

Haz por ser semejante á un promontorio contra quien las olas de la mar se estrellan de continuo y él se mantiene inmóvil, mientras que ellas hinchadas caen y se adormecen alrededor. «¡Infeliz de mí, *dice uno*, porque tal cosa me aconteció!» En verdad no tiene razón: *diría mejor:* «Dichoso yo, que en medio de lo que me sucedió, quedé sin recibir pena alguna; ni me quebranta lo presente, ni me espanta lo venidero; porque una semejante desgracia á todos pudo acontecer; pero no todos sin pena la hubieran podido llevar.» ¿Por qué, pues, la adversidad ha de ser antes una desgracia que la paciencia en tolerarla una ventura? ¿Pero acaso tú absolutamente llamas desgracia del hombre aquello que no es un desvío del intento de la naturaleza del hombre? ¿ó por ventura te parece que aquello es un desvío del intento de la naturaleza del hombre, lo que no es contrario á la voluntad de su misma naturaleza?

¿Y cuál es esa su voluntad? Ya lo sabes bien, *ni es menester decirlo aquí.* Lo que yo pregunto es si este acaso puede impedirte el que seas un hombre justo, magnánimo, templado, prudente, cuerdo, mirado é incapaz de engañar ni ser engañado, modesto, libre de respetos vanos, y por abreviar, el que tú no poseas las otras virtudes, con las cuales, cuando la naturaleza del hombre las tiene en sí, queda ella del todo satisfecha y bien galardonada. Acuérdate en adelante que en todo acontecimiento capaz de contristarte puedes echar mano de este aviso: que la adversidad no es una desgracia; antes bien al contrario, el sufrirla con grandeza de ánimo es una dicha.

Ciertamente es un remedio vulgar, pero, sin embargo, muy eficaz para el desprecio de la muerte, la frecuente memoria de aquellos que por un dilatado tiempo vivieron con mucho apego á su vida. ¿Qué ventaja lograron éstos sobre aquellos otros que murieron antes de sazón? Yacen sin duda tendidos en algún sepulcro Ceciliano, Fabio, Juliano, Lépido, y si algún otro hubo semejante á ellos, los cuales, después que habían llevado muchos al sepulcro, también fueron llevados allá. Verdaderamente fué cortísima la diferencia de tiempo en la vida; y ésta ¿con cuántas molestias, con qué hombres y en cuál cuerpezuelo se toleró? No tengas, pues, eso por gran negocio. Porque mira bien la inmensidad de tiempo que ya pasó y la infinidad que aun queda por venir; y puesto en medio de este abismo, *dime*, ¿qué diferencia hallas en que uno muera al día tercero ó al tercer siglo después que nació?

Camina siempre por el atajo; y el verdadero atajo

es que vivas arreglado á la Naturaleza, de manera que hagas y digas todas las cosas con la entereza posible; porque un tal propósito te librará de trabajos y campañas, de toda disimulación y ostentación vana.

LIBRO QUINTO.

Por la mañana (1), cuando sintieses pereza al levantarte, ten luego á mano esta reflexión: «Yo me levanto para cumplir con los oficios propios de un hombre», ¿y que aun sea yo moroso, si voy á ejecutar aquello para que nací y para lo que vine al mundo? ¿ó por ventura he sido yo formado para que rellanado en cama y envuelto entre cobertores (2) me esté aquí calentando y solazando? Pero *me dirás* que esto es un placer. ¿Pues qué, has nacido tú para deleitarte y no ocuparte ni trabajar nada? ¿No ves cómo esos arbolitos, esos pajarillos, las hormigas, las arañas, las abejas, cada cual por su

(1) Nieremberg se valió de este pasaje en su *Temp. y Eter.*, lib. v, cap. I.

(2) *Entre cobertores.* Plutarco (*de Tranquil.*), cita un verso de Euripides (in Oreste) para refutar una cierta paz epicurea que muchos anteponen á toda ocupación honesta.

parte se esmeran en perfeccionar su labor? ¿y tú no querrás hacer los oficios propios de un hombre, ni te darás prisa en poner por obra lo que es conforme á tu naturaleza?

Me responderás, así es; pero también es necesario descansar. Conviene sin duda, y la naturaleza prescribió en esto su regla, como la ha escrito en el comer y beber, y tú, con todo, en esto último pasas más allá de lo que es regular y suficiente; y en lo que toca á tu deber, no lo haces así sino que te quedas mucho más atras de lo que pueden tus fuerzas. *La razón es* porque de veras no te amas á tí mismo, que si en realidad te amases, amarías tambien tu naturaleza y abrazarías sus dictámenes, visto que otros, teniendo pasión por sus artes, se consumen en el ejercicio de sus obras y descuidan de su aliño y aun de su sustento; más tú cuentas menos con tu naturaleza que un torneador con el arte de tornear; que un cómico con el teatro; que un avariento con la plata; que un ambicioso con la gloria; y éstos, una vez poseídos de semejante pasión, ni el dormir, ni el comer (1) estiman más que adelantar aquellas cosas á que se inclinan y de que se dejan arrastrar. ¿Y á tí los oficios debidos á la sociedad te

---

(1) Valerio *Maxim.* lib. VIII, cap. VII, refiere de Carneades que era preciso que Melisa le hiciese alargar la mano hacia la vianda estando sentado á la mesa: y Livio, *Hist.* lib. XXV, cuenta de Archímedes, tan embebido en sus figuras matemáticas, que no sintió el ruido de los que se habían apoderado de la plaza Siracusana, y por lo mismo dice *Cic. de Finib.*, lib. V, §. 50. *Quem ardorem studii censetis fuisse in Archimede, qui dum in pulvere quædam describit, ne patriam quidem captam esse senserit.*

han de parecer muy despreciables y dignos de menor atención?

¡Cuán fácil cosa es el que uno sacuda y borre de su fantasía toda representación turbulenta é impetuosa y que al punto se quede en suma paz y toda tranquilidad!

Juzga por decoroso á tu persona, el decir y hacer todo aquello que no desdice á la naturaleza, ni te haga desmayar la reprensión ó vituperación que de algunos hombres pueda originársete: antes por el contrario, si la cosa dicha ó hecha fuese honesta, no te desdeñes de ella porque aquellos tienen su propio espíritu *y modo de pensar* y se dejan llevar de su propio ímpetu y *pasión*, más tú no quieras atender á ellos, sino acaba el camino emprendido con rectitud siguiendo la dirección de tu propia naturaleza y de la común del universo, puesto que ambas á dos guían por un mismo camino.

Voy siguiendo las huellas de la naturaleza sin parar hasta tanto que descanse en la muerte, volviendo mi espíritu á aquel mismo principio por el cual vivo cada día, y convirtiéndome en aquel *elemento*, del cual mi padre recogió la materia, *con que me engendró;* mi madre la sangre, *con que me nutrió;* mi ama la leche, *con que me alimentó: en aquel elemento, digo*, del cual por tantos años diariamente recibí la comida y bebida, sufriendo que yo le pise y abuse de él para tantos usos de la vida.

¿No estás dotado de un ingenio tan agudo que excite la admiración? sea así; pero otras muchas cosas hay respecto de las cuales no puedes alegar la disculpa de que por naturaleza no eres apto para ellas. Pon, pues, por obra aquellas cosas que total-

mente (1) penden de tu arbitrio, como es la integridad y gravedad; el ser tolerado en el trabajo y abstenido en el deleite, conforme con tu suerte, contento con poco, manso, independiente, enemigo del lujo, serio y espléndido; porque no ves que pudiendo tú hacer muchas cosas, en las cuales no tiene lugar ese tu pretexto de falta de ingenio y habilidad natural, con todo te has quedado muy atrás por tu bello gusto. ¿Pues qué, acaso por la cortedad natural de tu talento te hallas en la necesidad de murmurar, de ser miserable, de adular, de echar la culpa de todo á la fragilidad de tu cuerpo, de ser muy condescendiente, de ser jactancioso é insolente y de tener el alma siempre agitada de tantas pasiones? ¡Por Dios, que no! Antes bien podías, tiempo ha, verte libre de tales vicios. Si tú eres notado de ser un poco tardo y no tan capaz, lo que sólo debías hacer, era corregir con diligencia y aplicación ese tu vicio, y no tenerlo en poco ni estar bien hallado con esa falta de talento.

---

(1) Este es á punto el lugar de repetir aquella sabia reflexión: *strenua nos exercet inertia*. La desidia sumamente industriosa á su favor, y bien avenida con su dulce languidez, quiere, aun socolor de humildad y de modestia, hacer que la culpa y vicio de la voluntad pasen por falta y mengua de los dones de la Naturaleza. El Crisóstomo, en muchos lugares de sus obras, tomó por tema que no depende el mal de la flaqueza é incapacidad, sino del descuido y pereza. M. Aurelio establece dos argumentos para desvanecer semejante pretexto: uno, que se haga aquello que no pide ese gran talento y que sólo pende de nuestro albedrío; otro, que con la industria se supla esta falta de ingenio. Pero no se contenta la desidia con solo el pretexto de humildad; pues no pocas veces, juntándose con la envidia, procura desacreditar aquella grandeza á que no espera poder llegar de todo punto ó no quiere ganársela con tanta fatiga.

Suele hallarse alguno que, cuando ha hecho algún beneficio á otro (1), no sosiega hasta echarle en cara la tal merced, y publicarla; otro hay, que no siendo tan temerario é imprudente, con todo, á sus solas reputa por su deudor al favorecido y no se olvida del bien que le ha dispensado: no falta otro que en cierto modo no sabe ni se acuerda del favor que hizo, sino que es muy semejante á la vid que produjo la uva, y dado ya una vez su fruto no pretende otra cosa; al modo que el caballo habiendo hecho su carrera, el perro seguido su caza, y la abeja trabajado la miel, así el hombre, que hizo bien á otro, no debe andar publicándolo, sino pensar solamente cómo podrá servirle otra vez, imitando en esto á la vid, que á su tiempo vuelve á llevar la uva. Según eso, «¿conviene que yo sea uno de aquellos que en algún modo hacen bien sin mirar á quien?» Sin duda. Pero *me dirás* que es necesario conocer lo que uno hace, porque el oficio propio de un hombre sociable de suyo, pide que se advierta que se obra conforme á las leyes de la sociedad, y ¡por Dios! que también debe pretender que su compañero en la sociedad lo llegue á conocer. Es mucha verdad lo que dices, pero si no te haces cargo de lo que poco ha dije, vendrás por esto á ser uno de aquellos bienhechores jactanciosos de quienes

---

(1) En el presente lugar no puede ser más precisa ni más sana la doctrina de M. Aurelio, comprendiendo cuanto hay que decir en esta materia con la división hecha de las tres clases de bienhechores: los unos públicamente arrogantes con la jactancia del favor hecho al prójimo; los otros tácitamente avaros con el ansia de ser recompensados; y los terceros sencillamente liberales y humanos.

hice mención en primer lugar, porque también esos se engañan con cierta apariencia de verdad. No obstante, si tú quisieses entender bien cuán interesante es la prevención insinuada, no tendrás que temer que por esto faltes en algo de lo que debes á la sociedad.

La oración de los atenienses era en esta forma: «Envía, oh amado Júpiter, envía la lluvia sobre la tierra de labor y los prados de los atenienses.» Y en verdad que, ó no se debe orar, ó con esta sencillez y franca ingenuidad se ha de hacer la oración (1).

Al modo que suele decirse que el dios Esculapio (2) ordenó al tal enfermo que haga ejercicio á caballo, que tome un baño de agua fría, ó que vaya descalzo, así se ha de entender estotro, *cuando se dice* que la Naturaleza universal ordenó al tal la enfermedad (3), la mutilación, ó alguna pérdida, ú

---

(1) Las causas porque M. Aurelio aprobaba la oración de los atenienses indican todas las propiedades que, según la razón natural dicta á los hombres, debían contenerse en una oración hecha á Dios: de simplicidad en la expresión; de confianza, resignándose en el divino beneplácito; de frecuencia en el ejercicio; de cooperación en la industria; de honestidad en la materia y de caridad con el prójimo.

(2) M. Aurelio habla, como entonces se creía, que el dios Esculapio, abogado y protector de la Medicina, ordenaba entre sueños al enfermo el remedio más conducente á su salud. Arístides, en sus oraciones, hace mención de tales recetas soñadas.

(3) M. Aurelio aplica esta comparación á los sucesos arduos que á cada uno dispensó el hado, á quien llama Naturaleza. Es muy usada entre los antiguos la comparación que se hace entre la economía de la Providencia y la cura de la Medicina; porque como ésta con sus remedios amargos al paladar sana de las enfermedades, ó evita las futuras, así aquélla con los sucesos ingratos al amor propio purga del mal cometido, ó ejercita la virtud, á fin de impedir el desorden venidero.

otro trabajo de esta clase; porque allí la palabra *ordenó* quiere decir esto: que Esculapio dejó dispuesto el tal remedio para el tal enfermo, como conducente á la sanidad; y aquí sólo significa que lo acaecido á cada uno se dispuso en cierto modo y se dirigió á lo mismo que era oportuno al hado; pues así debemos decir que estos respectivos sucesos nos cuadran y vienen bien, como suelen explicarse los artífices que las piedras cuadradas ajustan y vienen perfectamente á las murallas ó pirámides, armando entre sí por su especial composición y estructura; supuesto que absolutamente es una la armonía y sistema de todas las cosas. Y á la manera que el mundo es un cierto cuerpo perfecto, que se compone de todos los otros cuerpos particulares, así el hado viene á ser una cierta causa general, que consta y se perfecciona con todas las otras causas singulares. Esto que digo lo entienden aun aquellos que son sumamente rudos é idiotas, porque dicen: «Esto lo llevaba el hado para ese tal.» Según eso, la tal cosa la llevaba el hado (1) para la tal persona, y para esta misma había sido ordenada con especial destino; y así, debemos entender estas cosas *que miran al hado* como aquellas *cuando se dice:* «Esculapio se

(1) En todo este discurso lo que pretende concluir nuestro filósofo, no es otra cosa sino que la serie de las causas de suyo pedía que el tal sujeto en tal lugar, tiempo ó coyuntura le sucediese el tal acaso, al cual por esta razón llama congruente, connatural ó consiguiente al hado, á la Naturaleza, al sistema del universo. Todo esto podrá pasar hablando de los sucesos que no dependen de las causas libres; pero aplicada la doctrina á las determinaciones del libre albedrío, introducirá la necesidad y el optimismo, que no debemos admitir de ningún modo.

lo ordenó»; pues aunque en estas *recetas* de Esculapio suele haber muchos tragos amargos, sin embargo, con la esperanza de sanar, apechugamos con ellos gustosamente. Tal debes imaginarte la ejecución y fin de cuanto pareciere bien á la común naturaleza, cual es lo que pasa tocante á tu salud; *y con esta reflexión* haz por abrazar todo lo que sucediere, por más áspero que te parezca, con la mira de que aquello conduce á la salud del mundo, y también á la prosperidad y felicidad de Júpiter (1). Y sin duda que si esto no fuese adaptado al buen orden del universo, no lo hubiera Júpiter ordenado así; porque ni una sola de estas naturalezas vulgares lleva cosa alguna que no tenga relación y sea proporcionada *á aquel mundo entero* al cual gobierna la Naturaleza universal. Por dos razones, pues, conviene contentarse con aquello que acaeciere: la una, porque esto para tí se hizo, para tí se ordenó, y á tu medida en cierto modo se acomodó, disponiendo antes causas muy principales; la otra, porque esto contribuye á la prosperidad, á la perfección, *y aun me atrevo* á jurar por el mismo Júpiter, á la permanencia de aquel mismo que todo lo gobierna; *y en verdad que este mundo*, en sí perfecto y entero, vendría á quedar

---

(1) Esta expresión, *la felicidad de Júpiter*, y la que viene después, *la permanencia de aquel mismo que todo lo gobierna*, bien entendidas, son una blasfemia, la cual tiene su origen en la impiedad de hacer una causa común de todas las causas particulares, y de todas las partes del mundo un viviente animado, ó sea un Dios del pórtico de Zenón. La razón y la fe nos enseñan que Dios en sí mismo tiene la necesidad de ser eternamente feliz; ni necesita para esto de tal ó tal universo, ni de tal ó tal orden particular del mundo.

manco y mutilado si uno cortase y desconcertase, por poco que fuese, la conexión y contigüidad tanto de sus partes cuanto de sus causas *particulares;* y con todo, tú, cuanto es de tu parte, lo quisieras cortar y desunir, y aun en cierta manera lo haces cuando te disgustas *con lo que en el mundo acaece.*

Si no se te compusiere siempre el que cada una de tus acciones sea hecha conforme á las máximas rectas *de la Filosofía*, no por eso debes cobrarla hastío, caer de ánimo ni impacientarte; antes bien, rechazado, vuelve á embestir de nuevo, dándote por satisfecho con tal que el mayor número de tus acciones sea conforme con la obligación de un hombre, y abrazando de veras la resolución que te mueve á insistir, no volviendo á la Filosofía *y ejercicio de la virtud como vuelve el niño* al pedagogo, sino como los que padecen mal de ojos *suelen volver á sus remedios,* al pincel y á *la clara* del huevo, ó como el otro recurre á la cataplasma, y el otro al baño; porque haciéndolo así nada echarás menos, á fin de dejarte persuardir de la razón; antes con placer adherirás á lo que ella te dictare. Ten asimismo presente que la Filosofía quiere solamente aquellas cosas que tu naturaleza quiere (1); ¿y tú querrás otra cosa que no sea conforme con la Naturaleza? ¿Pues qué cosa puede darse más gustosa que éstas? ¿No es verdad que por este cebo del gusto te engaña el deleite? Pero repara y mira con atención si te será más placentera la magnanimidad, la liberalidad, la ingenuidad, la igualdad de ánimo, la pureza y santidad

(1) La sentencia es sana, si por naturaleza se entiende la razón y no las inclinaciones del apetito viciado.

de costumbres. ¿Y qué cosa podrás hallar más agradable que la prudencia, cuando pensares que tienes en tí una facultad adornada de ciencia é inteligencia, la cual nunca tropiece y que en todo corra con prosperidad y acierto?

Las cosas á la verdad de tal suerte están escondidas y ocultas, que á no pocos filósofos, y éstos nada vulgares, les parecieron que absolutamente eran incomprensibles (1); aun los mismos estoicos fueron de dictamen, que eran muy difíciles de comprender; y es que todo nuestro juicio y asenso está sujeto y expuesto á errar; porque ¿en dónde hallarás uno que pueda vanagloriarse de ser infalible é inmutable? Da un paso ya hacia los mismos objetos, y *hallarás* de cuán poca dura y qué viles son, pudiendo pasar al dominio de un joven obsceno, de una ramera y de un ladrón; adelántate un poco más y *mira de cerca* las costumbres de aquellos con quienes vives, entre los cuales con dificultad podrá uno

(1) La historia sobre el criterio de la verdad es muy larga para que se pueda reducir á la brevedad de estas notas; no obstante, diré en primer lugar, que Sócrates dió ocasión á la opinión de los que excluían el criterio de la verdad diciendo *que sólo se podía saber que no se sabe nada;* segunda, que los nuevos académicos enseñaban *la suspensión del juicio en todo*, y en tanto grado, que negaban *que uno ni aun supiese esto mismo*, *que nada sabia;* tercera, que los pirrónicos pasaron más allá, afirmando: *ex his quæ videntur esse*, *nihil magis esse*, *quam non esse;* cuarta, que los estoicos, enemigos jurados de los académicos, se declararon á favor del criterio de la verdad, que ponían *en la evidencia* de las ideas; aunque por otra parte confesaban ser tal la naturaleza de los objetos, la debilidad de los sentidos y la temeridad de la fantasía, que á no ser uno un lince, estaba expuesto á ver una cosa por otra.

sufrir aun al más cortés y urbano, por no decir que apenas habrá uno que pueda tolerarse á sí mismo. Por lo que yo no veo qué cosa pueda darse que absolutamente sea digna de aprecio y atención en medio de tal obscuridad y de tal basura, de tal flujo, ya de la materia, ya del tiempo, ya del movimiento y de las cosas movidas; antes bien, *soy de opinión* que debe uno consolarse á sí mismo con esperar su natural ruina y disolución, y no llevar á mal el que ésta se dilate, sino que debe aquietarse con estas dos solas consideraciones: la una, que nada me sucederá que no sea conforme á la Naturaleza del universo; la otra, que tengo yo en mi mano el no hacer cosa alguna contraria á mi Dios y á mi numen *ó genio;* puesto que nadie hay que pueda precisarme ó ofender mi propia divinidad.

En cada una de tus acciones particulares deberías preguntarte, ¿en qué empleo ahora mi alma? y también examinarte *de este modo;* al presente ¿qué cosa tengo en esta mi parte, que se llama la parte principal? en qué estado tengo presentemente mi alma? acaso en el de niño? de un mancebo? ó de una mujercilla? por ventura en el de un tirano? de un jumento? (1) ó de una fiera?

Cuáles sean aquéllas cosas, que en el concepto del vulgo pasan por bienes, podrás colegirlo de esto que

---

(1) A la pregunta que se hace M. Aurelio, podemos satisfacer con lo que dijo Séneca *ep.* 60 *Hos, ut ait Salustius, ventri obedientes, animalium loco numeremus, non hominum.* S. Bern. *in cant. serm.* 34. *Ipsis etiam bestiis bestialior est homo, ratione vigens, et ratione non vivens.* S. Chrisost. *serm. de Ascens. Dom. Deterius est comparari iumento, quam nasci iumentum.*

diré ahora: si uno llegase á formar en su mente la idea, de los que realmente son bienes verdaderos, cual es la prudencia, la templanza, la justicia, la fortaleza, este tal no podría oir, habiendo hecho de antemano el debido concepto de estas virtudes, el que se les juntase cosa alguna, que no se conformase con aquella idea del bien verdadero. Por el contrario, si uno hubiese primero formado la idea de los bienes, que el vulgo reputa por tales, este tal oiría con indiferencia, y fácilmente aprobaría, lo que dijo el Cómico (1) como cosa bien aplicada. De este modo los más de los hombres se imaginan la diferencia *de bienes á bienes;* porque á no ser así, el dicho del Cómico no chocaría tanto, ni disonaría aplicado á aquellos bienes; mirándose, como traído con propiedad, y muy al caso respecto de la riqueza y de la abundancia de cosas conducentes al deleite y á la pompa. Anda, pues, y pregunta si deberán ser dignas de aprecio y contadas entre los bienes verdaderos aquellas cosas, á las cuales, de antemano concebidas en la mente, se les pueda propiamente aplicar: *que poseyendo tantas con opulencia, no tiene en donde colocarlas, no verificándose esto, haciendo relación á las virtudes mencionadas.*

Yo he sido compuesto de materia y forma; pero ninguno de estos dos principios se aniquilará, como ni tampoco han venido de la nada. Cualquiera, pues, de estas mis partes pasará mediante la mutación á ser alguna parte del mundo; y esta pasará segunda vez á ser otra parte del universo, continuándose des-

(1) Gatakero sospecha que este Cómico fuese **Aristófanes**, el cual trae otro caso muy semejante.

pués esta sucesión hasta al infinito. Ni sólo yo vine al mundo por esta vía de la mutación, vinieron también los que me engendraron, y por su orden otros retrocediendo hacia atrás al infinito. Ni hay motivo alguno para que esto no parezca verdad, por más que el universo se rehaga y ordene de nuevo, según sus períodos determinados (1).

La razón y el arte de vivir según ella, son ciertas facultades, que contentas y abastecidas por sí mismas, no necesitan para sus acciones de socorro extraño: de ahí es, que no sólo empiezan éstas á obrar por un principio propio, sino que también por sí se encaminan hacia el fin que se han propuesto. Por lo cual este género de acciones se llama (2) *cathortoseis*, ó sean obras rectas, significando con el nombre lo recto y derecho del camino *que siguen.*

Ninguna de estas cosas se debe decir propia del hombre, la cual no le convenga por razón de tal; ni se pueden exigir del hombre por obligación; ni su naturaleza se las promete; ni ellas perfeccionan (3) la

(1) Alude á la Ecpyrosis, ó sea conflagración estoica. Laër. lib. VII, declara en breve cómo los estoicos enseñan que Dios, alma y autor del mundo, *de ciertos en ciertos períodos de tiempo reasume en sí mismo toda la materia, y vuelve á engendrar al mundo, echándola fuera de sí.*

(2) La definición de las voces era del gusto de los estoicos, como notó Cicerón, lib. I. *Off.* c. VII. *Audeamus imitari Stoicos, qui studiose exquirunt, unde verba sint ducta.*

(3) M. Aurelio quiere hacernos ver, que el fin último del hombre, y los medios para conseguirlo, sólo consisten en el bien honesto, sin que entren á la parte los otros géneros de bienes: sentencia propia de los estoicos, y contraria á los Peripatéticos, los cuales, aunque ponían lo principal de la bienaventuranza en el bien honesto, con todo añadían para su complemento la abundancia de los demás bienes, como lo enseña *Arist.*, lib. I. cap. III, IV y V.

naturaleza humana. De aquí es, que en ninguna de éstas tiene el hombre puesto su fin, y en ninguna se halla tal bondad que complete y perfeccione el mismo fin. Además de que si alguna de las cosas dichas perteneciese al hombre, por cierto que no le estaría bien al mismo el que la despreciase (1), ni fuese contra ella: y así este mismo no sería digno de alabanza, dando señales de que no necesitaba de ellas, ni mucho menos sería tenido por hombre bueno el que en alguna de éstas se fuese á la mano; si es que existiesen, y fuesen dables tales bienes. Pero ahora *vemos* que cuanto más uno se despoja de éstas y otras cosas semejantes, ó con cuanta mayor paciencia lleva el que se las quiten, tanto más credito adquiere de hombre sabio y bueno.

Tu alma, ó sea mente, será tal, *ni más ni menos*, cuales fueren las cosas en que frecuentemente pensares; porque el alma queda imbuída *y como* (2) penetrada de sus ideas y pensamientos; imbúyela, pues, con frecuencia de los pensamientos de esta clase: por ejemplo, en donde quiera que se pueda vivir, allí mismo se puede vivir bien; es así que en el palacio

---

(1) El loable desprecio de los bienes, de suyo indiferentes, y la justa mortificación de los sentidos en el uso de ellos, pueden ser materia de la virtud, según sea la dirección de la prudencia: como se verificaría cuando uno los despreciase por un fin honesto, y se abstuviese de ellos, para refrenar la rebeldía del apetito.

(2) Epicteto declara esto mismo con un símil obvio, libro III, cap. III, comparando el alma con un vaso de agua, herido de los rayos del sol; y las ideas, que penetran el alma, con los rayos de aquella luz: la razón física es, porque según son las ideas, suelen ser los juicios prácticos, que determinan el alma á obrar.

se puede vivir, luego en el palacio también es posible vivir bien, y también con éste: que cada cosa ha sido hecha para excitarse en busca de su fin, y de suyo se inclina al tal ejercicio; ni el fin consiste en otro, que en ajustarse á la tal inclinación; además de que en el fin está cifrado todo el bien y provecho de cada uno; y así se concluye que el bien propio de un viviente racional es la sociedad, supuesto que ya se ha mostrado que para ésta nacimos. Pues qué, ¿no es evidente que las cosas inferiores fueron hechas por causa de las superiores, y que éstas se hicieron con respecto entre sí? *y quién no vé que* las cosas animadas son de mejor condición que las inanimadas; y que entre las animadas son más excelentes las racionales?

El ir tras de imposibles es propio de un loco furioso, y es verdaderamente (1) un imposible el que los malos no hagan alguna cosa tal.

A nadie acontece cosa alguna que no pueda él mismo soportar naturalmente. Lo mismo *que te sucedió á tí* suele acaecer á otro; el cual, ó bien ignorando lo que le pasó, ó bien haciendo (2) alarde de un ánimo valeroso se está firme y queda sin lesión. Sería, pues, cosa fuerte que pudiesen más la ignorancia y deseo de complacer á otro de lo que puede la prudencia.

Las cosas por sí mismas de ningún modo tocan

---

(1) M. Aurelio vivía muy apercibido contra la perversidad de los hombres, de quienes dijo el Salvador: *Necesse est ut veniat scandala.*

(2) Tertuliano refiere á la larga muchos ejemplares de los que hacen ostentación de su coraje por adquirir algún aplauso popular.

al alma, ni se les permite entrada en ella; ni pueden hacer que vuelva atrás, ni que sea movida; ella sola es la que se muda é impele á sí misma, y cuales fueron las dictámenes que ella admitiere, tales hará que sean para sí los objetos que se la ofrecieren.

El hombre es para nosotros una cosa muy allegada, atendida esta razón, porque debo hacerle bien y sufrirle con paciencia, pero mirando á esta otra que hay algunos hombres que se nos oponen en el cumplimiento de nuestras obligaciones, ya el hombre viene á ser para mí una de las cosas indiferentes y extrañas, no menos que lo son el sol, el viento y una bestia, porque á la verdad pueden también estas cosas impedirme la ejecución de la obra, bien que no sean de impedimento contra mi conato y mi disposición por motivo de la excepción *hecha tácitamente*, y por razón de la facilidad en convertir mi ánimo *á lo que se me presentare*, siendo así que la mente convierte todos los impedimentos de la acción y los transfiere á otra obra más aventajada; de manera que le sirve de medio para obrar mejor el mismo impedimento de obrar bien, y le facilita el camino ese mismo estorbo de caminar.

Honra y ten en gran estimación lo que en el mundo es lo mejor y más excelente; esto es, aquello que se sirve de todas las cosas y que gobierna las mismas. En esta conformidad honra también, y ten en mucho aprecio lo que en tí es lo más sobresaliente y aventajado, porque esto es en un todo homogéneo con aquello mismo que el mundo domina, y porque también en tu vida es regida y gobernada por aquel que usa de las otras cosas que tú tienes.

Lo que no es nocivo á la ciudad (1), tampoco daña al ciudadano. Esta verdad sírvate de regla general, siempre que te venga la sospecha ó temor de que alguno intenta hacerte mal. Si la ciudad no recibe daño por esto, ni yo tampoco, y dado caso que al público se le hiciese mal tercio, no por eso debes enojarte (2) contra el que se lo hizo, sino que sólo convendrá darle á entender su error.

Piensa muy á menudo en la brevedad y presteza con que se nos arrebatan y quitan delante de los ojos las cosas existentes y las que se van haciendo. Porque á la verdad la naturaleza á manera de un río está en un curso continuo; las acciones consisten en una perpetua mutuación; las causas se ven en mil vueltas y revueltas, y que casi no hay cosa firme ni estable. Piensa también en la inmensidad del tiempo pasado y en lo interminable del venturo en donde desaparecen todas las cosas: *siendo esto cierto*, ¿cómo, pues, no se reputará por insensato el que con éstas se engría ó se aflija, ó el que en al-

---

(1) Por ciudad estiende M. Aurelio la naturaleza común; por daño reputa el mal estoico, ó sea lo torpe de la acción ó lo formal de la culpa; y por eso dicen los estoicos, que *Nemo nisi á se ipso læditur:* hablando á lo humano y no á lo estoico, el que peca se hace á sí mismo formalmente el daño, lo hace con su ejemplo á otros y con su injuria á la sociedad humana.

(2) El sentido de este lugar puede ser muy sano, queriendo decirnos lo que nos manda el Salvador, que perdonemos á los que nos injurian, que amemos á los que nos aborrecen y que hagamos bien á los que nos hacen mal. También puede ser sólidamente filosófico, queriendo que sin exceso de contumelia, y sin ímpetu de ira se corrija y se castigue por parte de la potestad pública, al que dañó á la sociedad.

guna adversidad molestándole por tan corto espacio se lamente como si fuese por más tiempo?

No te olvides de la común naturaleza, de la cual participas una muy pequeña parte, ni pierdas de vista el todo de una eternidad, en la cual te ha cabido un breve é indivisible intervalo: ¿y del hado universal, qué parte eres tú?

Peca alguno; ¿qué se me da á mí? él se lo verá que tiene su modo de pensar y propia manera de obrar. Yo tengo ahora lo que la común naturaleza quiere que tenga al presente, y hago lo que mi propia naturaleza apetece que por ahora ponga en ejecución.

La parte principal y dominante en tu alma manténgase firme é inmóvil contra los movimientos lenes ó ásperos, excitados en el cuerpo, ni se mezcle ó tome parte en ellos, antes bien prescríbale sus límites y reprima en los miembros aquellas sugestiones y afectos. Y cuando por aquella simpatía que resulta de la unión del alma con el cuerpo se entrometiesen en la parte principal, entonces (1) no

(1) Esta doctrina podrá parecer que raya y se da la mano con el Quietismo, si se toma y entiende superficialmente; pero bien examinada, es de mejor calibre que la inacción y pasión de Molinos. De varios lugares de Séneca y Epicteto resulta: *primero*, que los estoicos reconocían, aun en el apetito de un sabio, los movimientos involuntarios é inimpedibles, que parte prevenían á la razón, parte la resistían; *segundo*, que por ellos el sabio á diferencia del ignorante, no alterna en sus opiniones; *tercero*, sino que después de haber sentido en su imaginación la impresión de las ideas, excitadas por la conmoción del apetito, las reprueba y rechaza; *cuarto*, que en esta repulsa y resistencia de las tales especies ó halagüeñas ó terribles, consiste el oficio de un sabio; *quinto*, el cual no debe pretender el privilegio de no sentir los afec-

se ha de intentar la resistencia contra la sensación siendo ella natural, pero el espíritu que suspenda su dictamen no formando juicio de que tales afectos sean buenos ó malos.

Conviene vivir con los dioses, y lo hace así el que frecuentemente les presenta su misma alma resignada y satisfecha con el repartimiento *de los hados*; y pronta á hacer cuanto sea del agrado de su numen interior, que es una partecita (1) desprendida *de la divinidad*, la cual el mismo Júpiter dió á cada uno por ayo y conductor, y ésta es la mente y razón que cada cual en sí tiene.

¿Por ventura te irritas con el que huele á sobaquina? ¿acaso te encolerizas contra quien le huele mal el aliento? ¿qué quieres que haga? el uno tiene así la boca, y el otro de tál suerte los sobacos, que es preciso salga de ellos semejante exhalación. Pero el hombre, dices, está dotado de razón, y puede, haciendo reflexión, conocer la falta en que incurre: ¡sea enhorabuena! Por lo mismo, pues, tú, que participas de razón, muévele con tu facultad persuasiva á que haga semejante discurso; persuádeselo, re-

---

tos de su misma naturaleza: *Hæc nulla sapientia abigit, alioquin haberet rerum naturam sub imperio*, como dice Séneca, *epist.* 6. De donde se colige, que M. Aurelio habla de este principio ó facultad de sentir, de que un sabio no debe pretender la inmunidad, queriendo con todo que la razón resista y rechace la sensación actual del apetito y de la fantasía, lo cual es muy diferente del estupor estudiado, del ocio pretendido y de la innación de antemano deliberada de un obsceno quietista, que pudiendo rechazar la idea se la contempla muy despacio.

(1) Es absolutamente impío el dogma estoico que enseña y da por supuesto ser nuestras almas otras tantas limaduras de la divinidad por sí indivisible.

cuérdaselo, porque si quiere oirte conseguirás el remedio y no estarás expuesto á montar en cólera: mira, no seas rompe esquinas (1) ni ramera.

Ahora mismo puedes llevar (2) aquel género de vida que haces cuenta observar al tiempo de morir, y si no te dejan en libertad de hacerlo, entonces exímete de vivir, y en tal conformidad, como quien no padece mal alguno, y como me aparto yo de la chimenea si hace humo. ¿Por qué reputas esto por negocio de gran momento? Yo, mientras que ninguna cosa tal me saque de este mundo, quedo libre y nadie me impedirá hacer lo que quiera, y lo que yo quiero *es portarme* según lo pida la naturaleza de un viviente racional y sociable.

El alma del universo es amante de la unión y sociedad y por eso hizo las cosas de baja esfera con

---

(1) Yo creo que pueden ser una suma de lo que M. A. lleva dicho en el presente párrafo, como si dijera: no conviene excitar una tragedia, si alguno te disgustare con su mal olor, ni condescender en todo, sin oponerte al vicio, como suele hacerlo una cortesana, y así decimos en la versión: *Mira, no seas rompe esquinas ni ramera.*

(2) Después de habernos dado un consejo santísimo y propio de un Santo Padre, *que vivamos como quien ha de morir*, nos sale con que, si alguno nos lo impidiere, nos demos la muerte con mucha serenidad y como quien tal no hace ó como quien se sale de alguna pieza en donde hay humo. ¿Dónde está la obediencia á Dios, que quiere que vivas? ¿dónde la paciencia de las adversidades? ¿dónde la conformidad y resignación, y dónde, por último, la sabiduría estoica? Esta es la sentencia de Epicuro (*ap. Cic. de fin*, lib. I.) *Dolores, si tolerabiles sint, feramus: sin minus, æquo animo é vita, tanquam theatro, exeamus.* Del mismo modo piensa (*ap. Senec.* ep. 70): *Nil melius æterna lex fecit, quam quod unum introitum nobis ad vitam dedit, exitus multos.*

respecto á las de superior calidad, y con mucha armonía concilió entre sí las más aventajadas, y así ves como las subordinó, las coordinó y distribuyó á cada una según su estado y condición, y redujo á una recíproca concordia las que eran entre todas más excelentes.

Examina contigo mismo cómo te has portado hasta ahora con los dioses, con tus padres, hermanos, mujer, hijos, maestros, ayos, amigos, familiares, criados, si contra todos ellos habrás acaso hecho hasta este punto ó dicho algo opuesto á la piedad y á la religión. Haz memoria también cuántos negocios han pasado por tu mano y á cuántas fatigas has podido resistir, y advierte que la historia de tu vida ya la has completado y desempeñado tu ministerio; acuérdate igualmente cuántas bellas cosas has visto; cuántos disgustos has padecido; cuántas cosas llenas de gloria has despreciado, y con cuántos desconocidos é ingratos te has portado con benevolencia.

¿Por qué razón las almas rudas y sin arte ni habilidad han de perturbar á la que se halle (1) adornada de instrucción y sabiduría? ¿cuál, pues, es el alma instruída y sabia, *dirás tú?* es la que conoce el principio y fin *de las cosas*, y también á aquella mente extendida por el universo, que desde toda

(1) Esto, si no me engaño, es exhortarnos á la virtud sin contar con el qué dirán de aquellos que critican á todo el mundo siendo unos ignorantes. A la cuenta, según conjetura D'Acier, había tenido que sufrir M. A. de las malas lenguas, que no gustarían de tanta filosofía en el palacio del Emperador; éste, en desquite, les da en cara con su ignorancia y al mismo tiempo los instruye, que sólo hay una ciencia útil é interesante, que es el arte de bien vivir.

una eternidad lo dispone y lo gobierna todo, siguiendo ciertos plazos y períodos determinados.

En un abrir y cerrar de ojos vendrás á ser un poco de ceniza ó un esqueleto, y á lo más quedará solamente tu nombre ó ni menos el nombre, siendo éste á la verdad un puro sonido y el eco de la voz. Las cosas de mayor aprecio en la vida son vanas, pútridas y de ningún valor, y como otros tantos perrillos que se muerden mutuamente ú otros tantos niños que, riñendo entre sí, tan pronto lloran como se rien. Pues la buena fe y el pudor natural; la justicia y la verdad, huyendo de la espaciosa y ancha tierra, de un vuelo se subieron al olimpo. ¿Qué cosa, pues, hay que aun te detenga aquí y embelese? porque verdaderamente las cosas sensibles son muy expuestas á la mutación y nada consistentes, los sentidos ciegos y fácilmente reciben trastornadas las impresiones; el alma es una exhalación de la sangre, y el que seas celebrado entre estas gentes es una pura vanidad. ¿Por qué luego no esperas con un ánimo plácido ó bien tu extinción ó bien tu traslación? Mas entretanto que llega el tiempo oportuno para ella, ¿qué cosa bastará *que yo haga?* ¿qué otra cosa *ha de bastar*, sino el que veneres y alabes á los dioses, el que hagas bien á los hombres, el que sepas sufrirlos y abstenerte de su trato en ciertas ocasiones, el que te acuerdes que cuanto está fuera de los límites de este tu cuerpo y espíritu no es cosa tuya (1) ni depende de tu voluntad?

Siempre podrás salir con felicidad en tus empre-

---

(1) Los estoicos no tenían por cosa propia, sino *lo que está en nuestro arbitrio.*

sas si sabes proceder con rectitud y si quieres pensar y obrar con método y razón. Estas dos cosas son comunes así al alma de Dios como á la del hombre y de todo viviente racional; la una, el no poder ser impedido por otro alguno; la otra, el tener puesto todo su bien en una disposición santa y acción justificada, dando con esto fin á tu deseo.

Si esto *que sucede* no es maldad mía ni efecto nacido de mi vicio, ni daña al común del universo, ¿por qué me agito pensando sobre ello? ¿qué cosa puede ser nociva (1) á esta universidad del mundo?

No te dejes sorprender temerariamente de la primera impresión de un objeto, antes bien debes procurar socorrer á los necesitados según tus posibles y su estado, y aunque veas que padezcan mengua en estas cosas medias é inferentes, no por eso debes imaginarte que en esto haya daño, supuesto que no es mal verdadero, sino que harás como aquel viejo (2) que, no ignorando cuán pueril cosa era una peonza, se la pedía al chiquillo al despedirse; á este modo, pués, *debes portarte en las cosas del prójimo.* Y cuando tú te hallas en la tribuna (3) pero-

---

(1) Epicteto añade más: *aunque hubieres de perder la vida.*

(2) Cita alguna fábula, que un viejo, para divertirse con algún chico, se finge solícito por una peonza; y en esta forma, un sabio acatonado se mostrará compasivo del mal de su prójimo, *citius per ludum, et iocum, quam bona fide.*

(3) Este artículo se halla sumamente viciado. Parece que contiene un diálogo en el cual M. Aurelio se pide razón á sí mismo, porque toma con tanto empeño el arengar en el foro sobre esta especie de bienes y males aparentes, ó que supone alguna persona política, la cual le reconvenga como á quien no guarda consecuencia entre su filosofar y obrar. Aquel (*pro rostris*) significa una tribuna hecha de los espo-

rando y gritando, *dime*, hombre, ¿tienes olvidado qué cosa sea esto? «no por cierto, pero me hago la cuenta que en tales cosas ponen los hombres la mayor atención *y les agradan mucho.*» ¿Y por esto tú también has de ser loco *como ellos?* Yo alguna vez fuí dichoso. ¡Hombre! mira bien (1) que en cualquiera parte podrás ser feliz si tú mismo te labrares la fortuna, la cual no consiste en otro que en tener costumbres loables, buenos afectos y acciones laudables.

---

lones de las naves que pillaron los romanos á los de Ancio en una batalla naval, desde la cual tribuna arengaban en el foro los Magistrados.

(1) Esta es una reprensión que M. Aurelio, volviendo á revestirse del ceño estoico, da á su impugnador.

LIBRO SEXTO.

La materia (1) del universo se rinde y se dispone con facilidad; la mente, que la rige y modera, de ningún modo es en sí maléfica, puesto que no es maligna ni propensa á dañar á otro, ni capaz de recibir agravio de nadie. En el mundo se ejecuta todo y se lleva, al cabo, como ella lo ordena.

Lo mismo se es el que tu cumplas con tu deber yerto de frío ó bien abrigado, falto de sueño ó harto de dormir, murmurado ó alabado, muriendo ó haciendo otra cualquiera cosa, porque también es una de las acciones del vivir la que ejecutamos muriendo, pues basta que cerca de ésta dispongamos bien lo que entonces tuviéremos entre manos.

---

(1) Marco Aurelio refuta dos errores: uno filosófico, que la materia, de suyo indócil, refractaria y sediciosa, impide los designios de artífice del universo; otro poético, que Dios es autor del mal.

Observa interiormente, y procura que en ninguna cosa se te pase por alto su cualidad ni su mérito.

Todas las cosas subsistentes se mudarán bien presto y se unirán al todo; ó bien exhaladas (si es que sea compaginada la substancia (1) universal), ó bien disipadas se derramarán.

La mente gobernadora (2) del universo sabe muy bien en qué estado se halla ella misma, y lo que hace, y en cual materia lo ejecuta.

---

(1) Algunos filósofos querían que las substancias compuestas, después de mudadas y disueltas, volviesen á una materia primigenia, la cual fuese simple y de una misma especie; y así, Thales fué de opinión que la tal materia común era el *agua*. Pherícides Syro era de parecer que la tierra; Anaxímenes decía que el *aire*; Heráclito era de dictamen que el *fuego*. Otros pretendían que se restituyesen á sus respectivos elementos, entre sí diversos, de los cuales, como de sus diferentes mineros, habían sido extraídas; y así, sabemos que Parménides se contentaba con dos, *tierra* y *agua*. Onomácrito añadía uno más, *fuego*, y Empédocles llegaba al número vulgar de los cuatro. Aristóteles subió de punto hasta llegar á aquella quinta *natura* ó elemento del *éter*, para tener de dónde sacar los espíritus. Yo, sin embargo, supongo que Marco Aurelio, sin aludir á nada de todo esto, quiere decir en el presente párrafo que, perdida la antigua forma, sutilizada ya y evaporada la materia de los mixtos, ó pasará á unirse en este nuevo estado con aquella alma común de la naturaleza (la cual, en sentir de los estoicos, es una substancia compuesta de eterna materia y fuego divino, entre sí unidos), ó cuando no, por vía de disipación, se volverá al caos y confusión de los átomos, como se explica Marco Aurelio en otros lugares.

(2) Esta reflexión, si es ética, está llena de resignación y conformidad, aun cuando Dios obre por sus ocultos y altos juicios; pero, si es dogmática, va á probar que la naturaleza no es una fuerza material que obre con arreglo, sin entender el orden con que obra (error de algunos impíos), sino una virtud dotada de razón y próvida en sus disposiciones.

El mejor modo de vengar (1) la injuria es que no imites *al que te la hizo.*

En esto solo ten tu gusto y pon tu recreo en que, acabada una acción en pro de la sociedad, pases luego á emprender otra semejante, acordándote siempre de Dios.

Es la mente (2) la que se excita á sí misma y convierte *á los objetos;* la que se finge tal cual ella quiere; la que hace que todos los acontecimientos la parezcan tales cuales ella los desea.

Cada una de las cosas se perfecciona y lleva al cabo, conforme apetece la naturaleza y *alma* del universo, porque no están regidas por alguna otra fuerza natural (3) que exteriormente contenga y

---

(1) Jamás llegó la razón á estar tan obscurecida, que no reputase por una virtud heroica el no vengar la injuria recibida.

(2) Este artículo contiene una quinta esencia de la *Teología Académica*, de donde Zenón Cítico, mudadas las voces, sacó su doctrina; pues, viendo que el alma, por razón de su facultad intelectiva, no podía ser corpórea, quería que fuese, ó *un dios* ó *divina*, lo cual probaba con este discurso; el alma misma es para sí el principio de su movimiento: luego, si una vez se mueve, como vemos, que entendiendo se mueve, siempre se moverá sin principio y sin fin de su movimiento: luego es, no sólo eterna, sino también divina, que, ni ha nacido, ni ha salido de otro. Esta es la suma, de lo que Platón escribe (*in Phedro*).

(3) Si Marco Aurelio quiere colegir que la fuerza gobernadora del mundo debe ser el alma de la naturaleza, nada concluye. ¿Cuál es su discurso? La naturaleza corpórea, privada por sí misma de razón, no siendo capaz de gobernarse por sí sola, será necesariamente regida por una fuerza inteligente. Prosigue después: «Si ésta se supone estar, ó fuera del mundo, como los hombres umbrátiles y sombríos de Epicuro; ó andar girando alrededor, como fija en la circunferencia del orbe celeste, cual era la inteligencia motriz de

abrace el mundo, ó esté dentro de él contenida, ó se halle fuera de él separada.

Ó el mundo es un conjunto de diferentes cosas, ya complicadas entre sí, ya nuevamente disipadas, ó un complejo bien unido y ordenado con método, al cual rija la Providencia. Si es, pues, lo primero, ¿por qué yo anhelo detenerme y vivir en medio de tan temerario desorden é igual confusión? ¿Por qué yo pienso en otra cosa alguna que en buscar el modo cómo convertirme en tierra? (1). ¿Por qué me perturbo? Pues, por más que yo haga vendrá sobre mí la disolución y separación de partes. Pero, si es verdad lo segundo, debo venerar *á Dios* ser constante *en la virtud*, y confiar firmemente (2) en el árbitro y gobernador del universo.

Cuando por la concurrencia de las circunstancias te vieres como necesitado á perder tu tranquilidad, vuelve al punto (3) sobre tí, y no te propases, sin

---

Aristóteles; ó verse ceñida ó reducida á alguna parte interior del mundo, no podrá regir la Naturaleza, puesto que obraría donde no se hallase.» ¿Y qué se sigue de aquí? Que la dicha fuerza se halla en la misma naturaleza en la cual obra; pero, no por eso se infiere que deba ser alma de la misma naturaleza, pudiendo, sin que lo sea. obrar y regir la Naturaleza. Marco Tulio lo vió bien, cuando escribió en las *Tusculanas*: *Nec vero deus ipse, qui intelligitur á nobis, alio modo intelligi potest, nisi mens soluta quædam, et libera, et segregata ab omni concretione mortali, omnia sentiens, et movens, ipsaque prædita motu sempiterno.*

(1) Convertirse en tierra, ó morirse, todo es uno en la Sagrada Escritura.

(2) *Stabile est cor ejus, confisum in Domino*, sal. 112, vers. 7, lo que puede aplicarse al presente.

(3) Este consejo es muy sano, y, como tal, digno de ponerse en ejecución, aun respecto de los demás afectos, á que solemos dar lugar, llevados de nuestras malas inclinaciones.

necesidad, fuera de lo debido y justo, porque así te sentirás más esforzado para conservar la buena armonía en tus acciones, recuperándola frecuentemente.

Si á un mismo tiempo tuvieses madrastra y madre, procurarías obsequiar á aquélla, y, sin embargo, hacer continuas visitas á tu madre; imagínate, pues, ahora que éstas son para tí la corte y la filosofía: vuelve muchas veces á ésta, y con ella descansa, con cuya asistencia te parecerán soportables los negocios ocurrentes en la corte, y *los hombres* te podrán tolerar á tí.

Al modo que conviene sobre las viandas y otros comestibles semejantes hacer la reflexión, que este es el cadáver de un pez, esotro el cadáver de un ave ó de un lechón; y también advertir que el falerno es el zumo de la uva; que la púrpura es el pelo de la oveja, mojado en la sangre de la concha; y por lo respectivo á la generación considerar, que ella no es otro que un mero contacto y cierta excreción de humor, junta con una especie de convulsión (siendo realmente estas consideraciones muy eficaces, para que penetrando lo más interior de las mismas cosas, y apartándolas el velo, se vea con mayor claridad, lo que son al fin): de esta suerte también importa mucho el que se haga la reflexión sobre todo lo ocurrente en el discurso de la vida; y cuando las cosas se nos presentan demasiadamente autorizadas, y acreedoras á nuestro aprecio, convendrá despojarlas y ver á las claras su vileza, poniendo á un lado la relación de elogios con que aparentan su fingida gravedad: porque el fausto es un fuerte impostor, y entónces nos encanta más, cuando especialmente deli-

beramos sobre cosas al parecer dignas de mayor aprecio. Mira, pues, con atención, lo que Crates (1) dijo hablando de Jenocrates.

Las más de las cosas, de que se admira el vulgo, pueden reducirse á *ciertas clases* ó géneros universales; conteniéndose las unas en la clase de sustancias dotadas ó de sola forma *y figura inerte* ó de naturaleza (2) *y fuerza dinámica;* cuales son ya las piedras y los maderos, ya las higueras, vides y olivos; perteneciendo otras, que aprecian las gentes de mediana esfera, á la clase de las que tienen alma sensitiva; tales son, por ejemplo, los rebaños de ganado mayor y menor; comprendiéndose otras á que se inclinan los hombres de más honor, en la clase de las que tienen alma racional, no en cuanto es alma universal del mundo, sino en cuanto se mire como cultura de las artes, ó de otro modo industriosa y diligente, ó en cuanto simplemente se considere como racional; tal es, por ejemplo, el ser dueño de un crecido número de esclavos. Mas aquél que honra debidamente á su alma racional, en cuanto es universal y amante de la sociedad, dejando aparte cualquiera otro cuidado procura ante todas cosas,

---

(1) Gatakero no pudo hallar este dicho de Crates, y sólo por conjetura dice que así como Diógenes se burló del fausto de Platón, también pudo haber hecho lo mismo de Crates, respecto de Jenocrates. *Laërt.* lib. IV.

(2) Los estoicos daban á todo cuerpo su especie de vida, por estar unido con el alma universal del mundo ó bien sea con aquél su grande animal. La filosofía antigua no reconocía cuerpo alguno natural, al cual no diese su principio eficiente, ó fuerza activa, como caracter é insignia con que la *natura* se diferenciase de la *mecánica*. Véase á Cic. *Academ.* etc., lib. cap I, VI.

que su alma se conserve en tal estado, en el cual se porte racional y sociablemente; y que también coopere á que otros de su naturaleza hagan esto mismo.

Unas cosas se apresuran para recibir su ser, otras se dan prisa en perderlo, y aun una misma cosa al momento de hacerse ya en parte se extingue, y así las disoluciones y alteraciones renuevan continuamente el mundo; al modo que la incesante sucesión del tiempo representa la eternidad siempre nueva. En esta precipitada corriente, en donde no es posible fijarse, ¿quién podrá apreciar cosa alguna de estas así pasajeras? *Sería lo mismo* que si uno empezara á enamorarse de una de las aves, que, volando por el aire, al instante desaparecieron de la vista. A un modo semejante viene á ser la vida de cada uno, que es como una exhalación de la sangre ó como la respiración y atracción del aire; pues cuál es el respirar una vez y atraer el aire, lo que todos hacemos cada momento, tal es en verdad, el volver á dar toda la fuerza de respirar á aquel principio, de donde la habías tomado antes y adquirido, naciendo ayer ó antes de ayer.

No es cosa digna de mucha estimación, ni el transpirar como las plantas, ni el respirar como las bestias, ni el estamparse en la fantasía las ideas, ni el agitarse el apetito con los afectos, ni el vivir congregados, ni el nutrirse con el alimento, porque esto es una cosa semejante á la que sucede en el expeler las superfluidades de la comida. ¿Qué cosa, pues, merecerá nuestro aprecio? ¿el ser aplaudido con palmoteo? Ni esto tampoco: luego ni menos lo será el ser aclamado con los gritos de viva y más viva; porque las alabanzas del pueblo no son otro, que un estré-

pito y sonido de la lengua. Dejada, pues, también la gloria del aplauso popular, ¿qué restará digno de estima? esto es, según yo juzgo, el portarse conforme á su propio estado, y atarearse á lo que los cuidados y las artes nos mueven é incitan. Porque toda arte tiene su mira, en que lo dispuesto y preparado sea muy á propósito para aquella obra, para la cual se había ordenado y destinado: esto pretende el labrador cuidando de la vid; el picador domando el potro y el cazador amaestrando el perro. ¿Y la educación y disciplina de la juventud á qué otra cosa aspira con su afán y diligencia? luego en esto consiste lo apreciable; y si esto te saliere bien, no será necesario que procures adquirir para tí otra cosa más. ¿Es posible que ni aun por eso dejarás de apreciar otras muchas cosas? Pues, *haciéndolo* así, ni te verás libre de cuidados, ni estarás contento con tu suerte, ni vivirás sin pasiones; por necesidad serás envidioso, y competidor; tendrás por sospechosos á los que pueden privarte de lo que gozas; armarás asechanzas á los poseedores, de lo que tienes en tanta estima: y así es absolutamente necesario, que, hallándote necesitado y privado de alguna cosa apreciable por tí, te perturbes é inquietes, y aun te quejes muchas veces de los dioses. Al contrario, la veneración y estima hecha de tu propia alma, hará que vivas contento y pagado de tí mismo; que te avengas y acomodes con los demás hombres; que te conformes y resignes con los dioses: esto es, alabándoles y aprobando cuanto ellos dispensan y determinan.

El movimiento de los elementos es hacia arriba (1),

---

(1) Parece que alude á la doctrina peripatética que daba

hacia abajo, al rededor; pero el curso de la virtud no está sujeto á ninguna de estas variaciones, sino que tiene un no sé qué de divino, de modo que, caminando por una vía oculta é incomprensible, hace felizmente su jornada.

¡Qué tal es el desatino que cometen los hombres! no quieren hablar bien de sus contemporáneos y compañeros, y los mismos tienen en gran estima ser alabados por los venideros, á quienes no han visto, ni verán jamás. Esto es casi lo mismo que si se contristasen porque los antepasados no hubiesen hecho honorífica mención de ellos.

No debes suponer que si á tí te parece difícil de practicar alguna cosa sea esto un imposible (1) á todo hombre; antes bien, te has de persuadir que si es posible y correspondiente á un hombre, también es asequible por tí.

En los ejercicios de la *lucha*, aun dado que alguno nos arañase y que, arremetiendo con la cabeza, nos hiciese alguna herida, sin embargo, no damos señal de *enojo*, ni nos enfadamos, ni le calificamos en lo sucesivo de traidor; y si bien nos guardamos de él, pero no como de un enemigo, ni por sospecha ó desconfianza, sino que con buen modo y ánimo benévolo le huimos el cuerpo. A este modo debemos hacer en el resto de la vida, no parando mientes en mu-

---

á los elementos un movimiento propio hacia su respectivo centro, hacia arriba al fuego y aire, hacia abajo á la tierra y agua, hacia al rededor al éter ó cielo.

(1) Los estoicos, contra quienes se había extendido la voz *Nimis magna promittitis, nimis dura præcipitis; non homunciones sumus; omnia nobis negare non possumus*, eran acérrimos defensores de las fuerzas de la Naturaleza.

chas de las cosas que hacen los hombres; mirándolos como si fuesen nuestros antagonistas ó competidores; porque, como yo decía, es permitido huirlos el cuerpo sin tenerlos por sospechosos ni odiarlos.

Si alguno pudiese convencerme y hacerme patente que yo no pienso con rectitud ú otro bien, con mucho gusto mudaría de *dictamen y de conducta;* porque yo busco la verdad, la cual jamás dañó á ninguno, siendo así que quien se obstina en su error é ignorancia queda malamente burlado.

Yo hago y cumplo con mi deber; las demás cosas no me llevan la atención; porque, ó son inanimadas, ó irracionales, ó van fuera de razón é ignoran el camino verdadero.

Como hombre dotado de razón, usa con magnanimidad y libremente de los animales, y en general de las cosas y sustancias que carecen de razón; empero á los hombres, como participantes de racionalidad, trátalos sociablemente; y en todo pide á los dioses su favor y amparo; ni te interesa saber en cuánto tiempo podrás hacer tus cosas, porque el solo espacio de tres horas bien empleado te basta y sobra.

Alejandro el de Macedonia y su mozo de mulas, habiendo muerto, vinieron á parar en una misma cosa; porque, ó bien fueron reasumidos *en los mismos principios* y razones seminales del universo, ó fueron igualmente dispersos y reducidos á sus átomos.

Considera para contigo qué de cosas pasan á cada uno de nosotros en un mismo punto de (1) tiempo

---

(1) Este concurso de ideas, de acciones, de movimientos en un mismo instante de tiempo, es un argumento clásico contra los materialistas.

indivisible, tanto por parte del cuerpo cuanto respecto del alma, y de este modo no te maravillarás si muchas cosas más, ó por decirlo mejor, si absolutamente todas las cosas hechas en este singular universo que llamamos mundo se producen al mismo tiempo.

Si alguno te preguntase cómo se escribe el nombre de Antonino, ¿por ventura proferirías cada una de las letras levantando la voz? ¿Pues qué: dado caso que se irritasen, te enfadarías tú también? ¿no sería mejor que tú, pasando adelante, pronunciases con quietud cada una de las letras? A este modo, pues, hazte ahora la cuenta que toda obligación consta de ciertos puntos, los cuales conviene observar, llevando al cabo con buen orden lo que estés haciendo, y no alborotándote ni disgustándote de los que se indignasen contra tí.

Viene en cierto modo á ser una crueldad el que no se permita á los hombres dejarse llevar de las cosas que á los mismos les parecen propias y conducentes. Y cierto que tú de alguna manera no permites que ellos lo hagan así, cuando te irritas porque pecan, puesto que entonces se dejan absolutamente tirar como de cosas propias y convenientes á los mismos. Pero no es así: díselo (1), pues, á ellos, y muéstraselo sin enojarte.

La muerte es el fin y descanso de las impresiones

---

(1) Alude á lo que escribe Epicteto, *Disert.*, lib. I, cap. XVIII: δεῖξον τῇ πλάνην, καὶ ὄψει πῶς ἀφίστανται τῶν ἁμαρτημάτων. De lo cual se colige que M. Aurelio no aprueba la libertad de conciencia, pretendiendo además que se corrija al prójimo, si va fuera de camino, engañado con la idea formada acerca de algún objeto.

de los sentidos, de la agitación del apetito, del discurso de la mente, de la servidumbre y cuidado cerca del cuerpo.

Muy mal parecido es que el alma afloje y desmaye en el deber de la vida antes que en el cuerpo se pierda y disminuya el vigor para las funciones humanas.

Mira bien no te transformes en César de pies á cabeza, ni te revistas de este carácter de soberanía y majestad, como suele suceder: consérvate, pues, en un aire de simplicidad, de bondad, de entereza, de gravedad, de seriedad; prosigue siendo amante de lo justo, religioso, benévolo, sincero en tu afecto, constante y esforzado en el cumplimiento de tus obligaciones. Pretende con empeño que te mantengas tal cual quiso hacerte la Filosofía: venera á los dioses; protege á los hombres. La vida es breve, uno *el consuelo* y fruto de vivir sobre la tierra, que todo consiste en una disposición de ánimo piadoso, junto con el ejercicio de acciones benéficas.

Procura en todo *portarte* como discípulo de Antonino: *imita* su tenor constante en obrar según razón; su conducta en todo uniforme; la piedad y apacibilidad del semblante; la afabilidad y desprecio de la vana gloria; el estudio y empeño en hacerse bien cargo de los negocios, y en tal conformidad, que nada dejaba absolutamente por hacer, mirándolo antes con atención y madurez, y reflexionando con prudencia y sabiduría: *observa* cómo también sufría á los que sin razón le vituperaban, no quejándose contra ellos; cómo en ningún negocio se apresuraba; cómo no admitía fácilmente las delaciones; cómo era exacto y mirado en sus costumbres y hechos;

no injuriador, no medroso, no suspicaz, no sofista.

Nota su parsimonia, contentándose con poco, por lo que mira á la habitación, cama, vestido, comida, familia; siendo amante del trabajo y sufrido; pudiendo perseverar en un mismo sitio desde la mañana hasta la noche, efecto de su vida frugal y parca; no teniendo precisión de hacer sus necesidades corporales fuera de su hora acostumbrada; permaneciendo constante y siempre el mismo en las amistades: *admira* también que llevase con paciencia á los que con libertad se oponían á su dictamen, y que se alegraba si alguno sugería mejor pensamiento, y cómo era pío y religioso, sin escrúpulo ni superstición. *Imítale, pues, en todo esto*, para que la última hora de la muerte te coja con tan buena conciencia como á él le cogió.

Recupérate y recapacítate un poco, y después de bien vuelto sobre tí y considerando que era una ilusión lo que te perturbaba, mira bien despierto y con atención segunda vez estas cosas de acá como habías mirado aquellas.

Yo consto de cuerpo y de alma: al cuerpecito, pues todo le es indiferente, porque no puede discenir nada; al alma también es indiferente todo aquello que no sea acción suya peculiar, pero penden de su arbitrio todas sus obras particulares, aunque entre éstas sólo se deben contar las que presentemente estuviere haciendo, puesto que los hechos pasados (1)

(1) Esta doctrina no vale en sentido moral, porque la acción durará habitualmente en la voluntad del que no la hubiere retractado; y así los yerros pasados no se deben mirar con indiferencia, sino llorarlos amargamente. Sobre lo fu-

y los que podrán sobrevenirla, también la son del mismo modo indiferentes.

Mientras que la mano haga lo que es propio de la mano, y el pie lo que asimismo es peculiar del pie, ni la mano ni el pie tienen un trabajo que no sea natural; del mismo modo, pues, en tanto que el hombre haga lo que es privativo del hombre, su trabajo no es superior á sus fuerzas naturales; de consiguiente, tampoco es para él mal alguno no siendo fuera de lo natural, *su fatiga.*

¡Cuántos deleites suelen percibir y gozar los ladrones, prostituídos, parricidas y tiranos!

¿No ves cómo los artífices mecánicos, aunque suelen condescender algún tanto con los idiotas é ignorantes de su arte, no por eso dejan de alegar contra ellos sus razones é insisten en no separarse de ellas? Ahora bien: ¿no sería mal visto que un arquitecto ó un médico hiciese más aprecio de lo que prescribe su arte, que un hombre hace de lo que le dicta la razón, la cual es común al mismo hombre y á los dioses?

El Asia, la Europa, son unos rincones ó ángulos del universo: el mar entero es una menudísima parte de agua del universo; el monte Athos es un pequeñito terrón del mundo; todo tiempo presente es un punto de la eternidad; todas las cosas son de

---

turo á que uno no haya dado libremente ó dé causa, dice bien M. Aurelio, que nada nos va ni viene en ello, y por lo mismo cualquiera puede cerca de esto *in utramque aurem dormire;* si bien no falta quien para averiguarlo dice lo del Poeta, *Aen.*, lib. VIII.

Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo.

poco momento, caducas, perecederas, vanas; todas vienen de allá, de aquella mente común ó ya de propósito pensadas y dispuestas ó bien naturalmente consiguientes; así pues, la grande abertura de la boca del león, el maleficio y cuanto es nocivo como las espigas y el lodo, vienen á ser como unas adiciones ó apéndices naturales de los demás vistosos y hermosos efectos de la naturaleza, ni por eso te imagines que tales cosas sean *indignas* ó ajenas (1) de aquella mente universal á quien veneras; antes bien, contempla y reconoce por ellas el origen de todo lo existente.

Quien ha visto lo presente ya lo vió todo, no sólo cuanto sucedió desde la eternidad, sino también cuanto acaecerá por toda una infinidad de tiempo, puesto que todas las cosas son de una misma naturaleza y uniformes entre sí.

Considera muchas veces la mutua conexión que tienen entre sí todas las cosas del universo y la relación de las unas con las otras; pues en cierto modo están entre sí enlazadas, y por este respecto se comunican amigablemente, y así las unas son consiguientes á las otras, ya por el movimiento local, ya por la conspiración (2) y simpatía, ya por la unión de la materia.

---

(1) M. Aurelio quiere desvanecer la duda ó escrúpulo en que parece le metían los epicúreos cerca de la Providencia Divina, pretendiendo ser indigno de un Dios próvido la producción de muchas de las cosas que vemos por su naturaleza nocivas ó monstruosas é inútiles; así discurrían estos tales, cuando la razón y tradición enseñaban á los hombres que este mundo era obra de un Artífice supremo, del cual todo mana, ó pretendido ó permitido.

(2) Esta es *un vínculo y enlace sagrado*, que de todas

Ajústate y acomódate á lo que el hado te ha destinado, y ama á los hombres con quienes te cupo en suerte el vivir, pero que sea de veras.

La máquina, el instrumento, todo preparativo, si sirve para lo que fué dispuesto, tiene su aprecio aun estando lejos de allí el que lo dispuso. Mas en los efectos que *produce* y contiene en sí la Naturaleza, siempre se queda dentro y reside en ellos la virtud y *principio* que los había hecho; según lo cual convenía que uno venerase más á la Naturaleza y que se persuadiese, que si él mismo viviese y perseveráse conforme con lo que ella quiere, le sucedería todo á medida de su deseo y del mismo modo que al universo le salen todas sus cosas como apetece.

Si supieses que algo de aquello que no está en tu mano, sea lo que se fuere, es para tí bueno ó malo, sería necesario que en la incursión en el tal mal y en la separación de semejante bien formases tus quejas contra los dioses y concibieses odio contra los hombres, reputándolos por autores ó sospechando que podrían serlo de tu caída en el mal ó pérdida del bien. Y en efecto, sucede que muchas veces obramos contra justicia y razón por la discordia de opinión cerca de estas cosas. Pero si nosotros juzgásemos por bienes ó males, los que solamente penden de nuestro arbitrio, no nos quedaría motivo alguno, ni de culpar á Dios, ni de hacer la guerra á hombre alguno.

Todos cooperamos á un mismo fin: los unos sabiendo y comprendiendo bien *lo que hacen*; los otros

---

las naturalezas particulares hace aquella común Naturaleza ó diosa viviente y animada de un estoico.

sin entenderlo, del mismo modo que Heráclito dice, si no me engaño, que también los dormidos son operarios, que por su parte coadyuvan á lo que en el mundo se está haciendo. Bien es verdad que otro contribuye de distinto modo, excediéndose el que se queja, el que intenta hacer resistencia y el que pretende destruir lo hecho, porque aun de este tal se aprovecha y sirve el universo, y así mira al cabo y reflexiona con quiénes te querrás alistar; supuesto que absolutamente hará buen uso (1) de tí, el que

(1) Este artículo trata de la economia de la Divina Providencia en el destino y gobierno de las causas libres, punto el más recóndito é intrincado de todos. Nuestro Emperador quizá tendría por absolutamente necesario que en el mundo hubiese operarios de iniquidad, y más admitiendo el hado á quien los estoicos sujetaban al mismo Júpiter; el hado que hacía obrar con gusto, pero no sin necesidad natural aun respecto del gobernador del universo, el hado que todo lo llevaba enredado de antemano y con una fuerza ineluctable, no podía dejar de arrastrar y meter entre la hez de los ruines operarios á los que tanto antes hubiese puesto el lazo ó atado con la cadena de la maldad. Pero sea de esto lo que fuere, lo que la razón alcanza en esta materia tan ardua es, *primero*, que siendo Dios de sabiduría y virtud infinita, pudiera muy bien haber ordenado de modo y gobernado con tal economía algún sistema de causas segundas, que por más que ellas pudiesen pecar, con todo no pecasen, no apareciendo de esto repugnancia alguna; *segundo*, que Dios santísimo y óptimo, en ningún sistema de causas libres pudo proponerse por fin primario ni pecado alguno ni consecuencia alguna de pecado, siendo error que choca contra la idea del verdadero Dios; *tercero*, que Dios de suyo perfecto en sus obras jamás podía permitir el desorden y mal moral de las causas libres, sin saber y poder reducir á orden y método el exceso y desorden sacando bien del mismo mal; *cuarto*, que Dios en la providencia actual tiene sus fines justísimos en la permisión del pecado, el cual no está obligado á impedir habiendo acordado el libre albedrío. Por último, Dios

todo lo rige; y te recibirá en alguna de las clases de los operarios que mutuamente se ayudan en su trabajo. Pero guárdate bien de que no hagas en el mundo un papel semejante al que hace en el drama aquel verso vil y ridículo del cual hace mención Crisippo.

¿Por ventura el sol anhela hacer lo que es propio de la lluvia? ¿Acaso Esculapio pretende hacer lo que es privativo de la tierra? ¿Qué diré de cada astro en particular? ¿no es verdad que siendo ellos diferentes entre sí, conspiran todos mutuamente á un mismo efecto?

Si es, pues, cierto que los dioses hubieren acordado ya sobre mí y lo que me debe acontecer bien resuelto estará; porque no es fácil formarse (1) la idea de un Dios inconsiderado y sin reflexión: ¿pues con qué motivo se habían ellos de mover á la resolución de hacerme mal? ¿qué provecho resultaría de aquí á los mismos ó al común del universo, de quien ellos tuviesen especial providencia? Pero si es que no hubieren determinado sobre mí en particular, por lo

---

siendo libre en la elección de cualquiera sistema posible, eligió este presente, no porque fuese el óptimo, sino porque así lo quiso por los motivos justos que él mismo tiene reservados en los tesoros profundísinos de su eterna é infinita sabiduría. Entendiendo la doctrina de M. Aurelio en la forma insinuada, coincidirá con la que enseña el Maestro de las SS. libro I, d. 46 y con la que defienden los teólogos, apoyados en la autoridad de los Santos Padres que tratan este punto.

(1) Dice bien M. Aurelio, que no es fácil imaginarse un Dios estúpido y sin providencia, cuando la idea que todos tenemos de Dios nos lo muestra espíritu perfectísimo en el saber y santísimo en el querer. Véase á Epicteto *Disert.*, libro III, cap. XXIV.

menos habrán decretado en general cerca de las cosas del mundo, con las cuales también tienen enlace mis cosas particulares que debo abrazar con gusto y darme por contento con ellas. Y dado que los dioses de nada (1) tuviesen providencia (que es una impiedad creerlo), entónces de ningún modo sacrificaríamos, oraríamos, juraríamos, ni haríamos otras cosas que en particular hacemos, como para con unos dioses entre nosotros existentes y que viven en nuestra compañía. Mas si los dioses (2) no deliberasen sobre ninguna de nuestras cosas; sin embargo, me sería lícito mirar por mí, estando en mi mano la inspección de lo que es conducente y cierto que á cada uno conviene, lo que dice bien con su condición y naturaleza. Por último, mi naturaleza es racional y sociable: mi patria y ciudad en cuanto Antonino es Roma, pero en cuanto hombre es el mundo: y así lo que á estas ciudades Roma y Mundo fuere útil, esto será mi único bien.

Cuanto sucede á cada individuo, todo conduce al universo y esto debería bastar: pero aun hay otra

---

(1) El argumento que se hace M. Aurelio, es incontrastable y á favor de la Providencia divina: y así este rayo de la luz natural podría abrir los ojos á tanto materialista enemigo declarado contra un Dios, espíritu próvido. También es innegable, que debemos tributar homenaje y culto á un Numen supremo, presidente en todos los negocios humanos, haciendo los oficios propios de nuestra sagrada religión, con los cuales protestamos la suma dependencia que tenemos de Dios por el derecho de creación, conservación y protección.

(2) M. Aurelio apura más la dificultad y nos hace ver que aun en la suposición impía é imposible de que Dios no tuviese providencia, deberían los hombres seguir los dictámenes de la razón, á fin de buscar en la virtud su única bienaventuranza.

cosa, como verás, haciendo la observación en general, que lo conducente á un particular también conduce á los otros hombres: bien entendido, que ahora se debe tomar la palabra *conducente* en sentido común, aplicada á las cosas medias é indiferentes.

A la manera que suelen ofenderte los espectáculos representados en el teatro y en otros lugares semejantes, porque el ver siempre lo mismo y sin mudanza de aspecto, causa tédio á la vista: del mismo modo podrá sucederte en todo el curso de tu vida; porque todas las cosas superiores é inferiores son siempre las mismas y provienen de los mismos principios. ¿Y hasta cuándo (1) durará esto?

Medita sin cesar qué de hombres de todas condiciones, de todas profesiones, de todas naciones murieron ya; de suerte que desciendas de este modo, hasta dar con Philistión (2), con Phebo y Origanión (3): entónces pasa con la consideración á otras clases de gente; pues es preciso que nosotros hagamos el mismo camino que hicieron tantos oradores elocuentes, tantos filósofos venerables, un Heraclito, un Pithágoras, un Sócrates; tantos héroes primero,

---

(1) Séneca *de Tranquil.*, cap. II, nos hace ver que el hastio ocasionado de no hallar novedad que deleite, fué á muchos antiguos motivo de darse la muerte, prorrumpiendo en estas palabras: *Quousque eadem?*

(2) Dos Philistiones saca á plaza Gatakero, el Philistión Niceo cómico y contemporáneo de Sócrates y el Philistión Locrense, médico, á quien se atribuyen los libros *de Diaeta*, que corren bajo el nombre de Hipócrates, como dice Galeno *in comment. ad lib. de Diaet. in morb. acut.*

(3) De Phebo y Origanión, yo digo con el intérprete francés: *je ne connais ni l' un, ni l' autre*: y lo que más es, que ni Gatakero habla de ellos.

tantos generales y tiranos después: además de estos, un Eudojo (1), un Hipparcho, un Archimedes y otros de agudo ingenio, de corazón magnánimo, de industria singular, de suma astucia y de mucha arrogancia: hasta los mismos motejadores satíricos de esta vida caduca y casi momentánea, cual fué Menippo (2) y otros tales, y cerca de todos estos haz la reflexión, que mucho hace fueron sepultados: si bien, ¿qué mal les vino por eso á ellos? ¿qué daño á otros muchos, de quienes absolutamente ni queda el nombre? Así que una sola cosa hay en este mundo, de que debemos hacer mucho aprecio, que es el saber vivir entre hombres falsos é injustos y tratarlos con benevolencia, siguiendo la verdad y la justicia.

Cuando quieras darte un rato de contento, ponte á considerar la ventaja (3) de los que viven contigo: por ejemplo, de éste lo industrioso, de aquél lo modesto; de uno lo liberal y de otro cualquiera otra prerogativa: porque ninguna cosa nos deleita tanto, como el contemplar las imágenes de las virtudes que resplandecen en las costumbres de los que viven

---

(1) Laërcio, lib. VIII, describió la vida de Eudojo, llamándole grande Astrólogo, famoso Geómetra, célebre Médico é insigne Legislador en tiempo de Dionisio el Tirano y de Platón. De Hipparcho Niceo, excelente matemático, habla Strabón lib. I, et II. De Archimedes, también sobresaliente matemático, escribe entre otros Plutarco *ex Marcell. vit ad lib.* V, §. I. Y es quien dijo, según Pappo *in Mechan. Des ubi consistam, et dimoturus sum terram.* Cicerón hace un grandísimo elogio de Archimedes en el *lib.* I, *Tusculan.*

(2) Laërcio lib. VI, hace mención de Menippo Cínico, al cual censura hablando de sus escritos.

(3) Es propio de un alma grande é ingenua alegrarse de las virtudes con que se halla adornado el prójimo, y más conociéndose la ventaja.

con nosotros; y que de tropel, por decirlo así, se nos entran por los ojos: por lo cual conviene tener á mano esta consideración.

¿Por ventura llevas á mal el que seas de peso de esas tantas libras, y que no llegues al de trescientas? no te inquietes según eso, porque hayas de vivir hasta un determinado número de años y no puedas pasar más adelante; pues al modo que conviene contentarse (1) con el tamaño de la estatura, así también con la cuantidad del tiempo prefijado.

Insistamos en persuadir á nuestros prójimos, *lo que sea justo y razonable*, ni dejemos de hacerlo, bien que se resistan (2) cuando así lo pida el derecho de justicia; más si alguno, usando de violencia se te opusiese, vuélvete á tu ánimo plácido y tranquilo y aprovéchate de la resistencia para ejercitar otra virtud; y acuérdate que con la debida excepción emprendías el asunto y que no pretendías imposibles. ¿Qué cosa, pues, era la que deseabas? Era este mismo conato: el cual consigues, aunque no tenga efecto aquello á que habías puesto la mira.

El que es ambicioso juzga por bien propio la acción ajena; el que es dado á los deleites cree que su bien consiste en el goce de sus pasiones; pero el que tiene juicio (3) conoce que en su proceder *estriba toda su felicidad.*

---

(1) Séneca reprende á los que no están contentos con sus dotes particulares.

(2) Si este aviso lo observasen aquellos, que tienen más autoridad para mandar que constancia y valor para hacerse obedecer y temer, no sucedería tan frecuentemente que á la desobediencia del súbdito se añadiese un nuevo desórden por la condescendencia del superior.

(3) Al verdadero sabio lo describe con perfección San

Puede uno muy bien no formar juicio cerca de esta ú otra cosa, y no inquietarse en su interior; pues las cosas no tienen por sí tanta fuerza, que nos precisen á calificarlas *de buenas ó malas.*

Acostúmbrate á estar con atención á lo que dice el otro, y en cuanto te sea posible intérnate dentro del alma del que hablare contigo.

Lo que no es bueno para el enjambre, tampoco es conducente para la abeja.

Si los marineros tratasen malamente al piloto, ó los enfermos injuriasen de palabra al médico, ¿á qué otro podrían apelar? ¿ó cómo sería posible, que los unos ejecutasen lo que conduce á la conservación y seguridad de los navegantes; y los otros, lo que sirve para la sanidad y cura de los enfermos?

¡Cuántos de aquellos con quienes entré en el mundo, ya salieron de él!

A los ictiriciados les parece amarga la miel; á los mordidos de un perro rabioso el agua les es una cosa formidable; á los niños la pelota les parece una bella cosa: ¿pues á qué viene el enojarte? ¿acaso te parece á tí que ha de poder menos el engaño de la mente, que un poco de cólera en el enfermo de ictericia y el veneno en uno que padece mal de rabia?

Nadie te impedirá el que vivas, según dicta la luz de tu razón, y orden de la naturaleza común.

Clemente Alejandrino, diciendo: que tirado del amor de aquel bien honesto, que solo es digno de ser amado, y llevado de su deber, sigue y obedece á Dios: y esto en tanto grado, que ni aun en la suposición imposible que Dios le diese permiso para hacer lo que de suyo está prohibido ó sin el peligro de incurrir en la pena, ó con la promesa de darle en pago una entera felicidad, no dejaría de cumplir con su obligación. *Strom.* lib. v.

Piensa bien cuáles son aquéllos á quienes deseamos agradar, con qué miras, y esperanzas los queremos complacer; por qué especie de servicios los queremos ganar *y verás* como en breve sepultará el tiempo todas estas cosas y cuántas ha sepultado ya.

LIBRO SÉPTIMO.

¿Qué viene á ser la perversidad? es lo que has visto muchas veces: y así en todo acontecimiento ten á la mano esta reflexión, esto es lo que viste en varias ocasiones. Absolutamente desde el principio al fin hallarás los mismos sucesos, de los cuales están llenas las historias antiguas, las de la Edad Media y las de nuestros días, de los cuales, al presente abundan las ciudades y familias particulares, nada encontrarás de nuevo, todo es cosa trillada y de breve duración.

¿De qué otro modo se te pueden borrar las máximas *de la Filosofía*, á no ser que se amortigüen las ideas que son correspondientes á los mismos *preceptos filosóficos?* De tí pende el avivarlas de continuo. Yo puedo formar sobre este y *el otro* punto el debido juicio; y si puedo, ¿por qué me turbo? nada absolutamente tiene que ver con mi mente lo que está fuera de ella. Mantente en esta disposición y todo te irá bien. Tienes en tu mano el revivir, *volviendo*

sobre tí; mira otra vez las cosas con los mismos ojos con que antes las viste, porque en esto consiste el revivir y *recuperarse un hombre.*

La vana afición y cuidado en todo género de pompa; las representaciones del teatro; los rebaños (1) de ganado mayor y menor; las justas ó ejercicios militares, *pueden compararse al entretenimiento* de echar huesos á los perros y migajas á los peces en los estanques; al afán y acarreo de las hormigas; á las corridas de los amedrentados ratoncillos; á las figurillas (2) de los titiriteros. Conviene, pues, que en estas diversiones se pase un rato con gusto, pero sin hacer ostentación de semejantes vagatelas; antes bien, entendiendo que cada uno se hace de tanto mayor mérito, cuanto sean más importantes las cosas en que pusiere su estudio.

En la narración conviene atender á las palabras que se vayan diciendo, igualmente que á cada uno de los movimientos é impulsos de lo que se esté haciendo; y á la verdad, en esto importa mirar luego á qué fin se dirige su intento, pero en lo otro deberá reparar bien qué es lo que se quiere significar.

¿O me basta mi talento y habilidad para el tal negocio ó no? si me es suficiente, me valgo de ella para el efecto como de un instrumento dado por la común naturaleza; si no es proporcionada ó cedo el asunto á otro que pueda darle mejor y más feliz éxito, salvo que por otro lado no sea esto de mi

(1) Los antiguos romanos tenían particular complacencia en la cría de los grandes rebaños.

(2) También se divertían antiguamente con los títeres, según que hace mención Horacio, *serm.*, lib. II, *sátira* 7.

obligación personal, ó lo hago como puedo tomándome un compañero, el cual, con la ayuda de mi mente, pueda hacer aquello que entonces sea oportuno y útil á la sociedad; visto que cuanto yo hiciere por mí mismo ó con la asistencia y favor de otro, solamente se debe encaminar al bien y provecho del público.

¡Cuántos se hallan ya sepultados en el olvido habiendo sido antes muy aplaudidos! ¡y cuántos de los que celebraron (1) á éstos, fueron asimismo borrados tanto ha de la memoria de los hombres!

No te corras de ser ayudado de otro; lo que á tí te incumbe, es cumplir con tu deber, del mismo modo que al soldado le toca el dar el asalto á la fortaleza; ¿pues qué importa el que tú, estando cojo, no puedas subir á las almenas por tí solo si te es posible con el amparo de otro?

No te perturbe (2) lo que vendrá después, porque si fuere necesario, tú le saldrás al encuentro armado de la misma razón de que ahora te vales para las cosas presentes.

---

(1) M. Aurelio seguramente habla contra aquellos escritores que intentan ser eternos pregoneros de la inmortal gloria de sus héroes, habiendo también de morir semejantes cisnes poco después de su canto dulce ó fabuloso. Sin embargo, es menester confesar que, *res si qua diu mortalibus ulla est*, es la fama recomendada á la posteridad por un escritor insigne.

(2) No querrá decir M. Aurelio que no se premedite la adversidad, que probablemente puede suceder, y más siendo un documento clásico de toda filosofía y buena razón, lo que dijo Marco Tulio *Tusc. et* 3, cap. XIV. *Præmeditatio futurorum malorum lenit eorum adventum, quæ venientia longe ante videris*. Y así, lo que nos aconseja no parece ser otra cosa sino que hagamos frente á todo mal presente y futuro, y que no nos abandonemos al vicio.

Todas las cosas están trabadas y encadenadas entre sí, y su enlace es tan sagrado, que casi no se halla una que sea extraña y ajena respecto de la otra, porque todo se ve coordinado y contribuye esto al adorno del mismo universo. Y es, que el mundo viene á ser un compuesto de todas estas cosas y un dios (1) en todas ellas, una substancia, una ley, una razón común á todos los animales intelectivos; finalmente, una verdad: puesto que es una misma la perfección de los vivientes, que son de un género y participan de una misma razón.

Todo lo material muy en breve se desaparece en la substancia (2) común del universo, y toda causa prontamente se reasume en la razón ó mente universal; finalmente, la memoria de todas las cosas queda presto sepultada en lo inmenso de la eternidad.

Para un viviente racional, es una misma la acción, conforme con la naturaleza (3), y la que es según razón.

---

(1) Si no constase que los estoicos admitían una materia *caótica*, distinta de la *mente ignea y artificiosa*, podría este paso reputarse por un puro panteísmo. Ahora se deberá mirar como un error craso, que la fábula nos cuenta de un grande animal, no del otro mundo, sino de uno y otro mundo. Las expresiones que se siguen pueden tener un sentido muy sano, refiriéndolas á aquella mente eterna y *archetipa* de Dios, en la cual residen como en su ejemplar, la ley, la razón, la verdad y la perfección, pero no aplicándolas á las naturalezas criadas, siendo eso muy disonante á los que participan de algún discurso.

(2) M. Aurelio alude á los dos principios, *materia paciente y forma eficiente:* doctrina común á los académicos.

(3) Por naturaleza entiende M. Aurelio el alma del universo, dios estoico.

Conviene ser justo, ó si no, amonestado y corregido.

A la manera que los miembros de un cuerpo dependen entre sí en sus compuestos, á ese modo las criaturas racionales, aunque separadas, tienen entre sí igual relación, habiendo sido producidas para cooperar á un mismo fin. Esta consideración se te imprimirá más altamente si muchas veces dijeres para contigo mismo: Yo soy un miembro de este sistema, que consta de naturalezas racionales. Pero caso que tú digas, usando (1) de la letra *R, Rhoo*, que eres una mera parte, aun no amas de corazón á los hombres, todavía no recibes la debida complacencia en eso mismo de hacerles bien; además, de que sólo haces esto por puro decoro, no como si á tí te hicieses bien.

Acaezca exteriomente lo que se quiera á los miembros *de mi cuerpo*, que están sujetos á padecer por un acaso semejante, quéjense ellos si quieren, que son los mortificados; pues yo, mientras no opine que hay algún mal en lo acaecido, no recibo daño, y más estando en mí mismo el no imaginármelo.

Diga ó haga el otro lo que le diere la gana, á mí me conviene ser bueno; no de otra suerte que si el oro ó la esmeralda ó la púrpura igualmente dijese siempre: por más que haga ó diga cualquiera, con-

---

(1) M. Aurelio hace la distinción de *miembro* y de *parte*, diciendo que lo primero es propio de las criaturas racionales, y lo segundo es general y conviene también á las cosas inanimadas; por eso infiere que no ama de veras á los hombres el que, mudando la *L* de *melos* en la *R* de *meros*, usase antes de esta palabra que de aquella para llamarse parte de algún sistema. Esta diferencia la explica Aristóteles, lib. I, cap. I, *Hist. Animal.*

viene que yo sea esmeralda y que retenga mi propio color.

¿No es la mente la que se alborota y perturba á sí misma? quiero decir, ¿no es la que se amedrenta á sí misma? ¿la que de suyo se aflige? ¿la que excita en sí las pasiones? Y caso que algún otro pueda intimidarla ó entristecerla, hágalo; pues pende de su voluntad el que no se mueva á semejantes afectos opinando que hay algún mal. El cuerpezuelo, si puede, cuide de sí para que no le venga algún trabajo; y si padece alguna molestia, *en todo lance* quéjese y levante el grito. Pero el alma, que teme, que se aflige, que absolutamente hace su juicio cerca de estos afectos, nada tendría que sufrir si no incurriese en la falta de formar un tal dictamen; puesto que la mente de suyo de nada necesita, si á sí misma no se acarrea la necesidad, y no está sujeta á perturbaciones y embarazos, á no ser que ella se perturbe y embarace á sí misma.

Consiste la felicidad *de un hombre* en tener buen numen interior, ó buena alma *y buena conciencia.* Pues en vista de esto, ¿qué haces acá, oh imaginación mía! Vuélvete, te lo pido por los dioses, como has venido; para nada te necesito; tú has venido según la antigua costumbre; no me irrito contra tí, sólo *te suplico* que te vayas.

¿Por qué teme alguno la mutación? ¿pues qué cosa se puede hacer sin que ella intervenga? ¿y qué otra cosa se *hallará* más agradable *que ésta,* ó más familiar á la naturaleza del universo? ¿Por ventura podrás usar del baño caliente sin que la leña se mude y convierta en fuego? ¿te podrás nutrir sin que la comida se mude en tu alimento? ¿acaso puede lle-

varse al cabo alguna otra cosa á no ser que sea por vía da mutación? Ahora pues, ¿no ves tú que viene á ser una cosa semejante tu mutación, é igualmente necesaria á la naturaleza del universo?

Todos los cuerpos, á manera de un torrente, van pasando á la sustancia del universo, con el cual tienen un mismo ser y conspiran á una misma obra, no de otro modo que los miembros de nuestro cuerpo van á una entre sí mismos. Y en efecto, ¡cuántos Crisippos (1), cuántos Sócrates y cuántos Epictetos se absorbió ya el tiempo! Haz, pues, que esto mismo te ocurra á la memoria respecto de cualquiera hombre ó cosa en particular.

Una sola cosa me hace andar fuera de mí mismo, y es, que acaso haré yo (2) lo que no sea conforme á la condición del hombre, ó de modo que no sea correspondiente á su estado, ó lo que atendidas las presentes circunstancias no es debido.

Ya está cerca el tiempo en que á todos los echarás en olvido y todos se olvidarán de tí.

Es propio del hombre el amar aun á los que le ofendan: esto se hará si al mismo tiempo se te ofre-

---

(1) Es probable que la Estoa admitiese la reproducción de los mismos cuerpos, la cual consistía en que unos mismos cuerpos, esto es, con la misma materia y con la misma partícula de la divinidad, volviesen á salir en rolde en cada uno de los períodos según los cuales el mundo, como si fuese el ave fénix, se abrasaba y reengendraba, y en vista de esto podían haber salido á plaza varias veces el mismo Sócrates, Catón, Epicteto y otros muchos.

(2) Estos son aquellos puntos ó requisitos que deben concurrir en toda acción lícita; v.gr., honestidad en la cosa, modo en la acción, oportunidad en el tiempo, y si faltaren estas últimas en una cosa por otra parte buena, haremos nuestra voluntad y no la de Dios.

ciere que también son de tu misma naturaleza y que pecan por ignorancia y *como* forzados; además de que así tú como ellos moriréis dentro de poco tiempo, y sobre todo que ellos no te hicieron daño, puesto que no han hecho que tu alma fuese peor de lo que antes era.

La naturaleza del universo forma de la sustancia común, como de una cera, ahora un potro; luego después, deshaciendo éste ó fundiéndole, se sirve de la materia para producir un árbol; más adelante, para la formación de un hombre; finalmente, para la producción de cualquier otra cosa, subsistiendo cada una de éstas por un tiempo muy limitado; pero jamás es penoso á la arquilla el que la deshagan, como no lo fué el haberla fabricado.

El aspecto desagradable (1) en el semblante es muy contrario á la naturaleza, y cuando se afecta con frecuencia, hace desaparecer la hermosura y gracia natural, ó al cabo la echa á perder, de manera que después no es posible recuperarla del todo: de esto mismo podrás colegir que también es contrario á la razón. Porque si uno cogiese tal hábito que llegase á perder todo el remordimiento de su conciencia en el obrar mal, ¿á qué fin había de prolongar sus días?

La naturaleza, que todo lo rige y ordena, muy en

(1) La fiereza en el rostro regularmente es un efecto de la ira que reside en nuestro interior, sin embargo de que nos cuenta Suetonio, lib. IV, cap. L, del emperador Cayo; *Vultum naturâ horridum, ac tetrum etiam ex industria eferabat, componens ad speculum in omnem terrorem, ac formidinem.* Por lo cual concluye M. Aurelio que semejante costumbre no da lugar á lo delicado del rubor, é impide en el ánimo lo fuerte del remordimiento.

breve transformará todo cuanto ves *en el mundo*, haciendo que de su materia nazca otra cosa, y de la materia de esta misma se produzca después otra, para que el mundo vaya siempre (1) renovándose.

Cuando alguno delinquiere en algo contra tí, luego procura discurrir qué juicio habrá hecho del bien ó del mal cuando pecó. Porque examinando esto le compadecerás y no te admirarás ni te moverás á indignación, visto que tú también sueles formar dictamen que aquello mismo ú otra cosa semejante es un gran bien, y así es razonable que le perdones (2). Y dado que no convengas con él teniendo por buenas ó malas las mismas cosas, *aun por esto mismo* con mayor facilidad deberás estar de buen ánimo para con quien pecó por ignorancia.

No conviene pensar tanto en los bienes que nos faltan, cuanto en los que presentemente tenemos; aunque entre éstos deberás parar la consideración sobre los más aventajados, y con este motivo reflexionar con cuánta solicitud los buscarías si no los tuvieses: sin embargo, guárdate al mismo tiempo de que por esta complacencia en poseerlos no te acostumbres á tenerlos en tanta estima, de modo que si alguna vez no los tuvieres, su falta te haya de perturbar é inquietar.

---

(1) Con aquel *siempre* no significa M. Aurelio aquella eternidad del mundo que Aristóteles soñaba. Los estoicos aunque admitían la continua renovación del mundo, con todo después de ciertos períodos ó porque al alma del universo la daba la gana ó porque su virtud ígnea había adelgazado mucho la materia, asentían que á todo el mundo le llegaría su fin con la fatal catástrofe de un incendio universal.

(2) Ninguna cosa más puesta en razón que la misericordia con el que peca por su fragilidad.

Recógete dentro de tí mismo, supuesto que la mente racional es tal por naturaleza, que vivirá contenta consigo misma, obrando con justicia y logrando, además de eso mismo, la tranquilidad *más apetecible.*

Borra esas ideas de tu fantasía; reprime los ímpetus desordenados *del apetito;* cíñete al tiempo presente; penetra bien cuanto á tí ó á otro acontezca; distingue y divide todo objeto en causa eficiente y material; piensa en la última hora (1) *de tu vida;* la falta cometida por otro, déjala allí adonde subsiste el pecado.

Conviene extenderse en la contemplación de lo que se hable, y penetrar con la consideración lo que se haga y quien lo esté haciendo.

Adórnate con la simplicidad, la modestia y la indiferencia é *igualdad* de ánimo cerca de las cosas de suyo medias entre la virtud y el vicio; ama al linaje humano; sigue á Dios (2), porque, como dice aquel poeta (3),

Todo de arriba viene así ordenado.

---

(1) Esta meditación es una de las más eficaces para contener á los hombres en los límites de la razón, y más ignorando cuál será aquel instante en que debemos dar cuenta de nuestros excesos.

(2) Sobre el autor de la célebre sentencia, *sigue y obedece á Dios*, disputan más los escritores, de lo que los griegos porfiaban sobre la patria de Homero. Filón dice que fué Moisés, *de Migrat. Ad.* Stobeo, *Eclog.*, tom. I, lib. II, tít. III, escribe que fué Homero. Boëth., *Consol.* lib. I, cap. IV, asegura que ha sido Pitágoras. Epícteto, *dis.*, lib. I, cap. XX, enseña que fué Zenón. Marco Tul., *de Finib.*, lib. IV, es de parecer que ha sido alguno de los siete sabios de la Grecia.

(3) No es fácil averiguar quién fuese *aquel* que lo dijo, habiendo escrito lo mismo varios autores.

Pero caso que solos los elementos (1) sean de arriba dirigidos, te debe bastar el acordarte que todas las cosas, ó por lo menos las más de ellas, son gobernadas y están sujetas á cierta ley superior.

Por lo que mira á la muerte, ahora sea ella (2) una mera dispersión de las partes, ahora una resolución en átomos ó una pura aniquilación, *al cabo viene ella á reducirse*, ó á una *total* extinción, ó á una mutación *solamente.*

Por lo que toca al dolor, *claro está* que si es insoportable, *en breve* mata, y que si da largas, es tolerable: entretanto (3), la mente podrá, con su modo de pensar, mantener su paz sin que quede deteriorada en algo la parte principal. Pero los miembros maltratados con el dolor, explíquense contra él, si pueden, y den su queja *como les parezca.*

Respecto á la fama, considera los ánimos de los ambiciosos, cuáles sean en sí, cuáles las cosas que rehusan y cuáles las que apetecen; y reflexiona también, que como los montones (4) de arena acu-

---

(1) El texto se halla sumamente adulterado, por lo que varían los expositores en la corrección; nosotros pondremos aquí la que hizo Casaubono.

(2) Gatakero no se conforma con el dictamen de Xilandro y Casaubono, mudando el εἰ en ἤ, como hacen éstos; sino que pretende retenerla y sacar una conclusión estoica que convenza que, siendo la muerte un disiparse las partes, vueltas á los dos principios *materia* y *fuego,* ó bien un resolverse desmenuzándose en átomos epicúreos, ó un puro aniquilarse, vendrá por necesidad á parar toda ella, ó en una perfecta aniquilación, ó en una mutación solamente.

(3) Esta es aquella receta universal ó medicina evaporada de los filósofos, especialmente epicúreos, contra todo dolor; de que se burla Cicerón, *de Finib.*, lib. II.

(4) M. Aurelio, en esta bellísima comparación, alude á las

mulados unos sobre otros, quedan ocultos los primeros, así en la vida humana acontece que los sucesos anteriores se ven presto sepultados en el olvido, con los que ocurren después.

Nota este dicho de Platón: «¿Por ventura juzgas que aquel que tenga un entendimiento elevado, con una justa idea de toda la eternidad y de toda la naturaleza, le parecerá ser una gran cosa la vida humana?—No es posible, dijo.—¿Luego este tal no reputará la muerte por una cosa terrible?—Nada menos que eso, respondió.»

Ve *aquí la bella* sentencia de Antistenes: «Es cosa regia hacer mercedes, recibiendo en pago murmuraciones.»

No es puesto en razón el que la mente (1) tenga á su mando el semblante para fingirlo y ajustarlo á su gusto, y que ella no sepa acomodarse y componerse á sí misma *como es debido.*

Dice muy bien Eurípides:

«El enojo volver contra las cosas
No es razón, pues de enojos no se cuidan.»

---

arenas de la Libia, cuando en ellas perecieron cincuenta mil hombres del ejército de Cambises, como consta de la historia escrita por Herodoto.

(1) No siempre se verifica que el alma pueda en todos los lances disponer á su arbitrio del semblante, no siendo fácil impedir ciertos movimientos exteriores, por los que se colige la novedad interior, mudándose ya el color ó ya los ojos, dando señales del sentimiento que reside en el ánimo. Si bien es verdad que con el uso en gente de mundo logra la voluntad aquello de Salustio, *Bel. Cat.*, cap. x: *Magis vultum, quam ingenium bonum habere.* No hay duda que el imperio del alma es despótico sobre ciertos movimientos del cuerpo, aunque acerca de otros sólo puede llamarse político.

El otro Epico (1) *escribe:*

«A los dioses y á mí da regocijo.»

Eurípides en otro lugar dice así (2):

«Se debe, á guisa de madura espiga,
Una vida cortar, y dejar otra.»

Escribía el otro Trágico (3):

«No sin causa ó motivo los dioses
Desestiman á mí y á mi linaje.»

Con mucho fundamento dijo el Cómico (4):

«La razón y justicia á mí se inclinan.»

No debes lamentarte con los afligidos ni mostrarte conmovido.

Estas son palabras de Platón (5): «Yo á este tal le opondría la siguiente y justa razon: No piensas rectamente, oh *buen* hombre, si eres de parecer que un varón, aun siendo de poca suposición, debe

---

(1) No se sabe de positivo quién fuese este Épico; sin embargo, Gatakero tiene por probable que es un padre que habla en esta forma de sus hijos.

(2) Que esto sea tomado de la *Hipsípile* de Euripides, nos lo asegura Stobeo, tom. II, tít. 108. Y Cicerón, en el lib. III, *Tusc.*, trae traducidos estos versos de que habla M. Aurelio. Anfiarao se vale de estos versos para consolar á Hipsípile, que estaba afligida por la pérdida de su hijo Archimoro.

(3) Gatakero tiene á éste por un trágico que, lleno de humildad en su representación, se echaba en los brazos de Dios como lo hacía Epicteto, *Dissert.*, lib. II, cap. XVI.

(4) Aristófanes, en su comedia *Acharn.*, act. 2, usó de esta expresión, que después quedó en proverbio.

(5) Se hallan en la apología de Sóc., pág. 28 y las del párrafo siguiente.

contar mucho con el riesgo de perder ó no perder la vida, ni que sólo debe considerar, cuando obra, si lo que él hace es justo ó injusto, y si su acción es propia de un hombre bueno ó de un malhechor.»

Del mismo es el presente lugar: «En realidad es así, oh varones atenienses, que en donde quiera que alguno se colocare, juzgando aquel puesto por el mejor ó que fuere destinado por el magistrado, debe perseverar en él, según mi dictamen, aunque corra peligro, no reputando en nada ni el perder la vida ni otra cualquier cosa, á trueque de evitar la infamia.»

Del mismo es lo que se sigue (1): «Pero, oh hombre feliz, mira si el ser generoso y bueno sea otra cosa que el conservarse á sí y salvar á otros. Ni á la verdad, un hombre que sea verdaderamente bueno debe desear con ansia esto de vivir por tanto tiempo, ni conviene amar sobrado su vida, sino que sólo debe pensar en adelante de qué modo podrá vivir, lo mejor que quepa, todo aquel tiempo que hubiere de gozar de la vida, dejando á Dios esos otros cuidados y dando crédito al dicho de las mujeres, que ninguno puede evadirse del hado.

Conduce mirar alrededor el curso de los astros, como quien gira con ellos, y contemplar también frecuentemente las mutuas conversiones de los elemen-

---

(1) En el diálogo de Platón intitulado *Georgias*, página 512, se puede ver esto, aunque con alguna variación. El fin del discurso es que en la vida ninguna cosa debe reputarse por más excelente que la virtud moral. Sócrates habla contra Callicles, que anteponía la elocuencia á todo lo demás, porque decía que ésta daba armas para defenderse á sí y proteger á otros.

tos, porque las consideraciones de estas cosas purifican (1) á uno de las manchas de esta vida terrestre.

Es bello aquel lugar de Platón *en donde dice:* «Importa mucho á quien raciocine cerca de los hombres que contemple también, como desde una atalaya, lo que pasa en la redondez de la tierra, cada cosa en su género, los ejércitos, las labranzas, los matrimonios, las treguas ó pactos, los nacimientos y las muertes, el tumulto de los tribunales, los países desiertos, las diferentes naciones de gente bárbara, las fiestas, los funerales, las ferias, una total confusión, y por fin el universo, que se compone de cosas entre sí contrarias.»

Hace muy al caso el que uno considere los sucesos pasados y tantas conversiones de dominios, pudiendo con esto prever (2) lo venidero; porque sin duda lo que vendrá después tendrá absolutamente el mismo aspecto, no siendo posible que salga de aquel orden con que se hace lo presente. De aquí es que viene á ser lo mismo el que uno observe por cuarenta años lo que pasa en la vida del hombre, que si lo observara por miles de años, ¿pues qué más habría de ver?

Observa lo que dice Eurípides:

« Lo nacido de tierra, en tierra cae;
Vuelve al cielo lo que dél provino.»

---

(1) La contemplación de esta gran fábrica del mundo, cuando se haga por un alma ilustrada con la gracia del Señor, la dispondrá para la limpieza de sus culpas; teniendo la mira en subirse por las criaturas, hasta parar en el Criador del universo.

(2) Dice lo mismo Plut., *de El. Delphic.*; *que hay un arte de adivinar lo futuro por lo presente ó pasado.*

Siendo esto ó una desunión del enlace que tienen entre sí los átomos, ó una igual dispersión de los elementos insensibles por naturaleza.

También *conviene notar estotro que escribe el mismo:*

> «De mortal vida entretener queremos
> El curso, con comer y divertirnos;
> Pero al fin no sin llantos laboriosos
> Por fuerza tras del aire nos iremos
> Suscitado por Dios.»

Sufre en hora buena que alguno sea más hábil luchador que tú; pero *guárdate* que ninguno sea más liberal, ni más modesto, ni más bien dispuesto á lo que acontezca, ni más humano y benigno respecto de los defectos del prójimo.

En donde quiera que se pueda perfeccionar alguna obra según lo pide la razón, que es común á los dioses y á los hombres, no es posible que allí haya mal grave, puesto que no hay por qué sospechar algún daño en aquello en que se pueda lograr la ventaja y utilidad de que su operación salga con prosperidad y tenga el éxito conforme á la condición humana.

En todo y por todo pende de tu arbitrio, ya el complacerte religiosamente en la presente disposición de la providencia, ya el tratar según justicia y razón con tus contemporáneos, ya el usar con artificio de la presente idea, para que ni lo más recóndito se te pase por alto.

No gustes de escudriñar el espíritu de otro; antes bien, mira de hito en hito hacia aquel término al cual te conduce la naturaleza, ya sea ésta la universal, mediante las cosas que te acontezcan, ó la tuya

propia por razón de los oficios que debes practicar, teniendo cada uno la obligación de hacer lo que es correspondiente á su estado, pues el resto de las criaturas fué dispuesto para servir á las racionales, al modo que en toda otra cosa lo inferior se hace por respecto de lo superior, pero las racionales han sido hechas para ayudarse mutuamente; y así lo que tiene el primer lugar en la condición humana es lo que mira á la común sociedad, y el segundo, el no rendirse á los halagos de los sentidos, porque es propio de la facultad racional é intelectiva el reducirse á ciertos límites y no vencerse jamás de los movimientos sensuales é impulsos del apetito, por ser ambos brutales. Además de que la virtud intelectiva pretende conservar su superioridad y no permitirá dejarse subyugar de ellos, y con muchísima razón, puesto que por naturaleza le pertenece servirse de todos ellos. Finalmente, tiene el tercer lugar en la naturaleza racional el no incurrir en algún error, ni el dejarse seducir. El alma, pues, que adhiera á las máximas insinuadas, prosiga su camino derecho y habrá conseguido lo que la es propio.

El resto que te quedare de vida conviene pasarlo según dicta la naturaleza, como muerto ya al mundo y como quien sólo hubiese vivido hasta el tiempo presente.

Sólo debes tener afición á lo que te acontezca y venga destinado de la providencia, ¿pues qué otra cosa te podrá ser más adaptada y oportuna?

En todo evento haz por tener á la vista aquellos hombres á los cuales ha sucedido lo mismo (1) que á

(1) De ningún modo debemos imitar á los que se impa-

tí, y después lo llevaban con repugnancia, lo extrañaban y se quejaban amargamente; y al cabo, ¿adónde se hallan ahora esos tales? En ninguna parte ya. ¿Pues por qué deseas imitarles? ¿No sería mejor dejar esos extraños sentimientos á quienes los conmueve y se inmuta con ellos, dedicándose en un todo á pensar cómo podrás aprovecharte (1) de los acontecimientos humanos? Porque si hicieres buen uso de éstos, también te servirán de materia en que ejercites la virtud: mira sólo por tí, y en cuanto hicieres intenta dar á conocer tu bondad, acordándote que en cualesquiera de los sucesos también hay diversidad de materia sobre la cual pueda recaer una acción virtuosa.

Reconoce tu interior: dentro de tí está la fuente del bien, que puede manar de continuo si la profundizas siempre.

También conviene que el cuerpo persevere en un aire tal que no denote violencia en el movimiento ni en el ademán, porque se debe exigir de todo el cuerpo lo mismo que hace el alma con el semblante, conservándolo apacible y modesto; pero bien entendido que todo esto debe observarse sin afectación.

El arte de vivir bien tiene más semejanza con la palestra que con la orquesta, por cuanto debe uno

---

cientan con los reveses de fortuna; antes bien, haciendo la reflexión de que hemos nacido y vivimos expuestos á mil trabajos, será lo más acertado llevarlos con resignación siempre que nos sobrevengan.

(1) Es muy útil este consejo para quien se vea en algún conflicto ó quiera reflexionar sobre los que padecen los hombres.

estar sobre sí é inmoble contra los repentinos é improvisos accidentes.

Debes reconocer con frecuencia cuáles son esos tales por quienes deseas ser alabado, y qué modo tienen de pensar; porque de esta suerte no los vituperarás, incurriendo involuntariamente en alguna falta, ni echarás menos sus aprobaciones, y más si mirares el origen y causa de sus juicios y pasiones del apetito.

Toda alma, según dice *Platón*, está privada de la verdad, sin su consentimiento; lo mismo, pues, la sucederá también respecto de la justicia, de la prudencia, de la benevolencia y de toda otra virtud semejante. Es de suma importancia el que, á menudo, te acuerdes de esto, porque así serás más afable y benigno para con todos.

En todo trabajo ten luego á mano esta reflexión: que aquéllo no es indecoroso ni deteriora la mente, dueña de las acciones, pues no la vicia en cuanto es material (1) ni en cuanto es sociable; y así, en las más de tus cuitas, válete del dicho de Epicuro, que el dolor no será insufrible ni eterno si te acordares que tiene sus límites naturales, y no lo aprendieres por más de lo que es en sí. Pero advierte también que muchas cosas nos son bien molestas sin que las echemos de ver, siendo, en realidad, cierta especie de dolor: tal es el dormitarse intempestivamente, el

---

(1) Nuestra alma á lo estoico era una sustancia compuesta de *viento* ó espíritu, y de *fuego* ó de una partícula divina, como ya hemos dicho; y por eso Marco Aurelio pretende que el dolor no perjudique á las partes de aquella sustancia, ni las empeore é implique en alguna infamia culpable.

abrasarse de calor y el sentirse con inapetencia; Cuando, pues, te veas desabrido por alguna de estas cosas, dí para contigo:—*¡Hombre*, mira que te dejas vencer del dolor!

Mira bien, no sea que alguna vez te portes de tal suerte con los hombres inhumanos, cual suelen éstos tratar á los hombres.

¿De dónde nos consta si Sócrates haya sido mejor y de índole más excelente que la de un Telauges? Porque no basta saber que Sócrates murió con mucha gloria y grande valor; que disputaba ingeniosamente con los sofistas; que con gran paciencia sabía pasar toda una noche sobre el hielo; que habiéndole mandado prender á un ciudadano Salaminio (1), le pareció más justo el resistirse con bizarría, y que por las calles públicas andaba con fausto y arrogancia, aunque acerca de esto con razón puede uno dudar si fué verdad. Además, conviene considerar en qué disposición tenía Sócrates su ánimo, y si era capaz de contentarse con sólo el ser justo para con los hombres y religioso para con los dioses, no indignándose en vano contra el defecto de otro ni fomentando la imprudencia de alguno; no recibiendo, como cosa extraña, ó llevando como insoportable cualquiera disposición de la Providencia; no permitiendo, finalmente, que la mente consintiese en las pasiones del cuerpezuelo.

En la formación humana, la naturaleza no unió

(1) Algunos intérpretes tuvieron por nombre propio el de Salaminio, el cual se llamaba León, hombre muy rico, á quien, injustamente, querían darle muerte los treinta tiranos que dominaban entonces en Atenas. Platón hace memoria de esto mismo, epíst. 7.ª, y Laerc., lib. II.

tu espíritu con el cuerpo de tal modo que no te fuese libre el contenerte dentro de ciertos límites y pendiese de tí el cumplir con tus obligaciones, por lo cual cabe muy bien que uno, cultivando su espíritu, se haga un hombre en sí divino y que sea desconocido de todos: acuérdate siempre de esto, y, además, no te olvides que son menester muy pocas cosas para pasar felizmente la vida. Y no porque uno desconfíe de poder salir un gran dialéctico y físico, por eso debe perder las esperanzas de llegar á verse libre de *pasiones*, á ser modesto, á ser amigo de la sociedad y á ser rendido y obediente á Dios.

Pende de tu voluntad el que pases la vida con el mayor júbilo, por más que todos den las voces que quieran contra tí, y aunque las fieras despedacen los miembros de esa mole de tu cuerpo, ó sea masa de barro que te circunda. Pues ¿quién impide al alma que, en medio de todos esos infortunios, no se conserve en su tranquilidad (1), no mantenga un juicio verdadero acerca de los sucesos que la rodean, no persevere pronta en hacer el uso de los acciden-

(1) En este artículo nos presenta Marco Aurelio una quinta esencia de la soberbia estoica, dando fuerzas á la naturaleza viciada, para que, sin la gracia divina, haga los actos más heroicos de todas las virtudes. No puede el alma hacer que la fantasía y apetito no sientan la perturbación, porque estas facultades, después de perdida la justicia original, quedaron en la naturaleza desenfrenadas y rebeldes. La vehemencia de los afectos hará, si no viene presto el socorro divino, ó que no quede en el alma indiferente el juicio de la razón, borrada en un todo la idea de lo honesto, ó que, quedando indiferente aquel juicio, incurra, no obstante, la voluntad, débil de suyo, y desarmada de una fuerza sobrenatural, en la necesidad moral de ser vencida.

tes que tiene á la vista? De modo que el Juicio (1) dé á entender á lo que ocurra: «Tú, en realidad, eres esto, aunque en la apariencia muestres ser otro.» Y el Uso diga á lo que se presente: «Yo á tí te buscaba, porque lo que se me pone delante siempre me sirve de materia para ejercitar las virtudes propias de la razón y sociedad; y, en una palabra, para dedicarme al ejercicio del arte peculiar de un hombre ó de un dios, supuesto que cuanto acontece es correspondiente al hombre ó á Dios, no cosa nueva ni difícil de manejar, sino cosa muy sabida y de fácil ejecución.»

La perfección de las costumbres lleva consigo el que se viva cada día como si aquel fuese el último de la vida, sin apresurarse ni caerse de ánimo ni obrar con ficción.

Los dioses (2), siendo inmortales, no se irritan al ver que por tan largo tiempo absolutamente convendrá que ellos siempre sufran con paciencia á los malos, siendo éstos tales y tantos en número, sino que, además, también cuidan en un todo de los mismos. ¿Y es posible que tú, que en un abrir y cerrar de ojos dejarás de ser, te canses de tolerarlos, y más siendo uno de los malos?

Es cosa digna de risa que no procures separarte de tu propio vicio, pudiendo ciertamente hacerlo, y

---

(1) Marco Aurelio personaliza el *Juicio* y el *Uso* como suelen hacerlo los poetas, para que hagan sus veces en el razonamiento.

(2) El presente artículo, corregida la palabra dioses, estaría grandemente en boca de un Santo Padre; y, en efecto, así discurrió San Juan Crisóstomo, *in Matth.*, cap. VI, vers. 45, orac. 18.

que intentes huir de la maldad de otros, lo que es imposible.

Con mucha razón la facultad intelectiva y sociable tiene por cosa de menos valer todo aquello que hallare no conducir ni para la sabiduría ni para la sociedad.

Cuando tú hubieres hecho un favor, y otro lo hubiere recibido, ¿por qué todavía buscas, á más de esto, un medio término, para parecer bienhechor ó lograr otra recompensa, como suelen hacerlo los necios?

Ninguno se cansa de recibir beneficios: es así que la beneficencia es una acción conforme con la naturaleza; luego no debes tampoco cansarte en hacer bien á otro (1), teniendo tú en esto mucha utilidad.

La naturaleza del universo primeramente emprendió la fábrica del mundo; pero ahora, ó todo lo que se hace sucede por una consecuencia necesaria, ó las criaturas racionales son el principal objeto en el cual la mente gobernadora pone especial esmero. Haciendo este recuerdo, te hallarás muy tranquilo en las más de las cosas.

---

(1) Que la beneficencia se repute por una virtud, y que sea un bien del que la ejercite, no tiene género de duda.

LIBRO OCTAVO.

Sirve también para que no tengas vanidad el que en adelante no te puedes lisonjear de haber pasado filosóficamente toda la vida, ó por lo menos la que medió desde tu juventud hasta ahora; antes bien, has estado muy lejos de la Filosofía, como no ignoran otros muchos y á tí te es bien claro. Viviste, pues, distraído, de modo que en lo porvenir no te será fácil adquirir la gloria de filósofo, á lo cual también se opone tu manera de vivir. Ahora bien, si es que verdaderamente has conocido en qué consiste la vida filosófica, despreciando toda apariencia, conténtate con que vivas todo el tiempo que te queda, sea el que se fuere, según te dicte tu naturaleza; y así, piensa atentamente en lo que ella quiere, y no te distraiga otra cosa alguna; porque en cuantas cosas anduviste divertido, la experiencia te ha enseñado que en ninguna hallaste la felicidad de la vida; no en hacer silogismos, no en la posesión de riquezas, no en los aplausos, no en las deli-

cias, por último, ni en parte alguna. ¿Pues en qué consiste? En hacer lo que exige la naturaleza humana. ¿Y esto cómo lo ejecutará uno? Después que tuvieres los dogmas por los cuales se regulan los deseos y las obras. ¿Y cuáles son esos dogmas? Los que deciden del bien y del mal, de modo que no se repute por bien del hombre lo que no le hace justo, templado, fuerte y liberal; ni por mal lo que no cause los efectos contrarios á lo que acabamos de decir

En cada una de tus acciones hazte la pregunta: —¿Cómo me va en esto? ¿acaso me arrepentiré de ello después? Dentro de poco también yo habré muerto y todo se acabó para mí; ¿luego qué más puedo pretender que el que la presente obra sea propia de un viviente racional y sociable, dirigido por las mismas leyes (1) con que se gobierna Dios?

¿Alejandro, César y Pompeyo qué tienen que ver, comparados con Diógenes, Heráclito y Sócrates? Porque estos filósofos eran de un espíritu tal y tan excelente, que penetraban bien las cosas, sus formas y materias; pero aquellos Príncipes, de todo esto ignorantes (2), ¿á cuántos cuidados se vieron sujetos y á cuánta servidumbre obligados?

---

(1) La ley natural, siendo en su fondo una razón práctica descrita en la mente de Dios, es forzoso que sea común á Dios y á toda la naturaleza racional, que de él participa la razón. Véase á Cicerón, *De Legib.*, cap. VI.

(2) M. Aurelio compara al presente la solicitud y distracción que aquellos Príncipes tenían en una infinidad de negocios y multitud de cuidados, con la libertad, sosiego é industria de los filósofos en el cultivo de su espíritu y ejercicio importantísimo de la virtud. También es cierto que el reinar viene á ser una honrada esclavitud, como dijo Antígono. No

Ten bien entendido que los hombres, aunque te revientes, sin embargo harán siempre lo mismo.

En cualquier acaso lo principal es que no te turbes, porque todo acontece según lo lleva la naturaleza del universo, y muy en breve perecerás, no dejando rastro de tí en parte alguna, como sucedió con Adriano y Augusto. Después, contemplando con atención la cosa, indaga lo que es en sí misma, y reflexionando que te conviene ser hombre virtuoso, ejecuta constantemente lo que exige de tí la naturaleza humana, y dí siempre lo que te parezca más justo, con intención sana y la mayor modestia, sin que haya doblez.

La ocupación ordinaria de la naturaleza universal se reduce á transportar lo que se halla en este lugar á otro, convertirlo en otra cosa y quitarlo de acá y llevarlo allá. Todo es una continua mutación; de modo que no se puede temer que suceda algo de nuevo, siendo todo cosa sabida, además de que las disposiciones son siempre iguales.

Toda naturaleza queda contenta haciendo su carrera prósperamente; empero la naturaleza racional sólo camina con felicidad no asintiendo á ninguna idea falsa ni obscura; encaminando únicamente sus intentos á hacer obras en beneficio del público, ocupando solamente sus deseos y aversiones en lo que penda de su arbitrio, y aceptando con resignación todo lo que la común naturaleza le dispensare, por ser una parte de ésta, como la naturaleza de una

---

dejó de conocer esto mismo San Agustín, cuando escribió: *Etiam qui imperant, serviunt eis, quibus videntur imperare. De Civitat. Dei,* lib. XIX, cap. XV.

hoja es parte de la naturaleza del árbol, sólo con la diferencia que en el árbol la naturaleza de una hoja es parte de una naturaleza insensible, irracional y expuesta á ser estorbada en sus operaciones; pero la naturaleza del hombre es parte de una naturaleza intelectiva, justa y libre en todos sus designios, la cual (1) sin duda hace una igual distribución de tiempo, forma, materia, fuerza y accidentes, dando á cada uno según su mérito; mas advierte que absolutamente no comprenderás la igualdad si considerares separadamente una cosa, pero sí haciendo el cotejo de las partes de un todo con las de otro distinto.

Por tu ignorancia no puedes leer un libro, pero bien puedes reprimir tu insolencia; puedes superar el deleite y el dolor; puedes despreciar la vana gloria; puedes no irritarte contra los necios é ingratos, antes bien, mirar por sus mismos intereses.

En adelante ninguno te oiga (2) quejarte de la vida de Palacio ni de la tuya propia.

---

(1) M. Aurelio sin duda habla de una repartición en lo físico, y no de una remuneración en lo moral, y en este supuesto no nos querrá decir otra cosa sino que siendo perfectas las obras de Dios en la Naturaleza, el mismo Dios, que cuida de todas, que á todas ama, que á ninguna de ellas aborrece, que todo lo dispone con orden, peso y medida, hace que á cada una se la dé aquella subsistencia, facultad y disposición que es necesaria para el buen sistema del universo, y que en sus eternas ideas vió serla debida y connatural; pues aunque la producción de la tal ó tal naturaleza pende únicamente de la voluntad libre de su Autor, pero la divina sabiduría necesariamente la ve tal, y no otra, en sus ideas inmutables.

(2) En uno y otro no exige poco de sí el buen Emperador, pues la vida en Palacio aseguran ser tal, que tomándola el

El arrepentimiento es cierta vindicación ó displicencia de sí mismo por haber omitido hacer alguna cosa interesante, en el supuesto de que es necesario que todo bien sea una cosa útil y acreedora á que un hombre bueno y honrado cuide de ella; pues ningún hombre bien reputado y sincero se arrepintió jamás por haber dejado pasar algún deleite; luego el placer ni es cosa útil ni bien alguno.

Examina qué viene á ser esto en sí mismo según su propia condición, cuál es su sustancia ó materia, cuál su forma, para qué sirve ó qué hace en el mundo, cuánto tiempo suele durar.

Cuando sintieres repugnancia en levantarte de dormir, acuérdate que es correspondiente á tu estado y á la naturaleza humana el ejecutar acciones útiles al bien de la sociedad; pues el dormir también es común á las bestias (1), además de que lo que es conforme con la naturaleza de cada uno, esto le es más propio y connatural, y sin duda alguna más gustoso y agradable.

En cuanto te sea posible, procura siempre examinar en cualquiera idea que te viniere á la imaginación cual sea la naturaleza de su objeto, discurriendo sobre los afectos que causa, y discerniendo lo verdadero de lo falso.

---

gusto no se sabe dejar, ni se puede continuar sin zozobra; por tanto, dijo bien el que usó de la siguiente expresión para significar ambas cosas: *Lupum auribus teneo.*

(1) Es patente que los dormidos no se diferencian en nada de los brutos, y aun añade más Aristóteles, valiéndose de la misma razón, que la mitad de la vida de los felices no se distingue de la de los atribulados, porque la mitad del tiempo nos la lleva el sueño.

Con cualquiera que te encontrares, al instante dí para contigo mismo:—¿Este tal, qué máximas ó qué modo tiene de pensar, por lo que mira al bien y al mal? Pues el que tuviere máximas de esa clase acerca del deleite y dolor y de las causas de donde procede uno y otro, acerca de la gloria é ignominia, de la muerte y la vida, no me parecerá extraordinario ni extraño si hiciese tales acciones; antes bien, me acordaré que el infeliz está necesitado (1) á obrar de ese modo.

Ten presente que al modo que es una extravagancia el admirarse si la higuera produce higos, asimismo lo es el que uno extrañe si el mundo (2) da de sí lo que lleva de suyo, como sin duda sería también indecoroso al médico el maravillarse de que él mismo tuviese calentura, ó al piloto de que le hiciese viento contrario.

Acuérdate que igualmente te es libre el mudar de parecer y el seguir el aviso de quien te corrija (3),

---

(1) No debemos suponer que peque con *necesidad absoluta* el que vive en algún error, pues éste para que sea causa de pecado es menester que sea voluntario y no invencible: y así la sentencia de M. Aurelio puede entenderse de una necesidad moral ó consiguiente á los dictámenes erróneos que libremente adoptados puedan deponerse con plena libertad.

(2) M. Aurelio alude á la multitud de males que suelen verse en el mundo.

(3) La doctrina de este artículo es de suma importancia, puesto que el mudar de parecer siguiendo el dictamen de quien nos corrija no es mengua de libertad, valiéndonos de ésta para emprender la nueva resolución, ni es contra el honor el habernos engañado en el modo de pensar, siendo así que el decoro humano no debe pretender la inmunidad de error, privilegio propio de la Divinidad. Contra la pertinacia

porque tuya es la obra, procediendo conforme á tu intención y resolución, además de que se lleva al cabo según tu beneplácito.

Si esto depende de tu arbitrio, ¿por qué lo haces? y si de otro, ¿contra quién las has? ¿contra los átomos ó contra los dioses? Uno y otro es locura (1), no debiendo enojarte contra nadie; porque si puedes, enmienda la cosa; pero si no fuere posible, ¿qué utilidad sacas de irritarte, y más no debiendo hacer nada en vano?

De todo cuanto muere ó perece nada sale fuera del mundo; pues si permanece aquí (2) y se trasmuta, igualmente se disuelve aquí mismo en los propios principios, que son los elementos del mundo y también los suyos, los cuales no murmuran sin embargo de que padecen su mutación.

---

y obstinación habla San Gregorio Naz., *Ad Episcop.*, 150. Es preciso confesar que la docilidad no suele ser la virtud más familiar á los que se reputan por hábiles é instruídos, y más cuando se empeñan en sostener alguna opinión que tenga visos de bien fundada.

(1) Este aviso bien observado sería una *panacea* ó remedio universal que bastaría para curar y aun precaver todas las inquietudes del corazón humano, particularmente en quien, dejados los átomos para consuelo de los epicúreos, creyese que todo suceso viene ó querido ó sólo permitido de Dios, que nos lo envía para nuestro bien.

(2) Esta doctrina es común á los filósofos antiguos, los cuales, no teniendo conocimiento de la creación ni aniquilación, concordaban en que la ruina de todo ente era una pura mutación. Los escolásticos, que á más de la creación del alma racional admiten la producción de tantas sustancias *de todo punto en sí nuevas*, cuantas son las formas que por momentos salen á borbollones en la Naturaleza, quieren también que sin cesar perezcan *en sí mismas* infinitas sustancias antiguas.

Cada cosa nació con algún destino, por ejemplo, el caballo, la vid. ¿En esto de que te admiras? pues también el sol (1) y los otros dioses nacieron destinados para algún ministerio: según eso, ¿tú para qué naciste? ¿acaso para vivir entre placeres? Reflexiona un poco si esto lo sufre la buena razón ó común inteligencia.

La Naturaleza tiene su mira y designio en cada cosa (2), no menos por lo que toca al fin y paradero de la misma, que por lo que pertenece á su principio y duración; como el que arrojando la pelota (3), pone su cuidado en la buena jugada ¿Pues qué bien ó utilidad resulta á la pelota echándola alto, ó qué pérdida sacándola bajo y aun cayendo en tierra? Mas ¿qué interés percibe la ampolla permaneciendo hinchada sobre el agua, ó qué daño recibe deshaciéndose? Lo mismo puede decirse del candelero, *que nada gana encendido ó pierde apagado.*

Da una vuelta (4) al cuerpo, y contempla cuál es de suyo, cuál será cuando haya envejecido, enfermado y muerto, estando también en la inteligencia de que es corta la vida de quien elogia y del que es

---

(1) Este es un error de los estoicos, los cuales suponían que el sol y los demás astros, animados del alma común del universo, eran otros tantos dioses

(2) Esta doctrina bien entendida es un testimonio claro á favor de la providencia que Dios tiene de todas las cosas, no sólo en general, sino también en particular.

(3) Los símiles de que usa M. Aurelio, uno de la pelota, otro de la ampolla, eran antiguamente vulgares para significar cuán vil cosa es un hombre.

(4) M. Aurelio pretende que con nuestra consideración volvamos el cuerpo al revés, lo de dentro hacia afuera, para que así veamos mejor sus cualidades.

celebrado, de quien honra y del que es memorable; además de que esto se hace y queda en el rincón de este clima, en donde no todos concuerdan en los elogios, ni aun uno suele ir acorde consigo mismo. Por último, toda la tierra se reputa por un punto.

Pon toda tu atención en lo que tuvieres entre manos, ahora sea un dogma, ahora una acción ó una palabra. Con razón llevas tu merecido, porque quieres más el dilatar hasta mañana el ser bueno que serlo desde hoy mismo

¿Hago alguna cosa? la ejecuto (1) refiriéndola al bien de los hombres. ¿Me sucede algún trabajo? lo recibo consagrándolo á los dioses y atribuyendo á la fuente común de la cual trae su origen cuanto se hace en el universo.

¿Qué juicio formas del baño y qué te presenta á la vista? aceite, sudor, asquerosidad, agua y viscosidad; todo causa hastio. Una cosa tal viene á ser cualquiera parte de la vida y todo cuanto al presente percibimos por los sentidos.

Lucilla dió sepultura (2) á Vero, y después fué sepultada Lucilla; Segunda la dió á Máximo, y después no faltó quien la diese á Segunda (3); Epitinchano vió morir á Diotimo, y después murió Epitinchano (4);

---

(1) Estas son las dos basas fundamentales de la perfección, no sólo filosófica, sino también de la cristiana: amor para con Dios y para con el prójimo.

(2) Era Lucilla hija de nuestro Emperador, que había casado con Lucio Vero.

(3) Segunda parece fué mujer de aquel Máximo de que habla M. Aurelio en el lib. I, § 15.

(4) A este Epitinchano y á Diotimo, sujetos desconocidos, ya les cuadra lo que de otros dice M. Aurelio, que sus nombres con el tiempo se mirarían como una fábula.

Antonino hizo las exequias á Faustina (1), otro se las hizo á Antonino; Céler (2) sobrevivió á Adriano, y después falleció Céler; así sucede con todas las cosas. ¿Y en donde paran ahora aquellos ingenios agudos, aquellos astrólogos judiciarios, aquellos hombres engreídos? Digo ingenios agudos, por ejemplo, un Xierace, un Demetrio (3) el Platónico, un Eudemón (4), y si algún otro hubo de esta clase, todos fueron de breve duración y tuvieron su fin tiempo ha, no quedando memoria de los unos dentro de poco, pasando los otros á ser una fábula, y algunos ya no se cuentan entre las fábulas. Convendrá, pues, acordarte de esto, porque será forzoso, ó que venga á desunirse ese tu compuesto, ó que se extinga el espíritu, ó si no, que mude de habitación y vaya á situarse en otra parte.

La verdadera complacencia de un hombre consiste en hacer lo que es propio del hombre, y más siendo privativo de éste la benevolencia (5) para

---

(1) Esta es la Annia, mujer de Antonino Pío.

(2) Caninio Céler, insigne orador y retórico, que tuvo por discípulos á M. Aurelio y á L. Vero.

(3) Este Demetrio puede ser el célebre Demetrio Falereo, discípulo de Teofrasto, ó quizá el Demetrio Bizantino, de quienes habla Laërcio, lib. v. No obstante, el primero tiene á su favor para ser preferido lo que escribe Cicerón: *Demetrius Phalereus in hoc numero haberi potest, disputator subtilis, orator parum vehemens, sed dulcis; ut Theophrasti discipulum possis agnoscore. Off*, lib. I.

(4) Vitrubio, lib. IX, cap. VII, coloca á Eudemón entre los astrólogos más insignes.

(5) No sólo era máxima de los estoicos de que el hombre hubiese nacido para hacer una vida contemplativa y activa, según se explica Laercio, lib. VII, sino que también enseñaban lo mismo varios peripatéticos, como puede verse en

con los que son de su mismo linaje, el desprecio de los movimientos sensuales, el discernimiento de las ideas probables, la contemplación de la naturaleza del universo y de lo que se hace conforme á la misma.

Cada cual tiene en sí tres géneros de dependencia y correlación: una para con la causa que nos circunda, ó sea el cuerpo; otra para con la causa divina, de donde todo viene al universo, y la tercera para nuestros contemporáneos.

El dolor, ó es pernicioso al cuerpo, y en ese caso que él mismo lo demuestre y se queje de él, ó puede ser infausto al alma, pero ésta tiene en su mano el conservar su quietud y serenidad y no opinar que el dolor sea mal, porque todo juicio, afecto, apetito y aversión (1) está en el interior del alma, adonde no llega mal alguno.

Borra esos desvaríos de tu fantasía diciéndote de continuo á tí mismo:—Al presente pende de mí el que en mi alma no haya vicio alguno, ni mal deseo, ni absolutamente alguna perturbación; antes bien,

---

Plutarco, *de Placit. Philos.*, lib. I., *Præf.* Y sobre todo, es conforme á la verdadera filosofía, con la cual no se compone que se nos hayan dado en vano las facultades de entender, apetecer y obrar, pero mucho más se adapta á la religión católica, la cual nos dice haber sido hecho el hombre para que en esta vida se emplee en conocer y amar á Dios, y para que en la otra, contemplándole cara á cara, le goce con entera y eterna felicidad.

(1) Podía pasar esta doctrina si se entendiese de aquella feliz sujeción del apetito á la razón en el estado de la inocencia y justicia original, de cuyo privilegio ya no gozamos; pero si se interpreta según el sistema estoico, es la libertad de no consentir en los ímpetus del apetito.

mirándolo todo como es en sí, puedo usar de cada cosa según su mérito lo pidiere.—No te olvides de esta facultad con que te regaló la Naturaleza.

Así en público senado, como privadamente con cualquiera otro individuo, conviene hablar con modestia y compostura (1), sin andarse en rodeos, debiendo uno usar del razonamiento más sano y natural.

La corte de Augusto, su mujer, su hija, sus nietos y entenados, la hermana Agrippa, los parientes y domésticos, los amigos Ario (2), Mecenas, sus médicos, sus arúspices, en fin, toda la corte murió. Pásate después á otros, no considerando la muerte de cada hombre en particular, sino una descendencia entera, cual es la de los Pompeyos, ni olvidándote de lo que suele escribirse sobre los sepulcros: *El último de su linaje.* Y luego piensa para contigo con cuánto cuidado y solicitud habrán vivido sus antepasados

(1) El intento de M. Aurelio se reduce á reprobar la elocuencia afectada y falaz, y á ensalzar la sabiduría discreta y verdadera. En lo antiguo iba unido el estudio de la sabiduría con el de la elocuencia, unión utilísima á la sociedad, pues hacía que no sólo los oradores hablasen con discreción, sino que, siendo doctos y buenos, se abstuviesen de aquellos adornos falaces que solamente sirven para denigrar la justicia y verdad y cohonestar la injusticia y mentira. Por tanto, Sócrates, viendo la corrupción que los sofistas habían introducido en la retórica, se empeñó en separar la profesión de orador de la de sabio, no porque reprobase la elocuencia junta con la sabiduría, sino porque no se usurpase la sofistería el mérito de sabia. *Cicer.*, lib. III, *de Orator.*, cap. XVIII y XIX.

(2) Ario, insigne filósofo y contubernal de Augusto. Mecenas, célebre por la privanza con Augusto, no menos que por la protección de los literatos. De ambos hace mención Suetonio, lib. II, cap. XIX, y *Strab.*, lib. XIV.

por ver si podían dejar un sucesor, como si al cabo no fuese preciso que alguno haya de ser el último. En fin, reflexiona inmediatamente sobre el exterminio de toda una nación.

Es necesario arreglar la vida en cada una de las acciones, y darse por satisfecho si cada cual tiene la perfección que la corresponde y es posible; en la inteligencia de que ninguno puede impedirte el que tu acción reciba el grado de bondad que la es debida. ¿Mas si lo inhibiese alguna causa exterior? No sería tal para obrar con justicia, prudencia y juicio. ¿Y si acaso se opusiese alguna otra cosa á la facultad operativa? Pero con la resignación en el mismo obstáculo, y con la prudente adhesión á lo que se presentare, al instante se sustituirá otra acción, la cual sea conforme al buen orden de vida de que hablamos ahora.

No te engrías por los bienes recibidos, ni muestres repugnancia en desprenderte de ellos.

Si has visto alguna vez una mano arrancada, ó un pie, ó la cabeza cortada y puesta en algún lugar aparte de lo demás del cuerpo, del mismo modo hace consigo, cuanto es de suyo, cualquiera que no se conforma con lo acaecido y se separa á sí mismo ó ejecuta algo no conducente á la sociedad. Y tú, en cierta manera, te excluiste de aquella unión característica de la Naturaleza, porque habías nacido miembro de ella y ahora te dividiste á tí mismo: sin embargo, de tal suerte se dispuso eso, que puedes reunirte otra vez con ella, siendo así que Dios á ninguna otra parte dió esta facultad, de que cortada y separada, se incorporase de nuevo con su todo. Por tanto, considera la bondad con que Dios honró al

hombre, habiéndole puesto en su mano el que no se separase de todo punto del universo, y que segregado, fuese árbitro de restituirse nuevamente (1) y coadunarse, como también de recuperar el puesto y orden que había tenido siendo parte.

Al modo que cada uno de los racionales participó casi todas sus facultades de la naturaleza universal, así también recibimos de la misma esta otra; pues de la manera que aquélla convierte en su uso todo lo que se la opone y resiste, colocándolo en el orden de su destino y haciéndolo su parte, de la misma suerte el hombre puede hacer que todo el obstáculo le sea materia de virtud, y valerse del mismo para lo que más le acomodare.

No te conturbe (2) la imaginación representándote de un golpe los sucesos de toda tu vida, ni consideres á un tiempo cuáles y cuántos infortunios es verosímil que te sobrevengan; antes bien pregúntate á tí mismo, en cada uno de los presentes acontecimientos, ¿qué mál hay en esto que no sea tolerable ni llevadero? pues sin duda te correrías de juzgarlo por insoportable. Además de esto, haz de nuevo memoria que ni lo venidero ni lo pasado te es gravoso, sino lo que siempre está presente, y aun esto se disminuirá si tú, ciñéndolo dentro de sus

---

(1) Parece que los pelagianos adoptaron esta doctrina, pretendiendo que la fuerza natural de la libertad pudiese sin la gracia divina bastar para la verdadera penitencia y reconciliación del alma con Dios.

(2) Esta es una tentación que suele molestar mucho á los hombres, el imaginarse de por junto cuánto mal podrá probablemente acaecerles.

propios límites, dieres en cara á tu alma, caso que no pueda hacer frente á cosa tan leve.

¿Por ventura Pantea ó Pérgamo subsisten todavía asidos al sepulcro de Vero? (1) ¿Acaso Xabrias ó Diotimo permanecen aún junto al de Adriano? Cierto sería una rídiculez. Pues qué, si éstos estuviesen allí fijos, ¿lo habían de advertir los otros? y puesto que lo advirtiesen, se habían de consolar? ¿y dado caso que se consolasen, habían éstos de ser inmortales? Pues qué, ¿á éstos no les estaba decretado primero la vejez, para que al cabo se hiciesen viejos, y después muriesen? Y luego que esos hubiesen muerto, ¿qué habían de hacer aquellos después? y más convirtiéndose todo eso en hediondez y reduciéndose á un costal (2) lleno de asquerosidad.

Si puedes ver con perspicacia, observa lo que dice el muy sabio Critón:

«En la constitución de una Naturaleza racional no contemplo virtud alguna que se oponga á la justicia, pero veo bien que la virtud de la continencia (3) se opone al deleite.»

---

(1) Antiguamente reinaba la costumbre de que junto al monumento de algún personaje llorasen por mucho tiempo las personas á quienes el difunto hubiese querido más en vida, lo que dió lugar á la fábula de Niobe convertida en piedra porque estaba siempre fija al sepulcro de sus hijos.

(2) El nombre de *costal*, en sentido metáforo, se usaba mucho para significar el cuerpo.

(3) Con esta doctrina se podía argüir contra Epicuro, el cual ponía en el deleite toda su felicidad, debiendo ésa tener por objeto la virtud, á la que se opone el deleite, de donde procede el vicio opuesto á la continencia; y así dijo bien Cicerón, *Acad.*, lib. IV: *Tu, cum honestas in voluptate contemnenda consistat, honestate cum voluptate, tamquam hominem cum bellua, copulabis?*

Si depusieres esa tu sospecha acerca de lo que al parecer te causa sentimiento, al punto tú mismo te pondrás á cubierto de toda molestia. ¿Quién es ese tú mismo? La mente. Pero yo no sólo soy mente. Está muy bien: la mente, pues, que no se aflija á sí misma ni se tome cuidado; y si alguna otra cosa te diere pena, que piense lo mismo acerca de ella.

El obstáculo que impide el sentimiento es un mal de la Naturaleza sensitiva; y si no deja obrar al apetito, igualmente es un mal de la misma; del mismo modo es impeditivo cualquiera otro que se opone, y es mal de la Naturaleza vegetativa; y así, será mal de la Naturaleza intelectiva lo que no dejare obrar al espíritu: todo esto aplícatelo á tí mismo. ¿Te asalta el dolor ó te incita el deleite? el sentido se estará á la mira. ¿Te sobrevino algún embarazo al emprender la acción? si tú la emprendías sin ninguna (1) excepción, ya en esto mismo estaba el daño de tu naturaleza racional; pero si comprendías la reserva ordinaria, no por eso has recibido mal ni has sido impedido, siendo cierto que ninguna otra cosa acostumbra impedir las acciones propias del espíritu; porque á éste no le llega ni el fuego, ni el hierro, ni el tirano, ni la infamia, ni otra cosa alguna, cuando él se hubiere hecho á manera de una esfera y quedare bien redondeado.

---

(1) Siendo principio asentado entre los estoicos que la facultad intelectiva no debía obrar *sin la debida excepción*, concluye M. Aurelio que obrando sin ella es falta de aquella potencia el que se siga algún perjuicio á la naturaleza racional, del cual podía librarse, y en efecto queda exenta de todo mal cuando su empresa va acompañada de la común reserva.

No tengo por justo el darme á mí mismo (1) que sentir, puesto que yo jamás he dado adredemente que sentir á otro.

Unos reciben complacencia de ciertas cosas, otros de otras; pero yo me deleito si tengo el espíritu sano, sin aversión á hombre nacido y sin repugnancia en cosa alguna que acontezca á los hombres; antes bien, mirándolo todo con buenos ojos, recibiéndolo y haciendo uso de cada cosa según fuere su mérito.

Mira que todo ese tiempo se te ha concedido (2) gratuitamente. Los que intentan con eficacia conseguir la gloria póstuma no se hacen cargo que ellos han de ser otros tales cuales son esos á quienes llevan con impaciencia, siendo unos y otros mortales. En suma, ¿qué se te daría á tí el que ellos te hiciesen odioso con semejantes dichos, ó formasen de tí igual concepto?

Cógeme y échame donde quieras, porque allí tendré (3) mi genio plácido, ó sea deidad propicia; esto

---

(1) Puede ser que nuestro Emperador, viéndose en algún lance apretado, haya hecho esta reflexión para aquietar su ánimo, sin recurrir al último remedio del suicidio estoico. Lo cierto es que en M. A. se experimentan unas entrañas más compasivas de lo que le permitía su rígida filosofía.

(2) Con esta consideración pretende M. Aurelio incitarse á no malograr el tiempo de la vida y despreciar las máximas de los que ponen su anhelo en adquirirse grande fama, sin tener presente que en lo venidero no faltarán quienes denigren su estimación, valiéndose de este medio para lograr mayor crédito, como hacen ellos ahora respecto de sus antepasados, cuya reputación no pueden oir con paciencia, sirviéndoles de estorbo á sus miras.

(3) Esto es decirnos que á nadie hace feliz el lugar en donde vive, sino su buen método de vivir y saber regularse en cualquiera parte que habite.

es, quedará mi espíritu satisfecho con tal que tenga y haga lo que es correspondiente á su estado. Pues qué, ¿eso *de ser llevado á otra parte* se merece la pena de que por ello mi alma lo pase mal y se haga de peor condición, abatiéndose y entregándose á sus deseos, confundiéndose y llenándose de consternación? ¿Y qué hallarás tú que te ponga en esa precisión?

A ningún hombre puede sucederle cosa que no sea un acontecimiento humano; nada al buey que no sea peculiar al buey; nada á la vid que no corresponda á la vid; nada á la piedra que no sea propio de la piedra. Ahora pues, si á cada uno acontece lo que es costumbre y natural, ¿por qué te enfadas? puesto que la común Naturaleza no te cargaría con peso que te fuese insoportable.

Si te contristas por alguna cosa exterior, no es ella la que te conturba, sino el propio juicio formado acerca de la misma, si bien tienes en tu mano el abolirlo al instante. Mas si te da cuidado lo que pende de la disposición de tu espíritu, ¿quién te impide el que rectifiques esa tu opinión? No obstante, si te afliges á causa de que no haces esto ó el otro, pareciéndote recto, ¿por qué no eliges antes hacerlo que afligirte? Pero *dices:* «Me lo estorba un impedimento superior»: luego no te mortifiques, supuesto que no tienes la culpa de que no se haga la cosa. Pero *replicas:* «No soy yo acreedor á vivir no haciendo la tal cosa.» Según eso, salte de la vida con tranquilidad, como se saldría el que hubiese hecho su gusto, permaneciendo al mismo tiempo de buen ánimo para con los que se oponían á tus intentos.

No te olvides que la parte principal del alma se hace inexpugnable cuando recogida dentro de sí se contenta consigo misma, no haciendo lo que no es de su gusto, aunque se oponga sin motivo ó por mero capricho. ¿Pues qué será cuando gobernada por la razón resolviere con prudencia acerca de alguna cosa? Por esto el alma libre de pasiones es como un alcázar; y realmente el hombre no tiene lugar más seguro en el cual, una vez refugiado, no pueda en adelante ser cogido. Quien, pues, no ha visto este presidio, es un ignorante; y quien habiéndolo visto no se ampara en él, es un desdichado.

Cuenta solamente con lo que las primeras ideas (1) te representan á tí mismo. ¿Te dieron la noticia que fulano habla mal de tí? participósete esto, pero no dijeron que habías recibido agravio. ¿Veo que enferma el niño? mírolo, mas no contemplo que peligre su vida. Detente, pues, siempre de esta suerte en las primeras representaciones, sin que añadas otra cosa en tu interior, y no te sucederá cosa sensible, ó antes bien añade alguna reflexión como quien conoce á fondo la naturaleza de cuanto acaece en el mundo.

El pepino es amargo, déjalo; hay zarzas en el camino, desvíate, y basta. No prosigas diciendo, ¿á qué

(1) Si se consiguiese un perfecto dominio sobre la imaginación, este aviso sería de mucha utilidad; pero ahora que ella ó previene ó resiste á la razón, la advertencia no es tanto de apreciar. El uso de confrontar las ideas que las cosas nos excitan con las máximas de la filosofía, y mucho más con las de la religión, logrará gran ventaja sobre los vanos miedos de la fantasía. Lo que nos dice M. Aurelio, lo describe vivísimamente Epicteto. *Diss.*, lib. III, cap. VIII.

fin (1) se hicieron estas cosas en el mundo? de otra suerte serás la irrisión de un hombre perito en la física, como sin duda serías despreciado de un carpintero y de un zapatero culpándoles porque ves en sus oficinas las aserraduras y retazos de lo que trabajan, sin embargo de que tienen á donde arrojarlos, dando por supuesto que la naturaleza del universo nada tiene fuera de sí; pero lo más primoroso de su arte consiste en que ella, no saliendo de sus límites, convierte en sí misma cuanto se corrompe dentro de sí, se envejece, y al parecer es casi inutil, y en que de esto mismo después fabrica otras cosas nuevas sin que se valga de una materia extraña ni necesite de sitio á donde eche lo corrompido; por eso se halla satisfecha con su propio lugar, con su misma materia y propia facultad.

No debe uno ser lento en sus acciones, ni en las conversaciones entrometido; no andar vagando con la imaginación, ni en un todo estrechar el ánimo violentamente ó alegrarse con exceso, ni en el curso de la vida enredarse con muchos negocios. Ya te maten, hagan tajadas y provoquen con maldiciones, ¿qué impide eso el conservar tu alma pura, sabia, prudente y justa? Porque si alguno, estando junto á una fuente cristalina y dulce, la maldijese, no por eso ella cesaría de manar (2) una bebida saludable,

---

(1) Contra esta especie de preguntas necias y vulgares habla Epicteto, *Diss.*, lib. I, cap. VI, y las refuta con mucha gracia.

(2) Con este símil se nos pone á la vista la obligación que nos impuso el Salvador de amar á nuestros enemigos, bendecir á los que nos maldicen, hacer bien á los que nos aborrecen, y pedir por los que nos persiguen. *Matth.*, V, v. 44.

y aunque la echase cieno y estiércol, al momento lo separaría y de ningún modo se ensuciaría. ¿Pues cómo podrás tener un perenne manantial y no un pozo? si con el continuo uso te hicieres natural la libertad con la igualdad de ánimo, simplicidad y modestia.

El que no sabe que hay un mundo (1), ignora dónde se halla él mismo; el que no conoce para qué fin nació, éste no advierte quién es él mismo ni qué cosa es el mundo; el que carece de una de esas noticias, tampoco podrá decir con que motivo vino al mundo. Ahora, pues, ¿cuál te parece será el que (2) huye los vituperios ó pretende los vanos aplausos

---

(1) La mente de M. Aurelio parece ser, que quien no conoce lo que es este mundo, ó sea Dios estoico, no sabrá en dónde se halla estando dentro de este mundo animado. Y que quien ignora haber nacido para conformarse con este dios Porticense, no sabrá en sentido moral quién sea él mismo, ignorando su autor, su fin y sus obligaciones, ni sabrá en el mismo sentido quién es el mundo, no llegando á conocer que es su dios, al cual debe referir sus pensamientos, palabras y obras.

(2) Traducimos el texto corregido por el Gatakero. No por eso hemos de suponer que M. Aurelio fuese de dictamen contrario á Cicerón, que se explica así sobre este punto: *Nam, et ut levitatis est inanem aucupari rumorem, et omnes umbras etiam falsas gloriæ consectari; sic levis animi lucem, splendoremque fugientis justam gloriam, quæ fructus veræ virtutis honestissimus est, repudiare. In Pisonem.* De lo que infiere muy al caso el traductor de los caracteres de Teofrasto al toscano, impresos en Florencia el año 1761: «Dunque far conto della giusta gloria si vuole, non giá ambirla, e boriarsene, e molto meno boriarsi della falsa, cioé di quella, che, ó vera gloria no é in se medesima, ó non é da noi meritata, nella qualcosa peccano talora anche i grand' uomini, siccome quelli, che di virtú non sono in ogni fibra impastati.» Tom. IV, pág. 135.

de los hombres, los cuales no tienen noticia en dónde se están ni quiénes son?

¿Quieres tú ser alabado de un hombre que tres veces cada hora se maldice á sí mismo? ¿deseas agradar á un hombre el cual no se satisface á sí mismo? ¿Y acaso se complace á sí mismo el que casi se arrepiente de todo cuanto hace?

En adelante no cuides sólo de ir á una con el aire que te rodea y sostiene, sino que también debes conformarte con la mente universal que lo abraza y conserva todo, porque esta virtud intelectiva no menos se difundió por todas partes, é introdujo en quien puede atraerla, que lo aéreo en quien es capaz de respirarlo.

La maldad en general nada daña al común del universo, y en particular ningún mal hace á otro alguno, siendo solamente nociva á quien fué libre eximirse de ella, siempre que él antes lo hubiese querido así.

La voluntaria resolución (1) de mi prójimo es igualmente indiferente á mi libre determinación, como lo es su espíritu y cuerpo; y aunque en realidad los unos hemos nacido principalmente por

---

(1) La doctrina de este párrafo y del antecedente, entendida de la *culpa personal*, podía pasar; pero será un puro sofisma aplicada al *pecado original*, como los antignos pelagianos y los nuevos socinianos la aplican. Porque á un bienhechor dadivoso y puramente liberal (cual era Dios respecto de los dones absolutamente indebidos á la naturaleza humana, que en cabeza de Adán ofrecía á toda su posteridad), le es libre poner las condiciones que le pluguiere al beneficio que promete. En cuanto á la primera parte del *vicio personal*, tiene á su favor la autoridad de San Crisóstomo, en cuyo sentido se puede admitir aquella doctrina. *De Stat. Orat.*, 18.

causa de los otros, no obstante, cada uno de nuestros espíritus tiene su propio albedrío; que á no ser así, la maldad de mi prójimo vendría á ser mía también, lo cual no fué de la aprobación de Dios, para que no estuviese en mano de otro el que yo fuese un infeliz.

El sol parece (1) que está difundido, y en realidad se halla extendido por todas partes, sin que pierda nada de su luz, porque esta su difusión es una extensión solamente, y así sus luces se llaman rayos, trayendo su origen del griego *ecteinein*, *extenderse*. Verías sin duda cuál es un rayo si observases la luz del sol que por algún estrecho agujero entra en una casa obscura, porque va derechamente y de la manera que reverbera en cualquiera cuerpo opaco que se le oponga, quitándole la comunicación del aire contiguo, se para allí mismo sin haber deslizado ni caído. Tal, pues, conviene que sea la soltura y dilatación del pensamiento, y de ningún modo una distracción, sino una extensión con que no haga una violenta y precipitada impresión contra los impedimentos que ocurran, ni menos debe la mente desbarrar, sino pararse y aclarar cuanto hubiere per-

---

(1) No puede darse imagen más viva para declarar el modo con que nuestro espíritu debe portarse en su manera de obrar. El sol lo ilustra todo sin que pierda su luz; así el alma debe obrar en todo, sin que pierda de vista la luz de la razón: El sol, si da contra un cuerpo opaco, ni pierde sus rayos ni con violencia atropella por él, sino que fijándose en su mismo obstáculo, lo ilustra cuanto puede: á un modo semejante el alma, cuando hallare alguno que se le oponga, ni deberá perder su paz ni atropellar violentamente por él, sino volver sobre sí y valerse de la resistencia para ejercitar la virtud, edificando con su dulzura al enemigo.

cibido. Y en verdad que se privará á sí mismo de esta luz el que no quisiere admitirla.

El que tiene miedo á la muerte, ó teme la insensibilidad, ú otro género de sentimiento. Pero si quedare absolutamente sin sentido, no percibirá mal alguno, y si hubiese adquirido otra especie de sensibilidad (1), se trasformará en otro animal y no cesará de vivir.

Los hombres han sido hechos los unos por causa de los otros. Tú, pues, enséñales (2) ó súfreles.

De un modo se dirige la saeta, de otro se conduce la mente (3); ésta en realidad, ya cuando huye con

---

(1) Muy á menudo la falta de fe ciega á los filósofos más perspicaces. ¿Quién no ve que M. Aurelio camina por medio de unas densas tinieblas, queriendo que, si queda sentido al alma separada, se mude en otra clase de viviente mucho más recomendable? ¿Por qué no podrá en buena filosofía quedarse la misma que era? ¿Por qué quedándose la misma en su ser, no podrá mejorar ó empeorar de fortuna? Esto es lo que decía Séneca, ep. 82, y lo podía decir por sí primero que por otro alguno. *Adversus mortem minuta jaculari; subula leonem excipere.* Lo cierto es que Platón, habiendo formado la idea de un Dios justo, y viendo las injusticias cometidas entre los hombres, colegía que al alma inmortal se la esperaba su merecido después de la separación del cuerpo.

(2) Varrón aplicaba esta sentencia á la conducta que debe tener un marido respecto de su mujer. *Vitium uxoris aut tollendum, aut ferendum est; qui tollit vitium uxorem commodiorem præstat; qui fert, sese melioren facit. Apud Gell.* lib. I, cap. VII.

(3) La comparación de la saeta con el pensamiento no nos descubre bien el blanco á que se dirige al presente. Puede ser que la diferencia consista en que la saeta no da en el blanco á no ir con rectitud y sin tropezar en algún obstáculo, pero el alma, caminando por la senda de la razón, logra siempre su fin, aunque se la oponga algún contrario, si se vale de esto para la resignación ó se aprovecha de su virtud empleándola en otra obra buena.

motivo justo, ya cuando se convierte á la contemplación, no menos camina derechamente que si fuere á dar en el blanco que se había propuesto.

Procura entrarte en la mente de cada uno, y permite á otro cualquiera que se introduzca en la tuya propia.

LIBRO NOVENO.

Quien peca contra justicia comete una impiedad; porque habiendo la Naturaleza del universo hecho á los hombres con la mira de que se diesen un socorro mutuo, de suerte que ayudándose los unos á los otros según su mérito no se hiciesen entre sí mal alguno, sin duda el que traspasa esta voluntad obra impíamente contra la más principal de las deidades, puesto que la Naturaleza universal es naturaleza de lo existente, y lo que realmente subsiste tiene una estrecha correlación con todo lo que es más principal. A más de esto, la misma Naturaleza se llama también verdad (1), y es la primera causa de todo lo que es verdadero. De aquí es que quien miente por su bello gusto peca contra piedad, en cuanto

(1) Dios es la suma verdad, no solamente en el ser, siendo sólo Dios un ente por sí necesario, sino también verdad ejemplar en el conocer, teniendo en sí la divina Naturaleza todas las ideas de todo, con las cuales debe ser conforme toda verdad criada y proposición verdadera.

hace una injusticia engañando á otro, y que quien mal de su grado miente, también es impío, en cuanto no se conforma con la Naturaleza universal y en cuanto no cumple con su deber oponiéndose á la Naturaleza del mundo, porque va siguiendo, cuanto es de su parte, el partido contrario á la verdad; pues habiendo despreciado los auxilios que antes había recibido de la Naturaleza, no le es posible ahora discernir lo falso de lo verdadero. Igualmente es falto de piedad el que va en pos del deleite (1) como de un verdadero bien, y huye del dolor como de un mal verdadero; porque será necesario que este tal frecuentemente impropere á la Naturaleza común como que sin justicia ha distribuído alguna cosa entre malos y buenos, á causa de que muchas veces los malos abundan de placeres y tienen medios que se los pueden facilitar, y al contrario, los buenos se ven rodeados de disgustos y suelen encontrarse con motivos que son causa de lo mismo. Además de eso, el que teme los disgustos alguna vez tendrá miedo á lo que acaecerá en el mundo, lo cual ya es una impiedad; y el que busca los placeres no se irá á la mano en hacer alguna injuria, lo que evidentemente también es impiedad.

(1) M. Aurelio sube de punto la impiedad, queriendo que todo filósofo que no sea estoico sea un impío desalmado, porque se engaña en contar el deleite, que puede no ser infame, entre los bienes verdaderos. Un filósofo que reputa por bien el gusto y por mal el disgusto, no se halla en la necesidad de murmurar ni refunfuñar contra Dios y todos los santos si ve que en e te mundo va mal á los buenos y bien á los malos; antes bien, podrá y deberá pensar, como Platón, que de esto mismo colegía la justicia de Dios en la otra vida: *ubi bonis benè erit, malis verò malè.*

Respecto de aquellas cosas acerca de las cuales se muestra indiferente la Naturaleza común (pues no hubiera producido las unas ni las otras si no se manifestara uniforme acerca de ambas), es necesario que estén con igualdad de ánimo (1) los que quisieren seguir á la Naturaleza, manteniéndose conformes. De donde se ve claramente cómo es reo de impiedad cualquiera que de por sí no se mostrare indiferente cerca de los disgustos y placeres, ó de la muerte y la vida, ó de la gloria é infamia, de las cuales no hace distinción la Naturaleza universal. Y entiendo que la Naturaleza común use indistintamente de éstas, por eso mismo que suceden con proporción y según la serie de lo que se está produciendo y va sucediendo atento aquel primer impulso (2) de la Providencia, con el cual desde el principio se propuso la Naturaleza y emprendió la perfección de este presente sistema, habiendo antes concebido en su mente cierta idea de lo futuro y discernido las virtudes productivas de las existencias, mutaciones y de las sucesiones de esta clase.

---

(1) Para la verdadera virtud es muy necesaria la resignación del ánimo, el cual debe conformarse con la suerte que la divina Providencia le destinare en estas cosas indiferentes. Pero esta igualdad no consiste en que tenga por malo el disgusto, ni por bueno en su género el placer, sino en que quiera carecer de éste y sufrir aquél cuando Dios así lo dispusiere.

(2) Vé aquí cómo el hado estoico lo ata todo con una cadena indisoluble; yo sólo diré de paso, habiendo dejado antes refutados estos errores, que Dios no es igualmente autor de las acciones buenas que de las malas, queriendo é induciendo á las unas, permitiendo y tolerando las otras.

Sin duda sería cosa de un varón (1) muy perfecto el salirse de entre los hombres, sin haber tenido complacencia en la falacia ni en todo género de ficción, en el lujo ni en la soberbia. Sería, pues, el segundo grado de felicidad el que estando harto de estas cosas quisiese antes morir que elegir el vivir de asiento en el seno de la maldad. ¿Y es posible que ni aun la experiencia te persuada el que huyas de la peste? pues la corrupción del espíritu es peste ciertamente más nociva que la destemplanza é infección del aire á nuestro alrededor esparcido; porque ésta es peste de los vivientes, en cuanto son animales, pero aquélla lo es de los hombres, en cuanto son racionales.

No desprecies la muerte; antes bien, recíbela con gusto, como que ésta es una de aquellas cosas que quería la Naturaleza. Porque es tal y tan natural el separarse el alma del cuerpo, cual es el ser uno joven y el envejecerse, el crecer y estar en la flor de la edad, el salir los dientes, la barba, las canas, el engendrar, el estar en cinta, el parir y otros efectos naturales que las varias edades de la vida llevan de suyo. Según esto (2), es propio de un hombre dotado

(1) Ya nuestro Emperador, vuelto de su estro estoico, habla como un Santo Padre. No hay duda que la mayor felicidad de la vida es la perfecta inocencia; pero ésta la concede su divina Majestad á aquellas almas privilegiadas de quienes dice el sabio: *Raptus est, ne malitia mutaret intellectum ejus*. Sap., cap. XIV, v. 2.

(2) Nuestro Emperador aconseja que se eviten estos tres vicios en el morir: la temeridad en darse la muerte, ó exponerse á peligro de ella sin un motivo justo; la violencia impetuosa, ó despecho de la vida; el orgullo jactancioso, ó

de razón no desearse la muerte temerariamente, ni correr con ímpetu hacia ella, ni despreciarla con orgullo, sino esperarla como una de las otras consecuencias naturales; y á la manera que tú ahora aguardas á que el embrión salga del vientre de tu mujer, á ese modo debes esperar aquella hora en la cual tu alma saltará de la cáscara del cuerpo. Pero si quieres un remedio vulgar y corroborativo de tu corazón, te servirá principalmente, para estar de buen ánimo tocante á la muerte, la consideración hecha acerca de los objetos de los cuales te habrás de ausentar, y el que no tendrá ya tu alma que mezclarse más *ni lidiar* con tales costumbres. Porque si bien es verdad que de ningún modo conviene chocar ni ofenderse de los que las tienen, sino mirarlos con amor y llevarlos con paciencia, con todo, conducirá mucho el acordarte que muriéndote te verás libre de unos hombres que no concuerdan contigo en las máximas. Pues sólo esto, si acaso fuese dable, contendría á uno y mantendría en la vida, si se le concediese el vivir en compañía de hombres que siguiesen unos mismos dogmas. Pero tú bien ves ahora cuánta molestia se origina de la discordia de opiniones entre aquellos con quienes se vive; de suerte que se halla uno precisado á decir:—¡Oh muerte, ven cuanto antes, no sea que yo me olvide (1) de mí mismo!

El que peca se engaña á sí mismo; el que obra in-

---

valentía ostentosa de corazón en despreciar la muerte, siendo ésta un tributo que debemos pagar con buena voluntad.

(1) Este es un modo de hablar proverbialmente para significar que una cosa degenera de sí misma.

justamente á sí propio se perjudica haciéndose á sí mismo malo.

Muchas veces no sólo peca contra justicia el que nada hace, sino también el que hace algo.

Bástale á uno el que presentemente tenga un juicio comprensivo de su deber el que haga la acción que tenga entre manos en bien de la sociedad, y el que su presente disposición de ánimo sea tal, que se contente con todo aquello que proviene de la primera causa del universo.

Purifica tu fantasía, reprime tu apetito, apaga ese deseo, conduciendo todo para mantener tu espíritu libre.

Una es el alma sensitiva que está distribuída entre los animales que carecen de razón, una es el alma intelectiva que está repartida entre las sustancias racionales, al modo que también es una la tierra de todas las sustancias terrenas, y vemos con una luz y respiramos un mismo aire todos cuantos tenemos vista y estamos animados.

Cuanto participa de alguna razón (1) común, se apresura á unirse con lo que es de su género: todo lo terreno se inclina hacia la tierra: todo lo húmedo corre hacia lo que fluye: lo aéreo va á unirse igualmente con el aire, tanto que es menester poner algo de por medio que con violencia los separe. Se sube arriba el fuego por estar en lo alto el fuego elemen-

(1) En este lugar se extiende M. Aurelio sobre una observación y doctrina tan antigua como la misma Filosofía, y quizá aún más: *que todo semejante de suyo busca su semejante*. El fin de todo este discurso es sacar por fruto que debe reinar la paz y concordia entre los hombres, siendo todos de una misma naturaleza y linaje.

tal (1), hallándose de tal suerte pronto para pegarse acá con cualquiera otro fuego, que toda materia, por muy poco seca que esté, se encuentra bien dispuesta á concebir la llama, por estar menos mezclada con lo que pueda impedir su incendio. Y así todo lo que participa de una misma Naturaleza intelectual del mismo modo ó con más aceleración se da prisa para llegar á lo que es de su género, porque cuanto es más aventajado (2) que las otras cosas, se halla tanto más dispuesto á incorporarse y adunarse con su igual. Examinándolo, pues, con recto orden, entre los irracionales se encuentran enjambres, rebaños, crías de pollos y unos como amores (3), porque desde luego se ve en éstos una misma alma y en lo más noble existe con más extensión aquella fuerza unitiva, cual no la tienen las plantas, ni las piedras, ni los

---

(1) Contextada de toda la antigüedad la atracción entre las naturalezas semejantes, los filósofos ordinariamente acudían á la virtud *centripeta* como á su verdadera causa. Daban á los elementos sus respectivos centros ó provincias, en donde no sólo tuviesen su propia y natural habitación, sino también todas sus delicias. La Filocentria se miraba como causa y principio de la mutua propensión de las naturalezas semejantes, que todas deseaban vivir de asiento en el centro de su patria.

(2) Quizá es más fácil de hallar en los vivientes sensitivos el principio de la conciliación, que no entre las otras naturalezas privadas de sentido; porque apeteciendo aquéllas y percibiendo su bien, sienten en su semejante un objeto que las excita al goce de él. No me empeño ahora en querer indagar el origen de donde procedan los varios grados de mutua inclinación entre los animales, que vemos más ó menos propensos á la unión. Véase á *Arist.*, *Hist. Anim.*, lib. I, cap. I.

(3) Los estoicos negaban que en los animales se diesen afectos verdaderos, aunque al mismo tiempo les concedían un cierto género de pasiones.

leños. Entre los racionales se hallan poliarquias, amistades, familias y comunidades, y en tiempo de guerra confederaciones y suspensión de armas. Entre aquellas sustancias que son más perfectas, aunque en algún modo disten entre sí, subsiste cierta unión, cual es la de los astros; de suerte que el mayor grado de bondad sobre lo perfecto pudo conciliar entre ellos mismos por separados que se hallen esta gran simpatía. Ve, pues, ahora lo que pasa: que solas las sustancias intelectivas no reconocen al presente esta mutua afición y recíproco asenso; en ellas solas no se ve esta conspiración de voluntades; mas sin embargo de que pretendan huir, se verán coger por todas partes, porque siempre vence la Naturaleza. Y tú comprenderás ser así, observando lo que yo digo. En efecto, más fácilmente uno hallaría algún cuerpo terreno sin tocar en nada de lo que es tierra que un hombre segregado enteramente de todo otro hombre.

Lleva su fruto el hombre, lleva el suyo Dios y el mundo, y cada uno de ellos lo da á su tiempo y sazón. Y aunque el uso común de hablar ha contraído principalmente esta locución á la vid y otras plantas semejantes, esto no hace contra lo que decimos. La razón lleva también su fruto, que, siendo común á todos, al mismo tiempo es peculiar de ella, y de la misma nacen otros frutos tales, cual es la razón que los produce.

Si tú puedes, enseña de nuevo *al que peca;* si no te es posible, acuérdate que á este fin se te dió la clemencia, y que aun los mismos dioses se muestran benignos con tales personas, y en ciertas cosas también les dan la mano ayudándoles en lo que mira á la salud, á la riqueza y á la gloria: tan buenos son

como todo eso: tú puedes hacer otro tanto, y si no, dime: ¿quién te lo impide?

Sufre el trabajo (1), no creyendo que por esto seas un infeliz, ni pretendiendo de esta suerte que te compadezcan (2) ó te admiren; antes bien, apetece una sola cosa, que es tomar la fatiga y desistir de ella como y cuando lo exige la razón de estado y bien público.

Hoy me eximí de toda molestia, ó por mejor decir, sacudí de mí todo enfado, visto que el mal no estaba fuera, sino en mi interior modo de opinar.

Todas las cosas son siempre unas mismas por la experiencia sabidas, de breve duración en el tiempo, y en la materia asquerosas; tales ahora todas, cuales eran en tiempo de aquellos que hemos sepultado.

Las cosas están *para nosotros* como de puertas afuera, metidas dentro de sí mismas, sin que sepan nada de sí ni declaren á nadie *lo que son:* luego ¿quién da noticia de ellas? la mente, ó sea la parte principal.

El bien y el mal de un viviente racional y sociable no consiste en los afectos *que percibe*, sino en las

---

(1) El trabajo, en sentir de los estoicos, era una cosa indiferente, y por lo mismo á nadie podía hacer infeliz, por más que el vulgo mirase como á tal á quien mucho se afanaba.

(2) No sé si hoy día tiene lugar en algunos de los que profesan austeridad cristiana cierto dicho de Platón, *Laërt.*, lib. VI, el cual, viendo un día que Diógenes el Cínico, empapado como una sopa con un jarro de agua fría que le habían arrojado, se estaba muy quieto riéndose y haciendo alarde de su miseria, dijo á los circunstantes: *Si queréis de veras compadecerle, pasad de largo y dejadlo estar; que él se morirá de frío para lograr vuestra admiración compasiva.*

acciones *que ejecuta*, así como su virtud y vicio no está en lo que padece, sino en lo que hace.

A la piedra arrojada (1) á lo alto no la perjudica el caer hacia abajo, ni la embona el subir hacia arriba.

Recorre por adentro las almas de los hombres, y verás qué jueces (2) temes y cuales jueces sean de sí mismos.

Todas las cosas están siempre de muda; tú mismo te hallas también en una continua alteración y corrupción de alguna de tus partes, y todo el mundo pasa por lo mismo.

No conviene propalar el pecado que otro comete.

No es mal alguno la intermisión de una obra, ni la suspensión del deseo ú opinión, aunque sean en cierto modo una muerte. Repasa ahora las edades de tu vida, por ejemplo, la niñez, la puericia, juventud y vejez, porque también la mutación de todas éstas es una especie de muerte. ¿Y en eso qué daño hay? Vuelve al mismo tiempo á dar una vista á la vida que pasaste bajo el poder de tu abuelo, después bajo el de la madre y luego bajo el del padre, y encontrándote con otras muchas diversidades, mutaciones é interrupciones, pregúntate á tí mismo:

---

(1) Con esta misma alusión ya nos habló M. Aurelio en en el lib. VIII, § 20, cuando en vez de tirar la piedra sacaba la pelota. Es decirnos que los sucesos prósperos y adversos á nadie hacen feliz ni desdichado.

(2) La presente reflexión filosófica, que no se debe temer el juicio del vulgo, reñido siempre con lo sólido de la virtud, y deslumbrado con no sé qué esplendor fingido de honestidad, no va lejos del aviso que el Salvador dió á los suyos, que serían el odio del mundo por no ser de su partido.

¿qué mal hubo en todas ellas? Pues de este modo podrás inferir que el fin, el término y la entera mutación de toda tu vida no es mal alguno.

Da una vuelta por tu misma mente, por la del universo y de tu prójimo: por la tuya, para que la puedas hacer justa; por la del universo, para que reflexiones de quién eres parte; por la del prójimo, para que sepas si peca por ignorancia ó por malicia, y al mismo tiempo te hagas cargo que no por eso deja de ser tu pariente.

En la conformidad que tú mismo debes llenar tu lugar en el estado político *del mundo*, así también conviene que todas tus acciones ocupen el suyo en la vida civil y sociable; pues cualquiera de tus hechos que ó de cerca ó de lejos (1) no tenga la relación debida al fin común, de suyo trastorna la vida y no permite que sea uniforme, siendo antes bien causa de alboroto, como lo es en el pueblo el que separa de la común armonía á los que son de su facción.

Contiendas y juegos de niños (2) *son lo que pasa*

(1) Nuestro Emperador habla como buen filósofo moral, cuando quiere que toda acción buena tenga su fin honesto, ahora este fin inmediatamente sea la caridad y bien común, ahora sea el motivo propio de cada una de las virtudes, el cual de suyo se endereza al bien de toda la Naturaleza, por más que el que obra expresa y formalmente no lo refiera á él.

(2) M. Aurelio toca ahora un punto tan de paso, que dejándolo confuso es necesario suplir lo elíptico del discurso para ponerlo inteligible. 'Η Νεκυία, que es el nombre que se da al lib. XI de la *Odisea* de Homero, en donde el poeta, por medio de ciertos sacrificios hechos por Ulises, hace comparecer las almas ó sombras de los héroes y heroínas difuntos, ó bien significa una ceremonia mágica en que los muertos se hagan venir del otro mundo, ó bien cierta solemnidad griega en que probablemente se representaba al vivo lo que Homero había dicho de los muertos. Véase á Suidas.

entre los hombres; *y éstos son* ciertas almas pequeñitas que sobre sus hombros llevan unos muertos; de suerte que así puede representársenos con mayor viveza lo de la Necia *de Homero.*

Acércate á ver la cualidad de la forma, y separándola de la materia, contémplala atentamente; después ponte á determinar el tiempo que á todo más podrá naturalmente subsistir la sustancia así formada y dispuesta.

Has tenido mil cosas que sufrir á causa de no hallarte satisfecho de tu alma, haciendo ella lo que correspondía á su natural estado. Pero baste ya, *no incurras más en esa falta.*

Cuando otros te vituperaren, ó te aborrecieren ó profirieren contra tí cosas de esta clase, éntrate por el alma de esos tales, penetra su interior y mira quiénes son al cabo; verás que no conviene angustiarte por lo que ellos piensen y digan de tí; antes bien, es razón tenerles buena ley, siendo realmente tus amigos por naturaleza. A más de que también los dioses les favorecen de todos modos, ya por medio de sueños (1), ya por medio de oráculos aun en aquellas cosas por las cuales ellos van desatinados.

Las cosas del mundo son siempre las mismas en sus vueltas orbiculares de arriba abajo, de siglo en siglo. Esto supuesto, ó la mente (2) del universo da

---

(1) Al buen Emperador no le podía faltar la cualidad de ser acérrimamente supersticioso en todo género de divinación, el cual vicio notó Cicerón en los estoicos, que aun dormidos presentían cualquiera cosa por la simpatía de sus almas con la de aquel su dios estoico.

(2) La verdadera inteligencia de esta doctrina se reduce al conocimiento de estos puntos. *Primero*: Que Dios crió

su impulso respectivo á cada uno de los efectos, en cuyo caso acepta tú lo promovido por ella, ó de una vez dió el ímpetu general *á la Naturaleza*, al cual por consecuencia natural se sigue todo lo demás, viniendo al cabo á formar un sistema, *ó sea una serie encadenada de sucesos*, ó si no, se habrá de recurrir á los átomos ó cuerpos indivisibles *como á principios del universo*. Por último, si hay algún dios, todo va bien; si sucede todo fortuitamente, no debes tú obrar con temeridad habiendo de cubrirnos dentro de poco la tierra, la cual después se convertirá en otra cosa, y ésta, procediendo al infinito se mudará en otra, y aquella segunda vez en otra, sin acabar jamás. A la verdad el que considerare el flujo y reflujo de estas mudanzas y alteraciones, junto con su rapidez, fácilmente despreciará todo lo perecedero y mortal.

La causa y Naturaleza universal lo arrastra todo á manera de un torrente impetuoso. ¡Pero cuán (1)

---

todas estas naturalezas por una acción, no inmanente en sí misma (porque así sería eterna y el mundo también), sino externa y recibida en la cosa criada. *Segundo*: Que Dios, una vez hechas las naturalezas, las conserva de continuo por una acción exterior, sea ó no sea distinta de aquella con la que las dió el ser. *Tercero*: Que Dios, juntamente con cada una de las causas segundas, obra con una acción externa los efectos peculiares que ellas á su tiempo y lugar producen. *Por último*: Que todo otro impulso, ó es superfluo en la Naturaleza, ó se debe reducir á alguna de las sobredichas acciones; siendo tal la economía del Artifice Supremo en la producción de todas las causas naturales.

(1) Esta es una breve invectiva contra ciertos sofistas, que con unos principios especulativos pretendían conciliar prácticamente la política con la filosofía y enseñar el arte de reinar á los Príncipes. M. Aurelio en cada palabra cifra enfáticamente algún vicio de estos tales: los llama *hombrezuelos, mocosos llenos de jactancia.*

despreciables son estos políticos y hombrecillos, que según su parecer obran filosóficamente, estando llenos de presunción! Haz tú alguna vez, *oh buen hombre*, lo que ahora exige de tí la Naturaleza (1), *y déjalos*. Manos á la obra, mientras hay lugar para ello, y no mires alrededor si habrá quien lo sepa. No esperes ver *establecida* la república (2) de Platón; antes bien, conténtate con tal que se promueva un poquito *la utilidad pública*, ni pienses ser poco fruto de tu trabajo este pequeño progreso. ¿Quién, pues, es capaz de hacer mudar á estos hombres de opinión y modo de pensar? ó sin que ellos muden de máximas, ¿qué otra cosa te puedes prometer que una servidumbre (3) de quien gime y aparenta obe-

---

(1) M. Aurelio recopila en una palabra y se presenta á la vista todo el arte de reinar, que no es otro que ejecutar lo mandado por Dios y dictado por la razón, no á fin de obtener el bien puro, bien moralmente imposible entre los hombres, pretendiendo que en el estado todo vaya bien sin mezcla de mal, como allá en la República Platónica, soñada con los ojos abiertos, sino con la mira de sacar la mayor utilidad que sea dable y de impedir cuanto daño sea posible, no esperando recompensa humana.

(2) En Catón se notó que teniendo llena la cabeza de máximas rígidas de la filosofía, del mismo modo decía su parecer en la hez de Rómulo, que si hablara en la República de Platón, de lo cual se originaba el irritar más la llaga y no corregir el vicio. Cic. *ad Attit.*, lib. II, ep. 1.

(3) Por esta razón á ninguno más que al Príncipe convendría el que sus vasallos tuviesen una manera justa de pensar, haciendo que con la buena educación y moderada disciplina de su estado se preparasen los ánimos y se hallasen prontos á la obediencia de sus respectivos superiores, no enervados con los vicios halagüeños y delicadeza afeminada que es el origen de infinitos males, sino bien dispuestos y propensos á seguir las costumbres civiles nacidas de la práctica y amor á la virtud.

decer? Vé ahora y tráeme por modelo á un Alejandro, á un Filipo y á un Demetrio Falereo; ellos se lo verán si han sabido lo que la común naturaleza quería, y si se gobernaron por su dirección, porque si fueron unos meros representantes ninguno me obliga á imitarles. La profesión de la filosofía es sencilla y digna de veneración, no entienda alguno que yo me pago de la vana soberbia.

Haz por contemplar como desde lo alto la infinidad de rebaños, las innumerables ceremonias en los sacrificios, todo género de navegaciones, ya en tiempo de borrasca, ya en tranquilidad, y la diversidad de cosas pasadas, presentes y que acaban de suceder. Considera también la vida que antiguamente se pasó bajo el imperio de otros, la que se observará después del tuyo y la que al presente se hace entre las naciones bárbaras. *Reflexiona* igualmente cuántos hay que ni menos tienen noticia de tu nombre, cuántos te olvidarán muy presto, cuántos quizá de los que presentemente te alaban muy en breve te vituperarán, y *verás* cómo ni la memoria, ni la fama, ni generalmente otra cosa alguna es digna de alabanza ni estimación.

En lo que proviene de causa exterior, es necesaria la serenidad de ánimo; y en lo que nace de un principio interior, es muy del caso la justicia: es decir, que la intención y la acción tengan sólo por único objeto hacer bien á la sociedad humana; como que esto es conforme á tu deber natural.

Muchas cosas superfluas que turban tu paz interior podrás cercenarlas, consistiendo todas en tu modo de opinar; y desde luego conseguirás un campo más ancho al desahogo de tu espíritu con abar-

car en tu mente todo este mundo (1), con traer á la memoria el siglo en que vives, con meditar la pronta mutación de cada cosa en particular, reflexionando cuán breve espacio media desde su principio hasta su ruina, cuan inmenso fué el tiempo que pasó antes de su generación, y cuán infinita igualmente será la eternidad que sucederá después de su disolución.

Todo cuanto ves perecerá brevemente (2), y los que lo ven fenecer, también perecerán muy presto: entonces quedará igual el que fallece al último de su vejez, con quien muere en agraz.

Considera las pequeñas almas de los hombres desnudamente; cuál es su espíritu; en qué cosas han puesto su afición, y por qué motivos se irritan contra otros (3), ó los honran; cuánta es la vana estimación de sí mismos cuando determinan perjudicar á alguno vituperándole, ó favorecerle haciéndose lenguas de él.

Cualquiera pérdida no es otra cosa que una mutación: en esto tiene sus delicias la Naturaleza uni-

(1) Los estoicos, aunque dividían el tiempo en varios períodos, cada uno de los cuales llevase su ruina fatal y perentoria á su respectivo mundo; con todo, lo hacían eterno, tanto por lo que mira al principio como al fin; y esto hablando no de una duración imaginaria, sino de una física sucesión de movimiento.

(2) La presente consideración, según nos la inculca nuestro Emperador, debía de ser algún punto de su meditación diaria.

(3) Si esta reflexión de M. Aurelio se hiciese seriamente, nos haría ver á cada paso que no siempre es oro lo que en el mundo reluce, pues como dijo Séneca: *Omnium istorum personata felicitas est: contemnes illos, si despoliaveris, etc.* Epist. 80.

versal, que todo lo hace perfectamente. Del mismo modo ha sido siempre, y eternamente sucederá otro tanto. ¿Pues por qué dices que desde el principio se hizo todo malamente, y que también irá mal todo en lo sucesivo? (1) ¿Acaso entre tantos dioses no se halló jamás fuerza alguna que corrigiese este desorden sino que el mundo se ha visto condenado á estar en vuelto en males interminables?

Observa que la pútrida materia que en cada cosa sirve de basa, viene á ser agua, polvo, huesecillos y sordidez; si no repara de nuevo que los mármoles son unos callos de la tierra; el oro y la plata, heces de la misma; el vestido no es más que un tejidillo de pelos; la púrpura no es otro que un poco de sangre de cierta especie de concha, y en esta forma todo lo demás: también el alma del universo es otra tal, que gusta de andar mudándose de unos cuerpos en otros.

Basta ya de vida llena de calamidades, lamentos y fingidas adulaciones. ¿Por qué te turbas? ¿qué cosa de éstas te llega de nuevo? ¿qué te saca de juicio? ¿Acaso la forma? vela ahí; mírala bien. ¿Por ventura la materia? aquí está, examínala á fondo: fuera de esto nada más hay. Pero ya es tiempo que alguna vez seas más sincero y de mejor correspondencia con los dioses; siendo lo mismo el haber inquirido semejantes cosas por cien años ó por tres.

Si es que alguno ha delinquido (2), en eso está su mal; pero quizá no pecó: *y así suspende el juicio.*

---

(1) Los estoicos admitían una divinidad de primer orden, *una anima universalis intellectu prædita*; con todo, llenaban el universo de otras divinidades de segunda clase.

(2) La doctrina más bien parece evangelica que estoica,

O todo cuanto dimana de un principio intelectivo se comunica después al mundo como á un cuerpo, y en esta suposición no debe parte alguna quejarse de lo hecho en utilidad del universo; ó bien los átomos son la causa principal, y entonces no será el mundo otro que una conmixtión y mera dispersión. ¿Pues por qué te aturdes? ¿Acaso dices á tu alma que está muerta y corrompida, que dice uno y hace otro, que vive y se alimenta brutalmente, y convierte en fiera?

Ó los dioses no pueden nada, ó pueden algo: pues si no pueden, ¿á qué fin les ruegas? y si pueden, ¿por qué no les suplicas más bien que te concedan el no tener algunos de éstos *que se llaman males*, el no desear alguno de éstos, *que se reputan por bienes*, el no sentir pena en alguna de esas *que se tienen por adversidades*, antes que pedirles que no suceda ó suceda alguna de estas cosas? porque si tienen poder absoluto para favorecer á los hombres, también en esto pueden ayudarles (1). Pero acaso dirás, que los

---

por lo que mira á no juzgar mal de nadie, excusando la intención cuando no se pudiere defender el hecho del prójimo.

(1) La misma razón enseñó á Marco Aurelio que el socorro del cielo se extendía hasta los senos más ocultos del ánimo, pudiendo Dios obrar en él con impedir, con moderar, con repeler los movimientos y pasiones del apetito, y dirigir ó con suavidad ó con aspereza los afectos de la voluntad, según dicta la razón. Plutarco, viendo que los estoicos enseñaban por una parte que Dios podía ayudar en esto á la voluntad, y que por otra decían que Dios no daba la virtud á los hombres, pensó haberlos cogido oon la contradicción en la boca (*De Stoic. Contrad.* cap. XXVII); pero quizá ésta consiste en las voces y no en las sentencias. Sigue despues M. Aurelio arguyendo, no porque repruebe el que se

dioses pusieron esto en tu mano. Pues qué, ¿no será mejor que te aproveches con entera libertad de lo que tienes á tu mando, antes que con servidumbre y vileza de ánimo irte tras lo que no está á tu disposición? ¿Y quién te dijo que los dioses no nos dan ayuda (1) en lo que depende de nuestra libertad?

---

pida á Dios la virtud interior de la voluntad, sino para animar á la industria, al que no la reconozca como don de Dios y la tenga sólo por fruto propio de su diligencia; suponiendo que, si absolutamente no tuviese Dios parte en el ejercicio de la virtud, sino que solamente pendiese del conato y esmero de la criatura, sería una ridiculez el pedirla antes á Dios que el adquirirla con su trabajo y desvelo. La doctrina de nuestro Emperador se apoya en lo que escribió Epicteto, lib. II, cap. XVI. Tertuliano también reprende á estos tales, diciendo: *Tanta solicitudine petere audebis quod inte positum recusabis? Exhort. cast.* cap. XII.

(1) Ve aquí cómo M. Aurelio confiesa y asegura por razón natural lo que la religión demuestra y enseña á todos. Cabe muy bien el que Dios ayude á la voluntad, y que ésta quede libre para las acciones de la virtud. Lo más es, que usa de la misma fórmula de que se sirve el apóstol, *ad Rom.* cap, VIII, v. 16. A este propósito viene también lo que escribió S. August, *de Grat.*, lib. I, cap. XV: *Cur petitur, quod ad nostram pertinet potestatem, si Deus non adjuvat voluntatem?* De donde se colige que la cooperación de Dios y de la criatura fué bastantemente conocida de los antiguos, afirmando éstos que con el socorro divino debía juntarse la industria, el conato, la fuerza humana, sin pretender que sola la mano de Dios lo hiciese en ellos todo, como lo confirma S. Bernardo, *de Grat. et lib. arb.* Omitiendo por ahora lo mucho que disputan los escolásticos, sobre el modo de conciliar el socorro divino con la elección humana, nos contentaremos con saber lo que es innegable en las escuelas: *Primero*, que no es sólo Dios el que con su socorro obra la acción humana de la criatura. *Segundo*, porque el hombre no recibe de Dios la acción buena por una pura pasión, al modo que recibe los movimientos indeliberados. *Tercero*, que no es sola la criatura la que ejecuta la dicha acción. *Cuarto*, porque la fuerza divina y humana son causa total de la misma acción. *Quinto*,

Comienza, pues, á suplicarles acerca de estas cosas, y lo verás. Este les pide: ¿cómo conoceré la tal persona? Suplícales tú: ¿cómo haré para no desear el trato con ella? El otro encamina sus ruegos para que le den manera como verse libre de la tal cosa; pídeles tú, ¿de qué medio me valdré para que no sea necesario el libertarme de ella? El de más allá hace sus súplicas para que no se le muera su hijito; pídeles tú: ¿cómo haré para no temer el perderlo? En suma (1), haz en esta forma tus oraciones y dirígelas á ese fin, y observarás cuánta utilidad te redunda.

Dice Epicuro: «Yo, en mis enfermedades, no empleaba mis discursos sobre aquellos males que padecía en mi cuerpo; ni introducía tales pláticas, afirma él mismo, con los que me visitaban, sino que lo pasaba examinando físicamente las causas que habían antecedido á mis indisposiciones, dedicándome también más particularmente á ver cómo mi alma, participando de los movimientos y dolores del cuerpo permaneciese imperturbable, conservando su propio bien. Ni tampoco me sujetaba, dice, á prevénirme de médicos, como quienes pueden algo; antes bien

---

que Dios atempera de tal manera su energía, que no impida en la criatura la facultad de resistir, ni haga que la elección no sea propia de la voluntad socorrida *Sexto*, porque cualquiera especie de energía que antes de la elección quite la indiferencia activa, ó facultad expedita de la voluntad, ahora sea por vía de delectación, ahora por vía de impulso, ahora por sustracción de fuerza, no sufrirá consigo la *sin ergía*, ó cooperación libre de la voluntad criada.

(1) M. Aurelio exhorta por conclusión del artículo, á que se pida á Dios su auxilio para obrar con rectitud y provecho.

sin este recurso la vida se alargaba fácil y felizmente.» Haz, pues, lo mismo que aquél en su enfermedad, caso que enfermares y te vieres en cualquier otro estado de aflicción. Porque el no abandonar las máximas filosóficas en cualquiera suceso posible, ni el hacer argumentos fútiles á un idiota é ignorante de la naturaleza, es dogma común á toda secta, para estar sólo atento á lo que presentemente se hiciere, y valerse del instrumento con que lo ejecutare.

Cuando te vieres ofendido con la insolencia de alguno, pregúntate al instante:—Pues qué, ¿es posible que en el mundo deje de haber desvergonzados? No pueden faltar; según eso, no pretendas imposibles, porque ese tal es uno de aquellos insolentes que forzosamente se encuentran en el mundo; y esta reflexión tenla á la mano, por lo que mira á un tramposo, á un fementido, y á cualquiera hombre perverso y malo. Porque lo mismo será acordarte que no puede faltar en el mundo esta maligna raza de hombres, que empezar á estar de mejor ánimo para con cada uno en particular. También conduce mucho el que al punto pienses con qué género de virtud dotó la Naturaleza al hombre, para evitar el tal desorden, porque dió la mansedumbre como antídoto contra el hombre tonto, y contra otro defecto otra cierta virtud. En suma, tienes en tu mano (1)

(1) No sólo está en nuestra mano el hacer una obra tan heroica, sino que también la ley natural exige de nosotros semejante oficio con el que va errado, haciéndole ver su precipicio y pidiendo á Dios que le dé luz para seguir el camino verdadero. Y sobre todo debemos hacernos cargo que la voluntad humana, estando físicamente necesitada á amar y buscar su felicidad y sumo bien, si no lo posee, con todo

el dirigir al prójimo que vivió extraviado; en el supuesto de que todo el que peca, yerra el blanco propuesto y anda perdido. Y qué, ¿por eso te hizo daño? Pues no hallarás que alguno de estos contra quienes te irritas haya hecho cosa tal con que tu espíritu se pudiese empeorar; luego sólo consiste tu mal y agravio en ese *juicio errado.* ¿Mas qué mal ó qué cosa extraña es si un ignorante hace lo que es propio de un necio? Mira tú no sea que con mucha más razón merezcas ser reprehendido, por no haberte hecho la cuenta que un hombre tal podía haber faltado en la tal cosa, y más que tenías motivos bien fundados, para sospechar que era probable el que ese mismo hubiese cometido un delito semejante, y sin embargo de que te has olvidado de eso, te maravillas si el otro delinquió. Lo más principal consiste en que cuando acuses á uno de infiel é ingrato, te reconvengas á tí mismo, puesto que evidentemente es tuya la culpa, ó bien porque creiste de quien tenía tal disposición que te guardaría fidelidad, ó bien porque haciéndole tú una gracia, no se la hiciste puramente con el fin de hacerle bien, ni de manera que en sola la acción de favorecerle ya dieses por percibido todo el fruto y logrado todo tu interés. ¿Y qué más quieres beneficiando al hombre? ¿No te basta esto sólo? ¿No has obrado conforme á tu naturaleza? ¿Y aun de esto mismo pretendes la paga? Esto viene á ser lo propio que si los ojos pi-

---

se deja llevar del bien deleitable en comparación del honesto, creyendo hallar en aquél su bienaventuranza; por lo que se encuentra burlada, y por ir hacia Levante, se ve al cabo de su jornada en Occidente. San Agustín trata esto mismo en varios lugares.

diesen recompensa porque ven, ó los pies porque caminan; pues así como estos miembros fueron hechos con el fin único de que ejerciendo sus funciones respectivas tuviesen en eso solo su premio, del mismo modo el hombre, habiendo nacido para hacer bien, cuando lo hubiere practicado ó de otra suerte hubiere cooperado á la utilidad pública, en esto cumplió con aquello para que fué naturalmente criado y en ello mismo ya recibió su galardón.

LIBRO DÉCIMO.

¿Si llegaras alguna vez, oh alma mía (1), á ser buena, sencilla, uniforme, sin rebozo y más patente á los ojos de todos que ese cuerpo de que estás vestida? (2) ¿Si al cabo empezarás á tener gusto en la benevolencia y sincero amor para con todos? ¿Si algún día te hallarás satisfecha y sin necesidad de

(1) Sería indicio de mucho fervor en la oración si al fin de la meditación se hiciese un coloquio de esta clase omitiendo las expresiones estoicas. Bien pudo ser que nuestro Emperador empezase á escribir este libro después de una profunda contemplación, inflamado del deseo de todas las virtudes, bondad, pureza de intención, uniformidad, simplicidad, benevolencia, serenidad de ánimo, aversión á los deleites, conformidad con la Providencia, piedad para con Dios y justicia para con todos. Pero lo malo está en que no creía lo que nos enseña el Salvador: **Χωρὶς ἐμοῦ οὐ δύνασθε ποιεῖν οὐδέν.** *Joan.*, cap. xv, v. 5. ¡Para que se vea cuán inútil es por sí sola la filosofía!

(2) De una frase semejante se valió San Juan Crisóst.

nada, no deseando ni codiciando cosa alguna, ni animada, ni menos inanimada, para el goce de tus delicias, no apeteciendo tiempo en que pudieses disfrutarlas más á la larga, no suspirando por país, región, cielo benigno, ni compañía de hombres más adaptada á tu genio? ¿Si vivieras contenta con tu presente situación, tendrás placer en el estado actual de las cosas y te persuadirás á tí misma que nada te falta, todo te va bien y que viene de la mano de los dioses: que cuanto á éstos pluguiere será bueno, que cuanto dispensaren conducirá á la salud y prosperidad de este mundo animado (1), de este viviente *intelectivo*, perfecto, bueno, justo, hermoso; *principio* que produce todas las cosas, las contiene, abraza y recoge para hacer de las mismas, después que se disuelvan, otras semejantes? ¿Si, por último, vendrás á ser tal, que hagas una vida tan conforme con los dioses y los hombres que no tengas motivo alguno para quejarte de ellos, ni des causa para que ellos te condenen?

Observa lo que tu naturaleza (2) exige de tí, en

---

(1) Que τὸ ζῷον sea el mundo, puede verse en el libro IV, párrafo 40, y que se interprete también y aplique á Dios, según escribe Laërcio, no hay dificultad.

(2) M. Aurelio distingue ó tres naturalezas particulares que equivalgan á las tres ánimas de Platón, ó tres facultades de una naturaleza en cada uno de los hombres, vegetativa, sensitiva y racional; para cada una de las cuales supone darse su bien respectivo. Da después esta ley general para discernir lo lícito de lo ilícito, lo permitido de lo prohibido, según la luz de la razón; á saber, que todo bien de la naturaleza ó facultad inferior que no sea mal de la superior, es lícito y permitido según la razón. La ley está fundada, parte en la obligación natural de la propia conservación, y parte en la de mantener el buen orden de la Naturaleza, que quiere

cuanto es dirigida por sólo la naturaleza *vegetativa*, y después hazlo y no lo rechaces, á no ser que se haya de empeorar tu misma naturaleza en cuanto ella es sensitiva. Con igual orden debes observar lo que pretende de tí la Naturaleza considerada como sensitiva, no rehusando nada de esto, si es que no se ha de seguir menoscabo á tu naturaleza en cuanto es racional; y claro está que lo racional también es sociable. Valiéndote, pues, de estas reglas, no te dé cuidado lo demás.

Todo lo que acontece, ó sucede en tal conformidad que hayas nacido para llevarlo, ó de tal suerte que no seas hombre para tolerarlo. Ahora bien; si acaece de tal modo que puedas sufrirlo naturalmente (1), no te enfades, antes bien, sopórtalo según alcancen tus fuerzas naturales; pero si sucede de tal manera que no seas capaz de aguantarlo naturalmente, no te molestes por eso, porque después que te haya consumido, también acabará consigo. Con todo, ten bien presente que estás dotado de una virtud natural para llevar todo aquello que en tu modo de opinar

---

que lo inferior ceda á lo superior, y así es lícito y alguna vez obligatorio el privarse del bien ó incurrir en el mal de la naturaleza ó facultad inferior para conservar ó mejorar el bien de la superior, mientras que no se pretenda directamente aquel daño menor, sino sólo estotro bien mayor. ¡Lástima que los estoicos tirasen de la cuerda hasta romperla y hacer de ella el dogal para el suicidio!

(1) Es necesario no creer tanta fuerza en la naturaleza destituída de la gracia, cuanta se arroga un estoico, que en la doctrina es un ascendiente pelagiano; y buscar otra consolación más sólida que la del dilema: *Dolor, si gravis, brevis; si longus, levis;* poniendo la esperanza en Dios, que dará fuerza para sufrirlo, y premio por haberlo tolerado.

consiste (1) el hacerlo soportable, aunque sea insufrible, juzgando, ó que te conduce ó que es de tu obligación el que así lo hagas.

Si tu prójimo deslizase, procura amonestarlo amigablemente y hacerle ver la fragilidad en que ha incurrido. Pero si no te es posible el reducirlo, échate á tí mismo la culpa *de tu poca habilidad*, ó quizá ni aun á tí mismo tendrás por qué echarte culpa alguna.

Todo lo que te va aconteciendo, eso mismo (2) se te había dispuesto desde la eternidad; y es, que la encadenada serie de causas *fatales* desde el principio entretejió con tu existencia aquellos acontecimientos.

Ó bien dominen los átomos, ó la Naturaleza gobierne todas las cosas, dése por asentado: primeramente, que yo soy una parte del universo dirigido por la Naturaleza; en segundo lugar, que yo tengo un cierto vínculo y parentesco con las otras partes que son de mi mismo género. Porque yo, acordándome de esto, en cuanto me considerare como una parte, no me avendré mal con cosa alguna de las dispensadas por el universo; puesto que no es nocivo á la parte aquello que conduce al todo, ni tam-

(1) Lo mismo dijo Séneca, *ep.* 78: *Levem illum dum putas facies.*

(2) Mejor se explicó S. Greg., *In Job*, lib. 12, cap. I. «Nulla, quæ in hoc mundo hominibus fiunt, absque omnipotentis Dei consilio occulto veniunt; nam cuncta Deus secutura præsciens, ante secula decrevit, qualiter per secula disponantur.» Sobre lo que llevamos notado antes de ahora acerca del hado estoico, añadiremos lo que dice Cicerón, *De Nat. Deor.*, lib. I: «Fatalem quandam necessitatem, qua quicquid accidit, id ex æterna veritate, causarumque continuatione fluxisse dicatur.»

poco el todo tiene cosa que á él mismo no le sea útil. Siendo esto común á todas las naturalezas particulares, las excede la del universo en no verse precisada por causa alguna exterior á producir cosa que sea perjudicial á sí misma. Según eso, con traer á la memoria que soy una parte de un tal universo, abrazaré gustosamente todo lo que suceda, y en cuanto me reputo con cierta estrecha correlación con las otras partes, que son de mi mismo linaje, no ejecutaré nada contra el derecho público; antes bien, miraré por los de mi especie, y dirigiré todos mis intentos hacia lo conduncente á la utilidad común, y me retraeré de todo lo que sea contrario á este fin. Ejecutando esto así, es necesario que la vida sea feliz y del modo mismo que si te imaginases la próspera vida de un ciudadano el cual llevase por delante el poner por obra las acciones convenientes á sus conciudadanos y aceptase con placer el encargo á que le destinare la ciudad.

Es necesario que se corrompan y perezcan las partes del universo, aquellas digo que se contienen en el ámbito del mundo; pero esto podrá decirse con más (1) propiedad de su alteración y mutación. Digo

---

(1) Para inteligencia de esta doctrina, será bueno añadir á lo que tiene dicho M. Aurelio en otras partes, lo que escribe Casaubono, *ad Bar. Ann. app. exerc.*, I, § 10: «*Fuit opinio vetustissimorum Græcorum, nihil é rebus creatis perire, sed mutari dumtaxat. Mortem inane esse nomen sine re: nam revera mutationem esse, quam vulgus dicit mortem: quippe nihil creatum interire, sed formam aliam assumere. Hoc est, uti illi dicere solebant,* ἀλλοιῶσθαι.» El intento de M. Aurelio en persuadirnos que ningún mal hay en la mutación de la Naturaleza, viene á reducirse á este argumento. Toda naturaleza de suyo es mudable; luego tiene esta mutalidad, ó

yo ahora: si esto siendo también necesario, fuese al mismo tiempo un mal para aquellas partes, no le iría muy bien al universo, cuyas partes estuviesen siempre de muda y de mil modos dispuestas á su ruina y perdición. ¿Acaso la Naturaleza intentó tratar tan malamente á sus mismas partes, haciéndolas tales, que no sólo estuviesen expuestas á incurrir en el mal, sino que por necesidad hubiesen de caer en él ó le salieren hechas así, sin que lo echase de ver? Uno y otro es inverosímil Pero si alguno, no tomando en boca el nombre de naturaleza, nos quisiese explicar el enigma con decir que esa es la esencia y condición de las partes, ¿no sería una cosa verdaderamente ridícula que al mismo tiempo que nos dijese ser de esencia de las partes el mudarse, juntamente se maravillase y llevase á mal la mutación, como cosa acaecida contra el orden de la Naturaleza? Especialmente siendo también el fin de la disolución que se vuelvan á los mismos principios de que cada uno constaba. Porque en esto *de perecer las cosas*, ó sólo interviene una dispersión de aquellos elementos de los cuales se habían compuesto, ó una conversión de la parte sólida en tierra y de la espiritosa en aire de manera que las cosas sean otra vez restituídas á las razones seminales y principios del universo; ahora sea verdad que éste, después de un cierto pe-

---

dada por su autor, ó de su propia cosecha: si lo primero, no será mal, visto que ni de propósito ni por descuido quiso su autor hacerla mal alguno; si lo segundo, tampoco será mal, antes sino pequeño bien, el que por beneficio de la disolución vuelva cada cosa á su principio, de donde como de su patria se había partido. Todo lo cual viene á ser un juego de palabras y no más.

ríodo y revolución de años, haya de perecer por un incendio, ahora que deba ser renovado con una perpetua serie de sucesiones. Mas no te imagines que lo sólido y espiritoso *de que hablamos* haya durado en cada cosa desde su generación, porque todo esto es cosa de ayer ó antes de ayer; cosa, que por medio del alimento y respiración del aire ha conseguido incorporarse con los vivientes: así que sólo se muda aquello que se advirtió después, no lo que la madre dió á luz. Y aun dado por supuesto que aquello te una en sumo grado á su peculiar cualidad, sin embargo juzgo que no obstará á lo que acabo de decir.

Después que tú mismo hubieres adquirido los nombres de bueno, modesto y verídico, de prudente, condescendiente y magnánimo, mira bien no mudes jamás de nombre; y si por tu culpa perdieres los dichos dictados, vuelve á recobrarlos con prontitud. Pero debes tener presente que el nombre de *prudente* quería significarte que procurases una exacta inteligencia y continua atención en cada cosa; el de *condescendiente* te exhortaba á una voluntaria admisión de todos los sucesos que fueren dispensados por la Naturaleza universal; el de *magnánimo* (1) te movía á una elevación de ánimo sobre los movimientos suaves ó ásperos del apetito sensitivo, sobre la vana gloria, la muerte y cuanto fuere de este jaez. Pues si te conservares en la justa posesión de estos títulos, no anhelando que otros te llamen con ellos, se-

---

(1) La voz ὑπέρφρον, casi siempre aplicada al vicio de la soberbia, ahora se toma á la buena parte por la superioridad de espíritu en todos los movimientos sensuales y desprecio de lo perecedero.

rás otro hombre y pasarás á otro género de vida. Porque en realidad el querer aún ser tal cual has sido hasta aquí, y permanecer lacerado y contaminado en una vida de esta clase, es propio de un hombre demasiadamente insensato y con exceso amante (1) de su vida, y muy parecido á los *toreros* ó *bestiarios* medio comidos de las fieras; los cuales estando llenos de heridas y de sangre, con todo piden con mucha instancia que los reserven vivos hasta el día siguiente, para ser otra vez echados á las mismas garras y presas. Procura, pues, poner todo tu gusto en la adquisición de estos pocos nombres; y caso que puedas mantenerte en la posesión

---

(1) Con dificultad podría la filosofía arrancar del interior del corazón humano el apego de la vida mortal, cuando cada día vemos que nuestra sagrada religión, con la magnificencia de unas promesas superiores á toda imaginación, no logra de muchos el que dejen de apetecer con más eficacia el vivir eternamente en este valle de lágrimas que el irse á reinar en un paraíso eterno de delicias; estando muy lejos de decir con San Pablo: *Cupio disolvi*, *et esse cum Christo*, y bien propensos á manifestar su deseo con aquellas expresiones de que se valió Mecenas (Séneca, ep. 101): *Vita dum superest, bene est:—Hanc mihi; vel acutam—Subde, sustineo*, *crucem.* Por lo mismo no puede reconvenírseles mejor que con aquel verso (*Per.*, *sat.* 11):

¡O curvæ in terras animæ, et cœlestium inanes!

Si no basta esto, valga la autoridad de San Agustín, que habla contra estos tales en la ep. 45: *Quantis laboribus agitur, ut longiore tempore laboretur; et mors cum impendere ceperit, ideo cavetur, ut diutius timeatur? quibus excruciantur doloribus, qui curantur á medicis, et secantur? numquid ut non moriantur? non, scd ut alicuanto serius moriantur: et multi cruciatus suscipiuntur certi, ut pauci dies adjiciantur incerti. Et monnunquam ipsis doloribus victi continuo moruntur, quos mortis timore suscipiunt.*

de ellos mismos, permanece constante, como quien ha sido llevado y colocado en las *Islas Fortunadas* (1). Mas si conocieres que te va faltando el ánimo y que no te es posible salir con la empresa, vete con valor y retírate con denuedo á algún rincón, en donde podrás hacer algo; ó lo mejor será que te salgas de una vez de la vida (2), no con cólera ó despecho, sino como quien tal no hace: con desembarazo y buen modo, ejecutando siquiera esta sola proeza en tu vida, con salir en tal conformidad *del mundo*. No obstante, para recuerdo de los nombres mencionados te servirá mucho la frecuente memoria de los dioses, y que éstos no quieren ser adulados, sino que (3) todos los racionales se les hagan semejantes en el proceder; no olvidándote que haciendo la higuera lo que es propio de la higuera, el perro lo lo que es peculiar al perro, la abeja lo que es privativo de la abeja, estará el hombre igualmente obligado á cumplir con el deber de hombre.

---

(1) Arístides, *Orat.*, *sacr.*, hace mención de estas islas, llamadas entre los griegos μακάρων, y entre los latinos *fortunatas*, *fortunatorum*, á donde se presumían iban á parar las almas de los que habían vivido conforme á razón.

(2) Para inteligencia de este punto, viene muy al caso la respuesta dada por Diógenes Cínico á quien le preguntaba por qué no acababa de salirse de este mundo: que sería muy útil el que viviesen siempre los que saben lo que conviene decirse y hacerse en la vida, pero los que ignoran lo que deben decir y hacer es mejor que se mueran.

(3) Esta es una verdad innegable, con que puede reconvenirse á todo aquel que con capa de santidad intenta adular, y no adorar á Dios, dándose al ejercicio de ciertas devociones exteriores, de suyo buenas y santas, y quedándose al misme tiempo atollado en el cieno de los vicios más detestables.

La comedia, la guerra, la consternación, el estupor, la servidumbre, de día en día irán borrando en tí aquellos dogmas sagrados que tú, siendo dado al estudio de la Naturaleza, ibas concibiendo y depositando en tu mente; por cuya razón conviene que en todo premedites y obres de manera que al mismo tiempo que se perfeccione la vida activa, juntamente se ejercite la contemplativa; y la propia satisfacción, nacida de ver que todo lo entiendes, se conserve, disfrazándola con modestia, no ocultándola con misterio; pues entonces hallarás gusto en la simplicidad, entonces tendrás fruición en la gravedad, entonces te complacerás en el conocimiento de cada cosa particular; entendiendo cuál es según su esencia, qué región habita en el mundo, cuánto tiempo podrá naturalmente subsistir; de qué partes está compuesta, á quién puede caber en suerte, quiénes por fin son dueños de darla y quitarla.

La araña queda muy ufana, habiendo cazado una mosca; también el otro está muy hueco, habiendo seguido una liebre; el otro, que pescó en la red un arenque; el otro, que cogió unos jabalíes; el otro, unos osos; el otro, por fin, que cautivó algunos Sármatas (1). ¿Acaso no reputarás á éstos por unos

(1) Gatakero sospecha que M. Aurelio alude á lo que Vulcacio refiere de Avidio Cassio, el cual castigó á ciertos capitanes de su ejército por haber peleado sin orden suya y vencido 3.000 Sármatas que se hallaban descuidados á las orillas del Danubio. El mismo Gatakero también se aparta del dictamen de Xilandro, que reputa el nombre de *Sármata* por *ladrón ó pirata*, pretendiendo que la siguiente conclusión del artículo se tome generalmente, y apoyando su parecer en lo que escribe Cicerón, *de Rep.* lib. III: *¿Sanè remota justitia, quid sunt regna, nisi magna latrocinia?*

ladrones, si examinares atentamente sus máximas?

Procura adquirir el método de contemplar cómo todas las cosas se van mudando las unas en las otras: dedícate siempre á esto, y ejercítate con frecuencia en semejante punto de meditación, puesto que nada conduce tanto al logro de la magnanimidad (1). Y, en efecto, el que hiciere la reflexión de que cuanto antes será forzoso desamparar todas las cosas, dejando la compañía de los hombres, abandonará su cuerpo, entregándose todo á la justicia en cuanto debe ejecutar por sí, y dejándose gobernar por la Naturaleza universal en los demás acontecimientos, ni menos le vendrá al pensamiento qué dirá el otro, qué sospechará, ó qué hará contra él, viviendo satisfecho con estas dos cosas: con obrar con rectitud lo que hubiere de hacer por entonces, y abrazar con resignación lo que al presente le tocare en suerte. Finalmente, separándose de todas las otras ocupaciones y cuidados, no apetecerá otra cosa más que ir derechamente en pos de la ley y seguir á Dios; que siempre guía por un camino recto.

¿Á qué viene la desconfianza (2) y sospecha, te-

---

(1) No hay duda que si la mente no se ocupase en los objetos viles de la tierra, sino que de un vuelo se remontase sobre los cielos hasta dar con el Autor de la Naturaleza, la voluntad no pondría su afición en los bienas caducos, sino que se enamoraría de los celestes y divinos: y así, cuanto más común fuere el ejercicio de la sabiduría, tanto más libre de vicios y rica de virtudes se verá la República en donde tuviere buena acogida.

(2) No hay veneno más contrario á la vida que es la desconfianza de la felicidad, por lo cual dijo Séneca, ep. 74: *Non enim beatum est, nisi quod intrepidum: inter suspecta malè vivitur.*

niendo á mano el averiguar bien lo que debes hacer? Pues caso que lo descubrieres claramente sigue por ese camino de buen ánimo y con constancia; mas si no llegares á conocerlo, haz alto allí, y válete de los más hábiles consejeros; y si aun te ocurrieren otras dudas, procura, según las circunstancias presentes, llevar adelante con prudencia tus determinaciones, sin desviarte jamás de lo que te pareciere justo; porque no hay cosa mejor que conseguir lo que es conforme á justicia. Además de que al hombre á quien no le saliesen bien sus intentos (1) siguiendo en todo la razón, le sería fácil juntar con la quietud la pronta expedición en el obrar, y con la vida alegre la moderación en sus costumbres.

Al punto que te despertares pregúntate (2) á tí mismo: ¿por ventura te interesará si otro ejecuta acciones justas y buenas? no me resultará utilidad. ¿Acaso te has olvidado de que esos mismos se ensoberbecen

---

(1) Los intérpretes de M. Aurelio suponen muy adulterado el texto en esta parte, omitiendo unos y añadiendo otros lo que les parece: yo, viendo la discordia de opiniones, procuré dar el sentido que me pareció más adaptado al original, con sólo mudar el ἀποπτώσεις en ἀπότευξις, como leyó Gatakero. D'Acier no se contentó con esto, queriendo que se haga la adición de las palabras ϐλαβερά ἐστι, que yo reputé por superfluas. Por lo que mira á la sentencia de seguir el dictamen de la razón, puede apoyarse en la autoridad de Platón, ep. 2.

(2) No es ociosa, no, la reflexión en gente envidiosa, que suele sentir la gloria y buen proceder de otro competidor en el mérito, como dijo Horacio, *Ep.*, lib II, ep. 1.

Urit enim fulgore suo, qui prægravat artes
Infra se positas.

M. Aurelio viene á decir lo que escribió Epict., *Diss.*, lib. I, cap. XXVII.

con las alabanzas de otros y se aterran con los vituperios? ¿Qué tales son en sus lechos, qué tales á sus mesas? ¿Qué cosas hacen, de cuáles huyen, cuáles pretenden? ¿De qué manera roban, de qué modo arrebatan, no sólo con las manos y los pies, sino con lo que es más respetable en ellos mismos, á cuyo cargo está siempre que quisiere el guardar la fe, la modestia, la verdad, la ley y la bondad de su conciencia?

El hombre bien educado y de moderación (1) dice á la Naturaleza, que todo lo dispensa y todo lo recupera: Dame lo que gustares y vuelve á tomarte lo que quisieres. Ni esto lo diría con altanería, antes bien con ánimo rendido y benévolo hacia la misma.

El tiempo que te resta de vida es poco; vívelo como si te hallares en una montaña; porque lo mismo es vivir allí que vivir aquí, con tal que en cualquier lugar viva uno en el mundo como en su ciudad. Vean los hombres y reconozcan en mí un hombre que lo es de veras, viviendo según la Naturaleza: si no me pueden sufrir, que me maten, puesto que vale más morir que vivir como ellos quieren.

De hoy más, déjate absolutamente (2) de disputar cuál conviene que sea un hombre bueno, sino procura ser tal en realidad.

Piensa con frecuencia en el todo de una eternidad

---

(1) Lo mismo decía Job hablando con Dios: *Dominus dedit, Dominus abstulit*, cap. I, v. 21. Y á esto podrá referirse aquel precepto de Epicteto.

(2) Séneca notó este vicio en los Estoicos, de quienes dice, ep. 108: *De vita semper disputatur, numquam vivitur;* y se funda en lo que escribe Epicteto, *Diss.*, lib. III, cap. VII.

y de la Naturaleza universal: reflexiona también que todas estas cosas, particulares por lo respectivo á su ser, no montan (1) un comino; por lo tocante á su duración, son un abrir y cerrar de ojos.

Parando la consideración en cada cosa que se te presente, podrás comprender que ella misma se va ya disolviendo y mudando; como que también la es propio el pudrirse y disiparse, ó que de algún (2) modo casi el morir la es natural.

Observa qué vienen á ser los hombres cuando comen, duermen, tienen acceso, hacen deposición y ejecutan otras funciones de esta clase. Mira después cuáles son mandando (3) á otros, engriéndose, enfureciéndose y reprendiéndolos con superioridad. Reflexiona á cuántos obsequiaban poco antes, y con qué miras tan viles los servían; por último, en qué vendrán á parar poco después.

---

(1) M. Aurelio usa dos expresiones vulgares como en forma de proverbio, para exagerar la vileza de las cosas terrenas y la brevedad de su duración: κεγχραμίς, es *un granito de higo; τρυπάνου περιστροφή, la vuelta de un barreno*, que equivale á la de ῥιπὴ ὀφθαλμοῦ, *un volver de ojos, ó un abrir y cerrar de ojos.*

(2) Más adaptada es á la mente de M. Aurelio la sentencia de Séneca, ep. 99: *Cui nasci contigit, restat mori*, que no la versión francesa de lo último de este párrafo: *Enfin, que la vie n' es pas plus en lui que la mort.*

(3) La palabra ἀνδρονομούμενοι es sospechosa, no leyéndose en otro autor: Xilandro la interpreta por *aliis imperare;* Casaubono, *exultare;* Gatakero quisiera mudarla en ἁδρυνόμενοι, *turgescentes*, *grandescentes.* Yo supongo que M. Aurelio habla de aquellos hombres de quienes Claudiano hace el siguiente elogio *in Eutrop.*, lib. I:

Asperiùs nihil es humili, cum surgit in altum.
..... nec bellua tetrior ulla est,
Quàm servi rabies in libera colla frementis.

Á cada uno es útil aquello que la Naturaleza (1) del universo le dispensa, y entonces le es conducente cuando aquélla se lo da.

La tierra *árida* (2) desea la lluvia; el aire recio apetece lo mismo; también el mundo anhela poner por obra lo que se ha de hacer. Digo, pues, hablando con el mundo: yo amo lo que tú amas. ¿Acaso eso no es así, y no se dice vulgarmente que esto ó aquello ama ser hecho?

Ó bien que hayas siempre de vivir aquí, y entonces ya estás hecho á esta vida (3), ó bien que te salgas fuera, y esto ya lo deseabas, ó bien que te mueras, y con eso has cumplido con tu (4) ministerio. Fuera de esto nada más hay: con que así, prosigue de buen ánimo.

Ten siempre por cosa cierta y averiguada que lo mismo es el campo que cualquiera (5) otro lugar, y

---

(1) También dijo San Agust. *in Psal.* 145., v. 15. *Prorsus, tanquam ægrotum reficiens medicus, et quod opus est, hoc dat; et quando opus est, tunc dat.*

(2) M. Aurelio sin duda alude á unos versos de Eurípides, que se hallan en Estobeo, tom. I., lib. I., tít. 12:

«Cerne, amat ut imbrem terra, cùm sterili solum
Squallore lugens poscit humectas opes.
Rursum amat et æther ipse, Venerísque impetn
Fœtos madoris explet in terram sinus. *Grot.*»

(3) La costumbre hace á todo. *Asperam nobis, et insuavem virtutum viam nimia facit vitiorum consuetudo; quæ si in alteram partem transferatur, invenitur semita justitiæ levis.* S. Hieron. *vel Paulin. ad Celant.*

(4) El que muere cumplirá con su ministerio, si se entiende del que habla Cicerón, *de Senect.*: «Dum sumus in his inclusi compagibus corporis, munere quodam necesitatis, et gravi opere perfungimur.»

(5) Casaubono leyó τοιοῦτο ὅιον ἐκεῖνο. La reflexión hecha

que las mismas conveniencias logra el que vive aquí, que el otro que pasa la vida en la cumbre de un monte ó en la orilla del mar ó en donde más le diere la gana. Sin disputa alguna hallarás ser verdad lo que decía Platón: *Que un sabio del mismo modo está encerrado dentro los muros de una ciudad que lo está un pastor dentro del redil de su majada.*

Mi alma ¿qué viene á ser para mí (1), y cuál me la finjo yo al presente? Y al cabo, ¿qué uso hago de ella ahora? ¿Acaso está falta de entendimiento? ¿Por ventura se ve separada y arrancada de la común sociedad? Y en suma, ¿se halla tan íntimamente unida y mezclada con la vil carne, de modo que vaya á una con ella y la siga?

El que huye de su señor es un desertor; es así que la ley es la señora (2), luego también será desertor el que la traspasa. Igualmente quebranta la ley el que se queja, ó se irrita, ó teme, porque no quisiera hubiese sido hecho, se hiciese ó hubiese de hacerse algo de lo ordenado por aquel que gobierna todas las cosas; el cual es la misma ley, que reparte con justicia lo que corresponde á cada uno: luego el que vive con temor, el que se aflige y el que se enoja, ése es un desertor, ó sea un fugitivo.

Habiéndose ausentado el que dejó el semen en la matriz, y tomándolo después otra causa (3), fabrica

por M. Aurelio es bien estoica, y hermana de la que hacía Epicteto, *Diss.*, lib. III, cap. XXII.

(1) Este examen es un precepto filosófico, según se ve por la sentencia de Epicteto, lib. I, cap. XXVI.

(2) La ley en frase estoica es la misma razón divina ó la misma Naturaleza, aquella alma del mundo estoico.

(3) La formación de los vivientes, sobre la cual cuanto

de ello el feto y lo lleva á su perfección. ¡Qué bello efecto de causa tan vil! Al embrión ya formado da la madre el alimento que pasa por el esófago, y después recibiéndolo otra causa, produce en ese mismo el sentido y movimiento; en suma, la vida, fuerzas y lo demás. ¡Cuántas y cuán admirables cosas! Son, pues, dignos de contemplar estos arcanos que tan en secreto obra la naturaleza, y observar en igual conformidad su virtud productiva; así como miramos la fuerza, que lleva abajo ó arriba las cosas ma-

---

más se filosofa, tanto más se concluye ser ella un grande arcano que el Autor de la naturaleza parece haber escondido adrede á la curiosidad humana, siempre se mereció la atención de los filósofos. Afirmar que Dios por sí solo, sin el concurso eficiente de otra causa menor, perfecciona la obra, es ayudar al Malabranche para la ruina de todas las causas criadas: decir que una facultad generativa entra á la parte de la labor, no es poner en claro la dificultad, sino encubrirla más con una cualidad oculta: explicarla por el sistema de los involutos, es envolverla más con el miedo de ser uno refutado: querer que en el esperma hierva un enjambre de animalejos vivos que en la matriz crecen y se engruesan en la forma ya ordenada, es buscar un auditorio más expuesto á persuadírselo que fácil en averiguarlo con certidumbre. Allá se las ajusten los hijos de Esculapio ó de Machaón, pues yo me contento con exclamar: ἐξ ὀλίου ὕιον; ἐξ ὀλίων ἐις ὄια; μέγα θαῦμα, μᾶλλον δὲ καὶ θεῖον θαῦμα; supuesto que me conformo con la sentencia de San Agustín, *de Verb. Ap. conc.*, II: *Qui primo creavit hominem sine homine, modó creat hominem ex homine.* Y en la ep. 3: *Ipsa vis seminum quos numeros habeat, et quàm vivaces, quàm efficaces, quàm latenter potentes, quàm in parvis magna molientes, quis adeat animo, quis promat eloquio?* Porque, como dice Tertul., *de Resurrec.*, cap. LII: *Seritur solummodo granum, sine folliculi veste, sine fundamento spicæ, sine munimento aristæ, sine superbia culmi. Exurgit autem copiâ fœneratum, compagine ædificatum, ordine structum, cultu munitum, et usquequaque vestitum.* δσαί δίακα, añado yo.

teriales, no con los ojos del cuerpo, pero no por eso (1) con menor evidencia y claridad.

Con la frecuente reflexión de que todas las cosas en cierto modo han sido tales antes de ahora cuales existen al presente, podrás también formar juicio de las futuras, y ponerte á la vista los dramas enteros y las escenas uniformes, teniendo conocimiento de cuanto has adquirido por la experiencia y aprendido de la historia antigua: por ejemplo, toda la corte de Adriano, la corte entera de Antonino, toda la corte de Filipo y de Creso; porque todas ellas eran muy semejantes, diferenciándose solamente por los distintos personajes que entonces representaban (2).

Imagínate que todo aquel que se aflige y disgusta por cualquiera suceso, se asemeja á un cerdo que, llevado al matadero, cocea y gruñe mucho: semejante al mismo es también aquel que á sus solas, echado sobre un escaño, llora su desdicha (3). Considera tam-

---

(1) Del mismo parecer es San Ambrosio *de Sacram.*, lib. I, cap. II. *Meliùs videntur, quæ non videntur, quàm quæ videntur.*

(2) Gatakero supone que debe entenderse ó suplirse al fin del párrafo un πραττόμενα, ú otra voz equivalente. El nombre de drama, escena, fábula y tragedia siempre ha sido muy usado para significar los sucesos humanos, en especial los de una Corte. *Chris. Coler.*, *epist. de Stud. Polit. Eadem fabula nunc luditur, quæ olim; tantum personæ mutatæ sunt.*

(3) Seguimos la corrección que Gatakero hace en el texto, leyendo así: σιωπῇ. ἐπινόησον δὲ τὴν ἔνδεσιν ἡμῶν, καὶ ὅτι *cet.* Si M. Aurelio habla de los sucesos exteriores que no dependen de nuestra voluntad ni de nuestra industria, la sentencia no debe ser criticada, con tal que aquel ἑκουσίως ἕπεσθαι se refiera á la acción externa de seguir. Pero si habla de lo que interior ó exteriormente pende de nuestro arbitrio, no dejando en nuestra mano el poder impedirlo, sino el poder seguirlo con una *voluntariedad espontánea*, ó ya nos resti-

bién esa cadena fatal á que estamos atados y que sólo á los racionales se les dió la facultad de acomodarse voluntariamente á los acontecimientos, siendo así que es necesario á todos el seguirla absolutamente.

Parando la consideración en cada cosa particular de las que intentas, examínate á tí mismo si te sería muy sensible la muerte porque te privase de ejecutarla.

Cuando te chocare la falta de alguno, al punto, vuelto sobre tí, reflexiona si tú cometes (1) algún error semejante; por ejemplo, juzgando que la plata, que el deleite, que la gloria mundana y otras cosas de esta especie sean un bien verdadero; porque añadiéndose á esto que el otro, habiendo incurrido en igual ignorancia, obra por fuerza (2), al instante echarás en el olvido tu enojo. ¿Pues qué otra cosa podría hacer? á no ser que tú procurases libertarlo de la violencia, si te fuese posible.

---

tuirá aquel sofisma antiguo que llamaban τὸν ἀργὸν λόγον, *cui si pareamus, nil agamus in vita* (Cicer., *de Fato*, capítulo XII), ó bien nos enseñará que nuestro albedrío sólo tiene la libertad *ó inmunidad de coacción*, doctrina ya condenada.

(1) Este es aquel examen y recuerdo de que se valía Platón al ver que alguno se descomponía ó propasaba en algo, diciendo para consigo: Μή ποι ἄρ' ἐγὼ τοιοῦτος. Plut., *de util. ex inimic.* Y esto mismo nos asegura de sí Horacio, si es que se le puede dar entero crédito, *satyr.* 4:

> .....*Hoc quidem non bellé: numquid ego illi*
> *Imprudens olim faciam simile?*.....

(2) La violencia de que habla M. Aurelio será la misma de que trata San Clemente, *Strom.*, lib. I. Βιάζεται πολλάκις ἡδόνῃ τε καὶ ἀλγηδόνι, φιλονεικίᾳ τε ἀν καὶ θυμός.

Viendo á Satirón el Socrático (1), imagínate ver á Eutiches ó á Himeno; visto á Eufrates, idéate ver á Eutichión ó á Silvano; cuando veas á Alcifrón, representante que ves á Tropeoforo; habiendo visto á Xénofonte forma la idea de que ves á Critón ó á Severo, y cuando vuelvas sobre tí los ojos, represéntate en la imaginación alguno de los Cesares: finalmente, imaginándote en cada uno otro semejante, luego te ocurrirá al pensamiento: ¿en dónde paran esos ahora? en ninguna parte del mundo, ¿ó qué sé yo adónde están? porque de esta manera verás de continuo que las cosas humanas son un poco de humo (2) y un nada; particularmente si te hicieres la reflexión que lo una vez pasado no volverá ya por

(1) Gatakero con razón reprueba el dictamen de Xilandro y Casaubono, que traducen el Σωκρατικὸν por nombre propio, concordando con el nombre *Satyrón* ó *Satyrión* denominado *Socratico*, por ser de esta secta. Euphrates, filósofo egipcio á quien alaba Plinio el Menor, lib. I., ep. 10, y Epicteto, *Enchir.*, cap. XXXV, fué Estoico y vivió en tiempo de Adriano; el cual le permitió tomar τὸ κώνειον, *la cicuta*, viéndole desesperado con una enfermedad maligna, ó por hallarse muy viejo, según escribe Dión, lib. LXIX. Capitolino asegura que Eutichión fué maestro de nuestro Emperador en las primeras letras. De un Silvano hace mención Suidas, de quien habla con algún aprecio, reputándole por un filósofo. El mismo Suidas dice de Alcifrón que era filósofo, y Gatakero añade que sus cartas, dadas á luz por Aldo *sophistam, magis quàm philosophum sapiunt.* Tropeoforo es un nombre que ni Gatakero lo había oído en su vida. Xenofonte puede ser uno de los tres de que hay memoria. Critón es aquel grande amigo de Sócrates, como consta de los diálogos de Platón. De Severo habló M. Aurelio en el lib. II, pár. 14. Los otros dos filósofos, Eutiches y el Himeno, murieron antes del reinado de *Antonino.*

(2) En frase tanto profana como sagrada, el humo vale para significar la vanidad de las cosas perecederas.

toda una eternidad. Tú, pues, ¿cuánto tiempo vivirás? *Bien poco*. Pero ¿por qué no te contentas con vivir ese poco tiempo con la perfección que corresponde? ¡Oh! ¡cuán bella y oportuna ocasión te dejas perder! ¿Pues qué otra cosa más son todos estos sucesos humanos que un ejercicio de la razón, que ha visto ya con toda exactitud y contemplado sobre la naturaleza de las vicisitudes de la vida? Según eso, persiste en estas reflexiones hasta que te las hagas familiares, como un estómago robusto abraza todo género de comida, ó como un grande fuego reduce á llama y resplandor todo cuanto le arrojares.

Cuida que ninguno pueda decir con verdad de tí que no eres un hombre ingenuo ó que no eres hombre de bondad; antes bien, engáñese (1) ó mienta cualquiera que acerca de tí pensare ó dijere alguna de estas dos cosas. Todo esto pende de tí. Porque ¿quién te impide el ser bueno y sincero? Forma únicamente el juicio de que no te conviene vivir á no ser tal, puesto que la razón no dicta que, siendo otro, debas vivir.

¿Qué es lo que con más acierto se puede hacer ó decir en este negocio particular? Á la verdad, sea eso lo que se fuere, tienes en tu mano el hacerlo ó decirlo; y no pretextes que te lo impiden. Ni dejarás antes de gemir, hasta tanto que puedas verte en tal disposición de ánimo, que en cualquier caso y circunstancia ocurrente te sea igualmente gustoso el cumplimiento de los oficios propios de la condición humana, cual lo es la vida mole á quien se

---

(1) Catón, *Orat. de Cos. suo apud charis*, lib. II. *Ei rei do operam, ut mihi falso malè dicatur.*

entrega á los deleites; porque debe servirte de complacencia (1) el ejecutar todo aquello que te es posible según tu propia naturaleza, en la inteligencia de que en todo tiempo y lugar te es permitido. Pues al cilindro no se le da la propiedad de tener su movimiento en cualquier sitio, ni al agua, ni al fuego, ni á otra cosa alguna, la cual sea gobernada por su propia naturaleza ó por una alma irracional, siendo en realidad muchos los obstáculos que las contienen y se oponen. Pero el alma racional puede pasar por sobre todo impedimento, y en tal modo hacer libremente su carrera, como exige su naturaleza y como ella quiere. Poniéndote delante de los ojos esta facilidad, con la cual el alma podrá vencer y pasar por encima de todo óbice, así como el fuego sube hacia arriba, como la piedra desciende hacia abajo y como el cilindro rueda por un terreno declive, no inquieras ya otra cosa más. Porque los demás obstáculos, ó son respectivos á tu cuerpo, á ese cadáver animado; ó son de suyo tales, que sin una falsa persuasión y sin un asenso libre de la razón, ni lastiman ni hacen otro mal alguno; y á no ser así, al momento se haría malo el que los padeciese, visto que en las otras obras naturales ó artificiosas cualquiera daño que sobrevenga á alguna de ellas, por eso empeora á quien lo recibe. Mas entonces, si se pudiese decir así, se mejora el hombre (2), y es más digno de loor

(1) Aun se vale de una expresión más viva el Salvador para significar esto mismo: *Mihi cibus, et potus est, voluntatem paternam exequi.* Joan., cap. IV, v, 34. Realmente el gusto en la ejecución de las acciones honestas debía de ser el blanco en la educación de la juventud.

(2) Las adversidades sufridas con resignación de espíritu

haciendo buen uso de las adversidades acaecidas. En suma, acuérdate que aquello que no perjudica á la ciudad no hace daño á su ciudadano natural, y que no daña á la ciudad aquello que no es nocivo ni contrario á la ley, ni alguno de estos que llaman infortunios perjudica ni es contra la ley; luego aquello que no causa detrimento á la ley ni á la ciudad ni al ciudadano podrá dañarles.

Á un hombre bien imbuído en las máximas verdaderas de la filosofía, le basta la menor palabra y la más vulgar para recordarle y exhortarle á la permanencia de un ánimo libre de toda inquietud y temor, por ejemplo (1), las siguientes palabras de Homero:

---

siempre han sido y serán conducentes al aumento de la virtud. San Gregorio Nacianceno se vale de un símil muy natural para persuadirnos esto mismo, poniéndonos delante de los ojos que la llama se aviva tanto más, cuanto más fuerte sopla el viento. Y es lo que dijo Ovid., *Amor*, lib I, eleg. 1:

Vidi ego jactatas, motâ face, crescere flamas:
Et vidi nullo concutiente mori.

(1) Homero, *Ili.* ζ', v. 147, tiene estos versos, precedidos de este otro:

Οἵηπερ φύλλων γενεὴ, τοιήδε καὶ ἀνδρῶν.

M. Aurelio no hizo más que indicar las primeras palabras de Homero, como suele hacerlo Cicerón al ir á citar algún proverbio, añadiendo *nosti cætera.* El pensamiento es conforme á lo que escribe San Agustín, *in Psal.* 101, conc. 2: «Generatio vadit una venit altera. Videtis generationes hominum sic esse in terra, tanquam in arbore folia; sed in arbore olivæ, vel lauri, vel cujuscumque alterius, quæ toto tempore fronde vestita est. Sic tanquam folia, genus humanum terra portat, plena est hominibus, sed cum aliis morientibus,

«Unas hojas al árbol quita el viento
Y otras le restituyen primavera.
Nacen unos por turno y otros mueren.»

Y en realidad hojas vienen á ser tus hijuelos; igualmente son hojas esos hombrecillos que, teniéndose por hombres de crédito, celebran y divulgan la fama de otros; ó por el contrario, los llenan de improperios ó los vituperan en secreto y motejan; del mismo modo son hojas los que han de ser tus panegiristas en la posteridad; porque todo ello son hojas que lleva la primavera y que después el viento echa por tierra; en cuyo lugar la selva produce después otras, siendo común á todas una duración momentánea. Pero tú huyes ó pretendes todas las cosas como si hubieran de ser eternas, habiendo también de cerrársete presto los ojos y que por fin otro llorará la muerte de aquel que te hubiese llevado al sepulcro.

El ojo sano debe ver todo lo visible y no decir: Yo sólo quiero ver lo verde; porque esto es propio del que es pitarroso: también es necesario que el oído y el olfato estén prontos á percibir cualquier sonido y olor; y el estómago robusto no menos debe estar dispuesto á todo género de comida que lo está la muela hecha con el fin de moler cuanto la echaren. Así también conviene que el alma sana se halle preparada á recibir todo lo que la suceda; pues la que dijere: Yo quisiera la salud de los hijos y que todos alabaran cuanto hiciese, será muy parecido al

---

alii nascendo succedunt. Semper enim arbor illâ veste viridi ornata est. Sed subter attende quam multa calces arida folia.»

ojo que solamente busca lo verde, ó á los dientes que únicamente quieren cosas tiernas y delicadas.

Ningún hombre hay tan afortunado que al morir no tenga á su lado quien se alegre del mal que le sucede. Y aunque haya sido hombre bueno y sabio, ¿dejará acaso de haber al cabo quien contra el mismo diga: Finalmente, podremos ya respirar libres de este pedagogo: en realidad, con ninguno de nosotros era rígido; antes bien, noté que nos reprendía con ánimo plácido? Esto, pues, se suele decir de un hombre bueno; pero por lo que mira á nosotros, ¡cuán otros son los motivos por los cuales no pocos desean verse libres de nuestra compañía! Pues si estando para morir pensases sobre esto, te partirías también con un ánimo más plácido, haciendo el discurso siguiente: Yo me aparto de una vida de tales circunstancias, que desean que me salga de ella aun aquellos mismos que vivían conmigo, por quienes yo tanto me afané, hice promesas por su salud, me desvelé por su bien, esperando ellos con mi muerte recibir quizá algún alivio. Luego, ¿porqué uno ha de apetecer el mantenerse por más largo tiempo entre estos tales? Con todo, no por eso te portas menos propicio para con ellos; antes bien, observando tu costumbre, muéstrate amigo, benévolo y apacible, y que de ninguna manera parezca que te arrancan de su compañía, sino que debe ser de tal suerte la separación como cuando en una buena muerte el alma se desprende con facilidad del cuerpo. Porque la misma Naturaleza que te enlazó y unió con ellos, también te suelta ahora. En fin, me separo de ellos como de mis domésticos, no sacado con violencia, sino despedido voluntaria-

mente, puesto que esta es también una de las cosas subsiguientes en la Naturaleza.

En todo aquello que otro hiciere, acostúmbrate, en cuanto te fuere posible, á examinar para contigo mismo: Este ¿qué fin lleva en eso? Mas procura empezar (1) por tí mismo, y escudríñate en primer lugar.

No te olvides que lo que te agita y mueve á manera (2) de un títere, es una cierta fuerza dentro de tí oculta y reconcentrada: esta fuerza, que pende del resorte de las propias pasiones y aficiones, es para nosotros la elocuencia que persuade, es la vida que nos tira, es, si se puede decir así, todo el hombre. Jamás quieras juntar con esta idea del hombre la idea del cuerpo, vaso que contiene dentro de sí

---

(1) Esta es una buena máxima, y como tal, aconsejada por el Apóstol, *ad Galat.*, cap. VI, v. 4, τὸ δὲ ἔργον ἑαυτοῦ δοκιμαζέτω ἕκαστος. O como dice San Gregorio Magno: *Ordo erectionis in bono, ut primum contra nos, tum contra alios erigamur. In Job*, lib. XIV, cap. XV. La lástima es que los que se precian de buenos censores solamente suelen descubrir con un examen maligno las pequeñas pajitas en los ojos del prójimo, sin percibir las grandes vigas que tienen atravesadas en los suyos.

(2) Parece que el intento de M. Aurelio en este paso obscuro no es más que mostrar cómo nuestras acciones libres y dignas de alabanza ó vituperio no dependen de los sentidos exteriores ni de los objetos que las excitan, sino sólo del hombre interior, de sola el alma, que era todo el hombre académico y estoico: si bien los resortes de este hombre eran δόξας ψευδεῖς, καὶ κρίσεις πονηράς, los dogmas errados y afectos que lo agitaban, como suele un titiritero mover sus figurillas, ó por decirlo mejor, lo tiranizaban, según se explica Persio, satyr. 5:

..... Intus et in iecore ægro
Nascuntur Domini.....

el alma; ni la idea de los miembros, instrumentos alrededor del alma fabricados; porque son muy parecidos á la azuela y sólo diferentes en cuanto ellos nacieron con nosotros á nuestro lado. Siendo así que todos estos miembros sin el *alma*, causa que los mueve y da vigor, no tendrían otro uso del que tiene la lanzadera para la tejedora, la pluma para el escribano y el látigo para el cochero.

LIBRO UNDÉCIMO.

Las propiedades del alma racional son: que ella se vea (1) á sí misma, que se componga á sí propia

(1) Si al modo que el alma racional vuelve sobre sí la consideración para verse á sí misma, los filósofos del día volviesen también sus ojos sobre su alma, para considerar que la tienen y con qué fin se les dió, estoy persuadido que no sería tan numerosa la grey de los epicúreos materialistas, pues sola esta propiedad de poder el alma reflexionar sobre sí misma, convence que no es corpórea, puesto que ninguna fuerza, ningún sentido del cuerpo es capaz de convertir su acción sobre sí mismo. A no ser que alguno de estos bellos espíritus ó *zohilicos* ó *suillos benè curata cute*, nos salga algún día con un tubo ó prisma de nueva invención con que los ojos vean su visión, y con algún bálsamo que aplicado al olfato haga que las narices se huelan á sí mismas y á su propia *olfacion*. Si llega á ser así, creo que entre estos materialistas no faltará quien convide á otro camarada, valiéndose de aquello que Catulo decía del ungüento, que

Donarunt veneres, cupidinesque
Quod cùm olfacies, deos rogabis,
Totum ut te faciaut, Fabulle, nasum.

No pensaba así S. Agustín, cuando escribió, lib. IX *de Tri-*

y haga cual ella quiere; que coja el fruto que ella misma lleva (siendo así que otros recogen el fruto de las plantas y lo que hace veces de fruto en los animales); que ella, por fin, en cualquiera parte que acabare la carrera de su vida, llegue siempre á su término. Pues no se debe discurrir del alma como de la danza, de la representación y otras cosas semejantes, en las cuales quedaría de suyo imperfecta toda la acción si se cortase é interrumpiese en algo, sino que en todas partes y en cualquier lugar que la sorprendiere la muerte, puede plena y perfectamente cumplir con el encargo que se le había cometido, de modo que siempre podrá decir: á mí nada

---

nit., cap. III: «*Mens ipsa se novit: neque enim ut oculus corporis videt alios oculos, et se non videt; ità mens novit alias mentes, et ignorat semetipsam. Per oculos enim corporis corpora videmus, quia radios qui per eos emicant, et quicquid cernimus tangunt, refringere, et retorquere in ipsos non possumus, nisi cùm specula intuemur. Mens veró ipsa sicut corporearum rerum notitias per sensus corporis colligit; sic incorporearum rerum per semetipsam: ergo et semetipsam per semetipsam novit.*» Es muy cierto que somos más linces para conocer los defectos de nuestros prójimos que los propios. Por último, entonces ejecutará el alma lo que dice M. Aurelio, cuando delibere, dé su asenso, forme juicio y tome su resolución; acciones que no proceden de la materia, sino sólo de una sustancia espiritual que á un mismo tiempo se compenetre con ideas diferentes, de donde se colige que el alma racional es espiritual é inmortal. Y no hay duda que quien hubiese formado la idea verdadera de lo que es la materia, se verá precisado á confesar que ésta no es capaz de las propiedades que el alma racional descubre en sí por sus efectos. Ni porque sea tan excelente la dignidad natural del alma humana se deberá concluir que ella es divina; visto que no es alguna partícula estoica de la divinidad por sí indivisible, ni la espinosiana sustancia de Dios omniscio, siendo ella tan limitada en el conocimiento de infinitas verdades.

me falta de lo que me pertenece. A más de esto, el alma corre y da vuelta á todo el universo; contempla el estado vacío *ó imaginario* que le rodea; ve la figura del mundo; extiende su consideración hasta lo infinito de la eternidad; comprende la generación periódica, *ó sea palengenesia* de todas las cosas del universo, y la considera; entiende con toda claridad que ni los venideros verán cosa nueva, ni los antepasados vieron más que nosotros ahora, porque en cierto modo el que haya vivido cuarenta años, por poco entendimiento que hubiese tenido y meditado en los sucesos, pudo haber formado concepto de todo lo pasado y lo venidero, según que es la uniformidad de lo uno con lo otro. Finalmente, es propio del alma racional la caridad para con el prójimo, la verdad, la modestia, no anteponer nada á sí misma, lo cual también es peculiar de la ley: de ahí se colige que la recta razón (1) del alma en rigor no se diferencia de la razón legítima de la justicia.

Menospreciarás la cantinela más deleitable al oído, el baile, el pancracio (2) ó juego de la palestra,

(1) La sentencia de este lugar, al parecer obscura, es un puro estoicismo, á saber: que la razón en el *alma* y la autoridad en la *ley* son dos cosas de sumo aprecio, y que por consiguiente, debemos tenerlas en mucha estima. Examinada la cosa á lo estoico, por fin saldrá en limpio que el *alma* es la *razon;* que la *razón* es la *ley;* que la *razón* y la *ley* son la *naturaleza divina;* que la *naturaleza divina* es la *suma perfección* en el ser, en el conocer y en el mandar. Pero si se mira con las luces de la fe, siendo la ley natural la razón divina en cuanto ordena, será tanto más excelente que el alma criada de la nada, cuanto Dios infinito es mejor que una criatura reputada por poco menos que nada.

(2) El pancracio era uno de los juegos, ó sean ejercicios de la palestra antigua. Toda la fuerza del argumento con

si en la voz sonora hicieres la división de sus tonos particulares, y en cada uno te preguntares á tí mismo: *¿Acaso es esto lo que me encanta y lleva tras sí?* Pues sin duda te avergonzarías confesarlo. Si por lo que mira al baile hicieres otro tanto en cada movimiento y gesto particular del cuerpo; y lo mismo á proporción por lo que toca al juego de la palestra. Así que en todo, menos en la virtud y en las acciones virtuosas, acuérdate volver con la consideración á las partes tomadas por sí, y con la división de ellas podrás llegar á conseguir su desprecio. Finalmente, haz la traslación de esto mismo á toda tu vida.

¿Cuál es aquella alma que se hallará pronta á desprenderse del cuerpo, si al momento la fuere necesario, ó bien sea para extinguirse, ó bien para disiparse, ó bien para subsistir después? Pero esta prontitud debe ser tal, que provenga de la cordura del propio juicio, no de una mera obstinación, como se ve en los cristianos (1); antes bien, de una re-

---

que M. Aurelio quiere persuadirnos que la música, el baile y la palestra no son diversiones acreedoras á nuestra estimación, estriba en el dictamen de que el todo no es otra cosa que sus mismas partes unidas, y por lo mismo, si cada tono, movimiento y gesto no tiene su mérito peculiar para captarnos la voluntad, no lo comunicará á la música, al baile ni á la palestra, conociendo uno, *quid distent æra lupinis.* Pretende, pues, corregir la idea que atribuya al todo la propiedad que no se hallare en alguna de sus partes, idea que suele en infinitas cosas engañar á los hombres. Sócrates, valiéndose del mismo argumento, persuadió á un discípulo suyo, temeroso de arengar al pueblo de Atenas, haciéndole confesar que si no temía al tal zapatero, ni al tal zurrador, ni al tal y tal artesano, tampoco debía intimidarse con el pueblo.

(1) Aunque nuestro Emperador era un filósofo muy racional, con todo no dejaba de tener sus preocupaciones, go-

flexión madura y gravedad respetable (1), de modo que sin ostentación (2) pueda también persuadir lo mismo á otro.

¿Hice algún beneficio en pro de la sociedad? Pues ya con eso estoy premiado (3). Procura siempre tener á mano esta consideración, y no dejes de ejercitarte en ella.

---

bernándose por los clamores del vulgo, como lo da á entender en este lugar, repitiendo los ecos del pueblo pagano, que no gritaba otra cosa, sino que la constancia cristiana en el martirio era una terquedad é insania: así nos lo refiere Tertuliano *ad Nation.*, lib. I, cap. XVII, XVIII y XIX. No necesita la gloria de nuestros mártires que se les haga la apología contra un Emperador gentil, puesto que no hay cordura mayor que la firme resolución de perder antes la vida que la gracia de todo un Dios, cuya fe confirmada con tanto prodigio confesaban, conociendo ser debido el que ellos consagrasen á la gloria del Salvador la vida que debían á la Naturaleza, y teniendo bien presente aquel precepto expreso de no temer á quien puede privarnos de la vida corporal, sino sólo á quien puede perder cuerpo y alma en la otra vida. Es cuerdo quien muere por el bien caduco de la patria, cuando ésta lo manda; ¿y será necio, imprudente y temerario quien se deja sacrificar por el bien eterno de su alma cuando Dios lo ordena?

(1) Puntualmente esta gravedad era la virtud característica de nuestros mártires, los cuales no por pasión ó capricho se precipitaban al martirio, sino que compelidos de la fuerza tiránica no la huían cobardemente. Esta acción valerosa, que en un soldado muerto en el asalto de una trinchera se llamaría y reputaría por un efecto de la fortaleza más constante y prudente, ¿por qué en un mártir cristiano no merecerá igual calificación?

(2) M. Aurelio podía haber añadido: como se suele ver en un filósofo que corre á la muerte, convocando la gente de antemano á que contemple la pira que él mismo se había erigido, como lo hizo Calano el gimnosofista y después Peregrino el cínico.

(3) La razón es, porque *Benefacit sibi ipsi vir beneficus.* Prov., cap. XI, v. 17.

¿Qué arte profesas? (1) el de bien vivir. Pero ésta ¿de qué otra suerte se puede ejecutar mejor, que gobernándose por los preceptos, que parte miran á la Naturaleza del universo, parte á la constitución propia del hombre?

Inventóse en primer lugar (2) la tragedia, instructora de los acontecimientos humanos, con la mira de que los hombres estuviésemos advertidos de que éstos naturalmente suceden así, y para que en este gran teatro del mundo no llevásemos pesadamente aquello mismo que nos serviría de diversión representado en las tablas: porque sabemos por la experiencia que todo necesariamente tendrá este paradero, y que toleran eso mismo aun aquellos que hayan exclamado: *¡Oh Citerón!* (3). Y en realidad los autores del drama dicen algunas cosas muy útiles, cual es principalmente aquello (4):

---

(1) Que la filosofía sea el arte de bien vivir nos consta de Plutarco, *Sympos.*, lib. I, ap. 1. Cicer. *Tusc.*, lib. II. *Ars bene vivendi.* Los estoicos decían, según se explica Séneca, ep. 9: *Ars est bonum fieri: ad hoc, sed non cum hoc nascimur.* S. August., *De Civit. Dei*, lib. IV, cap. XXI: «*Virtus ars est bene vivendi. Neque enim dat natura virtutem, neque contingit ea animo nisi instituto, et edocto, et ad summum asidua exercitatione perducto.*»

(2) Aun no están acordes los eruditos sobre cuál fuese más antigua, si la tragedia ó la comedia.

(3) Sófocles *in Oedip. Reg.* pone estas palabras en boca de Edipo, aludiendo al Citherón, monte de Beocia, en donde fué expuesto: *¿Por qué, oh Citherón, me recibiste?* Solin. Polyhist., cap. XIII: *Apud Thebas Helicon locus erat, Cithæron saltus, amnis Ismenus, fontes Aganippe et Hippocrene.* Mela, *de Sit. Orb.*, lib. III, cap. II: *Cithæron fabulis, carminibusque celeberrimus.*

(4) Véase el lib. VII, § 41.

No sin causa ni razón los dioses
Desestiman á mí y á mi linaje.

Y en segundo lugar estotro:

El enojo volver contra las cosas
No es razón, pues de enojos no se cuidan.

Y esto tambien:

Se debe á guisa de madura espiga
Una vida cortar y dejar otra.

Y otras muchas cosas de esta clase. Después de la Tragedia se introdujo la Comedia antigua (1), la

(1) Para formar idea de lo que ha sido la Comedia antigua, basta lo que escribe Jul. Scalig., *Poetic.*, lib. III, capítulo XCIV. *Veteris comœdiœ argumenta omnia falsa, festiva, mordacia, maledica: ut quocunque verbo pronuntiato illico capiatur occasio ad aliquid subsanandum.* Con todo, Horacio, *Arte Poética*, dice:

Successit vetus his Comœdia, non sine multa
Laude.. ....

M. D'Acier asegura que la Comedia Vieja durase hasta que Lisandro dominó en Atenas; la Media hasta Alejandro Magno, y la Nueva hasta hoy día. En la Comedia Media no se permitía faltar en un ápice á la verdad, aunque era lícito el uso de tomar nombres fingidos, que representaban muy al vivo las costumbres de los ciudadanos de más fama, por estarles prohibida la mordacidad y la maledicencia. La Comedia Nueva, desdeñándose de seguir estas huellas, y creyendo serla lícito añadir algo más, no se cuidó de la realidad de los hechos, fingiéndose á su capricho las personas y los argumentos, por lo cual con razón se llama y pasó á ser una pantomima, no imitando la vida común, sino siendo una sombra, según el mismo D'Acier. Por último, Apud., *Florid.*, I, se explica así: *Cumprimis hoc spectandum, quid in theatro deprehendas. Nam si mimus est, riseris; si funirepus, timueris; si Comœdia, faveris; si philosophus, dediceris.*

cual tenía una libertad y censura magistral, que sin rodeo ni rebozo amonestaba no sin provecho á que se evitase la insolencia y fausto en la vida, para cuyo fin también Diógenes se solía servir de algunos pasajes de ella. Pasa después á considerar cuál haya sido la Comedia que llamaron Media, y á qué fin más adelante sucedió á ésta la Comedia Nueva, la cual poco á poco vino á parar en la pantomima artificiosa. Ninguno ignora que realmente en estas representaciones se diga (1) algo que pueda ser útil, por cuya razón debemos reflexionar cuál sea el alma de este género de poesía, y cuál es el objeto á que pudo mirar el arte del drama.

¿Cómo sabes con evidencia que ningún otro género de vida es tan á propósito para la profesión de la filosofía como el presente en que te hallas ahora?

Un ramo cortado de otro ramo con el cual estuviese unido, no puede menos de quedar cortado del árbol entero: á este modo, pues, también el hombre separado de otro hombre, no puede dejar de quedar separado de toda (2) la sociedad. Además de que es

---

(1) De este parecer fué Séneca, ep. 8: *Quam multa Poetæ dicunt, quæ a Philosophis aut dicta sunt, aut dicenda? non attingam tragicos aut togatas nostras; habent enim hæ quoque aliquid severitatis, et sunt inter comœdias et tragœdias mediæ: quantum disertissimorum versuum inter Mimos jacet? quam multa Publii non excalceatis, sed cothurnatis dicenda sunt?*

(2) S. August., *de Verb. Dom.*, conc. 57: *Non potest concordiam habere cum Christo, qui discordare voluerit cum christiano.* Por lo mismo, siempre ha sido muy recomendada la unión de los fieles cristianos entre sí, y mucho más con la Cabeza de la Iglesia; unión que pide por necesidad una misma profesión de fe y obediencia al Vicario de Jesucristo.

otro el que divide el ramo; pero el hombre se aparta á sí propio de su prójimo aborreciéndole y siéndole contrario, sin hacerse cargo que al mismo tiempo queda separado de todo el cuerpo de la sociedad. No obstante, tiene á su favor aquel gran privilegio concedido por Júpiter, autor de la sociedad, para que podamos incorporarnos (1) otra vez con quien habíamos estado unidos y llenar de nuevo aquel lugar que nos había cabido en el universo; bien que el repetir á menudo esta separación (2), hace que sea bien difícil y mala de soldar la reunión en lo porvenir. Y sobre todo, *finalmente*, el pimpollo que desde el principio brotó y fué creciendo naturalmente con el árbol, se diferencia del vástago que después de cortado se ha vuelto á ingerir en otro árbol: que es lo que los arbolistas suelen decir que el ingerto puede al mismo tiempo dar su fruto con el árbol, pero no tendrá la misma figura con el tronco (3), y serán distintas las ramas..

---

(1) M. Aurelio habla de una penitencia natural; pues la reconciliación y reunión del alma con el Espíritu Santo, para que sea saludable, debe ser un don de Dios que lo ofrece á todos por su divina Providencia.

(2) La razón mostró á este estoico lo que la Religión enseña á todo cristiano: que la reincidencia hace más difícil la cura, ya porque se debilitan los buenos hábitos y cobran mayor fuerza los malos, ya porque el Señor en pena de tanta infidelidad retira poco á poco los auxilios que con mayor abundancia suministraba primero, y hace que el nuevo pecado permitido sea castigo de los pecados.

(3) Sobre las últimas palabras de este párrafo hay varias correcciones é interpretaciones. Xilandro, omitiendo aquellas palabras ὅ, τί ποτε λέγουσι δι φυτουργοί, traduce: *oportet igitur in eadem arbore esse, etsi non idem cum omnibus semius.* Casaubono, á quien sigue el anónimo francés, las separa del artículo lo antecedente. Salmasio corrige el ἱμοδογματεῖν en

Al modo que no te podrán hacer desistir de una buena obra los que se te opusieren, cuando siguieres la recta razón; así tampoco deberán apartar de tí la benevolencia para con los mismos; por cuya razón procura observar con igual constancia ambos á dos propósitos, de no sólo mantenerte firme en la resolución de llevar adelante lo comenzado, sino también en la de conservar la (1) apacibilidad con los que intentaren impedirte la acción ó de otra manera te fueren molestos. Porque igual debilidad de ánimo es el enojarse contra ellos, que consternándose retirarse de la empresa y darse por vencido, siendo á la verdad no menos desertor de su puesto y profesión el que atemorizado dejó de cumplir con su deber, que quien separándose se mostró ajeno con el que es su pariente y amigo por derecho de Naturaleza.

Ninguna Naturaleza es de condición más inferior que el arte (2), puesto que las artes imitan á la Naturaleza: si esto es así, lo será también que la Natura-

---

ὁμοσωματεῖν. El Gatakero hace también su corrección, mudando el mismo ὁμοδογματεῖν en ὁμοσχηματεῖν, y en este sentido procede nuestra versión; pues no hay duda que en el árbol ingerto queda siempre alguna señal por la que se distingue inmediatamente; además de que las ramas son totalmente diferentes. Querrá decirnos M. Aurelio que la enemistad, una vez contraída, por más que se deponga por medio de la reconciliación, siempre dará indicios de lo pasado.

(1) Los hechos ajenos, por más injuriosos que nos sean, nunca nos dispensan de las obligaciones esenciales que por derecho de sociedad debemos á nuestros prójimos, en lo cual está fundado el precepto que nos impuso el Salvador de amar á los enemigos.

(2) Es innegable lo que nos dice M. Aurelio, constándonos por la experiencia, como se ve en los ejemplos de que se vale Aristóteles, *Ethic.*, lib. II., cap. II.

leza es la más perfecta, y que abrazando en sí todo lo demás, no la cederá en habilidad y destreza á otro algún artifice. Siendo, pues, cierto que todas las artes hacen lo menos perfecto con relación á lo más sobresaliente, es consiguiente que también lo hace así la Naturaleza común. Y en realidad de aquí mismo se colige el origen de la justicia, de la cual proceden las demás virtudes. Porque no se podrá observar lo justo y equitativo, si anduviésemos afanados y perdidos en busca de las cosas medias é indiferentes, *no contando con las honestas*, ó si temerarios é inconstantes en nuestros juicios, fuéremos fáciles en dejarnos engañar, *no dando á cada cosa su justo valor.*

Si las cosas cuyo deseo ó aversión te causa inquietud ó te turba la paz no te vienen á buscar á tí, sino que tú en cierto modo las vas á buscar, manteniéndose ellas inmobles; por lo mismo debe el juicio dejar de hacerlas la guerra, y con eso no las apetecerás más, ni las huirás en adelante.

La esfera es una viva imagen del alma, cuando ésta no se extiende á lo que está fuera de sí, ni consiente interiormente, ni se hace una con la idea que se la presenta, sino que se deja iluminar con aquella (1) luz con la cual ve la verdad de todas las cosas y la de lo que encierra dentro de sí misma.

---

(1) Este paso, bien entendido, contendrá una sentencia teológica; y como otros querrán una verdad canónica, porque puede reducirse á lo que nos consta del cap. I, v. 9 de San Juan, ἦν τὸ φῶς τὸ ἀληθινὸν, ὃ φοτίζει πάντα ἄνθρωπον, y á lo que enseñan los teólogos, que Dios ilustra á todo hombre adulto con su gracia, para que cooperando con ella llegue al conocimiento de la verdad revelada, necesario para la salud eterna, M. Aurelio es de parecer que el alma, partícula di-

¿Me despreciará alguno? (1) él se verá el motivo: yo por mi parte me prevendré bien para que no sea cogido haciendo ó diciendo cosa digna de menosprecio. ¿Me aborrecerá el otro? él se lo sabrá. Sin embargo, yo por lo que á mí toca proseguiré siendo afable y benévolo con todo el mundo, aun para con ese mismo, estando pronto á manifestarle su error, no contumeliosamente (2), ni como que deseo hacer alarde de mi sufrimiento; antes bien, ingenua y amigablemente, al modo que lo hizo aquel Foción (3),

---

vina por sí misma, descubre la verdad cuando no se ofusca con las tinieblas voluntarias de sus falsas opiniones y desordenados afectos; lo cual alegaban los estoicos para confirmar la divinación ó profecía natural que ellos admitían. Véase á Cicerón en los libros *de Divinatione.*

(1) Los filósofos han visto por la experiencia que quien desea ser bueno de veras, es necesario no haga caso del desprecio, al cual no haya dado motivo legítimo. Séneca, ep. 76: *Ad honesta vadenti contemnendus est contemplus iste.* Cuál fuese éste, lo había dicho, ep. 71, *Si vis bonus esse, si fide bona vir bonus, sine contemnat te aliquis.*

(2) El mismo consejo nos da San Ambrosio, *de Off.*, libro III, cap. XVI. *Neque monitio aspera sit, neque objurgatio contumeliosa;* y Epicteto, lib. II, cap. XII.

(3) No consta á qué hecho ó dicho de Foción aluda M. Aurelio: puede ser que haga referencia á lo que dijo al tiempo de ser llevado al suplicio; pues habiéndole uno de los circunstantes cargado de desvergüenzas, hasta la de escupirle en la cara, vuelto á los magistrados prorrumpió en estas palabras: *¿No reprimirá alguno á ese desvergonzado?* Plut., *in Apophth. et in Phoc.*, en donde también añade que, estando para morir, sólo encargó á su hijo, *Ne quid eorum meminisset, quæ adversus ipsum Athenienses iniquè egerant.* Gatak. Pero D'Acier refiere otro hecho de Foción que viene más al intento, cuando nota sobre el particular: «*Cicutæ nempe poculo, á quatuor aliis, quibus moriendum erat una epoto, et carnifice nisi soluto venine pretio miscere denuo recusante, ex amicis illum quendam allocutum, Argenti ut id paululum homun-*

si es que en su proceder no disimulaba el rencor, porque conviene que estas acciones sean tales interiormente (1), y que los dioses puedan ver que eres un hombre que nada lleva á mal, ni recibe pena de cosa alguna. Y en efecto, ¿qué mal te podrá venir, si tú haces lo que corresponde á tu naturaleza? ¿Pues tú no has de saber abrazar aquello que ahora parece oportuno á la Naturaleza universal, siendo hombre, por naturaleza encargado de hacer de todos modos cuanto sea conducente á la sociedad?

Aquellos hombres que *ahora* se desprecian (2) mutuamente, *después* se lisonjean los unos á los otros; y los que *al presente* quieren recíprocamente disputarse la preeminencia, esos mismos se humillan los unos á los otros *en lo venidero.*

¡Qué intención tan dañada y ánimo fingido tiene quien dice: «Yo quisiera hablarte con ingenuidad!» ¿Qué haces, buen hombre? No es necesario usar de este preámbulo; la cosa por sí misma lo dirá; las palabras deben al instante leerse escritas en tu frente,

---

cioni numeraret orasse, quando Athenis ipsa mors daretur venum.» Con todo, Valerio Max., lib. III, cap. VIII, hace el siguiente elogio de Foción: «*Placidi, et misericordes, et liberales, omnique suavitate temperati mores Phocionis, quos optimè profectò consensus omniam bonitatis cognomine decorandos censuit; itaque constantia, quæ naturâ rigidior videbatur, lenis è mansueto pectore fluxit.*» Con lo cual se desvanece la sospecha que tenía M. Aurelio.

(1) Lo mismo aconseja Epicteto, lib. II, cap. XIII. Da la razón San Ambrosio: *Multi hominibus justi videntur; pauci Deo; aliter enim hominibus, et aliter Deo: hominibus secundum faciem, et speciem externam; Deo secundum veritatem, et virtutem internam.*

(2) Con esto quiere hacernos ver la inconstancia humana y la diversidad de acciones nacidas de la pasión.

y al punto manifestarse en los ojos cuál sea tu interior (1), al modo que un amante al momento lo conoce todo en los ojos de la persona amada. En suma, conviene que el hombre sincero y bueno sea tal cual es el que huele mal, para que al mismo tiempo de acercarse á él conozca y eche de ver, quiera ó no quiera, su candor, pues la ingenuidad afectada es de persona doble, y nada hay más abominable que la amistad de lobo. Huye de este vicio con más particularidad que de los demás. Un hombre de veras bueno, sencillo y benévolo manifiesta esto propio en los ojos, sin que pueda ocultarlo.

El alma tiene en su mano el poder vivir una vida felicísima, si mira sin distinción lo que es indiferente; pero se portará con indiferencia si á cada cosa la considerare ya por partes, ya en general, y se acordare que ninguna nos obliga á formar juicio sobre ellas, ni menos nos sale al encuentro, sino que se está muy quieta, siendo en realidad nosotros los que hacemos nuestros juicios acerca de ellas, y como que los esculpimos en nuestra alma, pudiendo no sólo no grabarlos, pero aun borrarlos al punto, si por descuido se nos hubiese impreso alguno. Pero ¿qué dificultad hay en que esto se haga bien, reflexionando que semejante cautela durará por poco

(1) La sentencia está bien fundada, y como tal puede corroborarse con lo que había escrito Cicerón, *De orat. perfect*: «Ut imago est animi vultus, sic indices oculi.» San Ambr., *Hexam.*, lib. VI, cap. IX: «Imago quædam animi loquitur in vultu.» Lactant., *De Opiffic. Dei*, cap. VIII: «Mens est quæ per oculos ea, quæ sunt opposita, transpicit, quasi per fenestras lucente vitro, aut speculari lapide obductas, et idcircò mens et voluntas ex oculis sæpe dignoscitur.».

tiempo, y que al cabo se terminará la vida? Pues si ello es conforme con la Naturaleza, alégrate con eso mismo, y luego se te hará bien fácil de llevar; pero si es contra la Naturaleza, examina lo que te corresponde según tu propia naturaleza, y al punto corre tras ello, aunque no sea cosa de mucho honor; porque se debe disimular con cualquiera (1) que busca su bien propio.

Examina de dónde ha salido cada cosa, de qué está compuesta, en qué otra cosa se mudará, cuál será después de mudada, cómo por fin ningún mal la sucederá *por la mutación.*

Pero es digno de mayor examen lo siguiente: en primer lugar, cuál sea la conexión que yo tengo con los mismos hombres, ya porque hemos nacido para ayudarnos recíprocamente, ya porque yo por otro título especial les estoy obligado (2), habiendo sido encargado de conducirlos, como el morueco guía el rebaño y el toro la vacada. Luego después remonta

(1) Dos sentidos, y ambos á dos legítimos, puede tener esta sentencia: el uno, que se debe perdonar al que obrando mal se persuade que en ello busca su bien, aunque con su injuria nos cubra de infamia; el otro, que es razón disimular con todo aquel que, con el fin de buscar su bien en una acción conforme á su conciencia, se abate á lo que se tiene á menos valer; y esto es más adaptado al asunto.

(2) Las palabras προστησόμενος αὐτῶν γέγονα pueden tener dos interpretaciones: la una, que M. Aurelio, como emperador, tenía la obligación de gobernar á los hombres, y parece que este es su intento; la otra, que como filósofo debía sobresalir por su buen ejemplo entre todos. Hace bien nuestro Emperador en no desdeñarse de la comparación insinuada, siendo los príncipes unos pastores consagrados al cuidado de sus pueblos. Homero, hablando de Ulises puesto al frente de sus tropas, lo comparaba á un carnero.

más alto la consideración, que si los átomos no reinan, todo por consiguiente lo gobierna la Naturaleza: si esto es así, lo inferior se hizo por causa de lo superior, y las cosas sobresalientes las unas por razón de las otras.

En segundo lugar, qué tales son á sus mesas, en sus camas y lo demás. Pero reflexiona con particularidad en qué necesidad tan dura les ha puesto su mismo modo de pensar, y con cuánta ostentación y pagados de su dictamen prosiguen en sus errores.

En tercer lugar, que si éstos ejecutan eso con la rectitud debida, no es razón que nos indignemos contra ellos; pero si no obran rectamente, ya se ve que lo hacen sin plena libertad y por su ignorancia. Pues todo hombre, del mismo modo que mal de su grado carece de la verdad, así también se halla falto del conocimiento con que debe portarse con cada uno según lo merece; por eso llevan con impaciencia (1) el oirse llamar injustos, ingratos, avaros, y, en una palabra, faltos de caridad para con el prójimo.

En cuarto lugar, que tú también cometes muchos yerros y eres otro tal como ellos (2); y aunque te

(1) ¡Ah! que no es esa la razón las más de las veces, sino que nadie consiente que le den en público esos bellos títulos de infamía, aunque conozca bien que le son debidos por lo que en su interior comete adredemente. Los hombres no quieren ser buenos é intentan parecerlo; eligen ser malos y rehusan pasar plaza de tales.

(2) Yo no sé lo que M. Aurelio tendría en su pecho; lo que veo es que esta confesión está llena de la más profunda humildad, virtud que si no la alcanzó la Filosofía, por lo menos conocida la aprobó, y aprobada la recomendó: «Nemo invenitur, qui se possit absolvere: et innocentem quisquis

abstienes de caer en ciertas faltas, con todo, tienes en tu interior (1) una tácita disposición para hacerlas, bien que por cobardía, ó por el qué dirán, ó por otro fin siniestro dejes de incurrir en semejantes delitos.

En quinto lugar, que tú no estás bien cierto y seguro si ellos pecan ó no, porque muchas cosas se ejecutan por vía de providencia, ó sea razón de economía (2), y sin duda es necesario enterarse primero

---

se dicit respiciens testem, non conscientiam.» Séneca, *De Ira*, lib. I, cap. XIV. Hor., sátir. 3:

Vitia habes alia, etiam haud fortassè minora.

(1) La sentencia dice dos cosas muy al caso: la una, que atendiendo cada uno á su flaqueza, hará bien en ser antes benigno que severo con quien comete alguna fragilidad, y más ignorando si le sucederá igual desgracia, lo que confirma Aristót., *De Rhet. ad Alexand.*, cap. XXXVII; la otra, que la virtud no está absolutamente en dejar de hacer una acción mala, ni la injusticia en abstenerse precisamente de hacer injuria, sino en no querer hacerla, por más que pueda, llevado del amor del bien.

(2) La economía de que habla M. Aurelio, muy usada entre los filósofos antiguos, pide mucha cautela para que no degenere en vicio. Ella consiste en una acción hecha con buen fin, pero no siempre sin alguna apariencia de mal á los ojos del vulgo. No es necesario manifestar el intento, siendo de suyo constante y claro que si la acción es por sí misma contra la ley natural, ó absolutamente ilícita, toda economía será una prevaricación verdadera; mas si sucede que el hecho sólo en lo exterior tenga visos de malo, y por las circunstancias ocultas á los que lo miran, y bien meditadas por quien lo ejecuta pueda referirse á mayor bien, podrá cohonestarlo la economía: ni deberán los que lo miran condenar lo que no entienden, sino pensar que algún bien oculto es el resorte que mueve á obrar con una irregularidad aparente. Quien quisiere ver esto confirmado con varios ejemplares, lea el Gatakero, el cual cita á Orígenes, San

de muchas particularidades para que uno pueda echar el fallo sobre una acción ajena.

En sexto lugar, que cuando te indignares sobremanera ó recibieres algún pesar, debes acordarte que la vida de los hombres es momentánea (1), y que dentro de poco todos desapareceremos.

En séptimo lugar, *persuádete* que no son las acciones ajenas las que nos inquietan, puesto que ellas se quedan allá dentro del alma del otro, sino que realmente son nuestros modos de opinar; deponlos, pues, de tu imaginación, y resuélvete á echar de tí ese juicio formado como si hubiera sido acerca de una cosa en la realidad grave, y con eso sobre la marcha se te habrá ido la cólera.—Pero ¿cómo me lo quitaré de la cabeza?—haciéndote la cuenta que aquello no te causó infamia; porque si no fuese verdad que lo infame sólo es mal á quien lo comete, sería necesario (2) que tú sin culpa tuya pecases en infinitas cosas; que fueses un ladrón y un malhechor rematado.

Lo octavo, que la ira y el dolor concebido por la culpa ajena, nos acarrean más grave daño (3) del

---

Crisóstomo, San Jerónimo y San Agustín, quienes reconocen la dicha economía en la altercación de San Pedro y San Pablo, cuando éste en Antioquía reprendió á aquél públicamente.

(1) Eurípides, *Supplic.*, fué del mismo parecer.

(2) La consecuencia que M. Aurelio saca de esta doctrina es evidente, si se habla del delito personal; porque claro está que siendo tantos y tan varios los pecados ajenos, si éstos fuesen culpa de quien no los comete, aun el mayor santo sería un grande diablo.

(3) Es cierta la sentencia, visto que por la experiencia sabemos que los movimientos de las pasiones son los que más nos mortifican.

que nos podrían causar aquellas mismas faltas por las cuales nos irritamos y resentimos.

Lo nono, que la muchedumbre, si fuere natural, sin afectación ni fingimiento será invencible. Porque ¿qué te podrá hacer el hombre más insolente si tú perseverares siéndole benévolo y si lo permitieren las circunstancias lo exhortares con mansedumbre, y en aquella misma ocasión en que intentare hacerte mal, lo amonestares con mucha paz (1) dándole el desengaño siguiente?—¡No, hijo mío, no; para otro fin hemos nacido; tú á mí no me acarreas mal alguno; á tí sí que te perjudicas, hijo mío!—Haciéndole tambien ver con discreción y en general, que ni las abejas suelen proceder así, ni otra especie de animales, por naturaleza sociables, se porta de esta manera; conviene, pues, hacerlo sin ironía ni improperio, antes bien, con un amor muy sincero y un ánimo nada exasperado (2), ni menos como maestro que reprende en pública escuela (3), ni con el fin de causar admiración á quien estuviere

---

(1) Platón, *Polit.*, lib. XIV, era del mismo dictamen.

(2) Nada es tan necesario como la caridad y buen modo en la corrección; y así, escribe Séneca, *de Clem.*, lib. I, capítulo XVII. *Agat princeps curam non tantum salutis, sed et honestæ cicatricis.* Y San Agustín, Ep. 159: *Sic succense iniquitati, ut consulere memineris humanitati.*

(3) Καὶ μὴ ὡς ἐν σχολῇ, puede aludir á la aspereza de un maestro, τὴν παῤῥησίαν παδαγωγικὴν, que en presencia de los estudiantes reprende á un discípulo; ó si no, se puede aplicar á la costumbre de las declamaciones que se recitaban públicamente en las escuelas, teniendo no pocas veces por asunto una invectiva que se llevase el aplauso de los circunstantes, á lo cual, sin duda, hacen alusión aquellas palabras: μηδὲ ἵνα ἄλλος παραστὰς θαυμάσῃ.

á su lado, sino como si le hablases á solas (1), por más que algunos otros se hallen presentes.

Ten presente en tu memoria estos nueve capítulos como otros tantos dones recibidos de las Musas, y empieza alguna vez, mientras te dura la vida, á ser de veras hombre; pero igualmente debes guardarte de enojarte contra los hombres que de adularlos, pues ambas cosas violan (2) el derecho de sociedad y causan infinito daño al público. Mas contra la ira debes tener pronta la reflexión de que no es propio de un hombre el enojarse; antes bien, así como es más humano, también es más varonil el ser manso y sosegado, participando éste de gran vigor, resistencia y fortaleza, no aquel que se impacienta y da por ofendido, porque cuanto más uno se acerque á la inmunidad y exención de pasiones, serán tanto mayores sus fuerzas. Y á la verdad, al modo que la tristeza es propia de un ánimo débil (3), así también

(1) Así quiere el Salvador, que se haga la corrección antes que se propale la falta del prójimo que necesitare de este remedio. *Matth.*, cap. XVIII, v. 15. Platón, viendo que Sócrates estando á la mesa reprendía á un doméstico, le dijo: *¿No sería mejor que eso se lo dijeses á solas?* Y Sócrates le respondió: *¿Y tú no hubieras hecho más bien diciéndome esto mismo en secreto?*

(2) No es fácil de resolver cuál vicio sea más pernicioso á la sociedad, si la ira ó la lisonja: ambos son perjudiciales, visto que sirven de obstáculo á quien debe seguir el camino de la verdad; y la lástima es que siempre reinaron entre los hombres. Livio, *Hist.*, lib. XLV, hablando de los que servían al rey Perseo, dice: *Servire regibus humiliter, aliis superbè imperare assueti.*

(3) Aristóteles, *Rhet.*, lib. II, cap. IV, supone por inseparable la ira del dolor. Y no hay duda que el iracundo da indicios de un ánimo pusilánime, no hallándose con valor para reprimir la ciega pasión de la cólera.

lo es la ira, pues uno y otro son heridos y se dan por vencidos de semejantes pasiones.

Pero si quieres, puedes también recibir del presidente (1) de las Musas el décimo regalo, á saber: que es propio de un maniático el pretender que no pequen los malos, porque esto es desear un imposible; pero el consentir que ellos sean tales como los demás, y al mismo tiempo querer que no te perjudiquen á tí en cosa alguna, esa es una pretensión inicua y tirana.

Debes principalmente estar observando de continuo cuatro inclinaciones del espíritu (2), y después que dieres con ellas, procurarás echarlas de tu imaginación, hablando así con cada una en particular: *con la sospecha*, no viene al caso ese juicio vano; *con la murmuración*, esa de suyo es destructiva de la sociedad; *con la ficción*, eso que vas á decir no es conconforme á lo que sientes; debes, pues, reputar por una de las cosas más absurdas el hablar contra tu propio sentir; queda, finalmente, en cuarto lugar *la intemperancia*, con la cual te afrentas á tí mismo, porque con ella se da por vencido el espíritu, parte la más divina, y se pone bajo los pies de tu cuerpo,

---

(1) M. Casaubono honra con este título de *Musegeta* á Hércules; pero vista la autoridad de Máximo Tirio, no queda duda que sólo conviene á Apolo.

(2) Con razón escribe M. D'Acier, que este artículo necesita de mayor luz de la que le habían dado los intérpretes, porque ninguno de éstos nos había mostrado las cuatro inclinaciones, ó sean pasiones del ánimo, que M. Aurelio intenta reprimir, por lo cual he puesto de letra bastardilla en el texto la inclinación contra que habla M. Aurelio, según es la conjetura de M. D'Acier.

parte la más vil y perecedera, haciéndolo esclavo de sus brutales placeres.

Todo lo aéreo é ígneo que se te ha infundido, por más que naturalmente se incline á subirse á lo alto, con todo, obediente á la disposición de la Naturaleza universal, se detiene aquí abajo en esa masa del cuerpo. También cuanto hay en tí de térreo y húmedo, aunque por sí se incline hacia abajo, sin embargo, es elevado y ocupa un puesto que naturalmente no le corresponde. Y es de advertir, que á este modo, los elementos obedecen también á la Naturaleza del universo, puesto que permanecen en donde fueron colocados con violencia, hasta que allí mismo se les haya dado de nuevo la señal (1) de la disolución. ¿Pues no es una enormidad (2) que sola tu parte intelectiva sea desobediente y que no se halle contenta en su destino? Y más, que á ésta no se la encarga cosa alguna violenta, sino sólo lo que es conforme con su naturaleza; pero ni aun por eso se contiene, antes bien, sigue el partido contrario, porque ese movimiento que la inclina á la injusticia, al lujo, á la tristeza y al miedo, no es otro que

(1) Aquel τὸ ἐνδόσιμον, á juicio de Gatakero, puede ser en la música la señal que se da para empezar el canto; en la náutica aquel *celeusma* ó contraseña hecha para maniobrar, y en la milicia será aquel ἀνακλητικὸν aviso para retirarse ó envestir.

(2) El argumento es eficacísimo contra la desobediencia de una naturaleza racional, la cual, hecha libre con el fin de que voluntariamente se sometiese á las órdenes de su autor, y que por este singular beneficio se reconociese más obligada al obsequio, sin embargo, se levanta contra quien la hizo, no sirviéndola de ejemplo el ver todas las demás criaturas rendidas á la voluntad de su Criador.

una separación del camino recto de la Naturaleza. Y en realidad el espíritu, cuando lleva á mal alguno de los sucesos, entonces también desampara su puesto, ya porque él no menos ha sido hecho para mantener la conformidad y piedad que para guardar la justicia, ya porque también esas virtudes contribuyen al buen orden y conservación de la sociedad, además de ser más antiguas (1) y de mayor mérito que los oficios de la misma justicia.

Aquel que no se propone siempre un mismo blanco en el vivir, no puede ser uno mismo en todo el curso de su vida, y á no añadir también cuál deba ser ese blanco, tampoco basta lo dicho. Porque así como no (2) es una misma la opinión acerca de todas aquellas cosas que general y vulgarmente parecen buenas, por más que sea muy semejante la idea formada respecto de algunas otras, á saber, de las que se refieren al común de los hombres; á este modo también conviene que uno se proponga un blanco conducente al bien público y útil á la sociedad, pues el que dirija á este fin todos sus intentos y conatos, guardará uniformidad en to-

---

(1) Antes nos había dicho M. Aurelio que la justicia era la más antigua de todas las virtudes, y que de ella procedían las demás; pero entonces la tomaba en un sentido general, y ahora habla de la piedad en todo rigor, reputándola por la virtud que se ejercita en acciones más sublimes, atendiendo al objeto á que se dirigen.

(2) La suma de este artículo se reduce á que el objeto de nuestras acciones deba ser un bien no opinado, sino verdadero y reputado por tal de todos, cual es el bien conducente á la sociedad, sobre lo que concuerdan aun aquellos que no opinan así respecto de otros bienes, como tiene dicho M. Aurelio en otras partes.

das sus acciones, y con eso será siempre uno mismo.

Reflexiona sobre la fábula (1) de los dos ratones, el uno silvestre, y el otro doméstico; y observa el temor é inquietud de éste.

Á las opiniones del vulgo solía Sócrates (2) llamarlas cuentos de brujas y espantajos de niños.

Los Lacedemonios en sus espectáculos solían poner á la sombra asientos para los extranjeros (3); mas ellos se sentaban donde quiera que se les proporcionaba.

Sócrates reconvenido por Perdicas por qué no le iba á visitar: «Por no tener, dijo, un fin el más desgraciado; esto es, por no verme en la dura necesidad

---

(1) Esta fábula se halla escrita con todo el primor y gracia posible en Horacio, *Serm.*, l, 2, sát. 6.

(2) Sócrates, en los diálogos de Platón *in Critone*, enseña que las opiniones del vulgo se deben despreciar. Pero Epicteto, *Dissert.*, lib. II, cap. I, se explica mejor, diciendo que el destierro, trabajo y la muerte en sí no son temibles sino por los juicios formados acerca de ellos, y que por lo mismo hacía bien Sócrates en llamarlos *espantajos.*

(3) Con el ejemplo de los Lacedemonios, que ponían todo su esmero en obsequiar á los forasteros, descuidando absolutamente su propia comodidad, sin duda nos quiere persuadir M. Aurelio que debemos usar severidad con nosotros mismos, estando muy lejos de tratar así al prójimo. Esta atención con los huéspedes en Esparta sólo tiene lugar en los últimos tiempos de la República, cuando ya se les permitía entrar en ella, como se ve por el decreto que refiere Eliano, lib. II, cap. XV, y fué publicado por los Éforos: *Se da permiso á los Clazomenios de faltar al decoro;* aludiendo á que éstos se habían portado indignamente con los magistrados. Porque á los principios Licurgo había prohibido admitir en Esparta á los forasteros; ὅπως οἱ παρεισρέντες μὴ διδάσκαλοι κακοῦ τινος τοῖς πολίταις ὑπάρχωσι, *para que, concurriendo ellos, no fuesen de algún mal ejemplo á los ciudadanos.* Plutarco, *in Inst. Lacon.*, trae esta ley.

de no poder corresponder al beneficio que hubiere recibido.»

En los escritos de Epicuro se hallaba este aviso: que debe uno de continuo llevar presente en la memoria alguno de aquellos hombres antiguos que se dedicaron con esmero al ejercicio de la virtud.

Los Pitagóricos encargaban que bien de mañana mirásemos al cielo, para que, haciendo memoria de aquellas sustancias que siempre siguen un mismo curso y concluyen de una misma manera su obra, nos acordásemos de su orden, pureza y desnudez; porque los astros no tienen velo alguno *con que cubrirse*.

Imagínate cuál estaría Sócrates medio envuelto con una piel, cuando su mujer Xantipa (1), tomándole sus vestidos, se salió de casa con ellos; y acuérdate de lo que Sócrates dijo á sus compañeros, corridos y resueltos á retirarse cuando le vieron en semejante traje.

No podrás ser maestro en el arte de leer y escribir sin que primero hayas sido buen discípulo: esto con mucha mayor razón se deberá aplicar al arte de vivir (2).

Tú naciste siervo; no debes hablar (3).

---

(1) Eliano, *Hist. var.*, lib. VII, cap. IX, pone en duda el hecho de Xantipa, asegurando que esto se ha verificado varias veces en la mujer de Foción, pero que la mujer de Sócrates no hizo semejante cosa.

(2) Cicerón, *de Leg.*, lib. III: *Qui benè imperat, paruerit aliquando necessè est: et qui modeste paret, videtur, qui aliquando imperet, dignus esse.*

(3) Este es un senario proverbial que trae Filón *in lib. de Libert. viri boni*, y que confirma Gatakero con otros varios ejemplares.

Se alegró interiormente mi corazón (1).

Á la virtud insultan (2) con denuestos.

Es propio de un loco buscar (3) higos en el invierno: cerca le va aquel que clama por el hijo perdido, cuando ya no se lo restituirán jamás.

Epicteto persuadía á un padre que estaba besando á un hijo chiquitito, para que dijese dentro de sí: *tal vez morirá mañana.*—¡Ah, que eso es un mal agüero! —Nada, respondió Epicteto, de cuanto significa un efecto natural puede ser cosa infausta, sino es que tengas por mal agüero el que las espigas hayan sido segadas.

La uva verde, la madura y la pasa, todas son mutaciones, no en la nada, sino en lo que entonces no existe aún.

Es sentencia de Epicteto que la voluntad no está expuesta á ladrones.

Decía el mismo Epicteto que debía uno aprender el arte de dar su consentimiento. Y por lo que toca á los ímpetus de las pasiones, convenía poner mucha atención para obrar con la reserva debida, con el fin de que las acciones miren al bien público y para que tengan por objeto el mérito correspondiente á cada cosa; y así es igualmente necesario abstenerse en un todo del deseo como de la aversión á nada de cuanto no penda de nuestro arbitrio.

---

(1) Este es un emistiquio de Homero, *Od.* ι', v. 413, en donde Ulises se alegra de ver que había burlado al Cíclope con su nombre οὔτις.

(2) Alude al verso que trae Hesiodo, lib. I, 'Εργ, v. 184.

(3) Con esta especie de proverbio: Σῦκον χειμῶνος ζητεῖν, conjetura D' Acier que M. Aurelio se consolaba en la temprana muerte de su hijo Vero.

Luego no son nuestras porfías, aseguraba el mismo, sobre cosas de poco más ó menos; sino sobre si somos ó no somos locos.

Sócrates hacía el siguiente argumento (1): ¿Qué apetecéis? ¿Deseáis tener almas de racionales ó de irracionales?—Las queremos de racionales.—¿De qué racionales, de los buenos ó de los malos?—De los buenos.—¿Pues por qué no las buscáis?—Porque las tenemos ya.—Luego ¿por qué andáis riñendo y porfiando?

---

(1) No consta en qué lugar haya dicho esto Sócrates, según la opinión de Gatakero, el cual tampoco se atreve á decidir si ha escrito M. Aurelio ὡς ὁ Σωκράτης ἔλεγε, haciendo relación á las palabras antecedentes; de las que se halla algún rastro en el *Alcib.* II de Platón.

LIBRO DUODÉCIMO.

Ya puedes, si no te envidias á tí mismo, alcanzar todo aquello á que deseas llegar por rodeos. Sin duda sucederá esto, si dieres de mano á todo lo pasado, dejares también á la providencia lo venidero y sólo encaminares lo presente á un fin piadoso y justo. A la virtud de la piedad pertenece que abraces cuanto te fuere dispensado, puesto que la Naturaleza te lo envió y tú has nacido para ello: á la virtud de la justicia corresponde que digas al mismo tiempo lo que es conforme á la ley y según lo pida el mérito de la cosa. Por lo mismo, no te sirva de impedimento ni la maldad ajena, ni el concepto que formarán de tí, ni los discursos que harán sobre tu conducta, ni mucho menos la pasión de la carne que te estimula, porque allá se lo verá el paciente. Ahora pues, ya que casi estás al fin de la carrera, si tú, separándote de todos los otros cuidados, respetases solamente á tu espíritu y honrases

esa divinidad que en tí tienes, ni temieses al mismo tiempo el morir alguna vez, sino el no haber empezado jamás á vivir conforme lo manda la Naturaleza, vendrías á ser un hombre digno de ese mundo (1), *ó sea de ese Dios* que te produjo, dejarías de ser huésped en tu misma patria, no admirarías como cosa inesperada lo que sucede cada día, y por último, no estarías pendiente de la tal y tal cosa.

Dios ve todos los espíritus desnudos de esos vasos materiales, de esas cortezas y basuras del cuerpo; porque con sola su mente, ó sea virtud intelectiva (2), llega á conocer todas aquellas cosas que de él mismo dimanan (3) y traen su origen. Y si tú te acostumbrases á hacer esto mismo, cercenarías muchas de tus distracciones; pues aquel que no pusiere la mira en la carne de que está rodeado, ni mucho menos (4) pensare en el vestido, en la casa,

---

(1) Los Estoicos reputaban al mundo por un Dios tamaño, á quien deseaban imitar, debiendo seguir al Dios verdadero.

(2) En estas palabras μόνῳ τῷ ἑαυτοῦ νοερῷ se contiene un tratado entero de teología, cuando se habla sobre la ciencia de Dios é inquiere el medio en el cual conozca todas las criaturas. Nada se hallará que disuelva más pronto la dificultad, como el asegurar con M. Aurelio que la virtud ó perspicacia infinita de Dios hace que vea todo lo presente y futuro.

(3) Los Estoicos procedían en el error de que el alma racional era ἀπόῤῥοιάν τινα Θεοῦ, ó como dice Cicerón, *Tusc.*, libro IV: *Humanus animus decerptus ex mente divina*; no admitiendo la creación de los espíritus, que tenían por un vapor, por una exhalación de aquel imaginado Dios de la Estoa, de donde emanaban, según era su modo de opinar.

(4) El intento de M. Aurelio, según nota D'Acier, se reduce á que el alma sólo debe apreciar la virtud, sin hacer mucha estima de los bienes sensibles.

en la fama, ni en todo este aparato y pompa exterior, tendrá una vida tranquila.

Tres son las cosas de las cuales has sido formado (1): cuerpo, alma y mente: las dos primeras en tanto son tuyas, en cuanto es menester que las cuides (2); sólo la tercera es tuya en propiedad. Por lo cual, si tú apartares de tí, estó es, de tu mente, cuanto otros hacen ó dicen; lo que hiciste ó dijiste; lo que imaginado como futuro te perturba; lo que, ahora toque al cuerpo que te circunda, ahora al alma nacida con el cuerpo, no depende de tu arbitrio; en fin, todo aquello que ese torbellino exterior de la Naturaleza de continuo envuelve en sí, de modo que tu mente, ó sea facultad intelectiva, puesta en salvo contra los sucesos del hado, pura y libre de pasiones, viva contenta consigo misma, haciendo lo que es justo, conformándose con lo que suceda y hablando siempre verdad; si tú, vuelvo á decir, apartares de tu mismo espíritu aquellos afectos á que dió lugar por una pasión vehemente, y, no acordándote de lo pasado ni pensando en lo venidero, te hicieres á tí mismo, cual Empedocles describe el mundo, una como (3)

Redonda esfera que gira sin cesar;

y sólo dirigieres tus cuidados á vivir bien lo que

---

(1) Véase el lib. II, § 2, y el lib. III, § 16, en donde trata esto mismo M. Aurelio.

(2) Asentada la verdad de estas dos proposiciones, puede convencerse de poco fundamento la opinión de aquellos defensores del derecho natural, que ponen el sumo bien en el gusto, deleite y suavidad de los sentidos.

(3) El verso á que alude M. Aurelio se atribuye á Parmenides.

vives, á saber el tiempo presente; sin duda podrás pasar el resto de tu vida hasta la muerte con toda tranquilidad, con generosidad de ánimo y perfecta armonía con tu misma deidad, *ó sea parte principal.*

Muchas veces me he maravillado cómo *es imaginable* que amándose (1) cada uno á sí mismo más que á todos, sin embargo estime en menos el concepto propio formado de sí, en comparación del que se merece de otros. Así sucede que si Dios ó un prudente maestro, estando presidiéndonos, mandase á uno de nosotros que nada imaginase dentro de sí, ni discurriera sin que al mismo punto de pensarlo lo profiriese, no habría quien pudiera aguantarlo un solo día: en esa conformidad respetamos más al prójimo, cuando opina algo cerca de nosotros, que á nosotros mismos.

¡Cómo puede ser que los dioses, habiendo dispuesto tan bellamente todas las cosas y con tanto amor hacia el género humano, hayan descuidado de sola ésta, á saber, que algunos de los hombres que hubieren sido del todo buenos, tenido las más de las veces casi correspondencia interesante con Dios, habiéndosele hecho muy familiares y amigos por sus obras santas y funciones sagradas, después que

---

(1) No es de admirar que los hombres se amen más á sí que al prójimo, habiéndose observado esto en todos tiempos, como notaron Sófocles *in Oedip. Colon.*, 'Ονδ' ἔστιν ὡεἰς, ὅστις ὡχ ἀυτὸν φιλεῖ. y Eurip. Med., Φιλεῖ δ' ἑαυτοῦ πλεῖον ὡδεὶς ὡδένα. Pero causa maravilla, el que sin embargo de eso se paguen tanto del aura popular, debiendo tener más aprecio del testimonio de su conciencia, según se explica Cicerón, hablando de sí propio: *Mea mihi conscientia pluris est, quam omnium sermo. Ad Atic.*, lib. XII, ep. 27.

una vez hubieren muerto, no hayan de volver á vivir jamás, antes bien hayan de quedar extinguidos para siempre! Dado caso que eso sea así, ten por cierto que los dioses lo hubieran hecho de otra manera, si hubiera sido del caso hacerlo de otro modo; porque si era justo, también era posible, y si conforme con la Naturaleza (1), esta misma lo hubiera puesto por obra. De aquí es, que sólo porque no sucede de esta suerte, si es que así no suceda, puedes dar por indubitable que no era conveniente que se hiciese en esa conformidad. Y en realidad, bien ves tú mismo que proponiendo esta cuestión, entras á disputar en justicia tus derechos con Dios; los cuales ciertamente no disputaríamos de este modo con los dioses, si ellos no fuesen muy buenos y muy justos; á más de que, si son tales, sin duda no han omitido injustamente (2), ni sin razón dejado

---

(1) M. Aurelio suele entender por Naturaleza al autor del universo: su argumento condicional es convincente, porque asentado el que sea justo aquello de cuya existencia se duda, esto es, verificada aquella primera condición, deberá juzgar todo filósofo que no sólo es posible, sino que después de la muerte hay recompensa ó castigo según las culpas ó los méritos de cada uno.

(2) La reflexión que repetidas veces hace M. Aurelio, con la cual en medio de su ignorancia decide la causa á favor de Dios, *que no sería tal, si no fuese en todo justísimo*, debería llenar de confusión á tanto filófofo moderno, que si no puede formar una idea de la divinidad, de sus atributos y de la vida futura con la misma evidencia, por no decir materialidad, con que forma la de un triángulo, al punto niega y reniega de lo que sólo puede entenderse por ilación necesaria y precisa abstracción, sin hacerse cargo de ser evidente que en infinitas cosas no se puede dudar de la existencia, por más que se ignore el cómo de ella; á no ser que estos materialistas duden de la existencia de su cuerpo, de que

de atender á cosa alguna perteneciente al buen régimen del universo.

Debes acostumbrarte á ejercitarte aun en aquello con lo cual desconfías el poder salir (1); porque la mano izquierda, no siendo á propósito para otras acciones por falta de uso, con todo, mantiene las riendas más fuertemente que la derecha, por cuanto se acostumbró á ello.

Piensa en qué estado de cuerpo y alma conviene que te coja la muerte; reflexiona sobre la brevedad de la vida, la inmensidad del tiempo pasado y lo interminable del venturo, como también en la poca consistencia de todo lo que es material.

Mira las formas ó naturalezas de cada cosa desnudas de sus cortezas; atiende al fin de las acciones; considera qué viene á ser el dolor, qué el deleite, qué la muerte, qué la gloria, cuál es la causa de hallarte implicado en negocios, cómo ninguno puede ser impedido por otro; finalmente, que todo depende del modo de opinar.

En la práctica de los dogmas filosóficos debe uno antes parecerse á un luchador que á un gladiador; porque éste, después que deja de la mano la espada con la cual se valía, allí mismo queda muerto; pero aquél siempre conserva su brazo, ni es menester más que manejarlo con destreza.

Es muy del caso examinar lo que son estas cosas

---

tanto cuidan, ó sepan el cómo se formó por su madre la *Natura pura.*

(1) La misma experiencia nos enseña que la industria y constancia en el trabajo allana las mayores dificultades, y por eso no debemos desmayarnos en las empresas más arduas.

en sí mismas, haciendo la división de su materia, forma y fin.

El hombre tiene tanta facultad (1), que pende de su arbitrio el no hacer sino aquello que ha de ser del agrado de Dios, y admitir con gusto todo lo demás que el mismo Dios le enviare.

En lo que es subsiguiente (2) y conforme á la Naturaleza no debe uno quejarse contra los dioses, porque ni voluntaria ni involuntariamente faltan en cosa alguna, ni contra los hombres, porque en nada yerran espontáneamente, de modo que no se debe culpar á nadie.

¡Cuán ridículo y extravagante es aquel que se admira de cosa alguna de cuantas pasan en esta vida!

O domina una fatal necesidad (3) é inviolable

---

(1) Acerca de esta prerrogativa humana, dada en la primera constitución como un don gracioso sin el cual pudo Dios criar al hombre, y perdida por el pecado de Adán, podemos decir ahora:

Nos quoque floruimus, sed flos fuit ille caducus.

(2) Los Estoicos con estas expresiones, τὸ ἑξῆς τῇ φύσει· τὸ ἀκόλουθον τῇ φύσει, significaban que todos los sucesos humanos eran unos efectos que llevaba de su cosecha la Naturaleza universal, á quien reputaban por impecable, y al hombre que faltase en algo sin querer juzgaban por digno de perdón.

(3) M. Aurelio con este modo de discurrir da á entender que la luz de la razón manifestaba á los hombres el modo de concordar el humano albedrío con la economía divina. No reina el hado, visto que la razón nos mueve á ser industriosos y que nada sería más contra razón que oponer la fuerza humana á la fatal necesidad de una serie inevitable, cuando ni todos los dioses, asidos cada uno de su argolla, podrían prevalecer contra el Jove de Homero, de quien pendiese la

orden, ó una aplacable providencia, ó una temeraria confusión, sin superior que dirija. Ahora bien, si reina una necesidad insuperable, ¿á qué viene la resistencia? Si gobierna una providencia capaz de dejarse aplacar, procura hacerte digno del socorro divino. Pero si todo está sujeto á una ciega confusión, sin que presida algún numen, conténtate con que tienes en tí mismo la mente para que te sirva de conductor (1) y piloto en medio de tan deshecha tempestad. Y caso que las enfurecidas olas te arrollen, procura que solamente lleven tras sí el cuerpo, el espíritu vital y las otras cosas exteriores; pero guárdate bien de que no arrebaten *al mismo tiempo* el alma.

¿Es posible que la luz de un velón no deje de alumbrar ni cese de despedir de sí su resplandor hasta tanto que la apaguen, y con todo, la verdad, la justicia y la prudencia se han de extinguir en tí antes de morir?

Para desechar el pensamiento que te representa con vehemencia el que alguno haya pecado, *di para*

---

cadena. Ni reina la confusión de los átomos, como se hará evidente á todo hombre con sólo el pensar y hacer la reflexión de que ninguno da lo que no tiene, y que el buen orden que se observa en la Naturaleza no puede ser efecto de la temeridad; luego por consecuencia infalible se infiere que reinará una Providencia no inflexible como el orden insuperable del hado, ni temeraria como el torbellino inconstante de los átomos.

(1) Séneca, habiendo hecho un argumento muy semejante al de M. Aurelio, concluye en la ep. 16: «Philosophia nos tueri debet: hæc adhortabitur, ut Deo libenter pareamus, ut fortunæ contumaciter resistamus: hæc docebit, ut Deum sequaris, feras casum.

contigo:—¿Qué sé yo si eso ha sido pecado?—y si es que pecó:—*¿Cómo me consta* si se ha echado á sí mismo la culpa? pues de ese modo se parecería al que se arañase (1) el rostro de puro dolor. Por lo mismo *reflexiona* que quien pretende que el malo no peque se asemeja al que no quiere que la higuera lleve leche en los higos, que lloren los niños recién nacidos, que relinche el caballo, ni que sucedan otras cosas naturalmente necesarias. ¿Pues qué podría hacer quien se hallase con tan mal hábito? por eso si te tienes por capaz y estás expedito, remedia ese mal y cúrale.

En realidad todo tu deseo debería encaminarse á que no hicieses cosa á no ser que fuese decorosa, ni dijeses palabra á no ser que fuese verdadera.

En todo y por todo conviene siempre considerar qué es lo que excita esa idea en tu imaginación; como que está á tu cuidado poner en claro eso mismo, haciendo la división en forma, materia, fin y tiempo dentro del cual ha de terminar.

Acaba de reconocer alguna vez que en tí mismo

---

(1) El arañarse las mejillas era una ceremonia lúgubre que se usaba también en señal de gran arrepentimiento, el cual, siendo verdadero, causa mucha pena al paciente, como consta por la experiencia, y lo confirma Séneca, *De Ir.*, lib. III, cap. XVI: «Maxima est factæ iniuriæ pœna, fecisse: nec quisquam graviùs afficitur, quàm qui ad supplicium pœnitentiæ traditur. Nulla major pœna nequitiæ est, quàm quòd sibi displicet.» Aun en el día de hoy esta ceremonia se ve practicada entre las gitanas, que en la muerte de sus parientes y conocidos se arrancan los cabellos y arañan las mejillas. También puede hacer relación al duelo extraordinario de las moras, que en semejantes casos se arañan los rostros, y convidándose las unas á las otras para este ministerio, repiten incesantemente la admiración *matrahali*.

tienes alguna cosa más excelente y divina que aquello que excita en tí los afectos y te agita enteramente á manera de un títere. *Y entonces pregúntate*: ¿Cuál es ahora mi pensamiento? ¿Acaso el miedo? ¿La sospecha? ¿La lascivia? ¿Por ventura ha sido algún otro *ímpetu* de esta clase?

Procura en primer lugar no hacer cosa alguna temerariamente y sin designio, en segundo lugar, que tus acciones no hagan relación á otra cosa alguna que á un fin útil al bien público.

Hazte la cuenta que dentro de poco ni tú mismo, ni cosa alguna de cuantas ahora ves, ni otro alguno de los que al presente viven, estaréis en parte alguna, porque todas las cosas de suyo nacen expuestas á la mutación, conversión y corrupción, para que de sus ruinas se hagan después otras cosas nuevas sucesivamente.

Persuádete que todo es una aprensión y que ésta pende de tí. Borra, pues, esa imaginación cuando quieras, y en esa conformidad en todo serás firme, así como el que dobló un cabo tiene suma tranquidad y logra un puerto adonde no llegan las olas.

Una, y cualquiera acción que se termina á su tiempo, nada desmerece por haberse terminado, ni menos recibió menoscabo alguno quien la puso en ejecución, sólo por eso de haberla concluído: luego del mismo modo el conjunto de todas las acciones en que consiste la vida, si á su tiempo cesare, sólo por eso de haber cesado no recibirá algún daño, ni será malamente vejado el que con oportunidad hubiere dado fin á la serie de sus acciones. Pero es de advertir que la Naturaleza mide el tiempo y señala el fin de la vida, aunque alguna vez lo hace también la

naturaleza particular (1) de cada uno, como sucede al que muere en la vejez, si bien la Naturaleza universal generalmente es la autora, procediendo de ella el que, mudando y renovando las partes, se mantenga siempre todo el mundo como recién hecho y muy vigoroso. Además de que todo lo conducente al universo siempre es bueno y tempestivo: luego el fin de la vida realmente no es mal para ningún particular no siendo disforme, supuesto que no pende de nuestra elección, ni tampoco se opone al orden natural; ántes bien, es bueno, visto que es oportuno, congruente y adaptado. Y á la verdad de esta manera sería dirigido por un Numen el que se conformase en todo con Dios y se encaminase con fina voluntad al mismo fin.

Conviene tener muy presentes estas tres cosas: Primera, que cuanto pusieres por obra no lo hagas temerariamente ni de otro modo que como lo haría

(1) M. Aurelio afirma dos cosas al parecer opuestas, pero en realidad muy coherentes: la una, que la *Naturaleza universal* siempre señala á cada cosa su fin determinado: verdad evidente en cuanto siempre Dios, ó por sí ó por las causas segundas gobernadas con previsión de todo, da fin á cada cosa que se acaba, en el cual sentido dijo Virgilio, lib. x: *Stat sua cuique dies;* y Séneca, ep. 69: *Nemo nisi suo die moritur.* La otra, que alguna vez la naturaleza particular define y pone término á la vida; lo cual, bien entendido, no es otro sino que la constitución y complexión de alguno alarga la vida hasta aquel tiempo que, atendido el curso de las otras causas comunes, le es natural, si bien esto rara vez sucede, á causa del vicio y desorden libre de la voluntad, gobernada por la pasión y apetito desordenado. De donde nace también que muchos se abrevian la vida y se quedan á la mitad de la carrera, que hubieran concluído enteramente, si con sus excesos no se hubieran debilitado las fuerzas y cortado los vuelos.

la misma justicia; pero en lo que mira á los acontecimientos exteriores, persuádete, ó bien sucedan ellos por acaso, ó por providencia, que no por eso debes quejarte de la fortuna, ni menos echar la culpa á la Providencia. La segunda, el que reflexiones cuál es cada uno desde su concepción (1) hasta el tiempo de animarse y desde la animación hasta restituir el alma; como también de qué partes se compuso y en cuáles se disuelve. La tercera, que si levantado en alto y con espíritu elevado considerases atentamente las cosas humanas y comprendieses cuánta es su diversidad, observando al mismo tiempo cuánto es también lo habitado por todas partes de vivientes aéreos (2) y etéreos, verías al fin, por más veces que te remontases, que son de un mismo aspecto y de breve duración aquellas cosas sobre que fundas tu vanidad.

Echa fuera de tí esa aprensión, y con eso te preservarás de todo mal; pues ¿quién podrá impedir el que te sacudas de ella?

---

(1) Era uno de los errores estoicos que el feto no se animaba hasta el mismo punto en que saliendo del útero materno, empezase á respirar libremente, según consta de Plutarco, *de Plac. Philos.*, lib. v, cap. xv, y refiere Tertuliano, *de Anim.* cap. xxv. Prescindiendo ahora de las varias opiniones que hay sobre el tiempo de la animación, sólo opondré á la sentencia de los Estoicos la autoridad de Lactancio, *de Opific.*, cap. XVII: *Anima non est* (quod Varro dixerat) *aër ore conceptus; quia multo priùs gignitur anima, quàm concipit aër possit. Non enim post partum insinuatur in corpus, ut quibusdam philosophis* (Stoicis scil.) *videtur, sed post conceptum protinus, cùm fœtum in utero necessitas divina formavit.*

(2) Vé aquí una paradoja enseñada por los Platónicos y sin duda por los Estoicos acerca de los vivientes ó demonios etéreos, aéreos, acuátiles y terrestres.

Siempre que te resintieres de algo, será señal de tener olvidado (1) el que todo sucede conforme con la naturaleza del universo y que la falta cometida por otro no te perjudica. A más de esto, también te has olvidado de que todo lo sucedido siempre aconteció en esa conformidad, y acaecerá en lo porvenir como ahora se hace, ni te acuerdas cuánto sea el parentesco de un hombre con todo el linaje humano, no siendo á la verdad por enlace de carne y sangre, sino por la participación común de una misma mente. Por último, también pusiste en olvido que la mente de cada uno es un dios (2), y que provino de la Divinidad; que nadie tiene cosa alguna propia, antes bien, hijos, cuerpo y aun la misma alma nos vino de Dios; que todo es una mera opinión; que sólo vive cada uno el tiempo presente, y que eso mismo pierde solamente al morir.

Conviene hacer de continuo un recuerdo de aquellos hombres que se indignaron excesivamente con algún motivo, de los que vivieron con grandes honores ó sumas calamidades, de los que han tenido ruidosas enemistades ó han florecido en cualquiera género de fortuna; después deberás preguntar: —¿Adónde están ahora todos aquellos?—Se convirtieron en humo y ceniza, y pasan por fábula, ó ni menos se tienen por fábula. Por fin conduce tam-

---

(1) Será bueno añadir al argumento que nos hace M. Aurelio lo que escribe San Bernardo, *de Consider.*, lib. II: *Sic se habent corda mortalium; quod scimus cum necesse non est, in necessitate nescimus.*

(2) Eurípides usa de la misma exprexión con que se explica M. Aurelio, para decirnos que la mente de cada hombre es un dios.

bién el que te ocurra al pensamiento todo lo de esta clase; por ejemplo, cuál fué Fabio Catullino (1) en su granja; Lusio Lupo y Stertinio en Baías; Tiberio en Caprea, y Velio Rufo, y en suma, la gran diferencia en todo, junto con una vana presunción de sí mismos. Y no se te pase por alto cuán vil era todo aquello que los traía fuera de sí, y cuánto más conforme es con la filosofía el que uno mismo, según se le ofrezca, se muestre justo, prudente, siguiendo á los dioses á cara descubierta y con sencillez, porque nada (2) hay tan insufrible como la presunción insolente, disfrazada con capa de humildad.

---

(1) La memoria de estos hombres se halla tan obscurecida, que ni el Gatakero se atreve á decirnos á punto fijo quienes fuesen: pero nota que se halla un Q. Fabio Catullino en los Fastos *V. C.* 883, siendo cónsul Adriano; bien que en los Fastos griegos dados á luz por Scalígero lo llama *Catulino*, no *Catullino*. De Lusio Lupo, ó sea Lucio Lupo, como leyeron Xilandro y Casaubono, asegura éste que murió en Baías con Stertinio, y aquél dice que acabó sus días ἐν κήποις, *in hortis*. Lo cierto es, que un Lusio Lupo fué muerto por mandado de Adriano, como refiere Dión, pero no consta si es el mismo de quien habla M. Aurelio, como ni tampoco se sabe si era el Stertinio de que hace mención Tácito, *Annal.*, lib. II, en los tiempos de Tiberio, ó si fué un filósofo estoico que floreció en el imperio de Augusto, del cual habla Horacio, lib. II, ep. 12: *An Stertinii deliret acumen.* Leemos con el Gatakero, Καπρέας. *Tiberii principis arce nobilis*, como escribe Plinio, *Hist. nat.*, lib. III, cap. VI. El Velio Rufo es absolutamente desconocido, á no ser que se halle equivocado por Rufo Helvio, de quien hace memoria Tácito, *Annal.*, lib. III, ó si no, por Vettio Rufo, del cual consta en los Fastos *V. C.*, *an.* 931.

(2) Es muy digna de notarse esta reflexión, y más hallándose confirmada con el dictamen de S. Agustín. *Confess.*, lib. X, cap. XXXVIII.

A los que te preguntaren; ¿en dónde viste á los dioses ó por dónde sabes de cierto que existen para darles ese culto? respóndeles, en primer lugar, que también son perceptibles á nuestra vista (1), además de que, aunque yo no haya visto á mi propia alma (2), sin embargo la respeto también: á un modo, pues, semejante, sé con certidumbre que hay dioses, y los venero por las mismas razones de que experimento en todas partes los efectos de su poder.

La conservación de una vida feliz y ajustada estriba en que uno en todo y por todo discierna cuál es cada cosa de por sí, cuál su materia, cuál su forma; que ese mismo haga con toda su alma lo que es justo, y que siempre trate verdad. ¿Y qué más le falta ya, sino disfrutar el tiempo de su vida encadenando una obra buena con otra mejor, de suerte que no deje el más mínimo intervalo entre las acciones buenas?

Una misma (3) es la luz del sol, por más que se

---

(1) Los Estoicos, fingiendo que los astros eran dioses, admitían visible su divinidad; error que más era para dicho de boca de un cómico que para escrito de pluma de un filósofo. Sin embargo, no faltaron filósofos que confesaron la invisibilidad de Dios, como refiere Justino, *de Monarch.*

(2) El argumento hecho á favor de la existencia de Dios es convincente, y se vale del mismo Theophil., *ad Autolic.*, lib. I. La comparación tomada del alma, la cual conocemos por los efectos que vemos obrados en la materia, de suyo incapaz para ellos, tiene mayor fuerza si se aplica á la Naturaleza del universo, en la cual observamos infinitos efectos que de suyo piden un principio superior á toda materia y cosa criada, no hallándose en ninguna de ellas en particular ni en la suma de todas una razón suficiente ó una determinación necesaria de su ser y existir.

(3) M. Aurelio en este párrafo no pretende más que de-

vea impedida con murallas, montes y otras infinitas cosas; una es la materia común, aunque se halle dividida en infinitos cuerpos de distintas cualidades; una es el alma universal, por más que esté encerrada en infinitas naturalezas y en sus respectivos distritos; una el alma racional, aunque parezca estar separada. Y á la verdad, las otras partes de las cosas insinuadas, esto es, sus formas y materias, carecen de sentido, ni tienen vínculo alguno que mutuamente las una; pero esas mismas las junta la mente universal y el peso que las inclina á un mismo lugar. Finalmente, el alma racional se aficiona con particularidad á lo que es de su mismo género, y se une, sin que este afecto de comunicación ceda á los impedimentos.

---

clarar la mutua inclinación de todas las almas racionales, la cual, con sola la unidad específica ó mutua semejanza de las unas con las otras, queda bastantemente explicada. Con todo, es menester confesar que los Peripatéticos, en especial los Escolásticos realistas, que admitían un universal anterior á la noción ó idea común, defendían que toda sustancia, ora sea material, ora espiritual, es por sí misma indivisible, libre de partes, y que solamente con el socorro de la cuantidad, se extiende y divide. Es de advertir que en la Estoa se daba á aquel grande animal del mundo un alma que lo animase, la cual no debía ser otra que aquel fuego artificioso ó inteligente que lo penetrase todo: sentencia que en la realidad no dista mucho de la de Aristóteles, que admitía una sustancia etérea, agitada en un continuo círculo. Por último, aunque M. Aurelio en los cuerpos no vivos supone materia y forma, sin sentido ni mutuo consentimiento, sin embargo, como los Estoicos componen de todos los cuerpos el grande viviente del mundo, éste, con su alma universal, hace que no sólo en cada cuerpo particular estén unidas entre sí la materia y la forma peculiar, sino que también todos los cuerpos se continúen sin vacío alguno, contribuyendo á esto mismo la inclinación que cada cuerpo tiene á su centro respectivo.

¿Cuál es tú anhelo? ¿acaso tu propia conservación? ¿por ventura el sentir? ¿el moverte? ¿el crecer? ¿el cesar después de crecer? ¿el hablar? ¿el pensar? ¿Cuál de estas cosas te parece acreedora á tu deseo? Pero si cada una en particular la tienes por vil y despreciable, inclínate á este último partido, que es el de seguir la razón y obedecer á Dios, aunque se opone á esta resolución el llevar á mal que por la muerte nos hayamos de privar de alguna de aquellas cosas.

¡Cuán pequeña es la parte de tiempo infinito é inmenso que se ha distribuído y señalado á cada uno! porque realmente desaparece muy pronto en el abismo de la eternidad. ¡Cuán pequeña porción tiene uno de la materia universal! ¡cuán pequeña igualmente te cupo del alma (1) universal! ¡en cuán pequeña gleba de toda la tierra andas arrastrando! Habiendo considerado todo esto, nada te imagines por cosa grande, sino el hacerlo todo como tu propia naturaleza te dirige, y recibirlo como lo envía la naturaleza común.

El espíritu en cierto modo, hace uso de sí mismo, y á la verdad, en esto estriba todo, pues lo demás, ó bien sea voluntario ó indeliberado, es cosa caduca y se reputa por humo.

El mayor desengaño para el desprecio de la muerte, es la consideración de que aun la menos-

---

(1) Bien puede ser que por alma no entienda M. Aurelio sino el aire vital unido á la partícula divina, de las cuales dos partes componía el Pórtico nuestra alma. También puede hablar de la divinidad ó fuego etéreo, de donde no participaba cada Estoico más que una particulita pequeñísima.

preciaron (1) también aquellos que juzgaban el deleite por bueno y el trabajo por malo.

De ningún modo es temible la muerte á quien sólo tiene por bueno lo que es oportuno; á quien lo mismo se le da el poder ejecutar muchas acciones conforme con la recta razón, que el practicar muy pocas; finalmente, á quien mira con indiferencia el contemplar por más ó menos tiempo el mundo ó sus cosas.

¿Has hecho tú, buen hombre, una vida interesante al público en esta gran ciudad del mundo? *luegó* ¿qué te importa el haber sólo vivido cinco años? porque es igual á cada uno lo que se conforma con las leyes. ¿Pues qué mal hay en que te destierre de esa ciudad, no *digo* un tirano ni un juez inicuo, sino la misma Naturaleza que te había introducido? Esto es lo mismo que si el pretor despidiese del teatro el representante que él mismo había recibido. «Pero yo, *dirás*, aun no he representado cinco actos (2), sino sólo tres.» Has dicho bellamente;

---

(1) Gatakero supone que M. Aurelio habla aquí de los Epicúreos, los cuales, sin embargo de que ponían el sumo bien en el deleite y el sumo mal en el dolor, con todo, despreciaban la muerte, como se colige de sus máximas, que pueden verse en Laercio, lib. x, ep. *ad Menœceum*. Y es que, según Epicuro, el bien y el mal consistía en el sentido, del cual se veía privado con la muerte, la que por lo mismo no debía serle temible; pero siempre quedará en pie la duda de que los Epicúreos, colocando toda su felicidad en el gusto, no podían mirar con indiferencia la cesación de esto mismo, supuesto que, en buena filosofía, no es posible que ninguno deje de amar aquello que se le presenta como un puro bien.

(2) Alude sin duda á la costumbre de los cinco actos en las representaciones, sobre lo cual véase á *Hort. in Art.:*

«*Nove minor, neve sit quinto productior actu.*
Fabula, quæ posci vult, et spectata reponi.»

aunque en la vida tres actos solos componen un drama entero, porque determina el fin y cumplimiento de la vida aquel que antes fué causa de tu composición y lo es ahora de tu disolución, sin que tú seas autor de ninguna de las dos cosas. Vete, pues (1), con ánimo alegre, supuesto que quien te despide es benigno y te será propicio.

---

(1) M. Aurelio no pudo concluir más bien su obra que exhortándonos á la resignación y conformidad con la voluntad divina, confesando al mismo tiempo la infinita misericordia y suma bondad de Dios, en quien debemos colocar todas nuestras esperanzas, viviendo en su santo temor y estando siempre inflamados de amor celestial.

CARACTERES MORALES

DE

TEOFRASTO

TRADUCCIÓN DEL GRIEGO

POR

D. IGNACIO LOPEZ DE AYALA

L[illegible]

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Esta obra trata de las costumbres, y hay sobrados motivos para creer que será inútil, porque el ramo primero de literatura que cultivaron los hombres fué la moral, y las costumbres se han corrompido á proporción que más se ha escrito sobre ellas. Parece (por los efectos) que los tratados y doctrina de los filósofos gentiles, y aun las acendradas máximas de los cristianos, han contribuído más á familiarizar los vicios que á corregirlos y exterminarlos. Lo más singular es que nadie pone en duda los principios de la moral; pero obrando en contra de ellos, manifiestan ó que no los crecen, ó que son máximas sólo especulativas que no deben influir en la conducta y comunicación con los demás. No obstante, ya que es cosa desesperada reducir los hombres á que vivan como deben entes racionales; ya que sólo se sirven de la virtud para aparentarla y practicar más á su salvo sus viciosos designios, no será inútil dar á conocer sus errados juicios y equivocaciones, ó

sus astucias y artificios, para precaverse de ellos. Será también provechoso que entiendan los impostores de todas clases que necesitan nuevos recursos, porque habiendo los demás adelgazado su malignidad tanto como ellos, ó tengan el trabajo de inventar otra máscara con que ocultarse, ó no esperen engañarlos con la que tan diestramente han manejado hasta ahora.

Mucho menos esperen los viciosos que se califiquen de acciones heroicas sus desórdenes y solapada conducta.

Pausanias, flojo y desidioso, tan hambriento de honores y rentas, como amigo de guardarlas y omiso en desempeñar su obligación; Pausanias, tan descuidado del bien público como amante de sí mismo, de su interés y adelantamientos; Pausanias, de corazón tan corrompido que inficiona todos sus juicios, informes y palabras; Pausanias, que pretende pasar por *rico-home,* siendo tan obscuros sus principios que nadie los conoce, es un insensato, un loco que atribuye á todos la ceguedad que padece. La malicia es general, y viven muy engañados los que se persuaden que la suya es tan refinada que pueden practicarla sin que se la descubran. Los hombres, por lo general, son inclinados á juzgar mal aun de las acciones buenas; ¿y esperará Democles que le aprueben y alaben su conducta? Debiera contentarse con que lo calificaran sólo de tan malo como es. Ya no es fácil deslumbrar los hombres; sólo sirven virtudes efectivas, y sin éstas no salvará á ninguno su graduación, su estado, dignidad ni empleos del desprecio interior del público. El medio único y seguro de pasar por grande, es serlo.

Pero no se limita la presente obra, en especial las *Reflexiones*, á notar precisamente los defectos, vicios, desórdenes é incomodidades mutuas de los hombres. Promueve virtudes positivas, y dando excelente idea de ellas, pone la felicidad humana (en este mundo) en su ejercicio. Señala el rumbo que debemos seguir para ser útiles á los demás, y por consiguiente á la patria. A las ciencias concede las ventajas que justamente se les deben, y sin omitir la descripción exacta ni las calidades de la amistad sólida y sincera, inculca en todas partes acendradas máximas de moral y razones concluyentes para restablecer y practicar las virtudes domésticas, civiles y políticas.

Resta sólo dar una ligera idea del escritor griego. Teofrasto es el célebre filósofo, discípulo y sucesor de Aristóteles en el Peripato. Floreció por los años 324 antes de Cristo, 429 de la fundación de Roma, y murió de cien años en la olimpiada 123, esto es, 288 antes de Cristo. Aristóteles le mudó su antiguo nombre *Tirtamo* en el de *Eufrasto*, por la excelencia y dulzura de su locución. Después le llamó *Teofrasto*, como si dijese que su lenguaje era divino. Tuvo la gloria de libertar dos veces su patria Ereso de tiranos. Entre otras muchas obras que escribió de Lógica, Física é Historia natural, publicó ésta con el título de *Caracteres morales*, esto es, descripciones de ciertos vicios y costumbres perniciosas ó molestas al trato humano; y ya separada, ya unida con las otras, se ha publicado en griego y en latín. También la han pasado á su idioma los franceses, y corre con estimación la traducción que pubicó por la primera vez La Bruyere en 1688. Boyer los dió á luz en inglés en 1696. El año de 1751 imprimió otra

traducción inglesa el escudero Eustacio Bugdell, en Edimburgo, y es de extrañar que, siendo tan propensa la nación española á las materias morales y políticas, no goce de este opúsculo en su idioma. Muchos sabios extranjeros lo han ilustrado, muchos lo han traducido al latín, procurando todos corregir, ya por conjeturas, ya confrontando el texto con nuevos códices, muchos pasajes en extremo obscuros. De aquí proviene el diverso sentido que han dado á unas mismas proposiciones. Quien más se esmeró en rectificar el texto fué Isaac Casaubón, que añadió los cinco caracteres últimos encontrados en Heidelberg en la biblioteca del Príncipe Palatino. Enrico Estéfano había añadido ocho que se hallaron en varias bibliotecas de Italia, y los quince primeros se copiaron de las Eclogas de Juan Stobeo. No obstante, todos son fragmentos de obra más larga. Para esta traducción no sólo se ha tenido presente el texto de Casaubón y su comentario, impresos en Lyón en 1617, sino el de Juan Cornelio de Paw, en Utrek en 1738, cuyas notas mejoran la lección de muchos pasajes ó muy obscuros ó viciados.

CARACTERES MORALES DE TEOFRASTO.

PROEMIO.

En muchas ocasiones antes de ahora he considerado con admiración, y es verosímil que nunca deje de tenerla, cuál será la causa de que hallándose la Grecia situada bajo un mismo clima ó cielo, y criándose todos los Griegos con una misma educación, resulte que son entre nosotros diferentes las costumbres. En fuerza de esto, oh Policles, habiendo examinado de mucho tiempo á esta parte la naturaleza humana, en el largo espacio de noventa y nueve años que he vivido, y tratado además de esto con muchas y muy diversas gentes, y observado con suma diligencia los hombres, así de buenas como de malas costumbres, tomé la resolución de describir el modo con que unos y otros proceden en la conducta de su vida. Te expondré en consecuencia con especificación todas las costumbres ó modales que

hay en ellos, y de qué forma se manejan en su trato ó gobierno doméstico. En efecto, estoy persuadido, oh Policles, de que serán mejores nuestros hijos siempre que les dejemos estos documentos; pues, teniéndolos presentes como modelos, elegirán los de mejor conducta ó más bien caracterizados para tratar y conversar con ellos, de suerte que no les queden inferiores. Mas ya es tiempo de principiar á tratar la materia, quedando á tu cuidado combinar y examinar si digo mal ó bien. Comenzaré ante todas cosas por los que ponen su conato en proceder con *falsía* ó falsedad; y omitiendo proemios, y el tratar con mucha extensión la materia, la definiré, y describiré á consecuencia el falso, sus cualidades y en qué aspecto se transforma. Después de esto procuraré, como dejo dicho, exponer clara y específicamente otros afectos ó pasiones.

I.

DE LA FALSEDAD Ó SIMULACIÓN.

Definiendo, pues, por mayor la *falsedad*, parece ser: *simulación de acciones y palabras con mal designio.* El *falso*, pues, ó simulado, procede de este modo: va á buscar sus enemigos, queriendo hablarles como si no les aborreciera. Alaba en su presencia los mismos que persigue ocultamente, y se compadece con ellos cuando han salido mal en cualquier negocio. Aparenta conformidad y condescendencia con los mismos que hablan mal de él. Responde con mansedumbre á los que le han injuriado de palabra, así como á los que ha injuriado él mismo y están indignados y quejosos. Ordena á los que desean ansiosamente hablarle que vuelvan en otra ocasión. No confesará nada de lo que hace, sino dice que deliberará. Finge que acaba de llegar, ó que llegó muy tarde, ó que está cansado ó indispuesto del camino. A los que piden prestado á premio, ó para socorrer voluntariamente á alguno que ha quebrado, responde que nada vende, y cuando no vende, ase-

gura que sí. Oyendo alguna cosa, da á entender que no está en ello; viendo, dice que nada ha visto, y si ha convenido en algún trato con toda solemnidad, dice que no se acuerda. De unas cosas asegura que pensará en ellas; de otras, que nada sabe; de essotras, que se admira, y de aquéllas que ya antes había él discurrido lo mismo. En general, le es muy común usar en sus discursos de estas expresiones: *No lo creo; no me lo persuado; pasmado estoy*, y dice *que se ha mudado ó hecho otro.* Además: *No fué esto lo que me expuso. Para mí es esto una paradoja; cuéntaselo á otro. No sé cómo salir, si he de dejar de creerte, ó si he de condenar la veracidad del otro.* Mira, pues, no creas de ligero estas voces engañosas y ambiguas: no hay cosa peor que ellas, y es sin duda más conveniente guardarse de estas costumbres dobles y solapadas, que del veneno de las víboras.

II.

DE LA ADULACIÓN.

Podría alguno verosímilmente entender que es la *adulación: indecente conducta ó comunicación de que se vale el adulador para su utilidad;* y que el *adulador* es tal, que paseándose con otro le dice: *Repara cómo todos clavan en tí la vista: no sucede otro tanto á ninguno de cuantos hay en la ciudad sino á tí. Con mucha gloria*

se hizo ayer conversación de tí en el pórtico (1). *Más de treinta hombres estábamos allí sentados, y viniendo á parar la conversación en averiguar quién era el ciudadano más perfecto, todos comenzaron por tí, y todos convinieron en el mismo nombre.* Otras cosas semejantes habla. Quitará un pelito del vestido de aquel á quien adula; y si el viento ha hecho caer alguna paja sobre el pelo, se la quitará con gran cuidado, añadiendo con cara placentera y mucha risa: *¿Ves? por no haberte venido á ver en dos días, tienes las barbas mezcladas de canas. Mas esto es chanza, que tú, como el que más, tienes para tu edad bien negros los cabellos.* Cuando habla el adulado alguna cosa, manda que callen los demás; le elogia cuando le oye; y haciendo mil demostraciones, exclama cuando el adulado acaba de hablar: *¡Bravo! excelentemente ha dicho.* Si aquél ha satirizado fríamente á alguno, lo celebra á carcajadas; y llevándose la ropa á la boca, da á entender que no puede contener la risa. Si encuentran á algunos, les avisa que se detengan un poco hasta que pase su merced. Compra camuesas y peras y las lleva y da á los hijos en presencia de su padre, y besándoles añade: *¡Hijitos de tan bello padre!* Si éste compra sandalias, dice, que el pie está mucho más bien formado que el calzado. Si va á visitar á algún amigo, se adelanta el adulador y avisa: *Su merced viene á visitarte;* y retrocediendo, dice á éste: *Ya he dado recado.* También se esmera en servir todos los ministerios de las mujeres, mostrando que se afana. Entre todos los convi-

(1) Sitio público de Atenas donde concurrían principalmente los discípulos de Zenón, á quienes del nombre στοὰ, *stoa,* pórtico, llamaron Stoycos.

dados es el primero que alaba el vino; y siempre al lado de su merced, le dice: *¡Con qué delicadeza comes!* y tomando alguna cosa de la mesa: *¡Qué cosa tan exquisita!* Le pregunta si tiene frío; si quiere que le añadan más ropa, y sin aguardar más, lo abriga. Al decirle estas cosas, se le arrima al oído hablándole entre dientes. Si conversa con los demás, es sin apartar los ojos del adulado. Cuando van al teatro, quita al criado las almohadas, y él mismo se las mulle y coloca. Le pondera el gusto y excelencia con que su casa está fabricada y su campo bien plantado; y si le retratan, afirma que la pintura le es perfectamente parecida. En conclusión, es de ver cómo el adulador lo dice y hace todo según cree que complacerá á otros.

III.

DE LA LOCUACIDAD.

La *locuacidad* es *profusión de largos é inconsiderados discursos.* El *locuaz*, pues, ó *hablador*, es de este modo: sentándose junto á otro á quien no conoce, y muy arrimado á él, lo primero que hace es un largo elogio de su propia mujer; después le expone el sueño que ha tenido aquella noche. Sucesivamente le encaja uno por uno los platos que le sirvieron en la cena; y cebado ya en la conversación,

añadirá que los hombres de estos tiempos son mucho peores que los antiguos; el precio que tiene el trigo en el mercado, y cómo la ciudad se va llenando de extranjeros. Cuenta que el mar está navegable desde las fiestas bacanales; que si Dios enviase lluvia, irían muy bien los campos y cosechas; que para el año siguiente ha de labrar por sí mismo sus tierras; que cuesta mucho trabajo mantenerse; que Damipo fué el que puso la mayor antorcha en los misterios ó fiestas religiosas. Le relatará también cuántas son las columnas del Odeo ó teatro de música. *El día de ayer*, dirá, *tuve vómitos*. ¿Y *qué día es hoy?* Si alguno le pudiere aguantar, no haya miedo que él lo deje. Contará que los misterios se celebran en el mes *Boedromión* (1); las fiestas *Apaturias* en el *Pianepsio* (2); y en el *Posideón* las *Dionisias* (3) en honor de Baco por los campos. El que esté sentado junto á hombres semejantes debe desprenderse y escapar, si quiere no contraer calentura; porque es mucha obra sufrir personas que no distinguen ni el tiempo de vagar, ni el ocupado.

---

(1) En Julio.
(2) En Septiembre.
(3) En Noviembre.

IV.

DE LA RUSTICIDAD.

La *rusticidad* parece ser: *ignorancia ó falta de instrucción de lo que es indecente en las acciones.* El *rústico*, pues, es tal, que toma una purga, y va, no obstante, á la junta ó cabildo. Dice que el olor del bálsamo seguramente no es tan suave como el del tomillo. Lleva el zapato más ancho ó mayor que el pie; habla á gritos; desconfía de sus amigos y de sus domésticos, pero comunica con sus criados las cosas de mayor importancia, y cuenta á los peones que trabajan en su campo cuanto se ha tratado en el cabildo. Si se sienta, tiene alzada la ropa hasta por cima de la rodilla, de suerte que se le ven los muslos. De nada se admira ni nada le da golpe de cuanto encuentra en el camino ó calle; mas si ve un buey, un borrico ó un macho cabrío, se para á contemplarlo. Cuando él mismo saca algo de la despensa, llena la boca de un buen bocado y echa un trago del mejor vino, guardándose de que lo sepa la despensera ó ama de llaves, con la que al mismo tiempo cuenta y reparte las raciones de todos sus domésticos y la suya. Estando á la mesa, se levanta para echar un pienso á las bestias, y si tocan á la puerta, él mismo sale á saber quién. Llamando á su perro y tomándole el hocico, dice: *Este guarda la heredad, la casa y los que estamos dentro.* Cuando recibe

dinero de alguno, lo desecha, diciendo que es muy ligero ó de poco peso, y pide que lo cambie por otro. Si estando acostado, sin poder coger el sueño, se acuerda de que prestó un arado ó un capacho, una hoz ó un costal, lo envía á pedir á deshoras de la noche. Cuando viene á la ciudad, pregunta al primero que encuentra *á cómo van las pieles y escabeches, y si el presente día trae la luna nueva*, añadiendo que inmediatamente que se apee quiere quitarse las barbas. Cuando se baña, echa á cantar, y acostumbra asegurar las suelas del zapato con clavos. En fin, el que, por ser el mismo camino, compra del figonero Arquías, y lleva por sí mismo la cecina ó salón que ha de comer.

V.

DE LA LISONJA.

La *lisonja*, definida en propios términos, es *conversación ó trato que procura complacer sin el correspondiente decoro.* El *lisonjero*, pues, sin duda es tal: saluda á otro desde lejos, y diciéndole que es hombre de suma importancia, le admira siempre; le toma ambas manos para que no se vaya, y acompañándole un poco, le pregunta cuándo volverá á verle; lo alaba, y se despide. Elegido por árbitro, no sólo quiere complacer á la parte á quien asiste, sino

también á la contraria, aspirando á pasar por amigo común de ambas. Dice que los forasteros hablan más justamente que los ciudadanos. Convidado á un festín, ruega al dueño, cuando ya está comiendo, que llame á sus hijos, y luego que los ve llegar asegura que no se parece un *huevo* á otro como los niños á su padre; se acerca á ellos, los besa, los sienta á su lado, y haciendo del niño con ellos, dice: *¡Ay qué botella! ¡qué cuchilla!* Si quieren dormir, los deja recostar en su seno, aunque se moleste mucho. Acostumbra (1) rasurarse con gran frecuencia, tener los dientes muy blancos, mudar de ropas que aun todavía podrían servir, y usar de bálsamos ú olores. En la plaza se ha de meter junto á las mesas ó lugar más distinguido. Frecuenta los juegos á donde concurre y se ejercita la juventud, y cuando hay espectáculos, se sienta en el teatro cerca de los que le presiden. Vaguea por la plaza sin comprar nada para sí; pero sí compra encargos que enviar á sus huéspedes de Bizancio; perros de Laconia para los de Cicico, y miel del monte Himeto para Rodas. Todo esto que hace tiene cuidado de contarlo á sus paisanos. Cuida además de criar ó mantener alguna mona en su casa, de comprar un sátiro ó mico, palomas de Sicilia, cabras con manchas de varios colores, redomas esféricas de Turia, báculos corvos de Lacedemonia, y tapices matizados á la persiana.

(1) Los críticos han convenido en que la descripción que sigue, hasta el fin, no es parte del carácter del lisonjero, sino más bien de un petimetre presumido y vano. Es verosímil se haya perdido el fin de un carácter y el principio de otro, y de ambos haya resultado éste, aunque imperfecto é inconsecuente.

Tiene también un patio cubierto de arena para que sirva de palestra, y un juego de pelota; y si encuentra á algunos filósofos, ó sofistas, ó esgrimidores, ó músicos, siempre les ofrece el juego para que se sirvan de él, y entretanto que se ejercitan, vuelve y se presenta con el fin de que un espectador diga á otro: *Mira, éste es el amo del juego.*

VI.

DEL ABANDONO Ó INDOLENCIA.

El *abandono es tolerancia de acciones y palabras feas. Abandonado*, pues, ó *indolente* es el que jura con facilidad y tiene el ánimo dispuesto á oir mal y ser vituperado. Es por costumbre un hablador de plaza, es un obsceno, un petulante, es capaz de todo. No haya miedo que se excuse de ponerse á bailar el *cordax* (1), aunque no esté embriagado, ni de tomar una máscara en el coro ó canto de la comedia, ni de cobrar la moneda en los espectáculos de juegos de manos, presentándose á todos, uno por uno. Andará á puñadas con los que traen boletines y quieren ver sin pagar. Capaz también de ser tabernero, de ser rufián y ser chalán, no se abstendrá de ningún ejercicio torpe, mas será pregonero, será cocinero, será

(1) Baile obsceno.

fullero; no dará alimentos á su madre; será arrastrado al tribunal reo de latrocinio, y vivirá más tiempo en la cárcel que en su casa. Él mismo imita tan bien los charlatanes, que junta alrededor de sí gran muchedumbre, y llama á los que pasan, hablándoles é insultándoles con alta y licenciosa voz. Entretanto, algunos de los que pasan se le acercan; otros se retiran antes de oirle una palabra; mas á unos dice el principio, á otros una sílaba, á otros una parte de su asunto, pretendiendo que se atienda su insolencia con no menor cuidado que cuando se celebra una solemne junta. Es tambien muy ordinario que ande huyendo de los pleitos que le ponen, y que él los ponga y persiga á otros: á unos se excusa de asistir con juramento; á otros concurre, llevando en su seno un portabreves, y en las manos un legajo de autos. Tampoco se desdeña de hacerse cabeza del gran número de rabulas ó pillos de plaza; les da sin detenerse dinero prestado, y ajusta ó pide por premio de una dracma óbolo y medio al día. Recorre las carnicerías, la pescadería y bodegones, echándose en la boca las monedas que recoge de las logrerías ó ganancias que saca. Estos son malos de tratar; tienen la lengua muy suelta para la maledicencia, y atruenan con tan grandes voces, que hacen retumbar con ellas la plaza y tiendas donde entran.

VII.

DE LA CHARLATANERÍA.

Si alguno quisiese definir la *charlatanería*, podrá decir que es *intemperancia ó desenfreno de palabras.* El *charlatán* es tal: dice al que le cuenta alguna cosa, sea la que fuere, que nada de ello es. Que él lo sabe todo muy bien, y que si quiere saberlo, le escuche. Después, interrumpiendo al que le responde: *Oyes tú*, le dice, *mira no te olvides de lo que tenías que decir.* Y prosigue: *Muy bien has hecho en traérmelo á la memoria*; y *¡qué útiles son estas conversaciones! ¿se me ha olvidado algo? Prontamente te impusiste en el hecho. Ya ha rato que aguardaba si tu coincidías conmigo en lo mismo.* De estas y otras semejantes fórmulas se vale, de suerte que no deja respirar al que coge. Y después que así ha degollado á los particulares, es capaz de entremeterse con los que estén juntos en cabildo deliberando sobre asuntos de importancia, hasta ahuyentarlos todos. Entrándose en las aulas ó en las palestras, estorba que los jóvenes aprendan, y se pone á conversar con los directores y maestros. A los que dicen se quieren retirar, les acompaña, sin apartarse de ellos hasta dejarles en su casa. Oyendo lo ocurrido en el Senado, lo anuncia á otros. Comenzará á exponer latamente la batalla que se dió en tiempo de Aristofonte el Retor, y la de los Lacedemonios mandados por Lisandro, y ensalzando

las oraciones que él mismo dijo al pueblo en otro tiempo, inserta en su discurso vituperios contra la multitud, de suerte que los oyentes, ó no retienen lo que dice, ó se duermen, ó escapan dejándole en su discurso. Asociado con otro para juzgar, le estorbará que juzgue; para ver, que vea, y en un convite le estorbará que coma; diciendo que es difícil al hablador callar; que la lengua está en sitio húmedo ó resbaladizo; y por no callar parecerá más parlero que las mismas golondrinas. Satirizado por esto, lo tolera aun de sus mismos hijos, cuando queriendo éstos dormir, le llaman, y *cuéntanos*, le dicen, *algo para que nos venga el sueño.*

VIII.

DE LA NOVELERÍA.

La novelería es un tejido de palabras y acciones falsas forjadas por el capricho del novelero. Novelero ó *patrañero* es el que, encontrándose con un amigo, toma de improviso otro continente, y sonriéndose le pregunta: *¿De dónde vienes? ¿qué me dices? ¿tienes algo de nuevo que contarme sobre los negocios del tiempo?* Y añadiendo preguntas: *¿Ninguna cosa,* continúa, *se dice de nuevo? Las que corren son por cierto noticias muy favorables.* Y sin dejarte responder, prosigue: *¿Qué dices? ¿nada has oído? paréceme que he de ser yo el que te dé abun-*

dante banquete de noticias frescas. Y tiene á la mano un soldado, ó el hijo de Astio el flautista, ó Licos el asentista, que acaba de llegar de la batalla, de quien dice haberlo oído. En consecuencia, sus relaciones son tales, que ninguno puede verificarlas ni redargüirlas. Expone, pues, que éstos dicen haber ganado Polisperco y el Rey de Persia una batalla, y que Casandro cayó vivo en sus manos. Si alguno le pregunta: *¿Crees tú eso?* dirá que el suceso corre por toda la ciudad, que toma más y más cuerpo la noticia, y que todas las circunstancias son congruentes. Que esto es lo que se cuenta de la batalla, y que fué muy sangrienta, ó grande la mortandad. Que para él es indicio cierto de la verdad el aspecto de los que mandan en la república, pues los ve á todos demudados. Añade que también lo ha oído de ciertas personas que tienen oculto en su casa á uno que cinco días antes ha llegado de Macedonia, quien se halló presente á todo el suceso. Y expuesto todo el hecho: *¿Cómo pensaréis que fué?* pregunta. Y aparentando grande lástima, añade: *¡oh desventurado Casandro! ¡Oh varón afligidísimo! Considerad las vueltas de la fortuna. Cierto es, no obstante, que había llegado al colmo del poder. Pero mira que importa que tú solo sepas esto;* y él va á decir lo mismo á todos los ciudadanos que procura encontrar. Me he admirado de tal especie de hombres y de cuál sea su designio forjando estas patrañas, porque no sólo engañan, sino que se distraen con perjuicio de sus negocios, puesto que congregando algunos de éstos grande auditorio en los baños, les han hurtado en muchas ocasiones sus ropas; otros, venciendo en la plaza ó pórtico una batalla de tierra ó un combate naval,

pagan la multa por no haber concurrido á la notificación de la justicia. Hay también muchísimos de éstos que haciendo conquistas con gran valor de palabras, se quedan sin cenar. Es sin duda infeliz en extremo su conducta y vida; porque ¿qué pórtico hay, qué oficina, qué parte del foro en que no pasen el día fastidiando y mortificando con sus embustes á los que les oyen?

IX.

DE LA RUINDAD IMPUDENTE.

La definición de la *ruindad* es *menosprecio de su propia estimación por lograr algunas ventajas indecentes.* *Ruin impudente* es el que se presenta y pide en empréstito al mismo que tiene defraudado. Es también el que, sacrificando á los dioses, sala y guarda la carne de sus víctimas y se va á comer con otro; el que, llamando á su esclavo, le da carnes y pan que toma de la mesa, diciéndole en presencia de todos: *Engulle bien, honrado.* El que comprando la vianda recuerda al carnicero el beneficio que acaso le haya hecho, y arrimándose al peso, añade á la balanza en primer lugar carne, y si no puede, aunque sea un hueso. Si lo puede pillar, queda ufanísimo; si acaso no, arrebatando de la mesa aun una tripa, escapa al mismo tiempo dando carcajadas. Si alquila

ó toma á nombre de forasteros, sus huéspedes, asientos en el teatro, no paga su parte, y entra á ver, y aun conduce el día siguiente sus hijos y su ayo. Si alguno lleva comprada barato alguna cosa especial ó sobresaliente, pedirá que le dé parte; y entrando en casa de otros, tomará cebada prestada, y alguna vez hasta paja, precisando á los que se la prestan que se la lleven á su casa. Es tan molesto, que acercándose á los calderos que hay en los baños, meterá en ellos su bacía, la sacará llena, por más que clame el bañero, se rociará á sí mismo con el agua, y retirándose dice: *Ya me he lavado*, y al bañero añade: *Nada tengo que agradecerte.*

X.

DE LA MISERIA.

La miseria es *el hábito por el que se priva el hombre más de lo conveniente del gasto necesario. Miserable* es el que pide en el mes aun medio óbolo correspondiente ó caído del alquiler de una casa. El que comiendo á escote con otros, cuenta los vasos que se bebe cada uno. El que separa en obsequio de Diana la menor presa entre todos los convidados. El que, comprándole otro cualquiera cosa muy barata, dice que todo está carísimo. El que si su criado quiebra una olla ó plato, se lo descontará de la ración que

le da; y si pierde su mujer una moneda (1) que no llega á cinco maravedís, remudará todos los trastos, los colchones, las arcas, y desdoblará (con inquietud) los tapices. Si vende alguna cosa, la da tan cara que no puede dejar utilidad al que la compra. No permitirá que ninguno coma un higo de su huerto, ni pase por su campo, ni que aun tome una aceituna ni una palma de las que están caídas en el suelo. Irá todos los días á registrar los mojones de sus tierras por ver si están en el sitio en que estaban. Es capaz de pedir las ganancias de un día que haya de más del término hasta que prestó, y aun la ganancia de la ganancia. Convidando á sus compatriotas á un convite, les arrimará la carne trinchada en pedazos muy menudos. Saldrá de su casa con designio de comprar que comer, y volverá sin haberse atrevido á comprar nada. Encargará mucho á su mujer que no preste sal, ni el candil, ni cominos, ni orégano, ni cebada, ni las coronas, ni las navetas ó inciensos para los sacrificios; antes por el contrario le dice: *Esto poco, al cabo de un año es mucho.* En suma, es cosa de ver las bolsas de estos tacaños mugrientas, y sus llaves tomadas de orín, y cómo llevan las ropas mucho más cortas que lo que viene á su cuerpo, cuán pequeñas son las redomitas de un-

---

(1) El griego dice *tricharcón*; esto es, tres *chalcos*. Para inteligencia de este y otros pasajes, nótese que el *chalcos* era la décima parte de un *óbolo;* el *óbolo* la sexta parte de una *dracma*, y la *dracma* ática era una moneda de plata que tenía el valor de una séptima parte de onza de plata, esto es, algo menos de tres reales vellón. Por consiguiente, el *óbolo* equivalía á cuatro cuartos nuestros, y el *chalcos* á maravedí y medio y una octava parte.

güento con que se ungen, cómo se rapan hasta la carne viva, cómo se descalzan á media tarde, y molestan con sus instancias á los lavanderos para que den á su ropa mucho jabón ó greda, y no sea necesario lavarla tan presto.

XI.

DE LA INSOLENCIA.

No es dificultoso definir la *insolencia*, que es *burla ó insulto manifiesto é injurioso á los demás. Insolente* es el que encontrando á mujeres decentes *hace demostraciones obscenas;* el que da palmadas en el teatro cuando los otros se están muy sosegados, y silba á los actores á quienes escuchan con gusto los demás. El que cuando el teatro está en silencio se espereza y eructa tan alto que hace volver la cara á cuantos están sentados. Cuando la plaza está llena, se acerca á los puestos de nueces, manzanas y otras frutas, y deteniéndose, allí mismo las parte y come, hablando al mismo tiempo con el que las vende. No tendrá reparo en llamar por su nombre á cualquiera de los que pasan, aunque no le trate; y si ve á alguno que va de prisa, le mandará que se detenga. Si encuentra á alguno que viene del tribunal, donde ha perdido un pleito de grande importancia, se le acerca y da el parabién. Si da un convite, si lleva flautis-

tas á su casa, muestra á todos cuantos encuentra la despensa que ha comprado, y los convida. Parado á la tienda de un barbero ó boticario, les dice que después ha de beber hasta emborracharse. Si vende vino, dará al mayor de sus amigos el más corrompido ó adulterado. Y si es alguna vez de obligación ir al teatro, no envía á sus hijos hasta que los *cobradores* permiten entrar de balde. Destinado por embajador con otros, deja en su casa las dietas que la ciudad le asigna para gastos del camino, y toma prestado de los compañeros de su embajada. Pone al criado que le acompaña mayor carga que la que puede llevar, pero le da menos alimentos de los que necesita. Pide la parte del regalo dado por los que reciben la embajada, y la vende luego que la toma. Lavándose en el baño, dice al muchachuelo ó sirviente: *Rancio y podrido está este aceite que compraste*, y se unge con el de otros. Si sus criados se hallan en la calle algunos maravedises (1), es capaz de pedirles parte, diciendo *que Mercurio es común, ó que el dinero es para todos.* También es modo de proceder suyo medir él mismo con la medida común, pero que tenga el fondo sumido adentro, así como bajar el rasero con sumo cuidado cuando reparte el mantenimiento que corresponde á sus criados. Si toma alguna prenda de casa de un amigo, la vende. Si paga sus deudas, y debe entregar treinta minas (2), las pagará sin duda dando cuatro dracmas menos. Si da un festín á los de su gremio ó cofradía, pedirá del fondo común el gasto de la comida

(1) *Chalcos*. Véase la nota al cap. x.
(2) La *mina* constaba de 100 dracmas. Véase cap. x.

de sus mismos criados, y notará con particular atención los rábanos á medio comer que hayan sobrado de la mesa, para que no se los lleven los criados que la sirven.

XII.

DE LA IMPERTINENCIA.

Es, pues, la *impertinencia conducta fastidiosa y molesta á los que trata el impertinente.* Éste procede así: Va á comunicar sus negocios con personas que están muy ocupadas, y á tener un convite y rato de broma en casa de su amiga cuando ésta tiene calentura. Presentándose al que acaba de ser condenado á pagar la deuda de que quedó fiador, le pide que lo fíe. El que se presenta á declarar como testigo cuando ya está dada la sentencia. El que convidado á una boda, declama contra todas las mujeres. El que convida á pasearse á los que acaban de llegar de un camino largo. El que es tan molesto que presenta un comprador que dé más por la alhaja cuando ya está vendida. El que levantándose en medio de un concurso, explica desde el principio algún suceso que todos han oído y saben bien. El que se ofrece muy pronto á encargarse y cuidar de las cosas que otro no quiere que se hagan, pero le da vergüenza de negarse. El que acercándose á los que han hecho

sacrificios y están en el convite, les pide la ganancia del dinero que les tiene prestado. El que si se castiga á algún criado en su presencia, dice que un criado suyo á quien castigó del mismo modo se ahorcó. El que escogido por árbitro para resolver un pleito, embrolla más las dos parte que le eligieron. El que bailando toma á su compañero de la mano, como para que no se caiga, sin que esté el otro embriagado.

XIII.

DEL OBSEQUIO INTEMPESTIVO.

El *obsequio intempestivo* parece ser *anticipación de obras y palabras con apariencias de buena voluntad. Intempestivo* en sus obsequios es el que presentándose promete lo que no podrá cumplir. El que, constando que lo hecho es justo, insiste en alguna circunstancia, probando que no se puede reprender. El que precisa al sirviente á que eche en los vasos más vino que el que pueden beber los presentes. El que incita más á los que riñen. El que se hace guía de una senda de que no tiene noticia, se pierde y no puede encontrar por donde salir. El que yendo á buscar al general, le pregunta cuándo ha de formar el ejército en batalla, y qué ha de mandar al día siguiente. El que presentándose á su padre, le dice

que ya la madre está durmiendo en la alcoba. El que dejando mandado el médico que no se dé vino al enfermo, dice que lo beba por experimentar, y le sostiene para que lo tome. El que habiendo muerto su mujer, pone en su epitafio quién era su marido, quién su padre, su madre, el nombre de la misma mujer, y de dónde era, y añade: *Todos éstos eran honrados*. El que obligado á jurar, se vuelve á los circunstantes y les dice: *Ya yo he jurado otras muchas veces antes de ahora.*

XIV.

DE LA ESTUPIDEZ.

Definiendo la *estupidez*, no es otra cosa que *pesadez del alma en las palabras y las obras*. El *estúpido* es tal, que haciendo sus cuentas con tantos, y sacando la suma, pregunta después al que le acompaña qué resulta. El que por evitar la sentencia de los jueces, sabiendo que se acerca el día de ella, se hace olvidadizo y se va al campo. El que concurriendo á ver en el teatro, se duerme y se halla solo, por haberse ido todos los demás. El que cenando con exceso, y levantándose de noche para ponerse en el servicio (ó ir al corral), le muerde el perro de su vecino. El que tomando y guardando alguna cosa, la busca después y no la puede hallar. El que recibiendo el

aviso que vienen á darle de haber muerto alguno de sus amigos, afligiéndose y llorando, dice: *Sea para bien.* Es tan necio, que llama testigos para recibir el dinero que le vienen á pagar. Castiga á su criado porque en la fuerza del invierno no le ha comprado en la plaza pepinos ó melones. Estrecha á sus hijos, aún pequeños, á que luchen y corran hasta que se fatiguen demasiado. El que cociendo lentejas en su campo para los trabajadores, les echa sal dos veces, de suerte que no pueden comerlas. El que cuando llueve: *Bellamente*, dice; *mira* (*y digan otros lo que quieran*), *esta es la pez del cielo.* Si alguno le pregunta si sabe cuántos cadáveres han sacado á enterrar por la puerta del osario: *Ojalá*, responde, *que tú y yo tuviésemos otros tantos.*

XV.

DE LA ASPEREZA.

La *aspereza* es *dureza en el trato y conversación con los demás.* El *áspero*, pues, es de este modo: Preguntado dónde está alguno, dice: *Déjame, no me molestes ni des quehacer.* Si alguno le saluda, no le corresponde. Si vende alguna cosa, no responde á los compradores á qué precio; antes pregunta él mismo al comprador: *¿Pues qué tiene de malo?* A las personas que le manifiestan estimación y le envían dones

en sus días festivos, dice *que ojalá no se los hubiesen enviado*. Es incapaz de perdonar al que involuntariamente le da un encontrón, ó le pisa, ó le empuja. Cuando algún amigo le ruega que concurra con alguna parte de dinero para aliviarle en su miseria ó quiebra, responde que no quiere darlo; después va y se lo lleva por sí mismo, y añade que ya cuenta este dinero por perdido. El que tropezando en la calle, se irrita y maldice la piedra. Si aguarda á alguno, seguramente no le aguardará por mucho tiempo; ni jamás tendrá con otros la condescendencia de cantar, ni de recitar, ni de bailar; y en fin, es tal, que ni aun cuida de recurrir con sus oraciones á los dioses.

XVI.

DE LA SUPERSTICIÓN.

La *superstición* parece sin duda ser *miedo de los genios ó númenes subalternos*. El *supersticioso*, pues, es tal: Lavándose las manos, y rociado todo con agua lustral ó bendita, sale del templo llevando en la boca unas hojas de laurel, y todo el día se pasea sin dejarlas. Si ve que una comadreja atraviesa el camino que él lleva, no lo pasará hasta que otro pase primero, ó tire tres piedras sobre el camino (1).

---

(1) Práctica supersticiosa que usaban para conjurar el mal agüero.

Si ve en su casa una culebra, levantará allí mismo una capilla. Arrimándose á las piedras ungidas ó benditas que están en las encrucijadas, derrama sobre ellas aceite que lleva en redomitas, y para retirarse ha de hincarse de rodillas y adorarlas. Si un ratón casualmente roe el costal donde tiene la harina, va á ver al agorero ó adivino, y le pregunta qué es lo que debe hacer. Si acaso le responde que lo dé al costalero para que lo remiende, no se conforma con esto, sino que, mirándolo con aversión, se deshace de él. Purifica su casa con frecuencia; no se acerca á los sepulcros; no concurre á entierros; no visita paridas. Cuando tiene algún sueño, va de casa en casa de los que los interpretan, de los adivinos y de los agoreros, á preguntarles á qué dios ó á qué diosa debe hacer sus votos y oraciones. El que ansioso de ser ordenado en los misterios, va á visitar todos los meses á los sacerdotes de Orfeo con su mujer, y si ésta no está desocupada, va con el ama y con sus niños. Para salir de una encrucijada se lava la cabeza, y llamando á las sacerdotisas, les pide lo purifiquen aplicándole, ó una cebolla albarrana, ó un cachorrillo. Si ve un loco ó epiléptico, se espeluza de miedo y se escupe en el seno.

XVII.

DEL RESENTIMIENTO INJUSTO.

El resentimiento injusto ó intempestivo es *acriminación hecha á alguno sin oportunidad ó sin motivo.* El *resentido* es tal, que si le envía un amigo parte ó plato de un convite, dice al que lo trae: *Me ha excluído de su sopa y de su vino, no llamándome al convite.* Acariciado y aun besado por su amiga: *Maravilla será,* dice, *que tú me quieras de corazón.* Se indigna aun con el mismo Júpiter, no porque llueve, sino porque llueve tarde. Si se halla en la calle un bolsillo: *Seguro está,* dice, *que nunca me encontré un tesoro.* Si compra un esclavo que merece bien el precio, y esto después de haber importunado con instancias al vendedor: *Mucho extraño,* dice, *haberlo comprado en este precio y que él sea bueno.* Al que le da la noticia de haberle nacido un hijo, dice: *Si añades que he perdido la mitad del caudal, dices la verdad.* Si gana completamente el pleito con todos los votos, se encoleriza no obstante con el que hizo el pedimento ó alegato por haber omitido parte de sus razones. Si formándole fondo ó caudal sus amigos, le dice alguno de ellos: *Vamos, alegrarse y tener ánimo.—¿Cómo puedo alegrarme?* responde. *Pues qué, ¿no tengo que pagar este dinero á cada uno? Y además de esto, ¿no he de estarles agradecido según el beneficio que me han hecho?*

XVIII.

DE LA DESCONFIANZA.

Es, en efecto, la *desconfianza*, *sospecha de la injusticia de todos los demás*. El *desconfiado* es tal: enviando su criado á comprar el mantenimiento ó despensa, destina otro á averiguar en cuánto la ha comprado. Cuando lleva consigo algún dinero, cuenta á cada cien pasos cuánto es, ó si está cabal. Estando ya acostado, pregunta á su mujer si cerró bien la despensa; si echó bien la llave al arca, ó si el pestillo está bien pasado en la puerta de la sala. Y aunque la mujer le responda que sí, nada menos dejará de levantarse de la cama, desnudo y descalzo, y encendiendo un candil, lo recorre y registra todo, y con todo esto apenas puede coger el sueño. Va con testigos á pedir los réditos á los que le deben, para que no se los puedan negar. Si da á lavar su ropa, no será al que la lave más bien, sino al lavandero que tenga fiador más abonado. Si alguno llega á pedirle vasos prestados, es su mayor empeño no prestarlos. Manda al criado que le va siguiendo que no vaya detrás, sino delante, para precaver que no se le escape en el camino. Si los que toman ó compran alguna cosa de él le dicen: *Asienta en cuánto. Paga ahora*, responde, *pues no tengo lugar de enviar por ello.*

XIX.

DE LA ASQUEROSIDAD.

La asquerosidad es *molesto desaliño del cuerpo que induce á enfado.* El *asqueroso* es el que teniendo lepra, herpes y las uñas muy largas, trata y anda entre todos: dice que estas enfermedades son propias de su familia, y que su padre y su abuelo las tuvieron. Molesto á todos, no pone cuidado con las úlceras que tiene en las piernas, ni con los gruesos nudos de sus dedos; y por no aplicarles medicamento, da lugar á que se hagan incurables. Mantiene los sobacos tan ferinos y ásperos con el pelo, que llega éste hasta la mitad de los costados, y los dientes tan negros y carcomidos que es fastidioso é intolerable. También es propiedad suya sonarse las narices al mismo tiempo que come; y hablando cuando tiene la comida en la boca, arroja con la voz algunas partículas del bocado. Eructa al mismo tiempo que bebe. En el baño usa de aceite rancio para ungirse. Concurre al cabildo ó junta del pueblo con el vestido lleno de manchas. (1) Si su madre va á consultar el arúspice, inutiliza los agüeros con sus blasfemias. Si cuando se está en los votos y sacrificio se le cae ó derrama la copa en que está la libación, da una carcajada como si hubiese hecho alguna cosa

---

(1) Parece que varía el carácter en todo lo que sigue.

admirable. Oyendo tocar la flauta, aplaude con palmas solo entre todos los demás, y cantisquea acompañando al instrumento, y aun reprenderá también á la flautista si no deja de tocar de improviso. En fin, queriendo escupir cuando está á la mesa, echa la saliva sobre el que sirve la copa.

XX.

DE LA MOLESTIA Ó PESADEZ.

La molestia ó pesadez, definiéndola en propios términos, es *trato ó comunicación fastidiosa, pero que no causa daño.* El *pesado ó molesto* es tal, que entrará y despertará al que acaba de dormirse, sólo con el fin de hablar. El que se presenta á los que ya están á punto de hacerse á la vela y, deteniéndoles, les pide se aguarden hasta dar algunos paseos. El que toma sin consideración el niño que está mamando al pecho de la ama, y le da alimento mascado con su boca, lo halaga y dice cariños. El que estando comiendo referirá que tomó una bebida de heléboro, y se purgó por arriba y por abajo, y que la cólera que salió era más negra que el caldo que tiene puesto delante. Preguntará á su madre en presencia de los vecinos ó conocidos: *¿En qué día me parió usted?* También dice que el agua que hay en su cirterna es fría; que hay en su huerto muchas y sua-

ves hortalizas, y que su casa es una posada general de huéspedes. Cuando hospeda á algunos, presenta su bufón para que vean cuál es, y le anima en el convite ó mesa para que divierta á los presentes.

XXI.

DE LA AMBICIÓN FÚTIL.

La ambición fútil parece ser *ansia baja y ruin de honores. Ambicioso fútil* es el que, convidado á un festín, pone grande empeño en sentarse al lado del que le ha convidado. El que envía su hijo á Delfos para que le corten el cabello. El que pone gran cuidado en que sea etíope el esclavo que le siga. El que pagando una mina (1) de plata, tiene empeño en darla nueva. El que sacrificando un buey, clavará el testuz enfrente de la calle que conduce á su casa, adornándolo con grandes guirnaldas, para que vean los que pasan que ha sacrificado un buey. El que saliendo con los caballeros en la pompa ó alarde, entregará al criado todos los demás arreos para que los lleve á su casa, mas alzándose la falda de la túnica va á pasearse en la plaza. El que si se muere algún perrillo, le levanta un sepulcro, y colocando una columna pequeña, escribe este epitafio: *Cachorro de*

(1) Véase la nota al cap. x.

Malta. Si da á Esculapio un anillo ó diadema de acero, lo desgasta de tantas coronas ó guirnaldas como le pone. Todos los días se ha de ungir, y empeñado en tomar parte en el gobierno, anuncia al pueblo, en nombre de los jueces del Pritanio, las fiestas que deben celebrarse; y adornándose con una rozagante vestidura, coronada la cabeza con una guirnalda, se presenta al pueblo, y dice: *Los magistrados del Pritanio, oh Atenienses, hemos hecho dignos y lucidos sacrificios á la madre de los Dioses: vosotros, en consecuencia, esperad grandes prosperidades.* Anunciado esto, se retira á su casa y cuenta á su mujer que ha tenido un día tan feliz que es superior á toda ponderación.

XXII.

DE LA MEZQUINDAD.

La mezquindad es *abundancia de haberes y ahorro e los gastos precisos, con abandono de la propia estimación.* El *mezquino* es tal: logrando el premio en el certamen de la tragedia, dedica al dios Baco una corona de palo, y escribe en ella su nombre. El que exigiéndose contribuciones se levanta en la junta de entre la multitud del pueblo, y calla (*en señal de que las niega*), ó se escabulle por medio de todos. El que dando su hija en matrimonio, vende la carne

de las víctimas, á excepción de lo que ha sacrificado. El que ajusta los criados que han de servir en sus bodas, con la condición de que no han de comer en ellas, sino en sus propias casas. El que capitaneando una galera, alfombra la cámara con los tapices del piloto, y él retira y guarda los suyos. El que saliendo del cabildo, ó junta del pueblo, compra su provisión y lleva las carnes y verduras arrimadas al seno (en un canto de su palio ó capa). El que se mantiene sin salir de casa en tanto que tiene dado á lavar su vestido. El que cuando su amigo echa un guante para recoger un socorro, luego que lo sabe, huye por no encontrarle, tomando otro camino ó calle, y se retira á su casa. El que no compra esclavas, sino las alquila para que acompañen á su mujer cuando salga. El que levantándose de mañana barre su casa y sacude las camas; y, en fin, el que para sentarse vuelve el palio ó capa que lleva puesta.

XXIII.

DE LA VANIDAD Ó JACTANCIA.

Puédese definir la *vanidad* ó *jactancia: ostentación de bienes que no hay*. El *vano* ó jactancioso es tal: estando en los mostradores del Pireo (1), cuenta á los

---

(1) El puerto de Atenas.

forasteros las muchas riquezas que tiene por el mar. Discurre largamente del dinero que tiene dado á premio, en cuánta cantidad, y cuántos réditos ha percibido. El que si yendo de camino se junta con otro, le cuenta que militó con Alejandro, y cuántas copas de piedras preciosas trajo, y defenderá contra todos que los artífices del Asia son mucho mejores que los europeos. Añadirá que le han venido cartas de Antipatro, en que le dice llegó tres días antes á Macedonia. Que habiéndosele concedido á él la exportación de géneros sin pagar derechos, no se ha valido de ella, porque ninguno tuviese que vituperarle. Que en la carestía y hambre de la ciudad gastó más de cinco talentos (1), por haberlos repartido entre los ciudadanos más indigentes. Y hallándose entre personas que no le conocen, les dice que vayan poniendo tantos; y llegando estos á seiscientos hace la suma, impone á cada partida nombres adecuados, y saca haber repartido diez talentos. Añade que todo esto lo invirtió en limosnas: *y que no cuenta*, dice, *los gastos del tiempo que mandó la escuadra, ni tantos empleos públicos como ha servido.* Se acerca á los que tienen de venta caballos generosos, y aparenta que quiere comprarlos. Allégase á los mostradores de los mercaderes, y pide le saquen un vestido de valor de dos talentos; mas castiga al esclavo ó criado porque le viene acompañando sin traer dineros. Habitando en casa alquilada, dice al que no

(1) El *talento* ático constaba de 80 *minas*, y la *mina* de 100 dracmas; por consiguiente (véase la nota al cap. x), la *mina* casi equivalía á 20 *pesos* nuestros, y el *talento* á 24.000 reales. Había otro talento *menor* que constaba de 60 *minas*.

lo sabe que es heredada de sus padres, pero que tiene que venderla, por ser muy pequeña para aposentar huéspedes.

XXIV.

DE LA SOBERBIA.

La *soberbia es vilipendio ó desprecio de todos, á excepción de sí mismo.* El *soberbio*, pues, es tal: El que ordena al que le busca de priesa, que después de comer le podrá hablar en el paseo. Si hace bien á otros, les dice aun en la calle que lo tengan presente, y les obliga á que se le acerquen, sin que jamás quiera acercarse él primero á nadie. Es capaz de mandar á los que le compran ó tienen que pagarle alguna cosa, que vuelvan otro día al amanecer. Yendo por la calle, no saluda á los que encuentra, y á lo más les inclina la cabeza. Si alguna vez le parece dar un convite á sus amigos, no come con ellos; sino encarga á alguno de sus criados que los cuide. Si va á ver á alguno, envía antes quien le diga como viene á visitarle. No permite que entren á verle cuando se unge ó cuando come. Cuida también, si ajusta cuentas con alguno, de que un criado las haga, reste, saque las sumas, y las ponga en el libro de asiento. Si escribe cartas, no haya miedo que diga: *Me harás el favor;* sino: *Quiero que hagas;* y también: *He enviado persona que tome de tí;* y: *No se haga de otro modo;* y: *Cuanto antes.*

XXV.

DEL MIEDO Ó TIMIDEZ.

Parece por cierto que el *miedo* es *tímido abatimiento del ánimo;* y el *medroso* tal: Yendo embarcado, dice que los promontorios son embarcaciones enemigas. Si se inquietan las olas, investiga si alguno de los navegantes no está purificado. Si el piloto acorta vela ó interrumpe la navegación, le pregunta si irá ya la mitad del camino, y qué pronostica del divino mar. Dice al que está próximo á él, que tiene miedo por ciertas cosas que ha soñado: se desnuda y da hasta la camisa al criado: ruega que lo acerquen á la tierra. Cuando milita en campaña y se convoca á todos contra el enemigo ya formado, aparenta primero especularlo, y añade que no es fácil discernir si es el ejército contrario. Pero cuando oye ya la vocería y ve caer algunos, dice á los inmediatos que se le olvidó, por la mucha prisa, tomar la espada; y escapando á su tienda, destina su criado para que vaya á descubrir dónde están los combatientes; y escondiendo la espada bajo la almohada, gasta, aparentando que la busca, mucho tiempo. Si ve desde la tienda que los camaradas llevan algún compañero herido, se adelanta á recibirlo, le exhorta á que tenga valor y confianza, le cuida ó cura, le limpia con una esponja las heridas, le osca las moscas, y por todo pasará más bien que comba-

tir con los enemigos. El trompeta tocará para inflamar los ánimos á pelear, pero él, muy sentado en su tienda: *Vete enhoramala*, dice; *no dejas que este hombre coja el sueño por tocar tú con tanta frecuencia*. Lleno de sangre, pero de las heridas de otro, se entremete con los que vuelven de la batalla, y les cuenta cómo él, exponiéndose al peligro, salvó uno de los camaradas; é introduciendo algunos á que vean el herido, inquiere de qué tribu es y de qué pueblo, y cuenta en particular á cada uno cómo él mismo lo condujo á la tienda en sus brazos.

XXVI.

DE LA OLIGARQUÍA Ó ANSIA DE SOBRESALIR.

Parece ser la *oligarquía*, ó ansia de sobresalir, *cierto prurito de mandar, con el designio de sobresalir en autoridad, sin que lo excite la codicia.* El *oligarca* ó magnate es tal: Deliberando el pueblo qué persona ha de asociar al arconte ó jefe de la república, para que cuiden de la pompa ó fiesta religiosa, se presenta para ello. De todos los versos de Homero, sólo repite aquel: *No es bien que muchos tengan el imperio; uno solo sea el rey.* Nada sabe de todos los demás. Es también costumbre suya explicarse con estas voces: *Es menester que nosotros nos juntemos á deliberar; que nos separemos de la turba y cabildo general, y excluyamos la multi-*

tud de que tenga mano en el gobierno. Si algunos le satirizan ó injurian, dice: *Es imposible que ellos y yo vivamos en la ciudad.* Saliendo de su casa en la mitad del día, rasurado de moda y acicalado hasta en las uñas con grande esmero, repite imperiosamente estas ó semejantes palabras: *Es imposible vivir en esta ciudad.* Añade que es indecible lo que tiene que padecer en el tribunal con los pleiteantes; que se abochorna de concurrir á la junta cuando se le sienta á su lado algún desaseado y mal vestido; que es aborrecible todo el gremio de los oradores, y que Teseo (legislador de Atenas) fué la primera causa de que la ciudad padeciese tales desórdenes. Estos y otros semejantes discursos tiene con los forasteros y con los ciudadanos que son de costumbres semejantes á las suyas.

XXVII.

DE LA INSTRUCCIÓN TARDÍA.

La *instrucción tardía* parece ser *diligente aplicación á instruirse pasada la edad correspondiente.* El que se instruye tarde es tal: Cumplidos sesenta años, aprende relaciones (de oradores y poetas), y al recitarlas ó cantarlas en el convite se le olvidan. Aprende de su mismo hijo á dar media vuelta hacia la espada ó hacia el escudo (esto es, á la derecha ó izquierda).

Yendo al campo montado en caballo ajeno, y procurando al mismo tiempo saludar á alguno, cae del caballo y se rompe la cabeza. Suele tambien ejercitarse como niño en tirar al blanco ó estafermo. Dispara en competencia de su criado dardos y saetas; y aprendiendo al mismo tiempo de él, da á entender que el otro no está instruído. Ejercitándose en la palestra, ó estando en el baño, menea frecuentemente y con indecencia los muslos.

XXVIII.

DE LA MALEDICENCIA.

La *maledicencia* es *inclinación del ánimo del que conversando lo echa todo á lo peor.* El *maldiciente* es tal: Preguntando quién es Fulano, comenzará á responder ante todas cosas como los genealogistas, desde su origen. *Su padre*, dice, *se llamaba primeramente Sosias* (1); *pasando después á militar*, *se llamó Sosistrato; últimamente logró empadronarse en la clase de vecino. Su madre por cierto es noble de Tracia; porque dicen que estas tales son nobles en su país. Este*, *como hijo de tales padres*, *es un perverso y azotado esclavo.* Y añadiendo infamias, dice: *Ellas son de aquellas mujeres que tiran á los hombres de la capa cuando pasan*

(1) Nombre que comunmente se imponía á los esclavos.

por la calle. Si otros están hablando mal, él también quiere entrar á la parte, y dice: *Ese hombre es puntualmente el que yo aborrezco más de todos; y en efecto, es aborrecible por su cara; su maldad no tiene semejante; y prueba de ello es que da á su propia mujer seis óbolos* (1) *para la comida, y la precisa á que se bañe en agua fría en el mes de Posideón, ó en la fuerza del invierno.* Si alguno del concurso se levanta para irse, murmura de él. Habla mil perversidades de sus amigos y de sus domésticos, y aun vitupera los mismos muertos.

(1) Como diez maravedís. Véase la nota al cap. x.

ENCHIRIDION

ó

MÁXIMAS DE EPICTETO

VERSIÓN DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR

ANTONIO BRUM.

PRÓLOGO.

El *Enchiridión* de Epicteto ha sido traducido en castellano varias veces. El Brocense y su discípulo Correas, Quevedo y otros escritores han empleado su pluma en interpretar fielmente el texto griego, añadiendo por su parte notables comentarios á la doctrina moral del filósofo estoico. Cualquiera de esas traducciones hubiera cumplido el objeto que la BIBLIOTECA CLÁSICA se propone con esta colección de moralistas griegos. Hemos preferido, sin embargo, la versión (con ligerísimas variantes) que forma parte del *Theatro moral de toda la Philosophía de los antiguos y modernos*, publicado sin nombre de autor en Bruselas, por Francisco Foppens, impresor y librero. La versión es de la segunda mitad del siglo XVII. Hízose en vista del original y aprovechando los trabajos anteriores: esto, y el estar hecha con facilidad que invita á la lectura, fuera razón bastante á darle entrada en este tomo. Pero hay, ade-

más, otra de gran peso para semejante preferencia, y es la favorable coyuntura que hoy se me presenta para dejar aquí resuelto un punto de crítica bibliográfica, controvertido por personas de tan alta competencia como los Sres. Ticknor y Menéndez Pelayo. El primero, en el *Catálogo* de su *Biblioteca*, cita el *Theatro moral*, como libro traducido por ignorado escritor, del *Théâtre moral de la vie humaine* (Bruselas, 1672), de Martín Le Roy de Gomberville, obra que antes se había estampado con el título de *La doctrine des mœurs*. Enfrente de esta conclusión están los reparos que el Sr. Menéndez y Pelayo opone en la nota VI de su estudio sobre *Horacio en España*, tomo II (1).

«En primer lugar—dice el Sr. Menéndez—el traductor castellano, que parece hombre sincero y verídico, nada dice del tal Gomberville, sino que se da por autor original de toda la prosa.» En corroboración de esto cita las siguientes palabras del anónimo autor: «El impressor deste libro, habiendo adquirido (no á poca costa) las láminas originales que *Otto Venio* (pintor famoso de estos Estados de Flandes) inventó y sacó á luz en otro tiempo, con título de *Emblemas de Horacio*, por ser fundados en los versos latinos de aquel Author....., y teniendo noticia de la inclinación que siempre he mostrado al estudio de la doctrina moral y visto algunos papeles míos, me pidió encarecidamente para esta impresión que acompañase sus emblemas con algunos discursos en forma de explicación....., y para no usurparme lo que es ajeno, declaro desde ahora que los versos caste

(1) *Colec. de Escrit. castellanos*, Madrid, 1885.

llanos que siguen al latín no son míos, pero sí los que van al pie de cada emblema» (1).

«Tenemos, pues—añade el Sr. Menéndez y Pelayo—dos autores castellanos; pero el señor de Gomberville no parece. Por otra parte, si el autor escribía en 1668, como de su prólogo se infiere, y Gomberville no publicó su libro hasta 1672, parece que éste debió de ser el traductor. Finalmente, advertiré que aunque yo no tengo ni he visto más *Theatro moral* que el de 1733, todas sus circunstancias, y lo que sé de otros libros de láminas que se han estado reproduciendo mientras han durado las planchas, me inducen á creer que esta edición no tiene de nueva más que la portada, siendo por lo demás el mismo texto, que conjeturalmente supongo impreso en 1668 ó 1669.»

Y en efecto, de 1669 es la edición de que existe un ejemplar en la biblioteca del Ateneo de Madrid, con esta portada:

«Theatro | moral | de toda la | Philosophia | de los | Antiguos y modernos | con el | Enchiridion | de Epicteto, etc. | Obra propia para enseñanza de Reyes y Príncipes. (Sigue un grabado.) En Brusselas | Por Francisco Foppens, Impressor y Mercader de Libros. M.DC.LXIX.»

Nicolás Antonio (*Bibl. Nov.*, tom. II, pág. 405) registra una edición de 1666 in fol. Pero entiendo que en esta fecha hay error, y que la primera edición es la de 1669, que dejo mencionada. De todos modos, resulta que el *Theatro moral de toda la Philosophía* es anterior al *Théâtre moral de la vie humaine*, y

(1) Véase el *Proemio*.

por tanto, mal pudo ser traducido de la obra de Gomberville. Cierto que Ticknor considera el *Théâtre moral* como reproducción del libro *La doctrine des mœurs*, publicado en 1640 y tantos (1), en cuyo caso, y dentro de su tesis, podría creerse que así la obra castellana como la de Gomberville eran traslados de aquélla. Y es no menos indudable que, pensando de esta suerte, la cronología quedaba totalmente á salvo. Pero ¿de que una obra sea posterior á otra, se puede concluir que sea reproducción de la primera? Es evidente que no. ¿Y en qué otras razones apoya el crítico norteamericano la afirmación que rechazamos? En ninguna, que yo sepa. Nada dice Ticknor que autorice á creer que su juicio se formó en virtud del cotejo de ambos libros; nada de la edición de 1669, lo que prueba que sólo conocía la de 1733, que él cita. Esto y la identidad de las primeras palabras del título (2), indujéronle, sin duda, á asegurar que era, en lo tocante á la prosa explanatoria, fiel traslado del *Théâtre moral* de Gomberville. Quizá intervino por mucho en semejante juicio el publicarse anónima la obra castellana. Y aun la sinceridad y buena fe que á todas luces rebosan del «Proemio», hubieron de parecerle á Ticknor traza de mal aconsejado editor, que pretendía, con dudosa habi-

(1) Ticknor no precisa la fecha, pues sólo pone las cifras 164... en su *Catálogo*.

(2) La obra de Gomberville que Ticknor cita se titula: *Théâtre moral de la vie humaine*; la obra anónima de que tratamos, *Theatro moral de la vida humana, en cien emblemas, con el Enchiridión de Epicteto y la Tabla de Cebes*. La primera editóse en Bruselas, 1672; la segunda en Amberes, 1733.

lidad, defraudar á sus lectores, dándoles por trabajo de primera mano lo que en realidad no era sino libro conocido.

Ciertamente que el lenguaje franco y sin rebozo que el anónimo usa, la calidad de las personas á quienes el *Theatro moral* va dedicado, y lo fútil del intento de presentar como original un libro cuya traducción podía fácilmente comprobarse, debieron de haber pesado en el juicio de Ticknor mucho más que la semejanza de los títulos y que la mera prioridad de una fecha.

Aparte estas consideraciones, la opinión del señor Menéndez y Pelayo, á mi parecer, se confirma plenamente con tener, como lo tengo, por bien averiguado quién fué el autor, hasta hoy anónimo, de la prosa explanatoria de los «Emblemas», así como de las traducciones de Epicteto y Cebes.

Ora fuese por *modestia*, ora por *temor á la envidia*, como dice el impresor Foppens en su «Dedicatoria» á la Reina Regente, ora, en fin, cediendo á otros motivos cualesquiera, es lo cierto que el autor puso empeño en ocultar su nombre; no tanto, en verdad, que en la autobiografía que precede á los «Emblemas» regatease al investigador curiosos datos de gran precio por donde viniese á descifrar el enigma. Esos datos nos permiten asegurar que el *Theatro moral* es todo él (exceptuados los versos que van al pie de los textos de Horacio) debido á la pluma de Antonio Brum, del Real Consejo de Flandes. Al fin del «Proemio» dice, en efecto, su autor, que dedica su trabajo al Excmo. Sr. Conde de Peñaranda, «bajo cuya dirección—añade—serví á S. M. en el Congreso de la Paz de Munster». Ahora bien; consta que á

aquel congreso asistieron, como plenipotenciarios de España, D. Ramiro Núñez de Guzmán, duque de Medina de las Torres; D. Gaspar de Bracamonte, conde de Peñaranda; Fr. José Bergañi, obispo de Balduque y electo de Cambray; D. Diego de Saavedra Fajardo, y Antonio Brum (así en el Real despacho), del Consejo Supremo de Flandes. Llevaban la dirección de los negocios el Duque de Medina de las Torres y el Conde de Peñaranda. Al Obispo de Cambray no conviene ninguno de los pormenores de la vida que se refiere en el «Proemio»; del autor de las *Empresas políticas* no puede ser tampoco el *Theatro moral*, ni por los datos biográficos á que aludimos, ni por el estilo. Queda, pues, Antonio Brum como autor *probable* de aquel libro. Mas esta probabilidad aumenta cuando se ve á Brum sirviendo *bajo la dirección* del Conde de Peñaranda en las negociaciones de Munster. El Conde, en carta fechada en Munster á 29 de Octubre de 1645, y dirigida á Felipe IV, acompañando copia de ciertos documentos que Brum le había presentado en queja del presidente Rosse, informa al Rey en términos muy lisonjeros para Brum, y nos da testimonio de la *capacidad* de éste para forjar obras literarias, escribiendo, entre otras cosas, lo que sigue: «Yo debo decir á V. M. que el Brum es uno de los hombres de grandes partes que he tratado, *de muchas letras*, juicio y entendimiento.....» (1). Por si estas noticias no bastaran, aun hay otra que viene á corroborar nuestro aserto. Según se consigna en el «Proemio», el autor del *Theatro moral* pasó en

(1) Véase *Docum. inéd. para la Historia de España*, t. LXXXII, pág. 188.

1629 á Milán, y se halló en el sitio de Cassal de Monferrato, con el gran capitán Ambrosio de Spínola, que murió allí; en 1633 fué á la Alsacia, visitando después varios puntos de Alemania en el ejército del Duque de Feria; en 1634 militó en el del Cardenal-Infante, hallándose en la batalla de Nordlinguen, como soldado del tercio de D. Martín Idiáquez, de donde al año siguiente pasó con el ejército del Cardenal á Flandes. La campaña de 1635 en Flandes comienza por la Interpresa de Tréveris, donde sufrieron gran desastre los tercios españoles. Diego de Luna y Mora, en su *Relación* de la campaña de 1635, dicé haber sido presos «los Maestres de campo Ladrón y Sfrondato y *Bruns*» (*sic*), al cual en otra parte llama *Brunz* (1).

¿No será éste el Brum que aparece más tarde en las negociaciones de Munster, bajo la dirección del Conde de Peñaranda, quien le reputaba, según hemos visto, por hombre de muchas letras? Téngolo por indudable.

V. FERNÁNDEZ LLERA.

(1) Véase *Docum. Inéd. para la Historia de España*, t. LXXV, págs. 393 y 411.

VIDA DE EPICTETO

FILÓSOFO ESTOICO.

ESCRÍBELA DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

Fué nuestro Epicteto natural de Hieropoli, ciudad de Frigia. Tuvo más dicha con la noticia su patria que sus padres, pues nadie los nombra: reconozco esta ignorancia por grande providencia del olvido, para que la memoria se acordase que sin otra descendencia fué nuestro filósofo todo de la filosofía, y de sí progenie de su virtud. Fué esclavo de Epaphrodito, soldado de las guardas de Nerón, en Roma. Fué tal Nerón, que en su tiempo ser esclavo en Roma no era nota, sino ser ciudadano; pues era esclavo en la República que era esclava. Todos lo eran: el Emperador, de sus vicios; la República, del Emperador; Epicteto, de Epaphrodito. ¡Oh alto blasón de la filosofía, que cuando el César era esclavo y la República cautiva, sólo el esclavo era libre! La persona de Epicteto era defectuosa; cojeaba

impedido el paso de una destilación á una pierna. Todas las calamidades de su edad, estado y cuerpo, sirvieron de recomendación á su alma: siguió la secta estoica, enseñóla y obróla, adquiriendo tan encarecida estimación, que después de muerto dice Luciano que el candil de barro á cuya luz estudiaba y escribía se vendió en 3.000 reales, juzgándole el comprador bastante á comunicarle la propia doctrina por haberle asistido. Ya le sirvió de maestro el candil, pues le ocasionó acción en la virtud tan admirable, que se refiere igualmente por ejemplar con la vida de Epicteto. Cerró nuestro filósofo toda la doctrina de las costumbres en estas dos palabras: «*Sufre, abstente*». Aquélla por medicina de lo que sucede al sabio, ó le puede suceder, que no le conviene; ésta, de lo que conviene que ni tenga ni le suceda. Con esta brevedad quitó el miedo de los grandes volúmenes, que son embarazo á la casa, tarea á la vida y carga á los brazos: hizo un libro en estas dos palabras, que se oye en una cláusula, y que no necesita de repeticiones á la memoria. Tan bien acostumbrado estaba al ejercicio de estas dos voces, que muchas veces, ambicioso de victorias contra los trabajos y calamidades, provocaba fervoroso á Dios, exclamando: «*Llueve, oh Júpiter, calamidades sobre mí*». ¡Oh hazañoso espíritu, oh grito lleno de valentía, que pidiese á Dios calamidades hombre esclavo, y manco, y súbdito de Nerón! Alcanzó el imperio de Domiciano, salió de Roma, unos dicen huyendo de la tiranía de aquel Emperador: esto no es creíble en quien pedía á Dios trabajos y persecuciones. Otros dicen que salió de Roma expulso por el decreto del Senado que desterró á todos

los filósofos de la ciudad: afirman se restituyó á Hieropoli, su patria, si bien Suidas dice perseveró en Roma hasta los tiempos de Marco Antonino, y que pasó á Nicopoli, ciudad de la nueva Epiro. Lipsio entiende este Antonino por el filósofo en la *Manuducción estoica,* disertación XIX, considerando, y cuidadosamente, que desde la muerte de Nerón hasta el principio de Marco Antonino pasaron noventa y cuatro años, y había de ser recién nacido, en tiempo de Nerón, Epicteto. Persuádese Lipsio fué esclavo de Epaphrodito después de la muerte de Nerón, y defiéndese con el propio Epicteto, en la primera disertación de las que juntó Arriano, cap. XIX. Escribió las disertaciones que Arriano dispuso en este *Manual* que tenemos. En la librería de Florencia, dice Correas, se cree hay epístolas suyas. Yo no me persuado que si las hubiera faltara en Florencia quien las diera al público. Esta que yo he escrito es la vida que vivió Epicteto. Este libro, que él escribió, es la vida que Epicteto vive y vivirá.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DEL TRADUCTOR ANTONIO BRUM (1).

Pasé mi primera infancia en casa de mis padres, en Madrid (corte entonces del rey católico Felipe III), hasta la edad de once años. Mi docilidad natural, juntamente con la cuidadosa educación y buen ejemplo de mis padres, dió ocasión á concebir de mí mayores esperanzas de lo que con el tiempo mostró la experiencia. Y así (después de haber aprendido á leer, escribir, contar y tocar algunos instrumentos y cantar con ellos), trataron de ponerme al estudio de gramática. Y para evitar la compañía de tanta viciosa y corrompida niñez como acude á los estudios públicos de aquella corte, me enviaron con un ayo al convictorio de Ocaña, tan célebre en toda España por la instrucción de los Padres de la Compañía de Jesús, como por los hom-

(1) Están tomadas del Proemio de su *Theatro moral de toda la Philosophia.*

bres grandes y famosos que de él han salido de todas naciones, calidades y profesiones. En el tiempo que allí estuve, no sólo aprendí lo que se enseña, sino también los ejercicios de correr, saltar, luchar, tirar á la barra y otros que ayudan notablemente á la agilidad y fuerzas corporales, muy convenientes á los hombres y á la salud, evitando la violencia. Mi temperamento era colérico, sanguíneo, templado con alguna melancolía, que no me impedía el ser alegre, juguetón y sociable. Era yo pundonoroso y altivo de pensamientos, y obedecía de mejor gana á la blandura que al rigor, al aplauso que al castigo. Era mi memoria más feliz que la de todos mis condiscípulos, conque en espacio de tres años hice raya entre todos, y el de 1617 pasé al colegio de Oropesa (regido por los mismos Padres) á repetir y excitarme en lo ya estudiado. Y entonces comencé á notar que pierde tiempo en el estudio de la Retórica y Poesía el que no nació orador y poeta.

El año siguiente (que era el décimocuarto de mi edad) fuí enviado á la universidad de Alcalá de Henares á estudiar la Filosofía. Aquí se advertirá el daño de mi feliz memoria, que yo no vine á conocer sino muy tarde. Valióme mucho para las Súmulas y Lógica, en que ninguno de mis condiscípulos llegó á igualarme, y solía romper la cabeza á los más doctos; porque nunca me faltaba materia para defender y probar cualquiera desatino, y si me proponían algún argumento (por bien fundado que fuese), mi puntual modo de resumir y mi prontitud en responder, distinguiendo ó negando, les causaba tal vez confusión, y tal vez les cegaba la cólera, y á mí me parecía haber vencido.

Mi maestro, que conoció muy bien esta mi aniñada y memoriosa habilidad, se valió de ella para ganar aplausos á costa de mi perdición. Propúsome para sustentar las conclusiones de este curso, y para ello me dió á decorar (como dicen) más de 20 pliegos de papel, en que se comprendían todas sus opiniones, las de los contrarios, con todas las soluciones y respuestas. En menos de seis días lo hice todo tan mío, que salí al teatro y representé mi papel casi sin ayuda de mi maestro, que me presidía, y mediante esta industria, él ganó la reputación y á mí me quedó por mi parte un insufrible y molesto desvanecimiento, que me hizo incapaz de las demás ciencias, porque nunca aprende nada quien presume saber mucho. Después estudié la Física y la Metafísica, no para entenderlas, sino para no olvidarlas, lo cual me ha servido de algún adelantamiento con el tiempo, como diré en su lugar. Holgábanse mis padres de oir hablar bien de mí, y creían lo que realmente no era.

Acabados mis estudios, volví muy ufano á mi casa, donde estuve algunos meses pasando con mi ayo (que era hombre docto) lo que había estudiado. Pero éste (conociendo ya que la confianza que yo tenía en la facilidad del arte de disputar me impedía el aprender lo que él me enseñaba, y que la sobra de mi memoria causaba la falta del entendimiento, que aun no estaba maduro) aconsejó á mi padre me enviase al colegio del Escorial á repetir la Filosofía, como se hizo. Hubiera sido de grandísima utilidad este consejo, si entonces (que comenzaba á discurrir y conocer las cosas) me hubieran puesto de nuevo al estudio. Pero la preocupación de mis pri-

meros errores (fundados en principios mal entendidos y bien rememorados) retardaron el progreso. No obstante, en dos años que estuve allí, no dejé de mejorar en la Física y Metafísica, y aprendí de más á más algunos principios de Geometría, Geografía y otras partes de la Matemática. Valíame para esto la continua entrada que tenía á todas horas en la insigne y celebrada librería de aquel Real convento; y aunque estudiaba de buena gana y mucho, por andar siempre variando de materias, no aprendía nada con fundamento. Quería hablar de todo, y al paso que las letras, crecía en mí la vana presunción, y desdeñaba ya el conversar con hombres sin estudio. Fuera de este vicio escolar, era hasta entonces mi vida harto inocente.

Volví á mi casa é hice algunos viajes con mi padre por diferentes reinos de España; y á principios de 1625 y vigésimosegundo de mi edad, fuí enviado á Salamanca á estudiar cánones y leyes. Mi ayo no quiso ir conmigo, y así me dieron un criado de más edad que yo y de muy buenas costumbres; pero la ocasión, el tiempo y las malas compañías lo corrompen todo. El primer curso (que fué de Instituta) se lució muy bien, y los maestros se prometieron de mí grandes esperanzas, porque los memoriosos son harto propios para este estudio. Considerando mis padres el largo viaje de ida y vuelta cada verano, dieron orden de que quedase allá á divertirme. Esto fué mi ruina, porque en la primera vacancia me comencé á ejercitar en el manejo de todas armas, y aprendí juntamente algunos principios de Astronomía y Medicina. Pero (como suelen hacer los inconstantes) me aplicaba de bue-

na gana y con fervor siempre á lo más nuevo y variado; así, hablaba de todo sin saber nada bien. En este primer curso concebí algunos escrúpulos sobre la definición de la justicia, la cual dicen ser *una constante y perpetua voluntad de dar á cada uno lo que es suyo.* Esta constante voluntad, y el no mentir ni engañar á nadie, lo tuve por naturaleza y por educación, y lo he profesado toda mi vida. Pero decía yo en mí mismo: ¿Qué le importa la buena voluntad á quien le falta el buen entendimiento? ¿Cómo dará bien su sentencia sobre lo alegado y probado (aunque tenga esta constante voluntad y sea buen jurista) el que no sabe juzgar si las pruebas son bastantes y las alegaciones bien fundadas? Porque *Scire leges, hoc non est eas tenere, sed vim ac potestatem earum cognoscere. Dig.*, lib. I, tít. III; *De leg.*, 17. Con estos y semejantes discursos se me hacía dificultosa la ejecución de la verdadera justicia. Mayor dificultad se me ofrecía en la segunda definición de la Jurisprudencia, que dicen ser: la noticia de las cosas divinas y humanas, y la ciencia de lo justo y de lo injusto; y me parecía que la más larga vida del hombre no era bastante para las circunstancias de esta sola definición. No hubiera muchos letrados en el mundo si cada estudiante hubiera tenido estos escrúpulos; pero aunque nacían de falta de entendimiento, no dejaron de causarme alguna aversión á este género de estudio, principalmente cuando al segundo curso del cuerpo del derecho entré en aquel inmenso océano de leyes de las Pandectas, Códice, etc. Y aunque ninguno me vencía en memoria, y por lógico me cedían los más, confieso que cuando descubrí sobre cada título un

volumen lleno de controversias, sobre cada párrafo un comento lleno de contrariedades y sobre cada ley una glosa llena de dudas, y la gran contradición de las mismas leyes, me pareció haber entrado en un bosque de fieras que se hacían guerra cruel para destruirse unas á otras, además de las muchas que no alcanzaba á vèr y se me escapaban con nombre de leyes municipales y costumbres locales. Verdad es que éstos eran defectos de mi ignorante presunción y no del derecho. Como quiera que sea, pasé con disgusto de éste al tercer curso, en que aproveché muy poco, porque al principio de él fuí desterrado del paraíso de la inocencia, por haber gustado del fruto del árbol vedado; de lo cual, y mi humor marcial, resultó después mi destierro de la Universidad y la necesidad de alejarme de mis padres y mi patria. Anduve vagando algún tiempo, y siendo ya de edad de veintiséis años, en el de 1629 pasé al Estado de Milán, donde serví en el famoso sitio de Cassal de Monferrato, en que murió aquel gran capitán Ambrosio Spínola. Mi modo de vivir era libre y militar, y aunque con la mudanza de patria mudé algo de costumbres, nunca fué para mejorar. En el ocio de los cuarteles de invierno buscaba libros y nombres, datos que acabasen de satisfacer la inclinación que tenía á la Filosofía Natural, sin cuidar de la Moral, que era la más importante. Con la ocasión de las guerras la tuve también de ver algunas tierras de Italia. En este tiempo (que fué el año de 1633) murió mi padre y me faltó con él todo mi apoyo. Sentílo como se puede considerar, pero lo hube de ceder al destino inevitable y animarme á establecer mi fortuna sobre mis propias obras. Este

mismo año pasé con el ejército á la Alsacia, y ví la mayor parte de Alemania, debajo del mando del Duque de Feria, por cuya muerte milité al año siguiente en el ejército con que el Señor Cardenal-Infante, de gloriosa memoria, pasó victorioso á Flandes, después de aquella tan sangrienta como celebrada batalla de Norlinguen, siendo yo soldado del tercio de D. Martín Idiáquez, que tuvo gran parte en esta victoria. La llegada á estos Estados fué á lo último del año de 1634. En todo este tiempo y viajes aprendí diferentes lenguas (cosa muy fácil á la mocedad), algunas ciencias, más curiosas que provechosas, y muchos secretos de naturaleza y Medicina. Alcancé no poca noticia del conocimiento de las hierbas y drogas medicinales, de la Anatomía, Cirugía y varias operaciones químicas. Halléme muchas veces en peligros manifiestos de mi vida, de que Dios fué servido librarme por su divina y secreta providencia. No hago relación particular de mis sucesos, por no ser esta mi historia, sino mi confesión; y así, diré solamente, para mayor confusión mía y ejemplo de otros, que tuve muchas inspiraciones de Dios para mudar de vida y costumbres, pero á todas fuí ingratamente rebelde; y cuando debía esperar (por tan gran maldad) los merecidos efectos de la justicia divina, fué Dios servido (con su inefable misericordia) de reservarme entre tantos compañeros que han perecido á mi vista de mil maneras, siendo yo entre todos el que más le había ofendido. ¡Oh justos é impenetrables secretos de los juicios de Dios!

Mis principales y capitales pecados (de que procedieron infinidad de vicios) fueron: una insolente

presunción de saber más que otros; una inclinación insaciable al juego, y una vil y torpe sujeción al amor lascivo. Proseguí mi profesión militar y este infame y libre modo de vivir hasta último de Abril de 1637 (trigésimocuarto año de mi edad), que me casé. Con la mudanza de estado, mudé también de profesión, y pasé de la guerra á la pluma. Comencé á tratar de ordenarme un modo de vida más decente y conforme á mi nuevo estado. Apliquéme desde luego al estudio de los libros morales y de devoción, en que con el tiempo he hallado todo mi consuelo; fuí muy dado á la lectura de la Historia y de los libros políticos y de Estado. Ocupé diferentes puestos en servicio de mi Rey, y me hallé en diversos tratados de paz y guerra. Toda mi vida ha sido un continuo contraste de trabajos, peligros y persecuciones, y en el curso de ella aprendí á sufrir y no desear, con que, mediante la gracia de Dios, he llegado á una inexplicable tranquilidad de espíritu, que es la mayor felicidad de esta vida perecedera. Después de treinta y dos años de matrimonio y treinta y ocho de servicios continuos, no tengo más riquezas que lo muy necesario para sustentar modestamente mi familia, y me hallo más contento en este estado que infinitos que acumularon grandes posesiones y nunca son dichosos por desear siempre más.

He tenido en todo diez hijos, de los cuales aun viven hoy dos varones y tres hembras. La crianza de las hijas ha corrido por cuenta de la madre, que las ha doctrinado con su buen ejemplo más que con palabras. A los varones he procurado hacer instruir lo mejor que me ha sido posible; pero en vano traba-

jan los padres cuando Dios no concurre con su divina gracia. En sesenta y cinco años de edad, he visto y experimentado bastantemente los errores, desaciertos y engaños del mundo, para tener de ellos un perfecto desengaño, pues es muy loco quien no escarmienta con los ejemplos ajenos.

Cuando comenzaba á darme á este estudio moral, me parecía que una luz sobrenatural me iba alumbrando (para confusión mía) en el conocimiento de mí mismo, y quedé como absorto descubriendo tan de repente mi profunda ignorancia y mi vana y loca presunción. Reconocí luego en mí tantas flaquezas y errores, que me avergoncé de haber vivido tantos años hecho lince de pequeños defectos ajenos, sin haber abierto los ojos para mirar mis propias culpas y enormes pecados, de que pido perdón á su Divina Majestad de todo mi corazón.

Esta es mi vida, esta mi pública confesión y mi natural y verdadero retrato, y los discursos de este libro (1) mis ordinarios sentimientos y dictámenes y mis continuos ejercicios, que salen á la luz del mundo acaso más que por mi propio designio, porque siendo los sentimientos de los hombres tan varios, y que hoy día muy pocos se inclinan á este género de estudio, fuera muy grosera necedad escribir para todos lo que se sabe que ha de agradar á muy pocos; aunque espero que la gracia de Dios y sus divinas inspiraciones suplirán la falta de mi suficiencia.

No ha mucho tiempo que me ejercitaba en la traducción de Epitecto gentil, ensayándome en hacerle

---

(1) Alude á la prosa explanatoria del Theatro moral.

cristiano. Dediquéle al señor Marqués de Caracena, mi protector, cuyas virtudes morales, militares y políticas eran dignas de más larga vida y su elogio de mejor pluma que la mía; y como en este breve tratado se contienen en suma todas las reglas y principios universales de la moral, ha parecido juntarle con este mismo volumen para mayor luz de los que se inclinaren á estudiar sin maestro.

ENCHIRIDION

ó

MÁXIMAS.

I.

Hay ciertas cosas que dependen de nosotros mismos, como la opinión, la inclinación, los deseos, la aversión, y en una palabra, todas nuestras operaciones. Otras hay también que no dependen, como el cuerpo, las riquezas, la reputación, los imperios, y finalmente, todo aquello que no es de nuestra operación.

II.

Lo que depende de nosotros es libre por su naturaleza, y no puede ser impedido ni forzado de ningún hombre; y al contrario, lo que no depende de nosotros es servil, despreciable y sujeto al ajeno poder.

III.

Acuérdate, pues, que si juzgas por libre y tuyo lo que de su naturaleza es servil y sujeto al poder ajeno, hallarás muy grandes inconvenientes, y te verás confuso en todos tus designios y expuesto á mil molestias, y al fin acusarás á los dioses y á los hombres de tu infortunio. Y si, al contrario, creyeres ser tuyo solamente lo que de verdad te pertenece, y supieres considerar como externo ó extranjero lo que en efecto lo es, cierto que nada será capaz ni bastante para desviarte de lo que te hayas propuesto hacer; que no emprenderás cosa alguna que te pese; que no acusarás á nadie, ni murmurarás; que ninguno te ofenderá; que no tendrás enemigos, ni padecerás jamás un mínimo desplacer.

IV.

Si deseas, pues, tan grandes bienes, sabe que no basta desearlos tibiamente para obtenerlos, sino que te conviene evitar del todo algunas cosas y privarte de otras por algún tiempo. Porque si (no contento con lo que posees) tienes ambición de entrar en cargos y de amontonar riquezas, acuérdate que perderás absolutamente los medios verdaderos de granjear la libertad y la felicidad; y también podrá ser que quedes frustrado de lo que pretendes con tanta pasión.

V.

Cuando se te ofrece algún objeto enojoso, acostúmbrate á decir en tí mismo que no es lo que parece, sino pura imaginación. Luego que hayas hecho esta reflexión, examina el objeto por las reglas que ya tienes para ello. Considera si es cosa que depende de tí; porque si no depende, dirás que no te toca.

VI.

Advierte que el fin del desear es obtener lo que se desea, y el fin de la aversión es huir de lo que se pretende evitar. Y como es desdichado el que se ve frustrado de lo que desea, así es miserable el que cae en lo que más piensa evitar. Por lo cual, si tienes aversión solamente de lo que depende de tí (como las falsas opiniones), asegúrate que no caerás jamás en lo que aborreces. Pero si tienes aversión de lo que no depende de tí (como son las enfermedades, la muerte y la pobreza), no dudes que serás miserable, pues que no las puedes evitar, y que has de caer infaliblemente en ellas.

VII.

Si quieres ser dichoso, nunca repugnes á lo que no depende de tí; mas transfiere tu odio contra lo

que resiste á la naturaleza de las cosas que dependen de tu voluntad. Demás de esto, no desees por ahora nada con pasión; porque si deseas cosas que no dependen de tí, es imposible que no te veas frustrado; y si deseas las que de tí dependen, advierte que no estás bastantemente instruído de lo que es necesario para desearlas honestamente. Por lo cual, si quieres hacer bien, acércate á ellas de manera que puedas retirarte cuando quieras. Pero todo esto se ha de hacer con medida y discreción.

VIII.

El verdadero medio de no estar sujeto á turbación es considerar las cosas que son de nuestro gusto ó de nuestra utilidad, ó aquellas que amamos, como ellas son en sí mismas. Hase de comenzar el examen por las que impórtan menos. Por ejemplo: cuando manejas una olla de barro, piensa que es una olla de tierra la que manejas, y que puede quebrarse fácilmente. Porque, habiendo hecho esta reflexión, si acaso se quebrare, no te causará alteración. Asimismo, si amas á tu hijo ó tu mujer, acuérdate que es mortal lo que amas, y por este medio te librarás del impensado sobresalto cuando la muerte te los arrebate.

IX.

Antes de emprender alguna obra examínala muy bien. Si has resuelto ir al baño, antes de partir

represéntate todos los inconvenientes que se siguen de ir al baño: el echarse agua los unos á los otros, el empujarse para tomar mejor lugar, el darse vayas y el perder los vestidos. No dudes que ejecutarás muy seguramente lo que emprendes, si dices en tí mismo: «Quiero ir al baño, pero también quiero observar el modo de vivir que me he propuesto.» Sigue esta máxima en todo lo que emprendes; porque por este medio, si te sucede algún inconveniente ó alguna desgracia bañándote, te hallarás todo resuelto, y dirás: «No he venido aquí solamente para bañarme, sino también he venido con resolución de no hacer nada contra mi modo de vivir, el cual yo no observaría si sufriese con algún pesar ó desplacer las insolencias que aquí se cometen.»

X.

No son las cosas las que atormentan á los hombres, sino las opiniones que se tienen de ellas. Por ejemplo: la muerte (bien considerada) no es un mal; porque si lo fuera, lo habría parecido á Sócrates como á los demás hombres. No, no; la opinión falsa que se tiene de la muerte, la hace horrible. Por lo cual, cuando nos hallamos turbados ó impedidos, debemos echar la culpa á nosotros mismos y á nuestras opiniones.

XI.

De ignorante y brutal es el culpar á otros de las propias miserias. Aquel que á sí mismo se culpa de

su infortunio, comienza á entrar en el camino de la sabiduría; pero el que ni se acusa á sí, ni á los demás, es perfectamente sabio.

XII.

No te alabes jamás de ajenas excelencias. Si un caballo pudiese decir que es hermoso, en su boca sería tolerable. Pero cuando te alabas de tener un hermoso caballo, ¿sabes lo que haces? Te alabas de lo que no te pertenece. ¿Qué es, pues, lo que es tuyo? El uso de lo que está á tu vista. Por esta razón, si miras las cosas conforme á su naturaleza, y juzgas de ellas como debes, entonces te es permitido gloriarte en ellas, porque te alegras con un bien que posees efectivamente.

XIII.

Si te hallases embarcado y el bajel viniese á tierra, te sería permitido desembarcar para buscar agua: y asimismo, nadie te impediría el coger las conchuelas que te hallares en tu camino; pero te convendría tener la vista siempre en el bajel, atendiendo á cuando el piloto te llamase, y entonces sería menester dejarlo todo de miedo que no te hiciese embarcar atado de pies y manos como una bestia. Lo mismo sucede en la vida. Si Dios te da mujer é hijos, permitido te es amarlos y gozar de ellos. Pero si Dios te llama, conviene dejarlos sin más pensar, y correr ligeramente á la nave. Y si ya eres viejo, guárdate de alejarte y de no estar prevenido cuando seas llamado.

XIV.

Nunca pidas que las cosas se hagan como quieres; mas procura quererlas como ellas se hacen. Por este medio todo te sucederá como lo deseas.

XV.

La enfermedad es un impedimento del cuerpo, no de la voluntad. Por ejemplo: el ser cojo impide los pies de andar, mas no embaraza la voluntad de hacer lo que ella quiere, si emprende tan solamente lo que puede efectuar. De esta misma manera puedes considerar todas las cosas que suceden y conocerás que á tí no te embarazan, aunque impiden á los demás.

XVI.

En todo lo que te sucediere, considera en tí mismo el medio que tienes de defenderte. Por ejemplo: si ves una hermosa mujer, advierte que tienes la templanza, que es un poderoso medio para oponer á la hermosura. Si estás obligado á emprender algún trabajo penoso, recurre á la paciencia. Si te han hecho alguna injuria, ármate de la constancia. Y si te acostumbras á obrar de esta manera siempre, nunca los objetos tendrán poder sobre tí.

XVII.

Nunca digas que has perdido alguna cosa, sino siempre di que la has restituído. Cuando tu hijo ó tu mujer murieren, no digas que has perdido tu hijo ó tu mujer, sino que los has restituído á quien te los había dado. Pero cuando se nos haya quitado alguna heredad, ¿habremos de decir también que la hemos restituído? Puede ser que pienses que no, porque el que te ha despojado de ella es un hombre malvado, como si á ti te tocara, por cuya mano vuelve tu posesión á quien te la dió. Por lo cual conviene que mientras la tienes á tu disposición, la tengas por extraña, no haciendo más caso de ella que el caminante hace de las posadas en que aloja.

XVIII.

Si quieres adelantar en el estudio de la virtud, aparta del entendimiento estos pensamientos: «Si no tengo cuidado de mis negocios, no tendré con qué subsistir: si no castigo á mi hijo, saldrá malo.» Advierte que vale más morir de hambre y conservar la grandeza del ánimo y la tranquilidad del espíritu hasta los postreros suspiros, que vivir en la abundancia con un alma llena de inquietud y de tormento. Advierte, te digo, que vale más sufrir que tu hijo salga malo, que hacerte tú mismo desdichado. Al fin el sosiego del espíritu se ha de preferir á todo; mas para tenerle, es menester que desde luego te ensayes

en las cosas menores. Por ejemplo: si se derrama tu aceite ó te roban el vino de tu cueva, haz esta reflexión y di en ti mismo: «Á este precio se compra la tranquilidad y la constancia.» En efecto, nada se adquiere de gratis, y necesariamente nos ha de costar alguna cosa. Haz lo mismo cuando llamas á tu criado; piensa que no está pronto á tu voz y que cuando lo esté, puede ser que no haga nada de lo que desees que haga. Sea lo que fuere, no permitas jamás que tenga el poder de enojarte y de turbarte el espíritu cuando él quiera.

XIX.

No se te dé nada de que el pueblo te tenga poi extravagante porque desprecias las cosas exteriores. ni tampoco afectes el parecer hombre suficiente. Si por suerte sucede que se haga algún caso de tí, desconfía entonces de ti mismo. Porque es extremamente difícil el dejarse llevar de lo exterior y conservar en sí una resolución conforme á la naturaleza y modo de vivir que te has propuesto; y no puede ser que se haga lo uno, sin olvidar lo otro.

XX.

Si quieres que tus hijos, tu mujer ó tus amigos vivan siempre, has perdido el entendimiento. Porque es querer que dependa de tí absolutamente lo que no depende en manera alguna, y que lo que es ajeno te pertenezca. Asimismo, si pretendes que tu

hijo no cometa falta alguna, también eres ridículo; porque quieres que el vicio no sea vicio. Por lo cual, si tienes gana de no ser jamás frustrado en tus deseos, no desees sino aquello que depende de ti.

XXI.

Verdaderamente es dueño de todas las cosas el que tiene poder de retener las que quiere y de desechar las que le disgustan. Cualquiera, pues, que tenga deseo de ser libre de esta suerte, conviene que se acostumbre á no tener deseo ni aversión alguna de todo lo que depende del poder ajeno. Porque, si obra de otra manera, caerá infaliblemente en la servidumbre.

XXII.

Acuérdate que debes comportarte en la vida como en un banquete. Si se pone algún plato delante de ti, puedes meter la mano y tomar honestamente tu parte; si sólo pasa por delante de ti, guárdate bien de detenerle ó de meter la mano en él temerariamente: antes, espera apacible á que vuelva á ti. Lo mismo debes hacer para con tu mujer, tus hijos, las dignidades, las riquezas y todas las otras cosas de este género. Porque por este medio te harás merecedor de comer á la mesa de los dioses. Empero, si eres tan generoso que rehuses también lo que te presentan, no solamente serás digno de comer á la mesa de los dioses, sino que merecerás

tener parte en su poder. Diógenes y Heráclito fueron reputados por hombres divinos (como lo eran en efecto) por haber obrado de esta manera.

XXIII.

Cuando veas suspirar á alguno porque su hijo partió de su casa, ó por haber perdido lo que poseía, no te dejes vencer de este objeto, ni te imagines que aquél sea efectivamente desdichado por la pérdida de estas cosas extrañas; pero haz en ti mismo esta distinción y di luego: «No es este accidente el que aflige á este hombre, pues que no toca á otros muchos: lo que le atormenta es la opinión que ha concebido.» Consecutivamente haz todo lo posible para desengañarle y sanarle de esta mala opinión. Y asimismo, fingirás estar triste y compadecerte de su aflicción si lo juzgas á propósito. Mas guárdate sobre todo que fingiéndolo no te entristezcas efectivamente en tu corazón.

XXIV.

Acuérdate que conviene que representes la parte que te ha querido dar el autor de la comedia. Si es corto tu papel, represéntale corto; y si largo, represéntale largo. Si te manda hacer el papel de pobre, hazle naturalmente lo mejor que pudieres. Y si te da el de príncipe, el de cojo ó el de un oficial mecánico, á ti te toca el representarlo, y al autor el de escogértele.

XXV.

Si por acaso algún cuervo vuelve á graznar, no te cause alteración. Haz luego en ti mismo esta reflexión. «No grazna por mí este cuervo; puede ser que sea por mi cuerpo ó por el poco bien que poseo, ó por mi reputación, ó por mis hijos y mi mujer: cuanto á mi no hay nada que no me sea presagio de dicha, porque á mí sólo me toca sacar provecho y utilidad de cuanto sucediere.»

XXVI.

Puedes ser invencible, si nunca emprendes combate de cuyo suceso no estés seguro y sólo cuando sepas que está en tu mano la victoria.

XXVII.

Cuando veas á alguno promovido á dignidades ó favorecido ó acreditado, no te dejes llevar de la apariencia ni digas que es dichoso. Pues la verdadera tranquilidad de espíritu consiste en no desear sino lo que depende de nosotros mismos: no ha de causarnos celos ni envidia el lustre de las grandezas. No has de tener ambición de ser Senador, Cónsul ni Emperador; conviene que cuides solamente de ser libre. En esto se han de terminar todas tus pretensiones; un solo medio hay para alcanzarlo, que es menospreciar todo lo que no depende de nosotros.

XXVIII.

Acuérdate que no te ofende el que te injuria, ni el que te golpea, sino la opinión que has concebido. Cuando alguno, pues, sea causa de que hayas encolerizado, sabe que no es él, sino tu opinión, la que te irrita; por lo cual conviene estar atento á no dejarte llevar de tu pasión, porque cuanto más presto lo hicieres, tanto más fácilmente la domarás.

XXIX.

Ten cada día delante de los ojos la muerte, el destierro y las otras demás cosas que la mayor parte de los hombres ponen en el número de males. Pero cuida particularmente de la muerte, porque por este medio no tendrás ningún pensamiento bajo ni servil, ni desearás nunca nada con pasión.

XXX.

Si tienes designio de perfeccionarte en el estudio de la Filosofía, prepárate (antes de emprenderlo) á sufrir las burlas y las befas de todo el mundo. Diránte: ¿cómo te has hecho filósofo de golpe? ¿De dónde te viene este severo semblante? Búrlate de todo como no sea verdad lo que te dicen ni tengas la gravedad de que te reprendan. Compórtate solamente con los que te pareciere mejor, de manera

que nada sea bastante á moverte, y queda en esto tan firme como si Dios te lo hubiese ordenado. Si persistes en la misma resolución y quedas constante en el mismo estado, serás objeto de admiración á los que antes se burlaban de ti. Si, al contrario, decaes y mudas una vez de resolución, todo lo que has hecho servirá solamente para dar causa á que se redoblen las burlas y los escarnios contra ti.

XXXI.

No te embaraces el entendimiento con pensar que no se hará caso de ti, que no recibirás honra alguna, porque si el no recibir honra fuese un mal, seguiríase que estaría en poder ajeno el hacernos desdichados, lo cual no puede ser, porque como no podemos caer en el vicio por acción ajena, así no podemos caer en el mal por ajena acción. ¿Depende de ti el tener la soberana autoridad, el ser convidado á los festines, y finalmente, poseer todos los demás bienes extraños? No depende de ninguna manera. ¿Cómo puedes decir que vivirás en ignominia si no gozas de tales cosas? ¿Cómo puedes quejarte que no serás estimado? Pues que debes encerrar todos tus deseos y todas tus pretensiones en ti mismo y en lo que depende de ti donde te es permitido el estimarte cuanto quisieres. Puede ser, me dirás, si vivo así que no llegaré nunca á estado de servir á mis amigos. ¡Oh! cuán engañado estás. ¿Cómo piensas que se ha de entender esta proposición? ¿Conviene asistir á los amigos? No quiere decir que se les haya de dar dinero ni hacerlos ciudadanos de Roma, puesto que

esto no está en nuestro poder y que es imposible el dar á otro lo que no se tiene. Ya preveo que me responderás que se ha de hacer todo lo posible para alcanzar haciendas y crédito á fin de socorrer los amigos en las necesidades; pero si puedes mostrarme camino por donde se pueda adquirir esto conservando la honestidad, la fe y la generosidad, te prometo emplear toda clase de medios para alcanzarlo; si me pides que yo pierda mis bienes por adquirirte otros que no son verdaderos bienes, considera que es injusto y contra razón. Juzga si no debes hacer más caso de un amigo honesto y fiel que del dinero. Haz, pues, lo que puedas para conservarme estas calidades, y nunca me obligues á hacer cosa que sea capaz de hacérmelas perder. Replicarásme que por este medio no harás ningún servicio á tu patria. Pero ¿qué entiendes por estas palabras? Verdad es que no la adornarás con pórticos ó baños públicos. No son los herreros los que abastecen la villa de zapatos, ni los zapateros los que la dan las armas; basta que cada uno haga su oficio. ¿Piensas ser inútil á tu patria cuando la das un ciudadano que es hombre honrado y virtuoso? Pues advierte que no sabrías hacerla mayor servicio. Deja de hoy en adelante estos discursos. No digas que no tendrás dignidad alguna en tu ciudad. Poco importa en qué estado te halles como no olvides la honra y la fidelidad. ¿Piensas hacerte útil á tu patria si te apartas de la virtud? Imagina qué provecho sacará de ti cuando te hayas hecho pérfido é imprudente.

XXXII.

No te ofendas de que sienten á la mesa otro en mejor lugar que tú, ni de que le saluden primero ó se tome su consejo y no el tuyo; porque si estas cosas son buenas, te has de holgar de que le hayan sucedido, y si malas, no te debe pesar porque no te sucedan. Además, acuérdate que pues que haces profesión de no hacer nada para obtener las cosas exteriores, que no es maravilla si no las alcanzas y que te prefieran otros que han hecho todos sus esfuerzos para adquirirlas. En efecto, no es justo que el que no se mueve de su casa tenga tanto crédito como aquel que hace visitas todos los días y está perpetuamente á la puerta de los grandes. No es razón (digo otra vez) que sea tan estimado el que no puede resolverse á alabar á nadie, como el que da excesivas alabanzas por las mínimas acciones. Sería en verdad injusto é insaciable todo junto, querer tener de balde estos bienes y sin comprarlos al precio que ellos cuestan. Supón, por ejemplo, que se venden lechugas y que valen un dinero: si alguno paga el precio, se las dan, pero si tú no quisieres pagar nada, no las tendrás. ¿Serías por eso de peor calidad que el otro? No, de ninguna manera; porque si aquel tiene lechugas, tú tienes dinero. Lo mismo es en las cosas de que hablamos. Si no eres convidado al banquete, es porque no has pagado el escote. El que le da, le vende por alabanzas, por servicios y por sumisiones Si tienes gana de ser admitido, resuélvete á comprarlo por el precio que cuesta. Porque pretender estas co-

sas sin hacer lo que es necesario para alcanzarlas, es ser avaro y haber perdido el sentido. ¿Crees también que si pierdes esta cena no tienes nada en recompensa? ¡Oh! tienes algo mucho más excelente: no has alabado al que no querias alabar; no has sufrido la insolencia y el soberbio modo con que trata á los que vienen á su mesa. Esta es la ganancia que has hecho.

XXXIII.

Por la opinión que tenemos de las cosas que nos tocan podemos conocer lo que desea la Naturaleza. Cuando el criado de tu vecino rompe un vidrio decimos luego que aquello sucede ordinariamente; conviene comportarse de la misma manera cuando te rompa el tuyo, y quedar tan mesurado como cuando se rompió el de tu vecino. Aplica esto también á las cosas mayores. Cuando el hijo ó la mujer del vecino se mueren, no hay quien no diga que eso es natural; pero cuando nos sucede tal accidente nos desesperamos y gritamos diciendo: ¡Ah! ¡cuán desdichado soy! ¡Ah! ¡cuán miserable! Pero deberás acordarte en este suceso lo que sientes cuando á otro le acontece la misma cosa.

XXXIV.

La naturaleza del mal está en el mundo como un blanco puesto para adiestrarnos y no para hacernos errar.

XXXV.

Si alguno entregase su cuerpo al primero que encontrase para hacer de él lo que quisiese, seguro estoy de que no lo tendrías por bueno y que te enojarías; y, no obstante, no tienes vergüenza de exponer tu alma al capricho de todo el mundo; porque luego que te dicen alguna injuria te turbas y dejas llevar del sentimiento y de la cólera. No emprendas, pues, nada sin considerar antes lo que ha de seguirse á tu empresa, y si obras de otra manera podrá ser que tu designio te salga bien al principio y tengas placer; pero ten por seguro que después te avergonzarás y que te arrepentirás pronto ó tarde.

XXXVI.

Sin duda te holgarías de ganar la victoria en los juegos olímpicos. Asegúrote que yo tendría tanta gana como tú, porque no te puedo negar que es bella cosa. Mas si tienes este designio has de considerar lo que precede y lo que se sigue á tal empresa. Hecha esta reflexión observarás lo siguiente. Acostúmbrate á guardar buen orden; á no comer sino por necesidad, á abstenerte de toda suerte de viandas apetitosas; á no beber jamás frío y asimismo á no beber vino si no te le ordenan; á hacer ejercicio á las horas señaladas, así en tiempo de calor como de frío, sin que nada sea capaz de estorbártelo; finalmente, te has de sujetar al Maestro de armas como

á un médico; después entrarás en la tela ó en el palenque. Pero te conviene resolverte á cuanto te pudiere suceder; tal vez á herirte las manos y los pies, y tal vez á ser azotado, y después de todos estos trabajos estás también en riesgo de ser vencido. Pero si nada de esto te hace mudar de propósito, y quedas en tu primera resolución, entonces podrás emprender el combate de la lucha, porque si haces de otra suerte te sucederá como á los niños que imitan los gladiadores, los luchadores, los flauteros, los trompetas, y que asimismo representan tragedias haciendo toda suerte de oficios, sin ser capaces de ninguno. Imitarás (como mona) todo lo que vieres hacer á otros, y dejarás ligeramente una cosa para comenzar otra. ¿Quieres saber la causa? Es que emprendes sin premeditación, que te dejas llevar temerariamente y que sólo sigues tu primer movimiento y tu capricho. Haces como los que tienen gana de ser filósofos, cuando oyen decir á alguno: ¡Oh! ¡qué bien ha dicho Sócrates! ¡Quién pudiera hacer un razonamiento tan alto y de tanta fuerza como él!

XXXVII.

¡Oh, hombre, quienquiera que seas! Si quieres salir con tus designios considera primeramente lo que deseas hacer, y mira si lo que emprendes es conforme á tu naturaleza, y si ella podrá resistir. Si tienes gana de ser luchador, advierte si tus brazos son harto fuertes, si tus muslos y tus lomos son propios para ello, porque los unos nacieron para

una cosa y los otros para otra. Cuando hayas comprendido la filosofía, si pensases beber y comer, y hacer el melindroso como antes, te engañarás mucho. Es menester resolverse á trabajar, á dejar los amigos, á ser tal vez despreciado de un criado y á ver á otros más honrados y acreditados que tú para con los grandes, los magistrados y los jueces en cualquier negocio que pueda ofrecerse. Medita, pues, sobre todas estas dificultades, y considera si no prefieres poseer la tranquilidad del espíritu, la libertad y la constancia. Porque si no haces esta reflexión, advierte que (al ejemplo de los niños de que te he hablado) no seas ahora filósofo, poco después bandolero, luego orador, y últimamente procurador del César. Créeme: nada de esto conviene lo uno con lo otro. Considera que sólo eres un hombre y que es necesario que seas eternamente bueno ó constantemente malo, que te apliques solamente á perfeccionar el espíritu y la razón ó que te dediques á las cosas exteriores y que te pierdas absolutamente, porque es imposible hacer lo uno y lo otro juntamente; es decir, que es necesario tengas el estado de filósofo ó de hombre de común calidad de los del menudo pueblo.

XXXVIII.

Todos los respetos á que somos obligados se han de medir con la calidad de las personas á quienes se deben. Si es un padre, tu oficio te obliga á cuidar de él y á cederle en todo. Si te injuria ó te golpea, le has de sufrir con paciencia. Podrá ser que me di-

gas: «mi padre es un malvado»; no es esa buena excusa. Cuando la Naturaleza te dió padre no se obligó á dártele bueno. Así, cuando tu hermano te hace algún agravio, no repares en lo que él te hace, sino considera á lo que te obliga la hermandad y cómo te debes gobernar con él para no hacer nada que no sea conforme á naturaleza. En efecto, persona ninguna te puede ofender si tú no quieres, y si te hace injuria es solamente cuando tú crees que se te hace: juzga lo mismo de todo lo restante. Aprenderás lo que debes al vecino, al ciudadano y al general del ejército, si te acostumbras á considerar lo que son.

XXXIX.

Sabe que el punto principal de la religión consiste en tener buen concepto de los dioses, como creer que en efecto son y que gobiernan el mundo con bondad y justicia; que es menester obedecerlos; que nos debemos contentar con todo lo que hacen y seguir inviolablemente sus órdenes, como nacidas de una inteligencia muy excelente y muy perfecta; porque de esta manera no los acusarás nunca ni te quejarás de que te hayan desamparado. Pero esto no se puede hacer si no menosprecias todo aquello que no depende de ti, y si no comprendes todo el bien y todo el mal en lo que depende de ti absolutamente. Porque si piensas que el bien ó el mal sea alguna otra cosa, te equivocarás muchísimas veces en lo que deseas, caerás en aquello de que huyes y culparás y aborrecerás á los que fueron causa de tus desdichas. En efecto, como es natural á todos los

animales el huir de lo que les puede dañar, y tener aversión á todos los que pueden hacerles mal, también tienen la misma inclinación á abrazar lo que les es útil y acariciar á todos los que les pueden hacer bien. De suerte, que es imposible que una persona que cree haber recibido daño se alegre con el que se le ha hecho, ni que el desagrado que ha recibido le dé gusto. Por esto algunas veces injuria el hijo al padre, porque no le da lo que se tiene por bien entre los hombres. Esto mismo causó la guerra entre Eteocles y Polinice, porque se habían imaginado que el imperio era un bien. De aquí procede también que el labrador, el piloto, el mercader y los que pierden sus mujeres y sus hijos blasfeman contra los dioses. Ordinariamente se encuentra la piedad donde se halla la utilidad, y por esta razón el que cuida de no desear ni huir cosa que no sea digna de huirse ni de desearse, estudia al mismo tiempo en ser hombre de bien y pío. Finalmente, es menester que cada uno haga sus ofrendas y sacrificios según la costumbre del país donde mora, con mucha modestia, sin ser avaro ni pródigo, poniendo en esto toda la pureza y toda la diligencia que se requiere.

XL.

Cuando vas á consultar al adivino, sin duda ignoras lo que ha de suceder, porque para eso le consultas; pero para saber si lo que ha de suceder será bueno ó malo no necesitas de adivino; que ya lo sabes, si eres filósofo. Porque si es alguna cosa que

no depende de tí (como necesariamente lo es, pues que ignoras el suceso), puedes seguramente decir que no es buena ni mala; por lo cual, cuando vayas al adivino, no lleves deseo ni aversión, porque de otra suerte te acercarás á él siempre temblando. Ten por máxima que todo acontecimiento es indiferente y que no podrá impedirte ni estorbarte lo que te has propuesto hacer, y que, como quiera que seas, está siempre en tu poder el usar bien de él. Acércate, pues, á los dioses con espíritu firme y seguro, y considéralos como los que te pueden dar muy buenos consejos. Cuando te hayan dado alguna respuesta, síguela exactamente. Considera quiénes son los que has consultado y que no podrías desobedecerlos sin menospreciar su potencia y sin incurrir en su indignación. Las cosas de que se ha de consultar al oráculo son aquellas (como decía Sócrates) cuya consideración se refiere propiamente á la suerte y que no pueden ser previstas por la razón ni por ningún arte; de manera, que cuando toca á la defensa de tu patria ó de tu amigo, no es menester ir al adivino para eso, porque si te dice que las entrañas de la víctima dan presagio de mal suceso, es señal infalible que morirás estropeado ó desterrado, lo cual podría ser que te estorbase el designio que tu tenías. No obstante, la razón pide que socorras (con peligro de tu misma vida) á tu amigo y á tu patria. Sea, pues, tu recurso el mayor oráculo. Vete al oráculo Pytheo, que echó de su templo á un hombre porque en tiempo pasado no había socorrido á uno de sus amigos á quien mataban.

XLI.

Conviene que te prescribas una cierta manera de vivir ó una ley que observes inviolablemente en cualquiera parte que puedas estar, sea conversando entre los hombres ó retirado en tu vida privada.

XLII.

Guarda el silencio cuanto te fuere posible. Nunca digas sino lo que absolutamente es necesario, y en ello emplea las menos palabras que pudieres. Cuando se ofrezca la ocasión de hablar no te pongas á discurrir de los gladiadores, ni de los juegos del circo, ni de los luchadores, ni del comer y beber, ni de todas las demás impertinencias con que la mayor parte del mundo se entretiene. Mas sobre todo, advierte que en tus discursos no uses de alabanzas ni desprecios, ni hagas comparación de personas.

XLIII.

Cuando estuvieres entre tus amigos, si la conversación fuere poco honesta, haz cuanto pudieres para hacerlos mudar de discurso; mas, si estás entre extraños, no hables palabra.

XLIV.

No rías mucho, ni á menudo, ni á carcajadas. Si puede ser, nunca jures, y si te excitan á que jures, haz primero todo lo posible para excusarlo.

XLV.

Evita las fiestas populares, y si tuvieras que acudir á ellas, reflexiona y cuida de tus acciones para que no caigas insensiblemente en la manera de obrar del pueblo; porque es menester que sepas que es imposible que dejes de ensuciarte (por más limpio que estés) si te restregas con tu compañero que está sucio.

XLVI.

De todo lo que sirve al cuerpo (como el comer, el beber, los vestidos, las casas y los criados), no tengas más que lo que pide la necesidad y cuanto ha menester el espíritu para estar sano, y desecha todo lo que sirve al lujo y á los deleites.

XLVII.

Abstente, cuanto te fuere posible, del placer de las mujeres hasta que seas casado, y cuando lo seas usa

del matrimonio legítimamente y como lo manda la ley. Mas cuando lo hagas así, no pienses gloriarte de ello y reprender á los que viven de otra manera.

XLVIII.

Si te vienen á decir que alguno ha hablado mal de ti, no te embaraces en negar lo que ha dicho; responde solamente que no sabe todos tus otros vicios, y que de conocerlos hubiera hablado mucho más.

XLIX.

No es necesario frecuentar los teatros; mas cuando hubiere ocasión de ir á ellos, compórtate de modo que parezca que tienes intento de agradarte á ti solo, es decir, que las cosas se hagan de la manera que se hacen y que sea vencedor el que en efecto lo es, porque por este medio todo te sucederá bien y no te alterarás de suceso alguno. Sobre todo te abstendrás de los clamores, de los alaridos y de las emociones del pueblo. Cuando te hayas retirado no te entretendrás en discurrir de lo que ha pasado. Esto no sirve de nada, ni contribuye de ninguna manera á tu enmienda. Si haces de otra suerte, darás á conocer que has admirado el espectáculo y que has participado de las mismas pasiones que el pueblo.

L.

No vayas á las lecturas de los poetas y de los oradores, y cuando fueses convidado á asistir á ellas, haz todo lo posible para excusarte. Mas, cuando te hallares en ellas, conserva siempre una honesta gravedad y procura que haya firmeza y confianza en tus acciones, y sobre todo guárdate de ser importuno y de enojar á nadie.

LI.

Cuando tengas que hacer con alguna persona de calidad, considera (ántes de emprenderlo) lo que hiciera Sócrates y Zenón en ocasión semejante. Si obras así, seguro estarás de no haber hecho cosa que no sea conforme á razón.

LII.

Cuando vayas á hablar á algún grande, imagina que no le hallarás en casa, ó que estará encerrado, ó que las puertas no estarán abiertas para ti, ó que te menospreciará. Si, no obstante todo esto, te importa ir, conviene que sufras con paciencia todo lo que podrá suceder; que no murmures contigo mismo, ni al fin digas: «Este hombre la echa de muy gran Señor.» Tal discurso pertenece al pueblo y á las personas que se preocupan con las cosas exteriores.

LIII.

Cuando te hallares en compañía, no te extiendas demasiado en contar tus hazañas ni los peligros que has pasado. No has de creer que los demás tengan tanto placer de escucharte, como tú tienes gusto de discurrir.

LIV.

No pretendas jamás hacer reir; porque además de ser el verdadero medio de caer en el modo de obrar del vulgo, te disminuye el respeto y la estimación que se te debe.

LV.

Es muy peligroso conversar de cosas deshonestas: por lo cual, cuando te hallares presente, debes (si encuentras ocasión ó lo juzgares á propósito) reprender al que te hubiere comenzado el discurso, ó por lo menos mostrar, por tu silencio y por el color vergonzoso de tu rostro, que te desagrada la conversación.

LVI.

Si concibes la idea de algún placer conviene conservar en este caso la misma moderación que en to-

das las otras cosas. Mira desde luego que no dejes arrebatarte de esta idea y examínala en ti mismo y toma tiempo de hacer reflexión sobre ella. Considera después la diferencia que hay del tiempo en que gozarás de este placer y de aquel que (después de haberle gozado) te arrepentirás y te aborrecerás á ti mismo. Represéntate también la satisfacción y el gusto que tendrás si te abstienes. Pero cuando puedas gozar legítimamente de esta clase de placeres, no te dejes llevar enteramente ni te dejes vencer de las caricias, las dulzuras, los halagos y los hechizos que ordinariamente acompañan al deleite. Juzga que el gozo interior que recibirás en haber alcanzado la victoria, es lo más excelente de todo.

LVII.

Cuando hayas resuelto hacer alguna cosa, no temas que te miren, aun cuando el pueblo lo tome á mala parte; porque si lo que haces es bueno, nada debes temer, que sería injusto reprenderte. Si, al contrario, es malo, no solamente has de evitar ser visto, sino que estás obligado á desistir de la empresa.

LVIII.

Como estas palabras (es de noche, es de día) son muy verdaderas si las separas por la partícula disyuntiva ó son absolutamente falsas si las atas con la partícula conjuntiva, así cuando estás en un fes-

tín y tomas lo mejor que se sirve á la mesa, si miras á tu cuerpo en particular, haces una cosa muy excelente para tu cuerpo, pero si consideras la comunidad y la igualdad que se debe guardar entre los convidados, haces una acción muy deshonesta: por lo cual, cuando alguno te convida á comer, no solamente has de mirar á tu apetito y á lo que más te agrada, sino que estás también obligado á conservar la honra y el respeto debido á quien te convidó.

LIX.

Si aceptas un cargo para el cual no bastan tus fuerzas (además de que darás mala cuenta de él), té estorba á emplearte en otro de que salieras perfectamente bien.

LX.

Cuando te paseas reparas en no caminar sobre los clavos que se encuentran en tu camino. Así en la vida has de tener cuidado que la parte superior de tu alma no sea ofendida por algunas pasiones brutales ó por algunas falsas opiniones; porque saldrás más fácilmente con tus designios, si observas estas máximas en todas las cosas que emprendas.

LXI.

El cuerpo debe ser la medida de las riquezas como el pie es la medida del zapato; guarda bien esta regla. Nunca te apartarás de la medianía ni de los lí-

mites que ella te prescribe, y si la desdeñas caerás infaliblemente en el precipicio; porque cuando la curiosidad te ha hecho tener zapatos al uso y que exceden á la medida de tus pies, entonces los quieres dorados, los quieres de púrpura, los quieres bordados y de una obra preciosa y magnífica. Así es de las riquezas. Cuando traspasas la medianía no hay más límites para ti y te vas insensiblemente á toda suerte de lujo y de exceso.

LXII.

Luego que las doncellas han llegado á la edad de catorce años, los hombres comienzan á llamarlas sus damas, lo cual las hace conocer que la Naturaleza las puso en el mundo para ellos y que deben procurar agradarles; ellas se tocan y adornan lo mejor que les es posible y ponen todas sus esperanzas en sus ornamentos, por lo cual conviene hacerlas comprender que no las hacen reverencia y cortesía sino porque son modestas, prudentes y virtuosas.

LXIII.

El aplicarse demasiado á las cosas corporales es señal de un alma baja, como el ser continuo en los ejercicios de comer y beber mucho, el darse demasiado á las mujeres y gastar más tiempo del que es menester en las demás funciones del cuerpo. Todo esto se ha de hacer de prisa y como de paso. Al espíritu se han de dar todos nuestros cuidados.

LXIV.

Cuando alguno te hace mal ó habla mal de ti, acuérdate que cree deberlo hacer así. ¿Piensas tú que pueda dejar su opinión para seguir la tuya? Si no juzga sanamente de las cosas y se engaña, ya sufre la pena y padece todo el daño. Cuando alguno juzga que una cosa verdadera es falsa porque es obscura y envuelta en tinieblas, por eso no ofende la verdad. El que así juzga se hace agravio á sí mismo. Si sigues esta máxima cuando alguno te diga injurias, las sufrirás con paciencia; porque dirás para tí: «Este hombre piensa que lo que hace está bien hecho.»

LXV.

Cada cosa tiene dos caras, de las cuales la una es soportable y la otra insoportable, por ejemplo: cuando tu hermano te injuria no lo mires como que te injuria, porque lo que hace, á tomarlo así, es insoportable. Considérale más bien como tu hermano y que os habéis criado juntos. De esta manera lo tomarás de modo que puedas hacer su acción soportable.

LXVI.

Estas clases de proposiciones no convienen unas á otras: «Soy más rico que tú, luego soy mejor; soy más

elocuente que tú, luego soy más hombre de bien.» Pero estos son buenos argumentos. «Soy más rico que tú, luego mis riquezas valen más que las tuyas; soy más elocuente que tú, luego mi modo de hablar es más excelente que el tuyo.» De manera, que como no has de anhelar por la elocuencia ni por las riquezas, esto te debe dar muy poco cuidado.

LXVII.

Cuando ves alguno en el baño que se lava pronto, no digas que se lava mal, sino que se lava muy pronto. De la misma manera, si alguno bebe mucho, no digas que bebe mal por beber así, di simplemente que bebe mucho. En efecto, ¿de dónde aprendiste que hizo mal para formar tal juicio? Si así te retienes en tus opiniones, penetrarás en los pensamientos ajenos, y los tuyos serán conformes á los de los otros.

LXVIII.

En cualquiera parte que estés no digas nunca que eres filósofo ni te pongas á hablar delante de ignorantes de las máximas que sigues; haz solamente lo que ellas te ordenan. Cuando se está en un banquete no es ocasión de hablar de comer con crianza, se debe comer con crianza sin decirlo. Sócrates no reparaba en la ostentación. Jamás hubo persona que sufriese de otros con tanta constancia. Cuando algunos (por menosprecio que hacían de él y de su doc-

trina) le venían á rogar que los condujese á casa de los otros filósofos y emplease para ello su recomendación, en lugar de disuadirles les conducía con muchísima cortesía. Muy poco se le daba que prefiriesen la doctrina de otros á la suya. Si sucede, pues, que se habla de algún axioma de filosofía delante de ignorantes, guarda silencio cuanto te fuere posible, porque hay gran peligro de que vomites lo que aun no has digerido. Si alguno te dice que eres ignorante y no te alteras por ello, sabe que has hecho ya parte de lo que tus preceptos te ordenan. Las ovejas no vuelven á dar el heno ni la hierba que han comido, pero en recompensa engordan y dan leche y lana á sus dueños. Así tú no te has de ocupar en conversar con los ignorantes de tus preceptos, porque es señal que no los has digerido. Debes instruirles con tus acciones.

LXIX.

Si has aprendido á satisfacer tu cuerpo con poco, no te glorifiques contigo mismo. Si te has acostumbrado á beber agua solamente, no pienses andarte alabando de ello, y si alguna vez quieres ejercitarte en tu trabajo, ejercítate privadamente y no desees ser visto de los demás á ejemplo de los que (siendo perseguidos por personas de autoridad) corren á abrazar las estatuas para juntar el pueblo y en este estado gritan que les hacen violencia. Cualquiera que así busca la gloria la busca por fuera y pierde el fruto de la paciencia y de la frugalidad, porque establece el fin de estas excelentes virtudes en la opinión de

la multitud. Cierto que toda afectación en esto es vana é inútil. Si quieres acostumbrarte á la paciencia toma agua fría en tu boca cuando tienes gran sed y arrójala luego sin tragar una sola gota y no digas nada á nadie.

LXX.

El no esperar nunca de sí mismo ni bien ni mal, sino siempre de cosa extraña, es señal de hombre vulgar é ignorante; como, al contrario, es señal de filósofo esperar de sí mismo todo su mal y su bien.

LXXI.

Las señales por donde se conoce que un hombre progresa en el estudio de la virtud son: no reprender, no alabar, no menospreciar ni acusar á nadie, no alabarse nunca de lo que él mismo es ni de lo que sabe, acusarse cuando se le impide ó prohibe hacer alguna cosa, burlarse á sus solas de los que le alaban, no enojarse cuando les reprenden, sino hacer como los que están convalecientes, que andan muy paso á paso por no mover los humores; tener absoluto poder sobre sus deseos, no tener aversión sino de lo que repugna á la naturaleza de las cosas que dependen de él; no desear nada con pasión; no dársele nada de ser tenido por sabio ó por ignorante; finalmente, desconfiar de sí mismo como de un enemigo doméstico cuyas asechanzas son dignas de ser temidas.

LXXII.

Cuando alguno se alaba de que puede explicar la inteligencia de los libros de Chrisipo, dirás para ti: «Si Chrisipo no hubiera escrito obscuramente, no tuviera nada de qué gloriarse.» Además, no es esto lo que busco, mi designio es estudiar la Naturaleza y seguirla. Cuando oigo, pues que el interpretado es Chrisipo, léole, y si no le entiendo busco alguno que me lo pueda explicar. Hasta aquí no he hecho aún nada de excelente ni loable, porque cuando haya hallado quien me explique este filósofo, me faltará aún lo principal, que es poner por obra sus preceptos; porque si me quedo simplemente admirando la explicación de Chrisipo, de filósofo que era, me vuelvo gramático. Toda la diferencia que hay es que, en lugar de Homero, explico á Chrisipo. De aquí procede que me avergüence más el no poder hacer acciones conformes á sus preceptos que el no entenderle.

LXXIII.

Observa lo que te he dicho como leyes inviolables que no sabrías quebrantar sin ofender la piedad, y no se te dé nada de todo lo que se puede decir, pues que esto no está en tu mano ni depende de ti.

LXXIV.

¿Hasta cuándo dilatas el aplicarte á estas cosas y á poner en práctica estas excelentes instrucciones? ¿Cuándo cesarás de violar las leyes de la verdadera razón? Ya has sabido los preceptos que debes abrazar, supongo que ya los abrazaste, pero dame alguna señal. ¿Qué maestro aguardas aún para cuya venida retardas tu enmienda? Advierte que ya no eres mozo y que estás en edad de hombre maduro. Si desprecias estos preceptos y no haces de ellos reglas para tus costumbres, te olvidarás de día en día y añadirás término á término y resolución á resolución, y así se te pasará la vida sin que hayas hecho algún progreso en el estudio de la virtud. En fin, vivirás y morirás como el hombre más bajo del pueblo. Ahora, pues, abraza la vida de un hombre que se perfecciona y que aprovecha. Atiende como á ley inviolable á todo lo que te parece lo mejor. Si se te presenta alguna cosa penosa ó agradable, gloriosa ó infame, acuérdate que es tiempo de combatir, que es menester entrar en la liza, que los juegos olímpicos han llegado y que ya no es tiempo de volver atrás. Mira que importa tu establecimiento al perder ó ganar la victoria. Por este medio llegó Sócrates á la grande sabiduría que se ha visto, presentándose á todos sucesos y no escuchando otro consejo que el de la razón. Para ti, que no eres Sócrates, bastaráte vivir como hombre que quiere llegar á ser tan sabio como él.

LXXV.

La primera y la más necesaria parte de la filosofía es la que trata del uso de los preceptos: por ejemplo, no mentir. La segunda es la que trata de las demostraciones: por ejemplo, la razón por qué no se ha de mentir. Y la tercera es la que confirma y examina las otras dos partes: por ejemplo, dice por qué la tal cosa es demostración y también enseña lo que es demostración, consecuencia, disputa, verdad, falsedad y todo lo demás. La tercera parte sirve para la segunda y la segunda para la primera. Pero la primera (como tengo ya dicho) es la más necesaria de todas y es aquella á que nos debemos aplicar más particularmente. No obstante, obramos todo al contrario. Nos detenemos solamente en la tercera parte y en ella empleamos todo nuestro estudio y nuestro tiempo y nos olvidamos enteramente de la primera. Así no dejamos de saber probar (por buenas demostraciones) que no se debe mentir, y con todo eso no dejamos de mentir todos los días y á todas horas.

LXXVI.

Al principio de todas tus empresas ten siempre en la boca estas palabras: «¡Gran Dios! si conduces mis pasos donde me lleva el destino, no imitaré aquellos malditos cuya insolente soberbia y vanidad desprecia tus leyes y tu autoridad. En vano se lisonjea el impío en extremo atrevimiento, pues nada

puede resistir á tu supremo poder. En una hora ve destruídos todos sus designios y con ellos cae en manos del destino.»

LXXVI.

También dirás algunas veces estas palabras:

«El que sabe ceder á la necesidad,
No duda en el secreto de la Divinidad.»

LXXVIII.

Mas acuérdate sobre todo de aquellas hermosas palabras que dijo Sócrates (estando en la cárcel) á su amigo Criton. «Amigo querido; si los dioses amenazan mi vida con las funestas señales de una horrible tempestad y si han resuelto la sentencia de mi muerte, mi espíritu se somete sin resistir. No pretendo, no (á pesar del destino), prolongar mis años. Mis dos fieros enemigos, Anito y Melito, son dueños de mi vida y me la pueden quitar. Mi cuerpo, flaco y mortal, les obedece; pero mi espíritu ¡oh Criton! está libre de su poder, y aunque su vano furor se vuelve contra mí, no me podrán privar de mi fe ni de mi virtud.»

LA

TABLA DE CEBES

TRADUCIDA DEL GRIEGO

POR

PEDRO SIMÓN ABRIL

Y ANOTADA LA TRADUCCION

POR

Don Casimiro Flórez Canseco.

CEBES.

Cebes ó Thebes fué filósofo griego de la escuela socrática, y nació en Tebas hacia el año 440 antes de J. C., muriendo de edad avanzada. Figura como uno de los interlocutores en el diálogo que escribió Platón con el título de *Phedón*, y se le cree autor de tres diálogos, *La Semana*, *El Phrynico* y *El Pinax*. Este último, más conocido con el nombre de *Cuadro* ó *Tabla* de Cebes, es el único hoy conocido, y consiste en una alegoría donde paralelamente figuran los buenos y malos instintos de la humana naturaleza, las virtudes y los vicios; siendo estudio de costumbres que prueba la decadencia en que ya estaba la sociedad griega, avarienta de riquezas y placeres, á cuyos vicios pone como correctivo la paciencia y la moderación.

A juicio de Cebes, tiene el mal vasto espacio en la vida, aun para los cuidadosos de observar las leyes de la sabiduría, y en su opinión es la paciencia el único remedio para los males inevitables.

Aparte de las inmortales obras de Platón, de Aristóteles y de Jenofonte, es el diálogo de Cebes una de los raros monumentos que hasta nosotros han llegado de la filosofía griega, y aun se ha puesto en duda su autenticidad; pero los entusiastas de Cebes la defienden con empeño, sin negar que haya en el diálogo trozos intercalados, pues es evidente que en él se mencionan sectas posteriores á la vida de aquel filósofo.

De todas suertes, no cabe duda que escritores fidedignos, como Diógenes Laercio, Tertuliano y Suidas, atribuyen á Cebes el diálogo que con su nombre es conocido, y citan fragmentos que en él se encuentran textualmente.

La *Tabla* de Cebes ha sido muchas veces impresa á continuación del *Enchiridión* ó *Manual* de Epicteto. La mejor edición es la de Gronovius (Amsterdam, 1689).

Hubo otro filósofo griego del mismo nombre de Cebes, natural de Cyzico, y que cita Atheneo. Era de la escuela cínica, y varios críticos modernos le han atribuído la *Tabla* de Cebes, original, según decimos, del discípulo de Sócrates.

Desde el siglo XVI son varias las traducciones que de la *Tabla* de Cebes se han hecho en castellano, y de ellas elegimos la del insigne humanista Pedro Simón Abril, acompañándola de las eruditas notas que le puso el sabio catedrático de lengua griega en los Estudios Reales de Madrid, D. Casimiro Flórez Canseco.

LA TABLA DE CEBES.

Andábamos acaso paseando por el templo de Saturno, donde veíamos muchas y diversas memorias (1), y entre ellas había una tabla enfrente del templo, en que había una extraña pintura, que tenía muchas fábulas propias; las cuales no podíamos conjeturar qué eran, ni de dónde (2). Porque

(1) Ἀνέκειτο. Abril lee ἐνέκειτο, conforme á la edición de París (1557) y la de Plantino (1585), que son las que parece que él siguió. Jacobo Gronovio, que consultó varios MSS., asegura que en dos de los más antiguos y de mejor nota se halla ἀνέκειτο. La verdad es que este verbo explica con propiedad la costumbre observada por los antiguos de colgar de las columnas y paredes del templo lo que ofrecían y consagraban á sus falsos dioses, que es lo que llama aquí Cebes ἀναθήματα, *votos* ú *ofrendas*.

(2) Τίνες καὶ πότε ἦσαν, *qué eran, ni de cuándo.* Esta es la lección más recibida, que también siguió Abril, pero traduce como si estuviera escrito τίνες καὶ πόθεν ἦσαν, *qué eran, ni de dónde.* No dudaban los forasteros, ni parece podían dudar, del lugar de donde había venido la pintura, siendo entonces la Grecia sola el domicilio, por decirlo así, de esta

ni nos parecía que fuese ciudad la pintura, ni tampoco ejército; sino que había en ella un cercado que tenía dentro de sí otros dos cercados, el uno mayor y el otro más pequeño. En el primer cercado había una puerta, á cuya entrada parecía haber mucha gente. Dentro del cercado se veía una multitud de mujeres. Encima de la entrada de la primera puerta y del primer cercado estaba un viejo, que parecía dar orden á la multitud que entraba.

Estando, pues, nosotros maravillados de la significación de esta fábula un gran rato, se nos allegó un viejo, y nos dijo:

—No es cosa nueva, amigos, la que pasa por vosotros acerca de la duda de esta pintura. Porque aun de los mismos naturales son muy pocos los que saben lo que significa esta pintura. Porque no es esta memoria cosa de la ciudad; sino que en tiempos pasados arribó aquí un hombre extranjero, varón muy prudente, y que en sus palabras y obras mostraba ser muy sabio, y que seguía la vida de Pitágoras y Parménides, el cual consagró á Saturno este templo y también esta pintura.

—¿Conóceslo por ventura, dije yo, ó vístelo tú al mismo hombre?

—Sí, dijo él, y lo estimé en mucho, mucho tiempo (1). Porque siendo más mozo, disputaba con-

noble arte, ni esta duda podía contribuir á hacer más confusa su inteligencia y declaración: dudaban empero la *edad* ó el *siglo* á que debía referirse; y á esto sólo parece que alude la respuesta del anciano que se ofreció á la declaración de la fábula, ξένες τις ωάλα ωότε ἀφίκετο δεῦρο, en donde nada dice del lugar de donde pudiera haber venido la pintura.

(1) Πολὺν χρόνον νεώτερος ὤν. Abril pone punto después de χρόνον, y continúa: Νεώτερος γὰρ ἂν ωολλὰ σπουδαῖα

migo muchas y muy buenas cosas; y particularmente acerca de esta pintura y su declaración le oí disputar muy muchas veces.

—Por amor de Dios, pues, le dije yo, que si no tienes alguna grande ocupación, que nos lo cuentes, porque deseamos mucho saber qué fábula es ésta.

—De muy buena gana, amigos, dijo él; pero hágoos saber que hay en ello cierto peligro.

—¿Qué peligro? dije yo.

—Que si estuviereis atentos, y entendiereis lo que yo os diré, seréis prudentes y bienaventurados; mas si no, quedaréis tontos, malaventurados, amargos, sin doctrina. Porque esta historia es semejante al enigma que la Esfinge (1) proponía á los caminantes, que el que lo entendía pasaba libre, y el que no moría comido de la Esfinge: lo mismo pasa en este cuento. Porque la imprudencia es la Esfinge de los hombres, la cual les propone enigmas semejantes: cuál es en la vida lo bueno, cuál lo malo, cuál ni

---

διελεγετο, y traduce con arreglo á esta lección: la que yo he adoptado hará este sentido: *y hice grande aprecio de él, y le traté mucho tiempo, cuando yo era más mozo. Porque disputaba conmigo*, etc. Este sentido parece más claro y natural.

(1) Σφιγγός. Σφίγξ παρὰ τὸ σφίγγειν, διὰ τὸ ἐσφιγμένα καὶ δυσνόητα λέγειν τὰ ῥήματα: *la voz* σφίγξ *viene de* σφίγγειν, *oprimir, estrechar, enredar*, porque *hablaba palabras enredadas é ininteligibles*. Esta etimología trae Henr. Estevan, tomada, según dice, de un Lexicón antiquísimo. Ausonio hace una hermosa pintura de este monstruo ó adivino: *Carm.* 280:

Terruit Aôniam volucris, leo, virgo triformis
Sphinx: volucris pennis, pedibus fera, fronte puella.

Compara Cebes la ignorancia con la Esfinge, porque no tiene otra cosa que opiniones varias, perplejas y dudosas.

bueno ni malo. Si esto, pues, no lo entendiere alguno, muere á manos de la imprudencia, no de una vez, como el que murió comido de la Esfinge, sino que casi en todo el discurso de su vida va pereciendo, como los que van condenados á galeras para siempre. Pero si uno lo entiende, sucede al revés, que la imprudencia queda muerta y él queda en salvo, y se hace dichoso y bienaventurado para todo el discurso de su vida. Vosotros, pues, estadme atentos, y no os distraigáis.

—¡Oh, soberano Dios, y cuán gran deseo nos has puesto de entenderla, si eso pasa así!

—Pasa así realmente, dijo él.

—Pues prepárate á contárnoslo (1) como á gente

---

(1) **Οὐκ ἂν φθάνοις τοίνυν.** El verbo **φθάνω** se construye elegantemente con el infinitivo, ó el participio en lugar del infinitivo, como aquí, para significar *hacer alguna cosa con anticipación, ó cualquiera acción que incluye en sí prisa y prevención;* v. gr.: **ἔφθη τελευτῆσαι, πρὶν ἢ παρ' ἐμοῦ χάριν ἀξίαν τῆς φιλίας ἀπολαβεῖν**: «fué prevenido ó arrebatado de la muerte antes que recibiese de mí alguna recompensa digna de nuestra amistad.» Plutarco.—Con la negación tiene una significación extraordinaria, que há dado ocasión á que los intérpretes varíen prodigiosamente en sus traducciones. Nuestro Abril explicó sin duda mejor que todos la fuerza de este verbo, ya se considere hallarse simple, ó ya se atienda á la declaración de la sentencia. **Φθάνω**, como se ha dicho, incluye en sí *prisa*, y un hecho de prevenir ó hacer algo con anticipación, y con la negación no disminuye, antes bien aumenta su significación, pues declara la *necesidad y precision de hacer.* Budeo, y después de él Henr. Estevan, enseñan esto mismo, y traducen esta frase, **οὐκ ἂν φθάνοις διηγούμενος**, *omnino igitur narres; non effugies igitur quin narres:* **οὐκ ἂν φθάνοι λέγων**, Luc. *non effugiet quin dicat: no podrá dejar de decírnoslo; no podrá excusar el contárnoslo.* Esta es la significación extraordinaria de este verbo con la negación bien entendida y expresada por Abril.

que estaremos atentos muy de propósito, pues tan grande es la pena y el peligro.

Tomando, pues, una vara en la mano, y enderezándola hacia la pintura:

—¿Veis, dice, este cercado?

—Sí vemos.

—Primeramente habéis de entender esto: que este lugar se llama la *Vida*, y que aquella multitud que está junto á la puerta son los que han de nacer ó venir á ella. El viejo que está en lo alto y tiene un papel en la mano y con la otra parece que está demostrando cierta cosa, éste se llama el *Buen Genio*, el cual les está advirtiendo á los que vienen á esta vida qué es lo que han de hacer después que en ella hayan entrado; y les muestra por qué camino han de caminar, si se han de salvar en ella y no perderse.

—¿Qué camino, pues, dije yo, les manda que tomen, y de qué manera?

—¿No ves, dice, una silla puesta junto de la puerta, en aquel lugar por donde ha de pasar la multitud, en la cual está sentado un mancebo (1) de muy buena manera, y que parece que persuade y que tiene en la mano un vaso?

—Ya lo veo; pero ¿quién es? le dije yo.

---

(1) Γυνὴ πεπλασμένη τῷ ἤθει. El griego dice γυνή, *una mujer*, pero Abril la transformó en *un mancebo*, porque la voz ἀπάτη, á quien se refiere, la traduce por *engaño*, nombre masculino. Si la llamara *impostura*, voz bien recibida, no sería necesario sacarla de su sexo, y diría ajustado al texto: *en la cual está sentada una mujer*, que tiene *una compostura y modéstia afectada ó fingida*. Abril traduce la frase πεπλασμένη τῷ ἤθει, *por de muy buena manera;* pero las voces griegas lo resisten, y cuadra mejor la interpretación dicha.

—Este, dice, se llama el *Engaño*; y es el que engaña á todos los hombres.

—¿Pues qué es lo que éste hace?

—Da de beber de su vigor á todos los que entran en la vida.

—¿Y qué bebida es esa?

—El *Error*, dice, y la *Ignorancia*.

—¿Qué se hace tras de eso?

—Después de haber bebido de esta bebida entran en la vida.

—¿Y beben todos del error?

—Todos beben, dice, pero unos más y otros menos. ¿Pero no ves tras de esto dentro de la puerta una gran multitud de mujeres rameras que tienen mil diferencias de rostros? (1).

—Sí veo.

—Estas, pues, se llaman las *Opiniones*, y las *Codicias* y los *Deleites*. Cuando entra, pues, la multitud,

(1) Πλῆθός τι γυναικῶν. La traducción de Abril nos ofrece una sentencia parte ridícula y parte contraria á lo que representa esta pintura: ridícula, porque propone como carácter de las mujeres rameras *el tener mil diferencias de rostros*, como si en las matronas honestas no observásemos esta misma variedad de semblantes; contraria, porque llama rameras á las opiniones, y no lo son; pues éstas, como enseña esta pintura, no son cosas despreciables y viles, ni siempre llevan los hombres á donde se pierdan, sino muchas veces á donde se salven. La traducción literal es ésta: *¿No ves una multitud de mujeres que tienen todas las diferencias de adornos y atavíos de las rameras?* Μορφὴ no sólo significa *semblante*, sino también la hermosura y figura exterior que se da al cuerpo con las galas, adornos, etc. Así que Cebes sólo dice que las opiniones (δόξαι) se componen y atavían al modo de las mujeres rameras. Los ejemplares que Abril pudo tener presentes tenían después de ἑταιρῶν la coma, que en los ya corregidos está antes, y esto le hizo traducir del modo dicho.

éstas corren luego allá, y se abrazan con cada uno; y luego se los llevan consigo.

—Y dónde se los llevan?

—Las unas á donde se salven, dice, y las otras á dónde se pierdan por medio del *Engaño.*

—¡Oh maravilloso varón, y cuán peligrosa bebida nos cuentas!

—Pues todas ellas, dice, prometen llevarlos á lo mejor, y á una vida bienaventurada y provechosa. Pero ellos, por la ignorancia y error que bebieron de mano del *Engaño*, no saben hallar cuál es el verdadero camino en la vida; sino que andan desatinados en vano, como ves, y siguiendo como alrededor á los que entraron primero donde éstas les enseñan (1).

—Ya veo todo eso, dije yo; pero ¿qué mujer es aquélla que aparece medio ciega y como loca, y está de pies encima de una piedra redonda?

—Esta, dice, se llama la *Fortuna*, y es no solamente ciega, sino loca también y sorda.

---

(1) Ὥσπερ ὁρᾷς καὶ τοὺς πρότερον εἰσπορευομένους ὡς περιάγοντας. Así lee Abril, siguiendo á la edición de París de 1557, y esta lección halló Gronovio en todos los MSS. que consultó. El sentido de este lugar sería más natural y propio si se tradujese: *como ves á los que entraron primero, que andan como perdidos volviéndose á donde quiera que ellas les muestran:* de manera que después de περιάγοντας hemos de entender ἑαυτούς, *se ipsos circumagentes;* elipse muy usada con esta especie de verbos. Otras ediciones ponen punto después de ὁρᾷς, y repiten esta voz así ὥσπερ ὁρᾷς Ὁρᾷς καὶ τοὺς προτ. εἰσπ. ὡς περιάγοντα, etc., esto es, *como ves. Ves también á los que entraron primero cómo andan perdidos y se vuelven*, etc.; pero esta repetición no parece necesaria, en vista de que el anciano ni enseña ni propone cosa distinta de lo que queda ya supuesto y comprendido por el primer ὥσ ὁρᾷς.

—Y ¿pues ésta en qué entiende?

—En andar por acá y por allá, dice, y en quitar á los unos lo que tienen y darlo á otros, y en tornárselo luego á quitar á los mismos lo que les dió y dárselo á otros, sin razón alguna y sin constancia. Y así su seña demuestra muy bien su naturaleza.

—¿Cómo es eso? dije yo.

—Porque está de pies sobre una piedra redonda.

—Y ¿pues qué significa eso?

—Que sus dones no son firmes ni seguros. Porque suceden grandes y muy fuertes quiebras cuando alguno fía mucho de ella.

—¿Y esta tanta multitud que está alrededor de ella, qué pretende y cómo se llama?

—Estos se llaman *Malconsiderados;* y pide cada uno de ellos aquello que ella arroja.

—¿Pues cómo no tienen todos una misma manera de semblante, sino que unos parece que están muy regocijados y otros muy tristes, y que están extendiendo las palmas?

—Aquellos, dice, que parece que se alegran y se ríen, son los que han recibido algo de la fortuna. Estos la llaman *Buena fortuna.* Pero los otros que parece que lloran, y que extienden las palmas, son aquellos á quien les ha quitado lo que les había dado primero. Estos ya, al contrario, la llaman *Mala fortuna.*

—¿Qué manera, pues, de cosas son las que les da para que se alegren tanto los que las reciben, y lloren así los que las pierden?

—Todo eso, dice, que al vulgo de los hombres les parece ser bienes.

—¿Y qué es eso? ¿Qué, sino riquezas, honra, no-

bleza, hijos, señoríos, reinos y todo lo demás que es de este jaez? ¿Y pues todas esas cosas no son bienes?

—De eso, dice, después trataremos (1); estemos ahora en la declaración de la fábula.

—Sea en buen hora.

—¿No ves cómo después de pasada esta puerta hay más arriba otro cercado, y unas mujeres que están fuera del cercado muy afeitadas, como suelen afeitarse las rameras?

—Sí veo.

—De estas, pues, esta primera se llama la *Disolución*, esta la *Prodigalidad*, esta otra la *Avaricia* y esta otra la *Lisonja.*

—¿Y qué hacen aquí éstas?

—Aguardan, dice, á los que de la fortuna han recibido alguna cosa.

—Y después, ¿qué hacen?

—Corren luego para ellos, y abrázanlos y lisonjéanlos, y ruéganles que queden allí en su compañía, diciéndoles que vivirán una vida sabrosa y sin trabajo y libre de toda fatiga. Si persuaden, pues, á alguno que se vaya tras aquella vida sabrosa, por algún tiempo parécele que aquella vida y trato es muy apacible, hasta haber cebado al hombre. De allí adelante ya no es así. Porque cuando vuelve á mirar por sí, entiende que él no ha comido, antes ella lo ha comido á él y lo ha afrentado. Y así, después de haber gastado todo cuanto recibió de la for-

---

(1) Αὖθις ἐκποιήσει διαλέφεσθα. Abril lee αὖθις διαλξόμεθα. El sentido es el mismo. La primera lección, aunque es más rara, parece más propia del estilo é ingenio de Cebes: por esta razón la prefiere Gronovio, apoyado en un códice antiquísimo y de buena nota.

tuna, queda forzado á servir á mujeres semejantes, y sufrir cosas fuertes é infames, y hacer por amor de ellas cosas muy perjudiciales, como son: robar, hacer sacrilegios, perjurarse, hacer traiciones, saltear, con las demás cosas de este jaez. Cuando ya, pues, les viene á faltar todo, entréganlos entonces al *Castigo.*

—¿Qué castigo es ese?

—¿No ves, dice, un poco detrás de ellas una como puerta pequeña y un lugar estrecho y obscuro?

—Sí; y aun parece haber allí unas mujeres feas y sucias, cubiertas de remiendos.

—Es verdad. Estas, pues, dice, son: la que tiene el azote en la mano se llama la *Pena;* la que tiene la cabeza entre las rodillas, la *Tristeza*, y la que se mesa sus propios cabellos, la *Rabia.*

—¿Y aquel otro, que está junto á ellas tan feo y tan flaco y desnudo, y tras de él (1) otra mujer, que le parece mucho, fea también y flaca, quién es?

—El, dice, se llama el *Duelo*, y su hermana se dice la *Aflicción*. En manos, pues, de todos éstos lo entregan, y en compañía de éstos vive atormentado. Después lo echan otra vez á otra casa, que es la de la *Malaventura*, donde acaba su miserable vida en toda miseria, si ya la *Penitencia* acaso no se topa con él.

---

(1) Καὶ κατὰ ταῦτα τις ὁμοία. Abril leyó con Plantino μετὰ ταῦτα, que traduce: *y tras él*. La traducción ajustada á la lección que adoptamos es: *y una mujer*, *que le es muy parecida en estas mismas cosas* (κατὰ ταῦτα, esto es, en lo sucio, remendado, etc.), *fea también y flaca, ¿quién es?* La expresión μετὰ ταῦτα jamás puede significar *tras él*, como quiere Abril.

—¿Y si se topa, qué sucede?

—Si se topa con él la *Penitencia*, líbralo de todos aquellos males, y dale otro parecer y otro deseo, que lo guía y lleva á la *verdadera Doctrina;* y juntamente el que lleva á la que llaman *falsa Doctrina.*

—¿Qué sucede tras de esto?

—Si admite, dice, este buen *Parecer* que lo ha de llevar á la *verdadera Doctrina*, ella lo purifica y lo salva, y queda hecho próspero y bienaventurado en todo el discurso de su vida. Mas si no, comienza otra vez á andar errado por engaño de la *falsa Doctrina.* ¡Oh Soberano Dios, y cuán gran peligro es este segundo!

—¿Y esa *falsa Doctrina*, dije yo, qué tal es?

—¿No ves, dice, aquel otro cercado?

—Sí, muy bien, dije yo.

—¿No ves, pues, fuera del cercado, junto á la entrada, una mujer en pie, que parece muy aseada y muy compuesta?

—Sí veo.

—A ésta, pues, dice, los más hombres y más simples la llaman la *Doctrina*, pero no es sino la *falsa Doctrina*. Los que se han escapado, pues, del peligro, cuando quieren ir á buscar la *verdadera Doctrina* vienen aquí primeramente.

—¡Cómo! y no hay otro camino para la *verdadera Doctrina?*

—Sí hay, dice.

—¿Y estos hombres que van y vienen dentro del cercado, quiénes son?

—Son, dice, los enamorados de la *falsa Doctrina*, que están engañados creyendo que tratan con la verdadera.

—¿Y cómo se llaman éstos?

—Unos, dice, se llaman Poetas, otros Oradores, otros Dialécticos, otros Músicos, otros Aritméticos, otros Geómetras, otros Astrólogos, otros Defensores del deleite, otros Peripatéticos, otros Críticos y otros que hay así á la manera de éstos.

—¿Y aquellas mujeres que parece que corren, y son semejantes á aquellas primeras, entre quienes decíais que estaba la *Disolución*, y otras que hay con ellas, quiénes son?

—Aquellas mismas, dice, son.

—¡Cómo! ¿y también entran esas aquí?

— Sí, entran realmente, aunque más raras veces y no como en el primer cercado.

—¿Y entran por dicha también las *Opiniones?*

—Sí, dice, porque les dura aún la bebida que bebieron de mano del *Engaño*, y asimismo la *Ignorancia*, y con ella la *Tontedad.* Y no se apartará de ellos ni la Opinión, ni la demás perversidad, hasta que, sacudiendo de sí la *falsa Doctrina*, entren en el verdadero camino, y beban de aquella fuerza que purifica todo esto y lo consume; y despidan de sí toda la malicia que tienen, y las *Opiniones* y la *Ignorancia*, con toda la demás perversidad. Entonces se salvarán de esta manera. Pero estándose quedos aquí, en compañía de la *falsa Doctrina*, nunca se verán libres, ni les faltarán todo género de males, por respeto de doctrinas semejantes.

—¿Cuál es, pues, el camino que lleva á la *Doctrina verdadera?*

—¿No ves, dice, en lo alto aquel lugar donde no mora nadie, sino que parece desierto?

—Sí veo.

—¿No ves también una puerta muy pequeña, y una senda delante de la puerta, que no está muy hollada, sino que caminan por ella muy poquitos, como por camino muy dificultoso y áspero, y peligroso al parecer?

—Sí, dije yo.

—¿No parece haber también un collado y una subida muy estrecha, y que por la una parte y por la otra tiene unos muy profundos despeñaderos?

—Sí veo.

—Este, pues, es, dice, el camino que lleva á la *verdadera Doctrina.*

—Dificultoso realmente, al parecer.

—¿No ves también en lo alto alrededor del collado una gran peña y muy alta, toda sin subida?

—Ya la veo, dije.

—¿No ves también unas dos mujeres puestas encima de la peña, de muy buen hábito y sujeto de cuerpos, y que están como alargando las manos prontamente?

—Ya las veo, dije; pero ¿cómo se llaman éstas?

—Esta primera, dice, se llama la *Continencia*, y la otra la *Perseverancia*, las cuales son hermanas.

—¿Por qué, pues, alargan la mano con tanta prontitud?

—Exhortan, dice, á los que llegan *allí* (1) á que tengan esfuerzo y á que no desmayen, diciéndoles que han de tener un poco de sufrimiento aún, y que luego llegarán al buen camino.

—Cuando llegan, pues, á la peña, ¿cómo suben? porque no veo camino que lleve á ella.

---

(1) A aquel lugar.

—Ellas mismas desde lo alto bajan abajo, y los tiran hacia arriba para sí. Después les mandan que cobren un poco de aliento, y á cabo de poco les dan fuerza y esfuerzo, y les prometen ponerlos delante de la *verdadera Doctrina*, y les muestran el camino, cuán hermoso es, cuán llano, cuán fácil de andar, cuán libre de todo mal, como allí lo ves.

—Realmente que se muestra tal.

—¿Ves, pues, dice, enfrente de aquella arboleda un lugar que parece tan hermoso, de lindos prados, y claro con un grande resplandor?

—Muy bien.

—¿No echas, pues, de ver en medio de aquel prado otro cercado y otra puerta?

—Sí, realmente. ¿Pero cómo se llama este lugar?

—La morada, dice, de los Bienaventurados. Porque aquí moran todas las *Virtudes* y la *Felicidad.*

—Sea así (1), dije yo, que el lugar sea tan hermoso.

—¿No ves, pues, dice, cómo está junto á la puerta una mujer hermosa, con los ojos bajos (2), de edad mediana y ya notoria, con un vestido y hábito sencillo, y que está sentada, no sobre piedra redonda,

---

(1) **Εἶεν, ἔφην ἐγὼ ὡς καλὸν τὸν τόπον εἶναι.** Gronovio, con la autoridad de los MSS., añade **λέγεις** después de **καλὸν**, que traducido dice: *sea, respondí yo, el lugar hermoso, como dices que es;* pero esta añadidura ninguna falta hace en la traducción de Abril para el sentido.

(2) **Καὶ καθεστηκυῖα τὸ ωρόσωπον μέση δὲ κεκριμνέη**, etc. Abril traduce la expresión **καθεστηκυῖα τὸ πρόσωπον**, *con los ojos bajos*, y la voz **κεκριμένη**, por *notoria.* Sería más literal la traducción si hubiera dicho: *de semblante compuesto y circunspecto,* y en lugar de *notoria, juiciosa;* pues no es fácil de entender cuál sea la *edad notoria.*

sino sobre cuadrada y muy al seguro puesta, y con ella otras dos que parecen ser sus hijas?

—Así parece que están.

—De éstas, pues, la que está en medio es la *Doctrina*, y la otra la *Verdad*, y la tercera la *Persuasión*.

—¿Por qué está sentada sobre piedra cuadrada la *Doctrina*?

—Es señal, dice, que el camino que lleva á do ella está es seguro y cierto para los que vienen, y que los dones que ella les da son seguros para quien los recibe.

—¿Y qué dones son los que ésta da?

—*Confianza* y *Ánimo*, dijo él.

—Y esto ¿cómo es?

—Una ciencia, dice, de que no ha de ver mal ninguno en toda la vida.

—¡Oh Soberano Dios, dije yo, y qué hermosos dones! ¿Pero á qué fin está de esta manera fuera del cercado?

—Para curar, dice, á los que vienen, y darles á beber de aquella fuerza purgativa. Después, cuando ya están bien purgados, llévalos á las *Virtudes*.

—¿Cómo es eso? dije yo, porque no lo entiendo.

—Entenderlo has, pues, dice. Como si uno (1) estando muy enfermo viniese á que lo curase el médico: primero le había de sacar con purgas todo lo que le causaba la enfermedad; y de esta manera

(1) Ὡς ἂν οὗτος. Abril lee ὡς ἂν εἴ τις, *como si uno*; pero nuestra lección se halla en un códice antiquísimo que vió Gronovio, y parece más natural que el anciano que declaraba la pintura, señalase con su vara uno de los presentes, diciendo: *como si este*, ὡς ἂν οὗτος, que no á un cualquiera, ὡς ἂν εἴ τις.

después traerlo á la convalecencia y á la salud. Pero si él no obedeciese á los mandamientos del médico, con razón desechado, moriría de la enfermedad.

—Eso bien lo entiendo, dije yo.

—Pues de la misma manera acaece en lo de la *Doctrina*, que cuando uno viene á ella, cúralo, y dale á beber de su vigor para que se purgue y despida de sí todos los males que trajo cuando vino.

—¿Qué males son esos?

—La *Ignorancia* y *Error*, que le dió á beber el *Engaño*, la *Presunción*, la *Codicia*, la *Disolución*, la *Cólera* y la *Avaricia*, con todos los demás males de que se empapó en el primer cercado.

—Pues cuando ya está bien purgado, ¿dónde lo remite?

—Allá dentro, dice, á la Ciencia y á las demás Virtudes.

—¿Cuáles son ésas?

—¿No ves, dice, dentro de la puerta un coro de mujeres? ¡Mira qué buen rostro muestran tener! ¡Qué bien compuestas! ¡Qué honesto traje tienen y cuán sencillo! ¡Mira cuán poco aparato tienen; cuán sin ningún afeite están! no como aquellas otras.

—Ya las veo, dije; ¿pero cómo se llaman éstas?

—La primera, dice, se llama la *Ciencia* y las demás son sus hermanas, la *Fortaleza*, la *Justicia*, la *sana Bondad*, la *Templanza*, la *Modestia*, la *Liberalidad*, la *Continencia* y la *Mansedumbre*.

—¡Oh joyas hermosísimas, dije yo, y cómo nos dais grande esperanza!

—Sí, dijo él, si lo entendiereis é hiciereis hábito en lo que habéis oído.

—Estaremos muy atentos, dije yo.

—De esa manera, dice, seréis salvos.

—Cuando lo reciben, pues, ellas, ¿dó lo llevan?

—A su madre, dice.

—¿Y quién es su madre?

—La *Felicidad*, dice.

—¿Y qué tal es la *Felicidad?*

—¿Ves aquel camino que tira hacia aquello alto, que es el alcázar de todos los cercados?

—Sí veo.

—¿No hay allí á la entrada puesta una mujer de muy buen parecer, sentada en una silla alta, adornada muy ahidalgadamente, y sin mucha curiosidad, y coronada con una muy hermosa corona de flores?

—Paréceme que sí.

—Esta, pues, es, dice, la *Felicidad.*

—Cuando uno, pues, llega allí, ¿qué hace ésta?

—Corónalo, dice, la *Felicidad* con todo su poder, y todas las demás virtudes, como á los que han vencido las mayores contiendas.

—¿Y qué contiendas ha vencido él? respondí yo.

—Las mayores del mundo, dijo él, y las más bravas fieras, las cuales lo consumían primero y lo atormentaban, y lo hacían siervo: todas estas las ha vencido y sacudido de sí, y se ha hecho señor de sí mismo; y así ahora aquéllas son sus siervas de él, como antes él lo era de ellas.

—¿Qué fieras son ésas que me dices? Porque deseo mucho entenderlo.

—Cuanto á lo primero, dice, la *Ignorancia* y el *Error*. ¿No te parece á tí que son estas bestias fieras?

—Y aun malas realmente, dije yo.

—Demás de esto, la *Pena*, el *Sentimiento*, la *Codi-*

cia del dinero, la *Disolución*, y finalmente, todo aquel ejército de maldades. De todas éstas se apodera, y no se les sujeta como antes.

—¡Oh qué heroicas obras, dije yo, y qué victoria tan esclarecida! Pero díme sobre todo, ¿qué es el poder de aquella corona con que dijiste que estaba coronado?

—El de hacerse bienaventurado, mancebo. Porque el que con esta fuerza está ya coronado, hácese bienaventurado y dichoso, y no tiene puestas en otro las esperanzas de su felicidad, sino en sí solo.

—¡Oh qué victoria me cuentas tan ilustre! Pero después de ya coronado, ¿qué hace, ó adónde se va?

—Tómanlo de la mano las *Virtudes*, y llévanlo al mismo lugar de donde vino primero; y allí le muestran todos cuantos están allí, y cómo viven mal y miserablemente, y qué de naufragios padecen en la vida, y cómo andan perdidos, y cómo los llevan cautivos sus enemigos como á gente rendida, á unos la *Disolución*, á otros la *Presunción*, á otros la *Codicia* del dinero, á otros la *Vanagloria* y á otros diversos géneros de males, de que ellos no se pueden librar, ni de los trabajos en que están presos para salvarse y llegar aquí, sino que toda la vida pasan en alteraciones; lo cual padecen, porque no pueden hallar el camino que guía por aquí. Porque se han olvidado del mandamiento que el buen Genio les hizo.

—Paréceme que dices muy bien; pero esto me ofrece dificultad: ¿para qué le muestran las *Virtudes* aquel lugar de donde vino primero?

—Porque no sabía bien, dijo él, ni entendía lo que allí pasa, sino que estaba confuso; y por la *Ignoran-*

cia y *Error* que había bebido, lo que no es bueno le parecía bueno, y lo que no es malo, malo. Y de aquí le venía el vivir mal, como á todos los demás que moran allí. Pero ahora, como ha comprendido la ciencia de las cosas que le cumplen, vívese muy bien, y ve qué mal les va á los otros.

—Y después que ya lo ha considerado todo, ¿qué hace, ó á dó se va?

—A do él quisiere, dice. Porque ya él está seguro donde quiera, como el que tiene á su mandar el bosque Coricio, y donde quiera que vaya ¡vivirá muy bien con toda seguridad. Porque todos lo recibirán de buena gana, como los enfermos al médico.

—¿Tampoco temerá, pues, que aquellas mujeres que decías que eran bestias fieras no le hagan algún daño?

—Tampoco. Ni menos lo alterarán ya ni el *Dolor*, ni la *Tristeza*, ni la *Disolución*, ni la *Codicia* del dinero, ni menos la *Pobreza*, ni otro mal ninguno. Porque sobre todo eso tiene señorío, y ya está más alto que todas esas cosas que le daban antes pena, de la misma manera que los que ha mordido la víbora. Porque los demás animales ponzoñosos, y que hacen mal á los demás hasta traerlos á la muerte, á éstos no les ofenden, porque tienen en sí el remedio que preserva (1).

—Muy bien me parece lo que dices. Pero díme, demás de esto, ¿quién son éstos, que parece que vienen de allí, del collado, y unos de ellos vienen

---

(1) **Καὶ τοῦτον οὐδὲν**, etc. Abril omite todo este período, que hace falta para el perfecto sentido de este lugar. Su traducción es: *ni tampoco ofenden á éste, porque posee también el antídoto ó contraveneno.*

coronados, dando muestra de una manera de alegría; y otros sin coronas, de los cuales unos, como desesperados, parece que traen quebradas las piernas y las cabezas, y que los traen ciertas mujeres de las manos?

—Los que vienen coronados son los que ha librado la *Doctrina*; y alégranse de ver que han alcanzado su amistad. Pero los que no traen coronas, unos desahuciados ya de la *Doctrina* vuelven mal y miserablemente dispuestos; otros habiendo desmayado y volviendo á la *Perseverancia*, se vuelven otra vez y andan perdidos por la ignorancia del camino.

—Y las mujeres que los acompañan ¿quién son?

—Las *Tristezas*, dice, y las *Angustias*, y las *Pasiones de corazón*, las *Infamias* y las *Ignorancias*.

—¿Todos los males dices que les acompañan?

—Todos realmente, dice. Y cuando éstos llegan al primer cercado, do está la *Vida placentera* y la *Disolución*, no se echan á sí mismos la culpa, sino que en la hora abominan de la *Doctrina* y de cuantos van á ella, como de gente miserable y desventurada, y digna de lástima en su vivir; pues dejando la manera de vivir que ellos tienen, viven desventuradamente sin gozar de los bienes que ellos tienen.

—¿Qué es lo que ellos llaman bienes?

—La *Perdición* y la *Disolución*, hablando así sumariamente; porque el comer hasta hartar, como las bestias, lo tienen por usufructo de los mayores bienes del mundo.

—Pero las otras mujeres que vienen también allí alegres y risueñas ¿cómo se llaman?

—Las *Opiniones*, dice; las cuales, después que

han traído á la *Doctrina* los que buscan las *Virtudes*, se vuelven á traer otros, y á dar nuevas de cómo los que ya antes trajeron son bienaventurados.

—¿Por ventura, dije yo, éstas entran allá dentro donde están las *Virtudes?*

—No, dice; porque no le es lícito á la *Opinión* entrar donde está la *Ciencia*. Pero eutréganlos en manos de la *Doctrina;* y después, cuando ya la *Doctrina* se ha encargado de ellos, vuélvense ellos á traer otra vez otros, de la misma manera que las naves, después que han descargado sus cargas, tórnanse á cargar de otras.

—Muy bien me parece, dije yo, que nos has declarado todo esto. Pero nunca nos has dado á entender qué es lo que el *Genio* les encarga que hagan á los que entran en la *Vida*.

—Que estén confiados, dice; y así, estadlo vosotros; porque yo os lo declararé todo y no dejaré nada por decir.

—Muy bien dices, dije yo.

Extendiendo, pues, el brazo otra vez:

—¿Veis, dice, aquella mujer, que parece una ciega y que está puesta sobre una piedra redonda, la cual poco ha os decía yo que se llama la *Fortuna?*

—Sí vemos.

—De ésta, pues, les encarga que no se fíen, ni crean que tiene cosa firme, ni seguro lo que uno recibiere de su mano; ni que lo tengan por cosa propia. Pues es cosa fácil el tornárselo á quitar y dárselo á otro, porque suele hacer eso muchas veces. Por esto, pues, les manda que no se ensoberbezcan con sus dones, ni se alegren cuando les diere, ni se

entristezcan cuando se los quite, y que ni la vituperen ni la alaben. Porque ninguna cosa hace por discurso de razón, sino todo temerariamente y como cayere, como ya atrás os lo dije. Por esto, pues, les manda el *Genio* que no se maravillen de cuanto ella hiciere, ni sean semejantes á los malos depositarios. Porque éstos, cuando reciben el dinero de mano de los hombres, alégranse y paréceles que es suyo; pero cuando se lo piden; enójanse y paréceles que se les hace sinrazón; y no se acuerdan que con aquella condición recibieron los depósitos, que estuviese en mano del que lo daba tornarlo á sacar. De la misma manera les manda el *Genio* que se hayan con los dones de la *Fortuna*, y que se acuerden que aquella es la naturaleza de la *Fortuna*, que lo que ha dado lo puede quitar, y en breve tornar á dar mucho más; y otras veces quitar solamente lo que dió, y otras, no solamente aquello, sino aun lo que antes se tenía. Mándales, pues, que tomen de mano de la *Fortuna* lo que les diere, y que en tenerlo huyan luego de allí al don firme y seguro.

—¿Y cuál es ése? dije yo.

—El que les dará la *Doctrina*, si en ella se conservaren.

—¿Cuál, pues, es?

—La verdadera *Ciencia* de las cosas útiles, y el don firme y seguro, y que no puede mudarse. Mándales, pues, que se acojan á ella de presto, y que cuando lleguen á aquellas mujeres que ya dije atrás, que se llaman la *Disolución* y la *Vida placentera*, huyan luego de ellas, y no crean nada de lo que ellas les dijeren, hasta tanto que lleguen do está la *falsa Doctrina*. Mándales, pues, que se detengan con

ella un poco de tiempo, y tomen de ella lo que quisieren, como para alivio del camino, y que luego pasen de allí con gran presteza á la *verdadera Doctrina.* Esto es lo que el *Genio* les encarga. Cualquiera, pues, que excediere en algo de esta orden, ó no fuere obediente á ella, perecerá como malo malamente. La fábula, pues, amigos, que está pintada en esta Tabla, esto significa. Pero si algo se os ofrece más que preguntarme, podéis muy bien, porque yo os lo diré todo.

—Muy bien dices, le respondí yo. ¿Pero qué es lo que el *Genio* les manda?

—Lo que les pareciere ser útil para ellos.

—¿Y eso qué es?

—Las *Letras*, dice; y de todas las demás ciencias, aquellas que dice Platón que sirven como de freno para la gente moza, para que no tuerza á ninguna parte.

—¿Y es necesario apercibirse de eso el que ha de arribar á la *verdadera Doctrina,* ó no?

—No es, dice, cosa necesaria, pero son cosas provechosas; aunque para el ser más virtuosos, ninguna cosa importa todo eso.

—¿De manera que dices que todo eso no es de ninguna importancia para ser más hombres de bien?

—Sí; porque es posible sin nada de todo eso ser hombres de bien; pero con todo eso, no son cosas sin fruto. Porque así como algunas veces comunicamos algunos negocios por medio de intérprete, y con todo eso no fuera ningún inconveniente que nosotros tuviéramos más entera noticia de la lengua, si algo hemos percibido; de la misma manera, sin estas doctrinas puede uno ser hombre virtuoso.

—¿Pues no tienen alguna ventaja más esos matemáticos para ser más hombres de bien que los otros?

—¿Cómo la han de tener, pues se echa de ver que también van ellos errados como todos demás, en lo que toca á lo bueno y á lo malo? y además de esto, están llenos de mil vicios. Porque bien se compadecen el saber letras y el entender todas las ciencias, y con todo eso ser un cuero, y un disoluto, y un avariento, é injusto y traidor, y en suma, un imprudente. Dejo aparte que hallaréis mil de esta manera. ¿Cómo serán, pues, dice, éstos más aventajados en cuanto al ser hombres virtuosos por razón de esas doctrinas? De ninguna manera, según por esa razón parece.

—¿Pues qué es la causa, dije yo, que se ejercitan en el segundo cercado como si verdaderamente con la *verdadera Doctrina* conversasen?

—¿Y qué les aprovecha todo eso, dijo él, pues podemos ver muchas veces algunos que vienen del primer cercado de la *Disolución* y de todos los demás géneros de maldad al tercer cercado á buscar la *verdadera Doctrina*, sin tocar en esos matemáticos? (1)

---

(1) Μαθηματικούς. Μαθηματικοὶ no se entiende aquí por profesores de la Matemática, sino por los profesores de las artes judiciarias. **Μαθηματικοὺς παραλάττουσιν.** Abril traduce bien, *sin tocar en estos matemáticos;* cuyo acierto es tanto más plausible, cuanto ninguno de los intérpretes anteriores había acertado este pasaje, y aun los posteriores lo han errado también. Todos los intérpretes conciben al fin de dos cercados otro tercero, morada de la *Bienaventuranza;* pero suponen que ninguno podía arribar á él sin pasar por el segundo, en donde habitaba la ψευδοπαιδεία, ó *falsa Doctrina.* Para esta suposición, no sólo no se halla en Cebes la menor apariencia, sino que también es enteramente contraria á lo que deja establecido acerca de aquel otro camino que

¿Cómo diremos, pues, que tienen ventaja? antes son más arrimados y más duros en el aprender.

—¿De qué manera? dije yo.

—Por cuanto en el segundo cercado, si no saben otra cosa, ni aun aquello que pretenden que saben, tampoco lo saben (1). Y así, mientras esa opinión tuvieren, de necesidad se han de estar firmes en el no procurar de allegarse á la *verdadera Doctrina.* Demás de esto, ¿no ves lo segundo, cómo de la misma manera van do están las *Opiniones,* que salen del primer cercado? De manera, que éstos no

---

hay para ir al tercer cercado sin pasar por el segundo; pues después de haber dicho el anciano declarador de la Tabla, τοὺς ϛωζομένους ὁπόταν βούλων εἰς τ ἀληθινὴν ωαδείαν ἐλθεῖν, ὧδε ωρῶτον παραγίγνεθα, fué inmediatamente preguntado por los jóvenes: *Y qué, ¿no hay otro camino por donde ir al tercer cercado?* ωότερον ἄλλη ὁδὸς σὀκ ἔςιν; y el anciano responde: ἔςιν, *sí, otro hay.* En estos tres, como cercados, no podemos concebir otro camino que el que nos lleve desde el primer cercado al tercero, sin pasar por el segundo. Y esto es puntualmente lo que dice Cebes en este lugar. La voz μαθημωτικοὶ se toma aquí por el lugar de la habitación de estos matemáticos, esto es, el segundo cercado, así como cuando dice, ἐλθεῖν ωρὸς τὴν εὐδαμονίαν, ó ἀληθινὴν ωαδείαν, *venir á la Bienaventuranza ó á la verdadera Doctrina*, entiende el lugar de ella.

(1) El μηδὲν ἄλλο. No parece bien expresada en la traducción de Abril la fuerza y energía de εἰ μηδὲν ἄλλο, que es una equivalencia del *si nihil aliud* de los latinos, en la que siempre se ha de sobrentender alguna cosa, ya sea tomada del contexto, ó ya supliendo sólo el verbo εἰμί. La voz ωροσποιοῦντα es la que se ha de sobrentender en esta frase, y dirá á la letra: *porque los que están en el segundo cercado, cuando no presuman otra cosa, presumen á lo menos, y se atribuyen saber lo que no saben.* Suidas explica la voz ωροσποιεῖται por οἰκειοποιεῖται, ἢ ωλάττεται καὶ ὑποκρίνεται, esto es, *sibi vendicat, suum facit, vel fingit, et simulat.*

son más perfectos que aquéllos; y si también á éstos no los acompañare el arrepentimiento y se persuadieren que no es la *Doctrina* la que ellos tienen, sino la *falsa Doctrina*, que los trae engañados; y estando dispuestos de aquella manera, no se salvarán. Ni vosotros tampoco, amigos, dice, si no lo hiciereis así (1) y os ejercitareis en lo que os he dicho hasta hacer hábito. Conviene, pues, considerar todo esto muchas veces, y no descuidarse de ello, y todo lo demás tenerlo por accesorio, porque si no, de ningún provecho os será todo lo que habéis oído.

—Hacerlo hemos. Pero dinos esto: ¿Cómo es verdad que no sean bienes todo lo que los hombres reciben de mano de la *Fortuna*, como es la vida, la salud, las riquezas, la honra, los hijos, la victoria y todo lo demás que es de esta manera? ¿y cómo, por el contrario, no serán males lo contrario de aquello? Porque eso nos parece realmente cosa fuera de la común opinión de todos y cosa increíble.

—Ea, pues, dice, aparéjate á responderme lo que te pareciere á lo que te preguntare.

—Yo lo haré así, dije yo.

---

(1) Οὕτω ποιεῖτε. Abril lee, conforme á la edición de París (1557), ἐὰν μὴ οὕτω ποιῆτε καὶ ἐνδιατρίβητε, y esta lección hace buen sentido como la explica Abril. Gronovio, apoyado en códices antiguos, lee **ἐὰν οὕτω ποιῆτε καὶ ἐνδιατρίβητε**, que hará este sentido: y vosotros también, amigos, seréis felices y bienaventurados *si lo hiciereis así* (esto es, si sin tocar en el segundo cercado marcháis en derechura al tercero) *y considerareis bien lo que os he dicho, hasta que*, etc. De manera, que por estas palabras, **καὶ ὑμεῖς τοίνυν**, comience el anciano una nueva exhortación. No obstante, me ha parecido conservar la lección común, **οὕτω ποιεῖτε**, *hacedlo así.*

—Cuanto á lo primero, ¿si uno vive mal, le será un bien la vida?

—Paréceme que no, dije yo, sino mal.

—¿Pues cómo será bien la vida, dice, si es mal para éste?

—Porque para los que mal viven, me parece que es mal la vida, y bien para los que bien.

—De esa manera confiesas que la vida ès mala y es buena.

—Así lo digo.

—Pues no digas un disparate tan grande. Porque no es posible que una misma cosa sea mala y buena, porque por la misma razón sería también provechosa y dañosa, y juntamente digna de seguirla y de huir de ella. Porque eso va muy fuera de razón. Pues si hallándose el mal vivir en alguno, decimos que se halla en él algún mal, señal es que el mismo vivir es mal. Pero no es todo uno, dice, el vivir y el mal vivir. ¿No te lo parece á tí así?

—Llanamente que tampoco me lo parece ser á mí.

—De manera que el vivir no es cosa mala (1); porque si lo fuera, también lo fuera á los que viven bien, pues tienen también éstos lo que en sí es malo.

—Paréceme que dices verdad.

—Y pues á los unos y á los otros les es común el

---

(1) Τὸ κακῶς τοίνυν ζῆν. La lección común que sigue Abril es ésta: τὸ τοίνυν ζῆν οὐ κακόν ἐστιν: *luego el vivir no es cosa mala*; pero esta conclusión no abraza todas las dudas que preceden y se han propuesto al anciano; pues solamente responde ϖερί τοῦ ζῆν, *sobre el vivir*; y la disputa principal es, ϖερί τοῦ κακῶς ζῆν, *sobre el vivir mal*; y á esto había de satisfacer el anciano. La lección que adoptamos concluye bien y comprende todas las partes de la cuestión: *luego el vivir mal es cosa mala; pero no lo es el vivir.*

vivir, digo á los que viven bien y á los que mal, el vivir realmente ni será bueno ni malo, así como ni el abrir ni el cauterizar en los enfermos es dañoso y provechoso. ¿Pues no será lo mismo en el vivir? Pero considéralo tú de esta manera: ¿cuál querrías tú más, el vivir mal, ó el morir bien y como hombre de valor?

—Yo el morir bien.

—Luego tampoco es mal el morir, pues muchas veces es más de estimar que no el vivir.

—Es llaneza eso.

—¿Pues no será la misma razón en la salud y en la enfermedad? Porque muchas veces no conviene el tener salud, sino lo contrario, cuando fuere tal la circunstancia.

—Díces muy gran verdad.

—Ea, pues, consideremos lo mismo en las riquezas de esta manera. ¿Se puede ver, como muchas veces se ve, que uno sea rico, y que con todo eso viva mal y miserablemente?

—Sí realmente, y muchos.

—Luego á éstos no les sirven nada las riquezas para el vivir bien.

—Parece que no, pues ellos son malos.

—Luego el ser uno hombre de bien no se lo dan las riquezas, sino la doctrina.

—Cosa llana es eso.

—Pues conforme á esta razón, no serán buenas las riquezas, pues no les sirven de nada á los que las tienen, para ser hombres de valor y de virtud.

—Parece ser así.

—Luego á algunos no les es provechoso el tener riquezas, cuando no saben cómo han de usar de ellas.

—Así me lo parece.

—¿Quién, pues, juzgará ser bien aquel que muchas veces no es útil el poseerlo?

—Nadie.

—De esa manera, si uno supiere usar las riquezas bien y sabiamente, vivirá bien, y si no, miserablemente.

—Paréceme que dices en eso la mayor verdad del mundo.

—Y en suma, el preciar cosas semejantes como si fuesen buenas, ó el despreciarlas como cosas malas, esto es lo que hace andar turbados á los hombres, y lo que los destruye, cuando las estiman en mucho y les parece que en solas ellas consiste la bienaventuranza (1). Y conforme á esto, hacen por haberlas toda cosa, aunque parezca ser la mayor maldad del mundo. Todo este mal les viene de no entender cuál es el verdadero bien (2). Porque no entienden que el verdadero bien no puede nacer del mal. Y es de ver á muchos que han adquirido riquezas con hechos inicuos y torpes, por ejemplo, con traiciones, robos, homicidios, calumnias, violencias y con otros varios y detestables hechos.

—Así es.

—Luego si, como es razonable y justo, del mal no puede nacer bien ninguno, y las riquezas pro-

(1) **Διὰ τούτων μόνων εἶνα τὸ ἐνδαμονεῖν.** Abril lee con algunos **διὰ τούτων μόνων ἐνδαμονεῖν**; pero su traducción, *que en ellas sólo consiste la bienaventuranza*, conserva todas las palabras de nuestra lección, que es la más legítima.

(2) Pedro Simón Abril concluye en este lugar la Tabla de Cebes. El suplemento que sigue es el mismo que halló en algunos MSS. y publicó Jacóbo Gronovio.

vienen de hechos inicuos, de necesidad éstas no pueden ser bien verdadero.

—Así parece por este discurso.

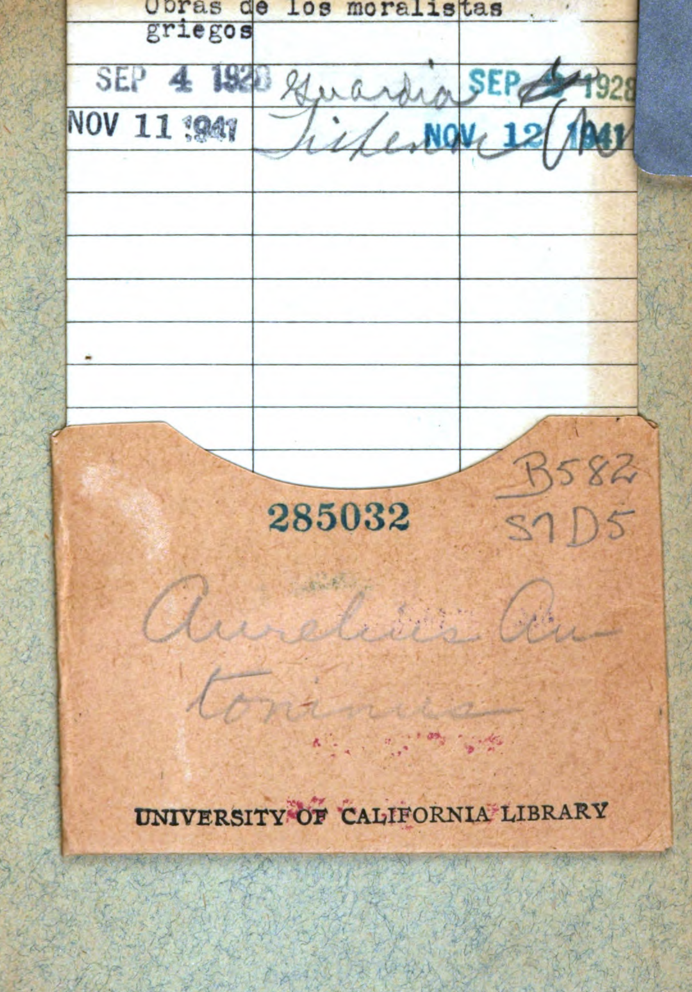
—Por el contrario, ni la prudencia, ni la justicia pueden conseguirse con malos medios; como ni tampoco con buenos la injusticia y la imprudencia, porque estas cosas no pueden hallarse á un tiempo mismo en un sujeto. Pero muy bien pueden hallarse en uno mismo riquezas, fama, victorias y demás cosas semejantes, aunque acompañadas de muchos vicios; por lo que estas cosas no son ni bienes ni males. Así que la prudencia sola es verdadero bien, y la necedad mal.

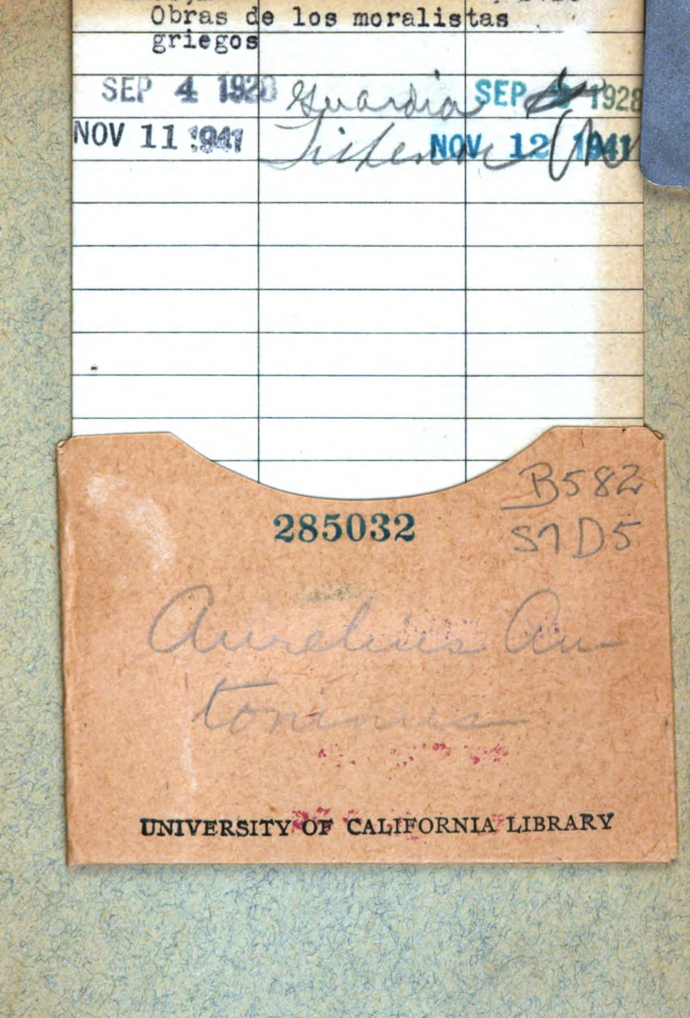
—Paréceme, respondí yo, que dices muy bien.

ÍNDICE.

SOLILOQUIOS Ó REFLEXIONES MORALES DEL EMPERADOR MARCO AURELIO.

CARACTERES MORALES DE TEOFRASTO.


Obras de los moralistas griegos
SEP 4 1928 Guardia SEP 1928
NOV 11 1941 NOV 12 1941
B582
S7D5
285032
Aurelius Antoninus
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY



Obras de los moralistas
griegos
SEP 4 1928
Guardia
SEP 4 1928
NOV 11 1941
NOV 12 1941
B582
S7D5
285032
Aurelius Antoninus
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

